

INTRODUCCIÓN

El misterio que tradicionalmente subyace tras todo fenómeno religioso ha dado lugar a que los seguidores de los grandes maestros utilicen con frecuencia un lenguaje críptico para expresar, dogmáticamente, los contenidos de ese misterio, muchas veces inexplicable incluso para ellos mismos. Surgen así textos ambiguos, susceptibles de múltiples interpretaciones, pero cuya mera discusión, desgraciada y frecuentemente, ha llevado a tantos a acabar en la marginación, en la tortura y en la hoguera.

Por ello, no es de extrañar que el hecho religioso, institucionalizado y dogmático, es decir, las confesiones religiosas, hayan resultado y resulten en muchas ocasiones irritantes para el espíritu de quienes aman y consideran a la libertad como un derecho irrenunciable del ser humano.

Este libro es un esfuerzo más por expresar una nueva interpretación religiosa en unos términos que faciliten su comprensión intelectual por el hombre de hoy. Su lectura no requiere conocer una terminología teológica especializada pues la esencia de la verdad siempre es expresable con palabras sencillas. Se pretende que el intelecto del lector, estimulado por una explicación lógica y clara, se anime a buscar su propia experiencia personal que, en última instancia, constituye la esencia de toda auténtica convicción, tanto religiosa como no religiosa. En última instancia la grandeza que Dios asignó a cada ser humano hace que cada uno sea responsable de decidir por sí mismo qué es la verdad. Aunque exista una Verdad Absoluta, cosa de lo que estoy convencido, ella sólo es verdad para cada persona en la medida en que cada uno la acepte libremente como verdad.

La percepción de la verdad requiere la colaboración de las tres facultades esenciales del espíritu humano: emoción, intelecto y voluntad. La verdad religiosa con la que se identifique la emoción, avalada por la comprensión intelectual, debe complementarse con una voluntad firme y sosegada que evite, de forma rotunda, que esa convicción pueda desembocar en cualquier tipo de fanatismo. Dios quiere que la percepción individual de su ardiente amor y el impulso que de ello se deriva, nos muevan hacia la acción y el compromiso personal. Desea que nuestros actos tengan siempre, como claro límite, la libertad del resto de nuestros hermanos, los hombres, evitando incurrir en cualquier forma de imposición o intolerancia. De hecho la experiencia histórica demuestra que la imposición forzosa de creencias ha contribuido más al oscurantismo que a alumbrar la verdad, y que ha favorecido más al reino de las tinieblas que al de la luz.

La existencia de Dios ha sido y es cuestionada por nuevos descubrimientos de la ciencia y por las teorías que en torno a ellos se han elaborado. Esas teorías deben ser profundamente respetadas, al igual que es plenamente digna de respeto toda discrepancia religiosa que los seres humanos formulen en uso de su irrenunciable y libre albedrío.

Sin embargo, resulta curioso que muchas veces los hombres de religión sean hoy mucho menos beligerantes con determinadas teorías científicas sobre el origen de la vida o el origen del universo, que conducen a negar la existencia de Dios, que con las discrepancias interpretativas que sobre Dios y la religión mantengan otras corrientes o confesiones religiosas. Resulta paradójico que cuestionar la virginidad de María, o si Jesucristo es el Dios Creador del Universo o tan sólo el Hijo de Dios, o si existe o no la predestinación o si el papa es o no infalible, dé lugar a más duros enfrentamientos que el negar la propia existencia de Dios.

La existencia de algo que es invisible, como la electricidad, queda perfectamente demostrada porque produce múltiples efectos perceptibles, que van desde los más complejos, medibles sólo con instrumentos de laboratorio, hasta los más sencillos como es el encender una simple bombilla. Si la electricidad no produjera ningún efecto perceptible, su existencia sería mera hipótesis difícil de creer. Sin embargo, modernas teorías sobre el origen de la vida y del universo reducen a Dios a considerarle una Causa invisible que no ha intervenido ni interviene en ese origen. Curiosamente, esta afirmación apenas levanta críticas en los ámbitos religiosos a pesar de su tremendo impacto: si Dios, la Primera Causa invisible, no tiene ningún efecto en el mundo visible y si ni siquiera es necesario para explicar el origen de lo que existe, es más que razonable dudar de su existencia.

Sólo por fe ciega, contra toda razón, se puede creer en la existencia de algo que sea invisible y que además no se manifieste a través de ningún efecto perceptible. Por ello, las teorías sobre el origen de todo lo que vemos tienen mucha importancia para afirmar o negar la realidad de la existencia de Dios.

En las últimas décadas del siglo XX, además del ya tradicional debate de los biólogos y los bioquímicos sobre el origen de la vida, se ha puesto de moda el tema del origen del Universo. La publicación, en 1988, del conocido best-seller "*Breve historia del tiempo*" del físico Stephen Hawking ha popularizado e intensificado la controversia. Este gran científico, ejemplo de coraje ante la enfermedad, aborda en su libro la cuestión del origen del universo, resume la evolución de los conocimientos existentes sobre el asunto y concluye afirmando que aún no se ha encontrado una explicación científica sobre el origen del Universo.

Hawking señala que las teorías existentes no son más que teorías no contrastadas y en todo caso parciales. No obstante, admite la posibilidad de que tal vez algún día se encuentre una teoría global que explique el funcionamiento de la materia tanto a escala cósmica como a escala microscópica, cuántica. Con la grandeza de la humildad, Hawking reconoce que "*incluso si hay sólo una teoría unificada posible (que explique el origen y evolución del Universo) se trata únicamente de un conjunto de reglas y ecuaciones. ¿Qué es lo que insufla fuego a las ecuaciones y crea un universo que puede ser descrito por ellas?*". Y además añade "*hasta ahora la mayoría de científicos han estado demasiado ocupados con el desarrollo de nuevas teorías que describan cómo es el universo para hacerse la pregunta del por qué*".

En las últimas líneas de su libro añade, "*si descubrimos una teoría completa habrá de ser en sus líneas maestras comprensible para todos*". Esas frases en condicional "si sólo hay..." "si descubrimos..." evidencian que Hawking reconoce que aún no se conoce una teoría satisfactoria y completa sobre el tema. Por ello todo buscador de la verdad no debe dejarse engañar por los rumores o por los titulares de noticias pseudo científicas ya que, como advierte el propio Hawking, cuando se encuentre esa teoría completa habrá de ser comprensible para todos. Ni siquiera los libros posteriores de Hawking ni de cualquier otro autor deberían ser tomados como dogma de fe, si no fueran comprendidos por el lector, porque la esencia de la verdad siempre es formulable en términos sencillos y, como medida de prudencia, no está mal dudar de aquello que no se comprende salvo que se vea en la realidad.

En la actualidad, la ciencia no tiene aún explicación satisfactoria sobre el origen del universo y todo lo que en él existe. Sin embargo intelectuales materialistas han difundido, con éxito, la falacia de que la ciencia actual dispone de respuestas que explican el origen

del universo, de la vida y del ser humano. Sostienen explícitamente, o sugieren hábilmente, que el universo y la vida han sido el mero resultado de unos procesos movidos por el azar, que por tanto hacen innecesaria la existencia de un Dios o Causa Primera inteligente.

La realidad es que la ciencia tan sólo ha encontrado cómo funcionan algunas etapas del proceso, y que la mayoría de ellas continúan constituyendo una incógnita (ni siquiera sabe cómo se produjo la primera proteína). Faltan por tanto muchísimos escalones por conocer y, lo que es más importante aún, ¡no se sabe qué impulsó el proceso general! La gran complejidad del universo hace ilógico afirmar que el azar haya podido ser el motor del mismo. Ni el azar ni la necesidad, como decía Monod, explican cómo se construyó el primer y complejo ser vivo.

Tampoco hay explicación de por qué se produjo el famoso Big Bang. Una cosa es admitir como mera hipótesis de trabajo la posibilidad de que el azar haya sido, como consecuencia de una probabilidad infinitesimal, el constructor del universo y de todos los seres. Otra, muy distinta, es rechazar, como posible hipótesis válida, que el motor de ese proceso pueda haber sido una Causa Inteligente, Dios.

El citado Stephen Hawking, en algunas declaraciones suyas ha afirmado "*Dios no es necesario*" (El País 20/11/1988), lo que equivaldría en la práctica a negar su existencia, porque obviamente no tendría fundamento alguno afirmar la existencia de un ser que fuera invisible y que además no fuese necesario para nada, no ejerciera efecto sobre nada.

Sin embargo, ¿cómo se puede afirmar que Dios, que la Causa Primera no fue necesaria para impulsar un proceso complejo que incluso se desconoce en muchas de sus fases? Aunque se haya descubierto en el laboratorio un método para fabricar aminoácidos resulta cuando menos temerario e infundado el afirmar que se conoce el origen de la vida (de hecho ni siquiera, repito, se conoce aún cómo se produjo la primera proteína y mucho menos cómo se crea un ser vivo). ¿Acaso porque se sepa que existen diversos materiales de construcción se puede afirmar que las carreteras y los edificios se han hecho sin el concurso necesario de la inteligencia y trabajo del hombre?

Una cosa son las declaraciones más o menos improvisadas y emocionales que se pueden hacer ante un periodista y que se resumen en apresurados y llamativos titulares y otra cosa es lo que con rigor y reflexión se escribe en un libro. Y como prueba de ello baste señalar que Hawking, en su famoso libro, el mismo que dio lugar al titular "Dios no es necesario", termina precisamente con un párrafo que resulta de lo más elocuente: "*si se encuentra una teoría unificada comprensible por todos entonces todos seremos capaces de tomar parte en la discusión de por qué existe el universo y por qué existimos nosotros. Si encontramos una respuesta a esto, sería el triunfo definitivo de la razón humana, porque entonces conoceríamos el pensamiento de Dios*".

Es decir, Dios no sólo es la última palabra del libro de Hawking sino que el propio Hawking, en el párrafo citado, tras reconocer que aún no se conoce el cómo, resalta que el triunfo definitivo se producirá cuándo conozcamos el por qué existe el universo, por qué existimos nosotros y qué hay en la mente de Dios. No obstante, también es cierto que últimamente (2007 a 2012) Hawking se ha decantado explícitamente por negar la necesidad de que Dios haya sido necesario en todo el proceso de surgimiento del Universo y de todos los seres y que por tanto tampoco hay que creer que exista una vida más allá de la muerte.

Sus afirmaciones, formuladas con contundencia, y también reiterando que no pretende ofender a la sensibilidad de los creyentes, son para mí insuficientes, pues aparte de la alta complejidad de comprensión que implican las formulaciones de la física (teoría de las

cuerdas, bosón de Higgs, etc) y sus implicaciones para explicar la transformación de la energía en materia y más tarde su concentración en planetas, estrellas y galaxias, me quedo con preguntas científicas que me son más próximas y más concretas e inteligibles: ¿Cómo se ha formado la primera proteína? ¿Cómo ha aparecido la vida? ¿Cuáles son los hipotéticos procesos que, impulsados por el azar, han llevado a la formación de todos los seres que vemos? Y además, ¿de dónde ha surgido la conciencia de nosotros mismos? ¿De dónde los valores de amor al prójimo y de armonía que son considerados como el acervo común y el fundamento de la paz y del reconocimiento de la especial dignidad de cada individuo humano?

Conviene recordar que el conocimiento de la estructura e inclusive del cómo se ha hecho una carretera, no es suficiente para decir que la carretera se ha hecho por efecto del azar. Lo mismo cabe decir del conocimiento de la anatomía y fisiología del cuerpo humano. Ese conocimiento no justifica decir que el cuerpo humano ha surgido por efecto del azar. Hawking está o estaría yendo más allá de lo razonable si considerase que los conocimientos de física que tiene, por muy profundos que sean, justifican afirmar que Dios no es necesario para explicar todo lo que existe. Si lo afirmara tendría que ser capaz de responder él mismo a las respuestas del párrafo anterior y no me consta que lo haga.

La ciencia no da respuestas probadas, hoy por hoy, ni siquiera a preguntas esenciales el origen de lo visible (proteínas, vida, diversidad de especies) y mucho menos aún ante temas de lo no visible: origen de la conciencia, valores de paz, armonía, amor, dignidad del ser humano) Ante ese vacío de respuestas de la ciencia, el presente libro, con un planteamiento totalmente racional, pretende hacer comprensibles los hasta ahora misteriosos enfoques religiosos, los cuales han exigido al hombre una fe ciega, actitud respetable pero que no resulta sostenible ante el empuje de la razón y de los descubrimientos científicos.

La ciencia, instrumento irrenunciable de conocimiento, tiene que reconocer, y así lo hacen muchos científicos, que existen muchos interrogantes a los cuales aún no ha dado respuestas. Quedan aún muchos misterios por desvelar. No se puede caer en el error de confundir ciencia con creencia. Toda hipótesis estudiada por métodos científicos no es más que mera creencia, en tanto no haya sido demostrada. Los científicos tanto como los no científicos tienen derecho pleno a tener opiniones basadas en sus creencias, pero creer no es lo mismo que afirmar que algo está probado.

El resentimiento, que a veces ha ocasionado la actitud represiva de las instituciones religiosas y su actitud oscurantista, ha contribuido a que muchos intelectuales y hombres de ciencia hayan rechazado no sólo a esas instituciones sino también a algo que está por encima de ellas. Los crímenes cometidos en nombre de Dios han llevado al rechazo del propio Dios o Primera Causa. Por ello no es de extrañar que en nombre de la ciencia se haya pretendido a veces negar la existencia de Dios.

La religión y la ciencia han sido tradicionalmente enemigos irreconciliables. Este libro pretende cooperar a la superación de ese conflicto ofreciendo explicaciones desconocidas hasta el presente: ¿Cuál es el por qué de lo que existe? ¿Cuál es el sentido de la vida del hombre? ¿Tiene alguna dirección la Historia humana? ¿Quién es y cuál es el papel de Dios? ¿Tiene algún sentido la historia de las religiones surgidas en los distintos contextos culturales? ¿Ofrecen ejes en común? ¿Pueden aportar respuestas aplicables prácticas e inteligibles al hombre del siglo XXI? ¿Tiene algo que ver el Reino de los Cielos con la posibilidad de creación de una sociedad Libre y Fraternal en esta vida?

Las respuestas no son más. Son simplemente mi humilde interpretación personal de las explicaciones dadas por el reverendo Sun Myung Moon. Dado que he simplificado la exposición de las mismas remito al lector que desee mayor precisión y amplitud a los textos originales que cito en la bibliografía, en especial a "El Principio Divino" que es el texto oficial que recoge los fundamentos del pensamiento del reverendo Moon

1. LA NECESIDAD DE RESPUESTAS GLOBALES

Vivimos en una sociedad en conflicto, a finales de un siglo de especial confrontación: Primera Guerra Mundial, Segunda Guerra Mundial, Guerra de Corea, Guerra Fría, Guerra de Vietnam, Guerra del Golfo, terrorismo, hambre, racismo, etc.

Nuestro mundo, la aldea global de Mac Luhan, se resiente de todo ello. El miedo impide la libertad y tanto a escala individual como internacional muchas posibilidades se abortan porque hay que destinar grandes recursos para garantizar la seguridad. Para reducir el miedo hay que destinar ingentes recursos económicos a barrotes, puertas blindadas, guardianes, policías, ejércitos etc.

Y a pesar de todo, la inseguridad deteriora la calidad potencial de vida en la sociedad humana. Hay que renunciar a pasear por los parques cuando llega la noche, o evitar pasar por calles o barrios determinados. Asimismo, el miedo a la crítica que puedan realizar nuestros vecinos, jefes o subordinados, nos obliga a dotarnos de un caparazón, a ser menos espontáneos, a restringir nuestros movimientos, a comprar amigos o aliados, a no decir lo que realmente pensamos, a no preguntar lo que nos interesa y, en suma, a no ejercer nuestra libertad, a alienar nuestra condición humana.

Algo similar ocurre a escala internacional: Hay que mantener ejércitos para prevenir o disuadir un posible ataque por parte de los países limítrofes; hay que mantener alianzas espurias con regímenes dictatoriales sanguinarios para cubrirnos frente a posibles ataques de otros; hay que vigilar para que no roben o expolien nuestros recursos, o para que no contaminen nuestro espacio de soberanía y así sucesivamente. Todo ello hace que la libertad de las naciones sea una libertad fingida, una libertad diplomática, una libertad a la defensiva en lugar de ser una libertad real, una libertad creativa y orientada hacia la construcción de un mundo mejor.

Un mundo realmente libre y en armonía requiere, como condición indispensable, la solidaridad, de forma que ni a escala individual ni internacional quepa el miedo a ser agredidos y ni siquiera el miedo a ser ignorados por los demás. Ahora bien ¿cómo inculcar la solidaridad en el mundo actual y superar los enfrentamientos? Este ha sido el reto de las principales religiones y filosofías, hacer surgir al hombre nuevo, un hombre en armonía consigo mismo y con su entorno, un hombre que se despojaría de la oscuridad y que manifestaría su auténtica naturaleza original, el Hombre Verdadero.

El marxismo lo intentó pero fracasó estrepitosamente. Su error consistió en creer que la solidaridad se podía imponer coactivamente, que se la podía esculpir sobre el alma del hombre sin su participación. Por ello suprimió la libertad de iniciativa económica, la libertad de propiedad, la libertad de opinión e incluso intentó ahogar la libertad de pensar mediante el adoctrinamiento forzoso. Lamentablemente, el resultado fue un régimen de opresión, de esclavitud, no una sociedad solidaria, sino una sociedad en la que el hombre nuevo murió antes de haber nacido.

En los países donde se respetó la libertad de iniciativa y de propiedad privada tuvo lugar un crecimiento económico que impulsó el progreso político y social, la democracia y las conquistas sociales. Sin embargo, el mero ejercicio de la libertad tampoco ha sido suficiente para que surja el hombre nuevo y graves lacras subsisten en los países desarrollados: delincuencia, droga, racismo, focos de marginación, etc. ¿Cómo tomar otro rumbo? ¿Qué hacer para salir de la crisis?

En el plano económico y político la igualdad de oportunidades y la libertad se han manifestado como factores esenciales para el bienestar social. La superación de la crisis no reside en sustituir el sistema de representación proporcional por el mayoritario ni viceversa, ni tampoco en tener un mayor o menor porcentaje de gasto público. Existe un variado abanico de ejemplos en las distintas sociedades desde el liberalismo a ultranza a la socialdemocracia, pero ninguno es la panacea. Cada vez es más evidente que la enfermedad no reside en el sistema sino en los individuos. No son las estructuras la causa fundamental de conflicto sino el comportamiento del ser humano.

La clave del problema requiere que se adopte un esquema de valores morales y éticos, es decir de actitudes y comportamientos, que sean armoniosos y coherentes con nuestro propio ser. ¿Qué es el hombre? ¿Cuál es nuestra naturaleza interior? ¿En qué momento se transformó el ser humano en un ser de conflicto? ¿Cómo puede el hombre cambiar, regenerarse? ¿Cuáles son los patrones correctos de conducta para el ser humano?

Todos estos interrogantes nos empujan a prestar atención a la búsqueda del misterio profundo del ser humano. En esa búsqueda hay que despojarse de fantasías y mitos y hay que apoyarse en la razón y en la experiencia personal. Dos han sido los caminos básicos de busca de la verdad: la razón y la ciencia por un lado, la emoción y la fe por otro. No obstante, en la mayoría de casos, uno y otro han dado lugar a sanguinarias persecuciones y a enfrentamientos fratricidas.

En un mundo en armonía no tendría por qué existir contradicción entre razón y fe, entre teoría y práctica, entre religión y ciencia. La reflexión serena y una amplia apertura de espíritu son las condiciones básicas que nos permitirán ver las limitaciones, tanto de la ciencia como de las doctrinas religiosas, y evaluar con mayor precisión las nuevas teorías e ideas, tanto religiosas como científicas, que vayan surgiendo.

La superación de la crisis del mundo actual no puede basarse en fórmulas mágicas. Requiere respuestas globales que satisfagan la racionalidad del hombre y conmuevan su emoción. La mera convicción intelectual no lleva al hombre al compromiso. A su vez la carencia de fundamentación lógica puede hacerle caer en el fanatismo. Son necesarias por tanto respuestas globales que satisfagan al intelecto y que a la vez despierten la emoción. Sólo sobre el binomio combinado de razón y sentimiento podrá ponerse en marcha, con decisión, la voluntad del hombre, facultad imprescindible para la construcción del Hombre Verdadero.

Las respuestas, para ser suficientemente satisfactorias, deben explicar si existe o no existe Dios, cuál es el origen y el por qué del Universo y del ser humano, cuál es la naturaleza del hombre, cuál es el sentido de su vida, cómo se obtiene la alegría, por qué se introdujo el conflicto en la sociedad humana, de dónde viene la tendencia al mal, si existe una dimensión trascendente cómo es, cuál es la meta de la humanidad, por qué han surgido tantas religiones, qué son los pueblos elegidos, por qué unos y no otros, cuál es el significado de la historia bíblica, por qué vino Jesús hace 2000 años y no antes o después, qué se entiende por Fin del Mundo, cómo y cuándo surgirá el hombre nuevo, etc...

En suma son necesarias respuestas:

- a) nos expliquen la naturaleza de todo lo que existe,
- b) que nos revelen cuál es el propósito de la existencia
- c) que nos definan el ideal del hombre y de la sociedad,
- d) que nos descubran cómo apareció el Mal en el mundo
- e) que nos indiquen la fórmula para erradicar el Mal y cómo construir el hombre nuevo y la sociedad ideal.

2. EL PROPÓSITO DE LA EXISTENCIA

Esta es una de las preguntas principales que el ser humano se plantea: ¿cuál es el propósito de todo lo que existe? ¿Cuál es el propósito de mi propia existencia? Empleemos un método sencillo para buscar la respuesta. Preguntémonos en primer lugar por el propósito de nuestra propia existencia y después veamos en qué medida la respuesta es extrapolable a los demás seres.

Si se pregunta a la gente cuáles son sus objetivos, sus deseos en la vida, la mayoría respondería que desea tener alimentos, ropa, habitación, salud, amigos, esposa, hijos... y si se les pregunta que todo ello para qué, con qué propósito, seguramente dirán que para satisfacer el apetito, para protegerse del frío, para jugar, amar, ser amados, etc.

Si se insiste preguntando por qué desean experimentar esas sensaciones, esos sentimientos, terminarán respondiendo que para sentirse bien, para sentirse felices, para obtener alegría. Esta sencilla y trascendente conclusión es la respuesta a nuestra pregunta: **el propósito de nuestra vida es obtener alegría y éste es a la vez el propósito común y general de todo lo que existe.** Este propósito es un principio universal aplicable a todos los seres y por tanto también al Ser Origen, al propio Dios.

La alegría que puede experimentar todo ser está condicionada por su grado de sensibilidad y conciencia. A mayor sensibilidad y mayor nivel de conciencia corresponde un mayor potencial de alegría. Así cuando genéricamente hablamos de alegría y nos referimos al reino mineral habría que entender que como el reino mineral no tiene sensibilidad, según el nivel actual de conocimientos, la alegría que puede experimentar se reduce a la preservación de sí mismo y a la armonía del orden molecular.

En el reino vegetal se ha demostrado, mediante la colocación de electrodos, la existencia de un cierto grado de sensibilidad que ha permitido detectar que si se acerca fuego a las hojas se produce una excitación eléctrica que desaparece al alejar el fuego. Incluso se afirma que los electrodos registran la excitación eléctrica (¿temor?) de la planta cuando se vuelve a aproximar la persona que acercó anteriormente el fuego, aunque esta vez venga sin él. Por consiguiente la mayor sensibilidad del reino vegetal, tanto para lo bueno como para lo malo, supone que el nivel de alegría que pueden alcanzar los vegetales es mayor que el de los minerales.

En el reino animal, sobre todo en los animales superiores, la sensibilidad está muy desarrollada por lo que pueden experimentar mayores niveles de alegría en la relación, como resulta evidente en la actitud de un perro o de un gato cuando juega con su amo o cuando se le suministra la comida. Además, su capacidad de movimiento le permite disponer de un espacio más amplio en el que poder buscar relaciones que le den alegría.

En el ser humano, la alegría puede alcanzar aún mayor nivel ya que, además de la sensibilidad animal, tiene conciencia de sí y de su entorno, lo que le permite unos mayores

niveles de alegría en la medida en que aumenta su conciencia de lo que le rodea y mantiene una relación armoniosa con ello.

Las relaciones que entabla el ser humano pueden generar alegría y esta alegría puede ser tanto mayor cuanto mayor sea el potencial del ser con el que nos comunicamos, con el que nos relacionamos. Así la relación con el mundo mineral, que nos ofrece un suelo donde apoyarnos, agua para beber o la belleza de una piedra preciosa, puede dar lugar a un primer nivel de alegría. La relación con el mundo vegetal, con seres más próximos a nosotros, seres capaces de responder a nuestros cuidados, a nuestro riego, a nuestro abono, ofrecen la posibilidad de un mayor nivel de alegría, porque les vemos crecer, florecer, emitir aroma, dar fruto...

Un escalón aún más alto de alegría se puede alcanzar en la relación con el mundo animal, con seres que tienen posibilidades de movimiento y que tienen un sistema de instintos que les permite una relación más intensa con el ser humano: nos agrada ver su agilidad, su fuerza, su capacidad de ser domesticados, de jugar, etc.

Resulta obvio, como conclusión lógica, que un nivel mayor de alegría se puede alcanzar en la relación con otros seres humanos que comparten nuestra misma naturaleza consciente, lo que nos permite una comunicación más plena y variada y de mayores posibilidades: dialogar, bromear, planear, investigar, cooperar. De hecho el mayor castigo para un ser humano, no es la muerte física, sino su reclusión forzosa en soledad, en un lugar apartado de los demás seres humanos. ¿A quién le gustaría ser confinado en una isla paradisíaca con casa, vestidos, alimentos y todas las comodidades pero absolutamente separado de todo contacto humano, sin teléfono, radio ni visita alguna? Posiblemente en un contexto así la mayor parte de individuos terminarían considerando que la vida no valía la pena ser vivida.

Alguien podrá señalar que la relación humana no genera alegría y ello es así en muchos casos cuando el antagonismo, el conflicto y la incomunicación, oscurecen esa relación y la hacen desagradable. Lo cierto es que no toda relación, no sólo con los seres humanos, sino con los demás seres, genera siempre alegría. Un suelo que se hunde, una seta venenosa, el zarpazo de un león, dan lugar a poca alegría y por ello hay que preguntarse: ¿Hay acaso algún secreto, alguna receta que permita obtener alegría de toda relación? ¿Cuál es la alegría naturalmente esperable?

Las relaciones entre los seres del mundo visible, están gobernadas por las leyes de la física (gravitatoria, electromagnética, nuclear débil y nuclear fuerte) y por los programas inherentes que impulsan el desarrollo de las plantas y por los instintos que rigen el comportamiento animal. Sin embargo, en el caso del ser humano todos somos conscientes de que esas leyes naturales e instintivas nos son insuficientes. No se nos oculta que ni los instintos, y ni siquiera las leyes dictadas por los hombres, garantizan la armonía y el equilibrio. El ser humano tiene una autonomía que le lleva mucho más allá. Hay en sus relaciones un importante componente de decisión personal y es ahí donde entra en juego ese gran concepto de la religión y de la vida: el AMOR.

¿Qué es? ¿Cómo actúa? ¿Puede llevar a la armonía y a la felicidad? ¿O es una fuerza instintiva más que nos lleva automáticamente a la explotación de los demás y del entorno y que por tanto no es más que otra de las razones de conflicto?

En los capítulos siguientes planeará de forma explícita o implícita la palabra AMOR porque es la fuerza fundamental que tiene y ejerce el ser humano. Las enseñanzas del revdo Moon, definen el amor como una “fuerza emocional que une al sujeto amante con el objeto

amado” y clarifican que esa fuerza debe tener un propósito, heredado del propio Dios, para ser susceptible de crear Armonía. Ese propósito no es otro que “el de hacer crecer al ser amado, respetando su propia naturaleza”. Cuando se actúa con este propósito, la relación se refuerza y se desarrolla y genera armonía y felicidad. Entonces se dice que se está actuando con el modelo de Amor Original de Dios o Amor Verdadero. Por contrario, cuando ese propósito de hacer crecer al ser amado se olvida y queremos explotarlo en nuestro propio beneficio, entonces se le incurre en lo que se denomina Amor Egoísta o Amor Falso, que es el que da lugar al conflicto en las sociedades humana en sus diversas manifestaciones (explotación, robo, asesinato, violación, destrucción de la naturaleza, etc).

3. ¿CÓMO SE LOGRA LA ARMONÍA?

Los grandes secretos del Universo suelen ser principios tan sencillos que su propia evidencia nos induce a priori a descartarlos. En su lugar se suele pretender encontrar respuestas complicadas y oscuras cuya comprensión estaría al alcance de tan sólo un pequeño grupo de escogidos iniciados. Frecuentemente los árboles no nos dejan ver el bosque. Así, para conocer el marxismo se suele sugerir al interesado que acuda al confuso y contradictorio libro, EL CAPITAL, que muy pocos han leído, cuando, en realidad, la esencia del marxismo se encuentra en un pequeño librito "El Manifiesto Comunista", en el que cualquiera puede conocer las ideas básicas del marxismo e incluso deducir el por qué de su fracaso.

Igualmente, la esencia del mensaje de Jesús era y es fácilmente comprensible sin necesidad de acudir a profundos y complicados estudios teológicos. De hecho su mensaje, incluso expresado con sus mismas palabras, ya estaba escrito en el Antiguo Testamento, "*Amarás a Dios con todo tu corazón y con todas tus fuerzas*" (Deuteronomio 6:5) y "*Amarás al prójimo como a tí mismo*" (Levítico 19:18.). Lo único que faltaba era un modelo vivo, el propio Jesús, que lo recalcase con ejemplos sencillos y demostrase, con su propia vida, que era posible llevarlo a la práctica.

El secreto de la obtención de alegría se encuentra en la comprensión y puesta en práctica de principios muy sencillos: La auténtica alegría, la alegría real, es un sentimiento estable, constructivo, que se deriva de toda relación armoniosa.

La armonía requiere que se respete la naturaleza de las partes que participan en toda relación, que se persiga un propósito común y que se sigan los principios universales de relación. Cada parte puede tener intereses contrapuestos con los de la otra. Sin embargo, lo importante para la armonía no es anular unos u otros, sino establecer un correcto orden de prioridades entre los valores en cada contexto.

¿Cuál es este orden correcto de prioridades, cuál son estos valores? ¿Existen realmente esos principios naturales cuyo respeto genera armonía? ¿Existe una ley natural moral y ética? La respuesta es, sencillamente, sí.

La Naturaleza se rige mediante el cumplimiento de leyes físico químicas previamente existentes. El respeto de las leyes físico-químicas es imprescindible para la estabilidad y armonía de los seres físicos (imaginemos qué pasaría si de pronto se modificaran las leyes de disolución de los sólidos y empezásemos a disolvernó al bañarnos en el agua de la playa). De igual forma el respeto a los códigos genéticos e instintos permite a los seres del mundo vegetal y animal, mantenerse a sí mismos como especie y por tanto mantener lo que llamamos el equilibrio ecológico.

Si la vida siguiera reglas anárquicas no tendrían sentido muchas actividades humanas. Por ejemplo, si de la semilla de trigo naciera unas veces maíz, otras patatas, otras pinos, etc, no tendría sentido la agricultura, porque no se sabría qué iba a resultar de cada cultivo. Igualmente si una oveja pariese unas veces leones, otras, serpientes y otras, corderos, tampoco sería posible mantener rebaños. Si los instintos de un perro cambiaran, brusca e imprevisiblemente, de animal de compañía a fiera sanguinaria, raro sería que se le siguiera considerando como el amigo del hombre. Por tanto, la perduración de los códigos genéticos y de los instintos es básica para la existencia de equilibrios en los mundos vegetal y animal.

De forma paralela es razonable pensar que la observancia de ciertos códigos de conducta es lo que haría de la sociedad humana un modelo de armonía. Es necesario dejar claro al lector, para disipar los posibles malentendidos, que la observancia de determinados

códigos no está reñida con la auténtica libertad. De hecho, respetamos muchas leyes en nuestra conducta cotidiana sin que por ello sintamos que se ejerce una restricción a nuestra libertad sino todo lo contrario. Las normas, los derechos, los deberes constituyen una afirmación, un cauce normal para nuestra libertad.

Por ejemplo, dado que nuestro cuerpo físico sólo soporta determinada temperatura, renunciamos voluntariamente a introducir nuestro brazo en un horno a 300° C; igualmente dado que no tenemos alas renunciamos a saltar desde un 4° piso. Ninguna de dichas renunciaciones las percibimos como una agresión a nuestra libertad, sino por el contrario como un conocimiento que nos permite conservarnos sanos, lo cual favorece nuestra libertad. Lo mismo ocurre cuando acatamos las normas humanas que establecen que no se debe cruzar una calle cuando el semáforo está en rojo, que no hay que circular por dirección prohibida, etc, etc. Todo ello no lo consideramos una limitación a nuestra libertad sino una ordenación para nuestra seguridad, para nuestro bienestar, para poder ejercer nuestra libertad sin riesgo para nuestra vida física.

Por tanto se puede concluir, por extrapolación de lo que se puede observar en la naturaleza, que la armonía en la relación no se halla al margen de las leyes naturales sino que, por el contrario, es el resultado de la correcta observancia de éstas. Para descubrirlas conviene analizar la esencia de los procesos de relación.

3.1. LAS POSICIONES DE LAS PARTES EN TODA RELACIÓN

En toda relación hay siempre **dos** partes, aunque alguna de ellas o ambas puedan estar constituidas por una pluralidad de individuos. Por ejemplo, el núcleo y los electrones, o la tierra y la planta, el lobo jefe y la manada, el lector y el libro, el conferenciante y el público, el gobierno y el pueblo. En cada momento de toda relación se puede observar que existe una parte sujeto y otra parte objeto, una parte que dirige y otra que es dirigida. Si ambas partes fueran sujeto o ambos objeto a la vez, la relación no existiría como tal. Por ejemplo, si dos hablan a la vez y ninguno escucha, no hay conversación. Igual ocurre si ambas partes están calladas al mismo tiempo.

La existencia de las dos posiciones, sujeto y objeto, se da tanto a nivel **interno** como **externo**.

Por ejemplo, dentro de toda planta existe una relación entre su código genético y la estructura de la planta. Dentro de todo animal existe una relación entre su cerebro, en el que se encuentran sus programas de funcionamiento y comportamiento (instinto y acumulación de experiencias), y el cuerpo que se rige por aquéllos. En el individuo humano existe una relación entre su yo y su cuerpo al que dirige; entre su cerebro instintivo y los órganos del cuerpo; entre la facultad de pensar y lo pensado, etc, etc.

A nivel exterior resulta evidente la existencia de relaciones entre cada ser y los seres que lo rodean. Por ejemplo, el individuo con el aire que respira, con los objetos que le rodean, con los demás seres humanos, con las instituciones, etc, etc. Todos los seres tienen de forma más o menos inmediata una relación con los seres que les rodean; hasta la más lejana estrella influye, desde el punto de vista de la gravedad, en el equilibrio del resto del universo. Por eso se puede concluir que todos los seres somos de alguna manera interdependientes.

Las posiciones de sujeto y objeto son **relativas** y cada objeto es sujeto de otro objeto y éste a su vez sujeto de otro, etc. Por ejemplo, el núcleo es sujeto del átomo y en torno a él giran los electrones, pero a su vez el átomo es objeto respecto a otro átomo para formar una

molécula y ésta a su vez es objeto de un conjunto mayor y así sucesivamente. En la sociedad humana el Gobierno es el sujeto del pueblo, pero en época de elecciones se invierten las posiciones y el Gobierno (o el Parlamento) adopta la posición objeto, mientras que el pueblo decide y manifiesta su voluntad (sujeto) en el proceso de voto.

Fig. 1. ARMONÍA EN LA RELACIÓN

En unos casos las posiciones sujeto y objeto lo son **por la propia naturaleza de las cosas**. Por ejemplo, el Sol es el centro del sistema solar y por tanto su sujeto natural; el hombre es el sujeto de los animales; éstos lo son de las plantas y éstas son sujeto respecto al suelo. Los padres son el sujeto natural de sus hijos que nunca podrán ser padres de sus padres, etc. etc.

Aunque las posiciones sujeto y objeto lo sean por naturaleza, como es el caso de las ciudades, ello no quiere decir que permanentemente los objetos naturales estén en una posición meramente pasiva frente al sujeto natural. En efecto, aunque los padres cuidan de sus hijos y éstos siempre serán sus hijos, cuando aquéllos se hacen mayores son éstos quienes cuidan e incluso toman decisiones en nombre de sus padres. Igual ocurre con las plantas, que son sujeto natural respecto de la tierra de la que absorben agua y minerales, pero a su vez se transforman en objeto respecto a la tierra misma cuando le entregan sus hojas muertas, su propia materia orgánica, que es absorbida por la tierra.

En otros casos las posiciones sujeto y objeto no lo son por naturaleza sino **circunstancialmente**. Por ejemplo, un conferenciante no es sujeto por naturaleza sino por circunstancia, pudiendo unas veces ser conferenciante y otras espectador (objeto). Igual ocurre con el Gobierno o con el líder, que lo son coyunturalmente en tanto sus seguidores no optan por otro Gobierno u otro líder. También en estos casos los sujetos no son sujetos ni objetos absolutos. Así el conferenciante es sujeto ante su público que ocupa la posición objeto (pasiva) pero en el turno de preguntas y comentarios el conferenciante ocupa la posición pasiva, objeto, al escuchar las reflexiones o preguntas que formula el público que en ese momento ocupa la posición activa (sujeto). También es el caso del Gobierno (sujeto) y del pueblo (objeto) pero ello no quita que el pueblo, en un contexto democrático, pueda hacer oír su voz y formular sus críticas o plantear sus opiniones ante el Gobierno.

3.2. UN ORDEN DE PRIORIDADES INTERNAS

Todo ser para experimentar alegría debe existir. Si no tiene existencia no tiene, obviamente, posibilidad de relación ni sensación alguna. Para mantener su existencia debe respetar un orden de prioridades. Sin ello no es posible existencia alguna.

Así por ejemplo, las fuerzas de repulsión existentes entre los protones (partículas de carga positiva que constituyen el núcleo de los átomos) deben equilibrarse con las fuerzas de cohesión nuclear para que el núcleo se mantenga como tal y no se destruya. Igualmente la fuerza centrífuga que se manifiesta en el giro de los electrones en torno al núcleo debe equilibrarse con las fuerzas de atracción entre el núcleo (positivo) y los electrones (negativos) para que el átomo permanezca como tal.

El crecimiento de los vegetales debe seguir las instrucciones que provienen de su código genético que establecen un orden y unas prioridades en el desarrollo y funcionamiento de los órganos vegetales. Si por una alteración del código genético se hiciera crecer antes el tronco y las ramas que las raíces, éstas serían incapaces de alimentar al árbol y éste perecería.

En los animales existen unas prioridades naturales entre sus diversos instintos, siendo más fuerte el de conservación que todos los demás. Así, el instinto sexual es secundario frente al de conservación, por ello el macho menos dotado renuncia a las hembras ante el ataque del macho más fuerte. Si no fuera así siempre uno de ellos moriría. Igualmente si el hambre fuera más fuerte que el instinto de conservar la vida, el animal no abandonaría su presa en caso de incendio y moriría. Gracias a que prima el instinto de conservación que es el más básico, el animal ante la amenaza del fuego abandona su presa, huye y sobrevive.

Por consiguiente, se puede concluir que el mantenimiento de la mera existencia exige el respeto de un orden de prioridades. De igual forma, la obtención de alegría requiere el respeto de un orden de prioridades. Así, en el caso de los animales, el logro de la alegría a nivel individual, al margen de la que se puede derivar de la relación con los demás seres de su entorno, se produce simplemente permitiendo que funcionen los programas instintivos internos que mantienen el cuerpo de ese animal vivo y saludable.

Igual ocurre con el individuo humano en lo que a su cuerpo físico se refiere. El mero funcionamiento equilibrado y natural de sus órganos produce generalmente una sensación de salud y de satisfacción física. Sin embargo, el ser humano no es sólo un cuerpo físico. Cada individuo tiene no sólo un cuerpo físico con sus instintos sino también un yo con consciencia de sí mismo y de su mismidad. Cada una de estas partes, cuerpo físico y parte trascendente, tienen sus respectivos anhelos.

Así la consciencia, el yo del ser humano, desea obtener alegría de sus facultades, sentimiento, inteligencia y voluntad. El sentimiento busca relacionarse con la belleza, la bondad, los ideales y de esa relación obtener alegría. El intelecto quiere entrar en relación con la verdad y su encuentro con ella le da alegría. La voluntad anhela la actividad (hacer, reflexionar, buscar y descubrir), anhela el bien y realizándolo obtiene alegría. Por ello experimentamos alegría ante un hermoso paisaje, al encontrar la respuesta a un interrogante aunque se trate de un simple crucigrama, al hacer un cuadro, etc...

Por su parte, el cuerpo físico anhela obtener alegría del mantenimiento de su existencia y sobre todo de la satisfacción de su sensorialidad (comer, beber, tener actividad sexual, etc).

Todo ello es natural y por tanto bueno, pero deben establecerse las prioridades adecuadas. ¿Qué se considera de más valor, una persona que orienta su voluntad a hacer el vago (a descansar excesivamente) u otra que es creativa? ¿Quién es más interesante, más atractivo, aquél que busca la verdad, aquél que realiza la bondad, aquél que se mueve por ideales o aquél otro que no cree ni busca nada, o que le da igual la bondad que la maldad o que carece de ideales elevados? ¿Realmente se considera valiosa a una persona cuyo objetivo prioritario es la mera satisfacción sensorial de su cuerpo físico y que supedita a ello todo lo demás, familia, amigos, etc, etc.?

La respuesta es obvia. Sin grandes complicaciones filosóficas, todos tenemos claro lo que es una persona de valor, y la inmensa mayoría coincidimos en cuáles son los personajes históricos a los que consideramos positivos para la Humanidad, aunque en su tiempo hayan tenido una vida de persecución y sufrimiento. ¿Quién no considera personas de valor a Jesús, Buda o Confucio?

La grandeza de esos maestros reside en la ejemplaridad de su vida. Respetaron el correcto orden de prioridades interno que consiste en dar prioridad al desarrollo de los valores espirituales tales como la búsqueda de la belleza, la verdad o la bondad sin por ello negar los valores materiales, ni las satisfacciones del cuerpo físico.

Jesús sentía alegría cuando satisfacía su hambre, su sed o cuando se protegía de las inclemencias del tiempo pero ciertamente valoraba más aún el observar la belleza de los lirios del campo, o el encontrar respuestas a su anhelo de verdad o realizar la bondad, haciendo la voluntad de su Padre al que percibía en su interior. Es decir, el secreto de la alegría de Jesús, al igual que el de muchas personas santas de hoy, se fundamenta en el respeto de una correcta moral que sin negar lo material lo supedita a lo espiritual.

3.3. UN ORDEN DE PRIORIDADES EXTERNAS

La posición de todos los seres de la naturaleza es relativa. Así, la tierra es el centro respecto a la luna, pero a su vez es periférica respecto al Sol. Una pared es central respecto a los ladrillos que la constituyen, pero a su vez es simplemente una parte respecto al edificio en su conjunto. Un director de empresa es central respecto a sus empleados, pero al mismo tiempo se halla supeditado a la empresa, ya que si ésta no existiese aquél no podría ser director.

Al igual que es necesario un orden de prioridades internas para la existencia armoniosa de cada ser, también es necesario un orden de prioridades de comportamiento, que rija las relaciones con los demás seres, para que se consiga un entorno armonioso. Por observación de la Naturaleza se puede deducir cuáles son los principios que dan lugar a que la Naturaleza, el medio ambiente, exprese una sensación de equilibrio y armonía.

En una manada de animales, los jefes de manada gozan de ciertos privilegios frente al resto de individuos: son los que primero se alimentan de la presa que han cazado, son los que se aparean con las hembras en la época de celo. Ahora bien, esas ventajas están supeditadas al cumplimiento de su papel al servicio de la manada: el jefe es el primero que se enfrenta y dirige al ataque contra otros animales que pretenden atacar a algún individuo de la manada. También es el primero que se lanza al ataque sobre la presa, corriendo en muchos casos el riesgo de ser herido mortalmente. Sólo en la medida en que de verdad sirven al interés general de la manada permanecen como jefes.

Es decir, hay un equilibrio entre su propio interés y el interés del conjunto. Si no lo hacen, su lugar es ocupado por otros miembros de la manada. Son sustituidos por individuos más jóvenes y más fuertes, capaces de prestar mejor servicio a la manada.

En el reino vegetal también encontramos armonía, un equilibrio de intereses. Los vegetales se nutren del suelo sobre el que se asientan pero al mismo tiempo lo protegen contra la erosión. Si se plantan especies inadecuadas en una ladera y se deja a las fuerzas de la Naturaleza actuar de forma autónoma, las lluvias y el viento afectarán gravemente al suelo y esa planta, no apta para proteger a éste contra la erosión, también morirá cuando las lluvias terminen por arrastrar al suelo. Parece, pues, observarse que en la Naturaleza el egoísmo a ultranza no permite el equilibrio y la armonía.

Las leyes inexorables de la Naturaleza reprimen toda actuación que vaya contra el interés del conjunto y fuerzan a preservar el equilibrio ecológico. Así, si una especie prolifera demasiado porque hayan desaparecido sus predadores naturales, llegará un momento en el que no encontrará suficiente alimento (hierba si son herbívoros y otras presas si se trata de carnívoros). Entonces muchos miembros de esa especie superpoblada morirán y su número disminuirá hasta que llegue a un tamaño compatible con el equilibrio ecológico. Esto es válido también para el ser humano. Si se esquilman los recursos naturales de la región donde se vive, termina cayendo la producción, aparece el hambre lo que facilita la aparición de epidemias y la consiguiente reducción de la población.

Por consiguiente, el principio de respeto al interés del conjunto es la prioridad fundamental que debe asumir el ser humano; pero no meramente como una ley ciega e inexorable, que no hay más remedio que acatar, sino resaltando sus aspectos positivos. ¿A quién no le agradaría una sociedad en la que los ciudadanos, en caso de conflicto entre su interés y el interés general, se inclinaran por éste?

Si en lugar de tirar los papeles al suelo, por comodidad personal, nos esforzáramos en echarlos a la papelera, tanto nosotros como los demás podríamos disfrutar de un entorno limpio. Si nos preocupáramos por el estado de ánimo y por la situación de los demás, nadie experimentaría la angustia de sentirse solo en la gran ciudad. El que fuera ayudado en situación de necesidad procuraría dejar de ser gravoso para el conjunto tan pronto en cuanto pudiera, con lo cual no habría lugar para temer a los "aprovechados" de la sociedad de bienestar. Cada uno consideraría a los impuestos como la contribución justa que debe hacer a la sociedad y los pagaría con honestidad. El clima de trabajo en la empresa o en la oficina pretendería el bienestar del conjunto por lo que no habría lugar ni a la explotación por parte de los jefes, ni al escaqueo por parte de los empleados. Tanto unos como otros serían conscientes de que actuar así iría en detrimento de las relaciones de confianza y daría lugar a las habituales tensiones, tan frecuentes en la sociedad actual, y que a tantos les hacen maldecir el lugar de trabajo al que dedican, al menos, un tercio del tiempo de su vida.

Este mismo principio de pensar en los demás, aplicado al resto de las relaciones humanas, haría cordiales las relaciones con la familia, con los vecinos, y daría lugar a una sociedad en la cual, aunque seguiría existiendo el cansancio tras el esfuerzo físico y posibles conflictos circunstanciales, todo estaría dominado por un espíritu de buena voluntad, de entendimiento, de cooperación y de reconciliación que transformaría radicalmente la vida del hombre y las relaciones sociales.

El ser humano debe llegar a darse cuenta de que existen unos principios naturales que garantizan la armonía en la relación y que permiten obtener alegría, felicidad. Desgraciadamente estos principios no llegaron a ser entendidos y asumidos por la primera pareja humana, como se explicará más adelante, y su descendencia, la sociedad humana, es una sociedad de conflicto. Por ello resulta fundamental descubrir los principios naturales de armonía y lograr llenar de alegría nuestra vida y la del entorno.

4. ¿Y DIOS QUÉ TIENE QUE VER CON TODO ESTO?

Si el propósito natural de todos los seres es obtener alegría mediante relaciones de armonía y si la armonía se basa en la aplicación de ciertos principios naturales, resulta lógico pensar que este propósito natural y esos principios naturales se hallaban en el Ser Origen. Pretender que esos principios surgieron de la nada, porque sí, no resulta muy científico. La ciencia afirma que de la nada, nada surge, luego resulta lógica y científicamente aceptable la hipótesis de que, tanto esos principios naturales de relación como el propósito de obtener alegría, no surgieron de la nada, sino que eran inherentes a la esencia del Origen, del Ser Original.

Aplicando el principio científico de que nada se crea ni se destruye sino tan sólo se transforma, es razonable concluir que la esencia de todas las cosas que existen no surgió de la nada, sino de un Ser increado, eternamente existente. Los científicos llegan hasta el Big Bang, o explosión inicial que dio lugar al universo, pero ¿qué había antes? ¿De dónde, cómo y por qué surgió ese Big Bang? Hablar de ello es hablar de lo que la filosofía llama el Ser Original y de lo que las personas religiosas llamamos Dios. Cabe entonces preguntarse, ¿qué ser era ese Origen, cuál era su esencia, qué principios, qué leyes contenía inherentes dentro de sí mismo? O, lo que es lo mismo, ¿quién es Dios? ¿Cómo es Dios? ¿Por qué hizo la creación?

4.1. LA POLARIDAD EN LA NATURALEZA

Si observamos el Universo, encontramos que todos los seres están divididos en polaridades: hombres y mujeres, en la especie humana: machos y hembras, en el reino animal; estambres y pistilos, en el reino vegetal; cationes y aniones, átomos con valencia negativa y átomos con valencia positiva, protones, electrones, en el reino mineral. Se puede por tanto deducir que el Origen debió contener una Polaridad original, es decir, la esencia de la masculinidad y la femineidad. Esta conclusión tiene claras resonancias orientales: El Tao, constituido por el Yin (lo femenino) y el Yang (lo masculino).

Fig.2. DUALIDAD HORIZONTAL DE LOS SERES

Es evidente que existe lo alto y lo bajo, las montañas y los valles, lo salado y lo dulce, lo caliente y lo frío, el Sol y la Luna, etc, etc. Todo ello es polaridad y nada más que polaridad. Surge entonces un interrogante: ¿dónde se sitúa lo bueno y lo malo? Si lo bueno lo atribuimos al Yang, o lado masculino, se quejarán las mujeres y si lo situamos en el lado femenino, en el Yin, lo harán los hombres. Como es obvio nadie encuentra justo que se atribuya a un sexo sólo, en exclusiva, la naturaleza buena y al otro la mala.

Aparte de este difícil dilema, aún hay algo peor: si la maldad y la bondad son aspectos inherentes de la polaridad del Origen, ello implicaría que Ormuz y Arimán, el Bien y el Mal, son coexistentes desde el origen. Por tanto existen desde siempre, se han plasmado en cada ser y tan natural es ser bueno como ser malo. La triste conclusión que se derivaría de esta hipótesis es que nunca se podrá erradicar la maldad, ya que es algo natural y la naturaleza de los seres, por definición, no es modificable.

Por consiguiente, sería absurdo pensar en alcanzar la armonía, pues siempre surgirá la contradicción, siempre reaparecerá la maldad y anulará la alegría. Si se acepta que el Bien y el Mal son y serán eternos no queda mucho lugar para la esperanza. Cabe entonces

preguntarse: ¿por qué luchar contra el mal si es irremediable? Tal vez sea natural que unos estén en la miseria y que otros naden en la abundancia. Tal vez sea natural que unos hayan nacido para reyes y otros para esclavos. Tal vez sea natural, como decía Hobbes, que el hombre sea un lobo para el hombre y que el único camino para la paz sea la represión policial y el miedo al castigo.

Sin embargo nuestro anhelo de justicia se rebela contra este fatalismo; algo nos hace rechazar la validez de la supervivencia del más fuerte, como ley de la sociedad humana. Algo nos dice que hay que dar a cada uno lo suyo, que el Bien llama al Bien y que nuestra libertad nos permitirá construir un mundo de armonía en el que el conflicto sea secundario y excepcional.

Algo en nuestro interior nos dice que lo bueno y lo malo no son meras manifestaciones de la polaridad, que el Bien y el Mal no pueden identificarse con la naturaleza del Yang ni del Yin, que no se hallan en la naturaleza de la Masculinidad ni de la Femenidad Original. Por consiguiente, debe haber algo más en la estructura del Origen que permita explicar qué es lo bueno y qué es lo malo y cómo surgió esa diferenciación.

4.2. PARTE DIRIGENTE Y PARTE DIRIGIDA EN LA NATURALEZA

La observación de los seres del Universo muestra que todos tienen una estructura similar, todos tienen una parte que dirige y otra que es dirigida, una parte de la que procede la decisión y otra que la acata. Una que es responsable y otra que ejecuta. Así los seres humanos tenemos la mente, que dirige al cuerpo físico; los vegetales tienen sus leyes relativas a la absorción de nutrientes, fotosíntesis, etc. que dirigen el funcionamiento de su cuerpo físico; las moléculas tienen las leyes de atracción molecular que actúan sobre los átomos, que constituyen la molécula; los átomos tienen sus leyes de atracción y repulsión atómica que mantienen la relación entre sus partículas, los protones y los electrones; las partículas tienen sus leyes que actúan sobre la energía conformándola y manteniéndola como tal partícula determinada.

Fig.3. DUALIDAD VERTICAL DE LOS SERES

La existencia de dos planos, el dirigente y el dirigido, sugiere una hipótesis: el Mal no es un aspecto intrínseco a la naturaleza, como lo son lo masculino y lo femenino, sino simplemente la manifestación de una decisión errada. En la medida en que al Tao, al Yin y al Yang, le añadimos otro plano, dirigente y dirigido, queda abierta la puerta para una explicación sobre la naturaleza del Mal que no sería una manifestación del Yin ni del Yang sino una decisión errada y que por tanto puede ser corregida. En la medida en que se deje de actuar erradamente, el mal desaparecerá y no existirá más. En capítulos posteriores se explica cuál fue esa decisión, por qué se produjo y cómo puede ser corregida.

4.3. ¿CÓMO ES DIOS?

Si todos los seres del Universo tienen una parte que dirige y otra que es dirigida, esta misma estructura debe existir también en el Ser Origen. ¿Cuál sería la parte dirigente en Dios? Debe ser la **esencia de la parte dirigente de todos los seres**, es decir debe contener: las leyes, los instintos y, puesto que el espíritu del hombre lo tiene, el Yo con sus facultades de sentimiento, inteligencia, voluntad. En suma, la parte sujeto o parte dirigente de Dios

tendría Yo, consciencia del Yo, sentimiento, inteligencia, voluntad y leyes y por tanto sería un ser personal, no una mera fuerza impersonal que mueve el universo.

Y ¿cuál sería la parte dirigida del Ser Original? De forma análoga podríamos decir que **debe ser la esencia de la parte dirigida de todos los seres** del universo, es decir la esencia del cuerpo de todos los seres del universo. Todos los cuerpos están constituidos de materia y la ciencia nos dice que la materia es energía. Por tanto se podría decir que la esencia del cuerpo de todos los seres es la energía y por consiguiente, la parte dirigida del Ser Original, lo que se podría calificar como cuerpo del Ser Original, sería la Energía Primigenia, la Energía Original.

Esta concepción del Ser Original, llamado Dios, supera el conflicto que la filosofía de Santo Tomás de Aquino ocasionaba con la ciencia. Según el pensamiento tomista, Dios era espíritu puro y *creó la materia de la nada*. La ciencia rechaza esta tesis ya que sostiene que la energía o materia ni se crea ni se destruye sólo se transforma. Cualquier teoría que admita que algo se sacó de la nada no resulta aceptable para el mundo científico. Sin embargo, si se admite que en la esencia de Dios se hallaba también la energía, se puede decir que es de su propia materia de donde Dios creó a los seres que existen.

En resumen, el Ser Original, llamémosle Dios, estaría formado por una parte sujeto: Su Espíritu, Su Yo, las leyes, las ideas y por una parte objeto: Su Energía Original. Además ambas partes, sujeto y objeto, tendrían polaridad, como son las partículas positivas y negativas de la energía y los aspectos complementarios del sentimiento: dulzura- firmeza; del intelecto: análisis-síntesis y de la voluntad: receptividad-actividad.

4.4. ¿POR QUÉ DIOS CREÓ EL UNIVERSO?

El Ser Original, incluía la esencia de todo lo que existe: en El estaba la Conciencia, las facultades (sentimiento, inteligencia, voluntad), las leyes y la energía original. Esta esencia se desarrolló, impulsada por Dios, manifestándose en seres cada vez más complejos hasta dar lugar a todo lo que existe. El hombre ha anhelado siempre encontrar respuesta a una pregunta: ¿por qué fue creado el Universo? **¿Cuál fue la motivación de Dios** para realizar el proceso de creación?

La respuesta es sencilla a pesar de su profundidad: todos los seres de la Naturaleza tienen el propósito común de obtener alegría, por tanto en Dios se encontraría también el Propósito Original de obtener alegría. El Ser Original, Dios, sentía un impulso procedente de lo más profundo de Sí mismo, de su Corazón y esta fuerza le empujaba a **buscar alegría**, los niveles más altos de alegría mediante el amor. El Corazón de Dios se definiría así como la parte más interna de Su ser, en la que radica lo que es el motor de todo: el anhelo de obtener alegría.

El encontraba alegría en Sí mismo, en la relación interna entre su masculinidad y su feminidad, entre su aspecto interno (Yo) y su aspecto externo (las ideas, la energía original). No obstante, anhelaba una alegría de nivel superior, anhelaba relacionarse con seres conscientes, con seres que le pudieran comprender, con hijos suyos. Dios deseaba que su ansia de amar pudiera realizarse dando su amor a otros seres que fueran como Él. Deseaba poder tener objetos hacia los que dirigir Su amor, objetos del máximo valor. Su mente concibió al hombre como Hijo Suyo y decidió crearle.

Fig. 5. DIOS NECESITA AL SER HUMANO

Ello le llevó a iniciar un proceso de creación para preparar el entorno en que Sus hijos deberían vivir. Así creó primero el plano espiritual, el mundo angélico, y luego el plano material, minerales, vegetales y animales. Por último creó al hombre, a Su imagen y semejanza, con la finalidad de que pudiera ser el coordinador entre ambos planos. Cada individuo humano sería, temporalmente durante su vida física, coordinador entre ambas dimensiones y tras la muerte física pasaría eternamente a la dimensión espiritual. El hombre como especie, como conjunto de seres humanos, sería el coordinador entre ambos planos.

Si el hombre hubiera asumido unas pautas armoniosas de comportamiento, es decir una conducta moral y éticamente correcta, habría sido reconocido como Hijo de Dios (*“a los que le recibieron les dio la potestad de venir a ser hechos hijos de Dios”*. Jn 1:12). Dios, entonces habría podido experimentar una alegría de máximo nivel en su relación con los hombres a los cuales habría amado paternalmente primero; fraternalmente después, al crecer éstos como Hijos de Dios maduros y finalmente incluso filialmente, puesto que a Dios le hubiere gustado dejarse acariciar como un niño en manos del hombre, Su hijo. Esto último puede sonar extraño pero si los adultos deseamos a veces que nos quieran y que nos mimen como a niños ¿por qué El no iba a desear experimentarlo?

En suma, el Universo que vemos fue creado por Dios como expresión de Su creatividad con la finalidad de acoger y posibilitar el crecimiento de Sus hijos, los hombres, durante su etapa de vida física. El objetivo final de este proceso de creación era poder llegar a establecer relaciones de amor del más alto nivel con Sus hijos, los hombres.

5. ¿CUÁL ERA EL PLAN DE DIOS PARA EL SER HUMANO?

El hombre no fue la culminación de un proceso evolutivo sino la meta de antemano prevista por Dios. Primero, como entorno para el hombre, Dios creó los reinos mineral, vegetal y animal. Después creó al ser humano, hombre y mujer, a su imagen y semejanza, los creó como Hijos Suyos, como el potencial de Hijos de Dios. De hecho el propio Jesús cuando los judíos le recriminaban el que se atribuyera autoridad de Dios les respondió refiriéndose a versículos del Antiguo Testamento "*¿No está escrito en vuestra ley: Yo dije, dioses sois?*" (Juan 10:34).

En el mundo que vemos los hombres estamos tan lejos de asemejarnos a hijos de Dios que cuesta imaginar como sería una sociedad constituida por hijos de Dios. Cabe preguntarse: ¿cómo se hubiera plasmado este proyecto en el día a día de la vida de Adán y Eva y de sus descendientes? ¿Necesitaríamos comer? ¿Habría vejez y muerte? ¿Qué tipo de relaciones mantendríamos con todos los seres que nos rodearan?

El plan de Dios para el hombre, el que le conduciría a la felicidad era eterno y por tanto sigue siendo el mismo hoy e igual seguirá mañana. La Biblia lo resume en palabras muy sencillas y escuetas en el Génesis 1:28 en las llamadas tres bendiciones, "*Creced, multiplicaos y dominad la Tierra y enseñorearos sobre todo lo creado*", cuyo significado profundo ha sido desconocido para el hombre, expulsado del Paraíso bíblico.

En el mundo que conocemos el hombre crece. Primero es niño, luego adulto y por fin muere, pero el crecimiento no le aumenta su felicidad sino más bien al contrario. Generalmente añora la etapa en que era niño. Después, en la fase adulta, el hombre se multiplica, se reproduce, tiene descendientes y comparte con ellos penas y alegrías y termina transmitiendo a las generaciones siguientes una herencia de conflictos. Por último, el hombre domina cada vez más la Tierra, mediante el desarrollo tecnológico pero la contamina, la destroza y como consecuencia la humanidad se ve amenazada por el agujero de ozono, la deforestación, la sequía y la contaminación.

Por ello, a los ojos de muchos, las tres bendiciones bíblicas se presentan casi como tres maldiciones de hecho, que simplemente reflejan la dinámica natural de la vida humana y que en ningún modo ofrecen solución para que el hombre encuentre la felicidad. Ello se debe a que el hombre alienado, el hombre "extraño, ajeno a sí mismo", que surgió como consecuencia de la Caída Original, quedó sumido en la confusión y emprendió una vida contradictoria en la que los árboles le impiden ver el bosque.

Sin embargo, el plan de Dios para el hombre, la esencia de la Verdad, es sencilla de entender y fácilmente perceptible para los "pobres de espíritu", es decir para aquéllos que tienen un espíritu abierto y están dispuestos a buscar respuestas sin anclarse en prejuicios ni en dogmas indiscutibles.

5.1. EL SIGNIFICADO DE LAS TRES BENDICIONES BÍBLICAS

El significado de las tres bendiciones se explica mediante una estructura, común a todas las relaciones, llamada base de cuatro posiciones o base cuádruple, cuyo esquema gráfico es un rombo en el que Dios se sitúa en el vértice superior, las partes que se relacionan, en los dos vértices intermedios y el resultado de la unión de esas partes en el vértice inferior.

La primera bendición, CRECED, quería decir que el individuo humano debía crecer en su doble dimensión física y espiritual para alcanzar la perfección individual. El cuerpo físico del ser humano de forma natural crece hacia la perfección. Al igual que el de cualquier otro animal, el cuerpo físico desarrolla sus órganos y realiza todas sus funciones fisiológicas de forma automática. El corazón late, el estómago digiere, los pulmones toman oxígeno, etc, etc, sin que el individuo tenga que tomar decisión alguna para ello. Toda la dinámica de la vida física, incluida la muerte, es algo natural que se rige según las leyes de Dios. En suma, el cuerpo físico del ser humano, al igual que el de los demás seres, sigue automáticamente las leyes naturales y funciona según el diseño que Dios le dio y de esta forma crece hacia la perfección.

De forma análoga la parte espiritual del ser humano tendría que crecer hacia la perfección siguiendo las leyes de Dios. Sin embargo, mientras que para el crecimiento del cuerpo físico no hay que dar ninguna instrucción a nuestros órganos, para crecer espiritualmente es necesario, en ejercicio de nuestra libertad, asumir nuestra propia responsabilidad y encaminar nuestro desarrollo espiritual en una dirección determinada. Esta dirección consiste en identificarnos con los principios de armonía de nuestro Padre Dios.

Es decir, el ser humano, para crecer hacia la perfección espiritual, debe adoptar un correcto orden de prioridades internas dando prioridad al desarrollo de las facultades del espíritu sentimiento, intelecto y voluntad y, en consecuencia, orientando su vida hacia la búsqueda de la belleza, de la verdad y de la bondad. Así el individuo realizaría su naturaleza divina y se transformaría en un individuo de valor, en un hijo de Dios. No rechazaría ni renunciaría al progreso material ni a los placeres que su sensorialidad, dada por Dios, le pudiera aportar, sino que simple y naturalmente los subordinaría al progreso espiritual y al placer que le produciría la experiencia de la belleza, la verdad o la bondad. Un individuo así se sentiría con plena libertad interior pues tendría asumido un correcto orden de prioridades entre los anhelos que provienen del cuerpo físico y los que provienen de su espíritu. Como consecuencia tendría: ganas de vivir, facilidad para controlar la pereza, tendencia natural a buscar lo más elevado, etc, etc.

La segunda bendición, MULTIPLICAOS, significa que el ser humano, tras haberse perfeccionado individualmente, pasaría a una etapa de relación más compleja y más profunda, como es la de la vida en matrimonio. Previamente a esta experiencia, habría experimentado diversos tipos de relación con otros seres humanos, en el contexto familiar y social. A través de las relaciones con sus padres, con sus hermanos, con los demás individuos **habría aprendido el amor verdadero**, para después adentrarse en la experiencia del amor conyugal y paternal.

El amor es una fuerza emocional que parte del sujeto amante hacia el objeto amado y que crea una unidad entre ellos, entre el artista y su obra, entre padres e hijos, entre los amigos, etc, etc. Existe el amor falso y el amor verdadero. El ladrón "ama" con codicia el objeto que roba, el criminal "ama" con deseo a la mujer que viola, el dictador sanguinario afirma que "ama" a su pueblo, a su raza o a su patria. Todos ellos se sienten emocionalmente ligados, atraídos por el objeto amado (el cuadro robado, la mujer víctima, la patria, la raza, etc), pero se trata de un amor falso, incorrecto.

Entre el amor falso y el amor verdadero hay una diferencia radical. En el amor falso, el amante busca esencialmente y antes que nada su propia alegría y satisfacción, no le importa explotar, aprovecharse del ser amado. Por el contrario en el amor verdadero, el

amante, en su relación con el amado, tiene el propósito de contribuir a la felicidad natural del amado, impulsándolo a que viva según su propia naturaleza. La motivación esencial de quien ama con amor verdadero es desarrollar, hacer crecer, hacer prosperar al objeto amado.

El amor verdadero encamina los actos a dar a los demás aquello que realmente contribuye a hacerles felices. El amante verdadero orienta su actuación a servir al bienestar del entorno aunque ello le suponga supeditar voluntariamente su propio interés al interés del conjunto, en el caso en que éste entrara en conflicto con aquél. De hecho esto es lo que ocurre frecuentemente en el amor maternal o paternal, que es el tipo de amor que la sociedad considera más puro, más verdadero. Los padres sacrifican en muchos casos sus apetencias, sus anhelos particulares, por dar a sus hijos lo mejor.

En todo caso el sacrificio del interés personal al del conjunto no debe entenderse como una sumisión ciega de nuestros actos a cualquier deseo de los demás. Nuestra actitud debe depender de la naturaleza de lo que los demás soliciten. La posición activa de quien toma la decisión conlleva siempre una responsabilidad sobre sus actos de la que no puede eximirse con el pretexto de que "lo hice porque me lo pidieron".

El interés del conjunto sólo es de más valor que el interés particular cuando respeta el orden de prioridades naturales establecidas por Dios. Por ejemplo, no porque un conjunto de amigos nos pida que les acompañemos a cometer un crimen debemos apoyar "el interés de este conjunto de amigos". Existe un interés de mayor valor, en el resto de la sociedad que rechaza la delincuencia, que debemos defender no aceptando la petición de esos "amigos".

Entonces ¿qué hacer cuando, como en Sodoma (Génesis 19), el resto de la sociedad, la mayoría como un todo, le pide a Lot, el sobrino de Abraham, que colabore al "interés general" entregando a los ángeles que le visitaban para que los violaran? Aun en este tipo de situaciones el individuo, que se encontrara solo frente a la opinión del resto de la sociedad, debería recordar a todos que por encima de la opinión "democrática" hay algo de mayor valor y alcance como son las leyes de Dios, que establecen que hay que dar prioridad a lo espiritual frente a lo material, cuando ambos deseos entran en conflicto.

La democracia y la decisión de la mayoría no son siempre el supremo valor y de hecho muchos son los ejemplos de la vida social y cotidiana en que se deben rechazar determinadas propuestas de la mayoría. Por ejemplo, el nazismo era rechazable, aunque Hitler llegó al poder por vías democráticas; los derechos humanos fundamentales están por encima, como se reconoce hoy en día, de las leyes y normas que un determinado Parlamento apruebe en un momento de la Historia; los profesores deben cumplir su deber de enseñar aunque los alumnos prefieran ir al patio a tomar caramelos; un conductor de autobús de línea que viaja de Madrid a Valencia no puede tomar dirección hacia Sevilla sólo porque lo haya así decidido la mayoría de pasajeros, etc, etc. Aprender a decir no, también forma parte del verdadero amor y del servicio a la Humanidad.

Adoptando la actitud correcta el individuo, tras haber empezado a comprender y a vivir el amor verdadero en la vida familiar y social, estaría maduro para una relación aún más profunda pero también más difícil: el matrimonio. En esta nueva etapa podría experimentar el amor más íntimo, el amor conyugal, y heredar el poder creador de Dios, engendrando hijos con los cuales podría experimentar el amor paternal y recibir el amor filial. Así podría comprender mejor el corazón de sus padres y del Primer Padre, Dios.

Fig. 7. LAS TRES BENDICIONES BÍBLICAS

El alcance de la segunda bendición, MULTIPLICAOS, no queda restringido a las relaciones estrictamente familiares. El plan de Dios era que consideráramos al resto de la Humanidad como una ampliación de nuestra propia familia. La familia sería la escuela del amor a partir de la cual aprenderíamos la correcta relación con el resto de los seres humanos. Los amigos y amigas serían para nosotros como otros hermanos y hermanas; los jefes, profesores y autoridades como representantes de nuestros padres y los subordinados, alumnos o dependientes, equivalentes a nuestros hijos. La humanidad constituiría así una gran familia mundial en la que todos nos sentiríamos incluidos y en la que seríamos plenamente solidarios con los demás. La solidaridad, el amor verdadero, nos daría plena libertad pues nuestras intenciones serían siempre positivas y podríamos mirar limpiamente a los ojos de los demás, sin ocultar oscuras intenciones. La verdad, la sinceridad, sería un elemento fundamental en nuestro día a día y la reciprocidad de esta actitud darían lugar a una sociedad libre en la que no tendríamos miedo alguno a ser engañados, a ser manipulados.

La tercera bendición, DOMINAD LA TIERRA, significa que el individuo perfecto, la Humanidad perfecta, debería ser como el señor del Universo, cuidándolo como su propio jardín, como su propia casa y tratando a cada ser de la creación según su propia naturaleza. Así por ejemplo, el hombre no pondría a un pájaro debajo del agua porque éste, por naturaleza, necesita aire; por el contrario, no pondría al pez en tierra porque éste necesita estar en el agua para poder vivir. Es decir, trataría a todos los seres del entorno, según su naturaleza, evitando la destrucción del medio ambiente.

Ello no le impediría cazar ni pescar para comer, o fumigar los mosquitos, ya que estas actuaciones forman parte de la dinámica natural del mantenimiento de los equilibrios ecológicos. Debe tenerse en cuenta que existe un orden natural, como es el ciclo de nacimiento, madurez y muerte de toda vida física. Igualmente existe un orden natural de asimilación y desasimilación, que va de los minerales al hombre y vuelve al mineral.

Innumerables tipos de seres, microscópicos y no microscópicos, insectos, peces, aves y mamíferos, forman parte de esta cadena natural de asimilación de las distintas formas de materia. El suelo sirve de alimento a las plantas, éstas a los herbívoros y éstos a los carnívoros. El propio cuerpo del ser humano se corrompe y es devorado por los gusanos tras la muerte.

Algunos creen ver en la creación la existencia de una crueldad natural y aluden a las sangrientas escenas en las que un león da muerte y devora a una gentil gacela. De ahí surge la máxima, "el pez grande se come al chico", que ha sido extrapolada para justificar las diversas formas de explotación del débil por el fuerte y, finalmente, del hombre por el hombre. Eso es una conclusión equivocada.

Todos los seres están creados para servir al entorno físico y cumplen su función cuando así lo hacen, aunque ello conlleve su propia destrucción. En todo proceso de la vida física los seres se entregan total o parcialmente para que otros vivan. Los minerales del suelo son absorbidos por los vegetales, éstos son comidos por los animales, los excrementos de éstos abonan el suelo y así sucesivamente. Un hermoso fruto tiene, como propósito esencial, dejar salir la semilla y dar nueva vida, aunque para ello deba marchitarse, corromperse y abrirse. En la especie humana, la madre acepta voluntariamente que su belleza y lozanía puedan verse perjudicadas por el embarazo; se sacrifica por sus hijos, por su maternidad. Luego, ambos padres asumen con alegría la carga de cuidar y

alimentar a los hijos y de trabajar para allegar recursos para mantenerlos y educarlos lo mejor posible.

Por tanto, cabe concluir que no hay crueldad voluntaria en la naturaleza sino meros ciclos naturales de vida, en los que el vivir unos para otros es un principio que forma parte de la vida cotidiana. El ser humano debe ser especialmente sensible pero no caer en la sensiblería. No debe incurrir en la actitud de destruir gratuitamente la vida de los seres del entorno, pero puede utilizarlos con amor y sabiduría. Hay que tener en cuenta que el hombre, mediante su inteligencia y su creatividad, tiene un potencial de crear vida que supera con creces a las vidas de vegetales y animales que tenga que sacrificar para satisfacer sus necesidades de alimento y abrigo.

En una sociedad ideal, el hombre desarrollaría diversas formas de energía, que no perjudicaran al entorno, embelleciéndolo y haciendo que la vida (y no la muerte) reine por doquier. El medio ambiente aportaría al hombre lo necesario para sus necesidades físicas y, a su vez, sería tratado con respeto, con cariño por el hombre, señor de la creación. Los residuos de la sociedad humana serían reciclados y el hombre protegería con agrado, y no a la fuerza, los equilibrios ecológicos y desarrollaría las tecnologías adecuadas para atender las necesidades humanas y, a la vez, respetar el entorno para mantener este hermoso universo.

Estas tres bendiciones resumen el plan de Dios, cuya puesta en práctica habría dado lugar al Reino de los Cielos o sociedad utópica, con la que los hombres han soñado desde siempre. En ese Reino, Dios se habría sentido contento con Sus Hijos y habría podido recibir el cariño de éstos. La vida del hombre transcurriría en un escenario dinámico y feliz en el que todas las relaciones estarían impregnadas de amor, en el que la ciencia, el arte y la sabiduría serían crecientes, y en el que la muerte física no implicaría ni angustia ante lo desconocido ni separación de los seres queridos. La íntima y continua relación que existiría entre la dimensión física y la dimensión espiritual harían entender y sentir la muerte física del hombre como un mero paso, como la mera acción de desechar un instrumento que hubiera quedado inservible. El cuerpo físico, al igual que unos zapatos viejos y rotos, quedaría a un lado y la esencia del hombre su Yo y su cuerpo espiritual seguiría viviendo para siempre en la dimensión espiritual.

6. LA DIMENSIÓN FÍSICA Y LA DIMENSIÓN ESPIRITUAL DEL SER HUMANO

El hombre tiene una dimensión física y otra espiritual. La mayor parte de seres humanos no es capaz de percibir la existencia de la dimensión espiritual, lo que ha llevado a muchos a considerar que el Más Allá es mera fantasía y que por tanto carece de existencia real alguna. Sólo la percepción de la dimensión espiritual puede ofrecernos la evidencia de su existencia.

En ausencia de dicha percepción, que es algo personal e intransferible, se ofrece al menos una teoría que explica las relaciones entre la parte física y la parte espiritual del hombre y el funcionamiento de ésta tras la muerte física. A toda teoría que se pretenda científica no se le puede pedir a priori otra cosa que tener una estructura lógica y estar dispuestas a ser contrastada con los resultados que se deriven de la observación y de la experimentación. En la medida en que la teoría que ahora se expone tenga consistencia lógica y ofrezca explicación a los fenómenos paranormales de que tanto se habla hoy y a las experiencias espirituales personales, será razonable admitir su validez intelectual, al menos en tanto no se conozca otra teoría que ofrezca una explicación más satisfactoria a los fenómenos espirituales.

El hombre tiene dos partes la espiritual y la física. Ambas están, a su vez, divididas en otras dos: una que dirige y otra que es dirigida. En la dimensión física, la parte directora es el cerebro y la dirigida, el resto del organismo con sus cinco sentidos. En la dimensión espiritual, la parte directora es el Yo, con sus facultades de sentimiento, inteligencia y voluntad y la parte dirigida es el cuerpo espiritual que, de forma análoga al cuerpo físico, tiene cinco sentidos espirituales vista, oído, olfato, gusto y tacto.

El cerebro es el centro de dirección de las actividades tanto instintivas como voluntarias del cuerpo físico. Haciendo una analogía con la informática, se puede comparar al ser humano con un conjunto constituido por un individuo que maneja un teclado de un ordenador, a través del cual da instrucciones a la memoria central de proceso (CPU) y a sus terminales periféricas. También desde éstas recibe información, que es procesada, analizada y comunicada al individuo que maneja el conjunto.

El Yo espiritual del ser humano sería la parte consciente, intelectual, emocional y volitiva del individuo sentado frente al ordenador. Su cuerpo espiritual sería el cuerpo físico de ese individuo, que estaría operando sobre la memoria del ordenador (CPU) que sería el cerebro del ser humano con sus programas de análisis y procedimiento. Finalmente, el resto del cuerpo físico del ser humano sería equivalente a los terminales periféricos, que actuarían según las ordenes que recibieran del ordenador (cerebro) y que recogerían información del exterior y la transmitirían al ordenador y de éste al individuo (Yo espiritual, cuerpo espiritual) sentado frente al ordenador.

La analogía no es completamente perfecta pues en la dimensión espiritual, tras la muerte física no desaparece la memoria del pasado ni la capacidad de recibir ni de analizar la información. Por tanto para hacer más preciso el modelo habría que incluir, por ejemplo, la memoria que reside en la dimensión espiritual que podría asemejarse a la memoria de un ordenador central que transmite sus datos a un ordenador periférico que copia los datos de aquél y así, cuando éste se deteriora (equivalente a cuando muere el cerebro) subsisten todos los datos en la memoria de aquél. No obstante, y sin necesidad de complicar el

modelo, la analogía propuesta ayuda a entender los papeles básicos de la parte espiritual y de la parte física del ser humano.

El ser humano tendría por tanto dos fuentes de información: el mundo físico a través del cuerpo físico y el mundo espiritual a través de las relaciones que el cuerpo espiritual mantuviese con los cuerpos espirituales de otros individuos que estuviesen en el plano físico o en el plano espiritual.

¿Por qué, durante su vida física, no es el ser humano en general consciente de los contactos e informaciones procedentes de otros seres espirituales? La respuesta radica en que el individuo del ejemplo está tan absorto en el manejo del "ordenador" (cerebro) y de los "periféricos" (sentidos físicos) que no percibe los contactos ni los mensajes que provienen de otros individuos del plano espiritual.

Cuando por el contrario el ser humano dedica más atención al plano espiritual, se incrementa la intuición, la sensibilidad, tanto para sentir a los seres físicos que nos rodean como para percibir mensajes de otros seres vivos pero que no tienen cuerpo físico (ej. los ángeles) o que ya lo perdieron (seres humanos fallecidos). Ejemplo de ello podrían ser las visiones de los místicos (Santa Teresa de Jesús, Santo Tomás de Aquino, etc) o de los médiums, o las experiencias de contacto espiritual derivadas de técnicas de relajación y otras.

6.1. ¿CÓMO SE PRODUCE EL CRECIMIENTO ESPIRITUAL?

De la misma manera que el periodo de gestación del feto condiciona su posterior etapa de vida física, nuestra vida en la tierra condiciona nuestra vida posterior en la dimensión espiritual. Durante la gestación, si los códigos genéticos no son los correctos o sufren mutaciones perjudiciales, el niño nacerá con malformaciones que dificultarán su vida como individuo. También, si la madre se alimenta deficientemente o ingiere sustancias nocivas, puede dar lugar a problemas para el desarrollo del feto.

Fig. 9. LAS TRES ETAPAS DE NUESTRA VIDA

De forma análoga nuestra vida física es el periodo en que vamos asumiendo una u otra escala de valores morales y éticos, es un período en el que o bien realizamos nuestra auténtica libertad o bien nos habituamos a ser esclavos de los demás o de nuestras propias limitaciones (prejuicios, vicios, etc). Durante la vida física podemos aprender y poner en práctica la grandeza de la solidaridad o bien asumir un comportamiento egoísta y apegado a los goces sensoriales. Todas esas opciones van configurando nuestro ser espiritual y vamos asumiendo una forma de ser y actuar. Después de la muerte son esos valores o comportamientos los que dirigen nuestras facultades de sentimiento, inteligencia y voluntad. Según hayamos optado aquí por la avaricia o por la generosidad, por el optimismo o por el pesimismo, así serán nuestras experiencias y nuestra capacidad de relación en la dimensión espiritual. Nuestra capacidad o incapacidad de relacionarnos, de armonizarnos con el entorno nos acompañará al mundo espiritual y allí iluminará u oscurecerá nuestra vida según sea el caso.

El desarrollo del espíritu es similar al desarrollo del cuerpo físico. Este necesita por un lado comida y agua, es decir algo que viene de "abajo", de la tierra y por otro aire, un mínimo de luz y un mínimo de temperatura, es decir algo que viene de "arriba", del sol, de la atmósfera. Sin ello el cuerpo físico no puede crecer, aunque disponga de comida y agua.

Igual ocurre con el cuerpo espiritual. Para crecer necesita algo que viene de “arriba” y algo que viene de “abajo”. Al igual que el cuerpo físico necesita calor, el cuerpo espiritual necesita el amor, el niño necesita el amor de sus padres que lo cuidan y lo educan; sin su amor, el niño desvalido moriría o sería terriblemente infeliz. En la medida en que su mundo se va ampliando el niño necesita también el amor de sus profesores, de sus compañeros, etc... Ese contexto de amor es un requisito básico para el desarrollo positivo de su espíritu.

Fig. 10. CÓMO CRECE EL CUERPO ESPIRITUAL

También al igual que el cuerpo físico necesita luz, indispensable para sintetizar ciertas vitaminas, el cuerpo espiritual necesita la verdad, que es la luz del espíritu, el espíritu necesita no vivir en un entorno de mentira y engaño, sino en un contexto de verdad, imprescindible para experimentar la verdadera libertad. Cuando no ocurre así el niño asume el miedo como forma de vida, y adopta como norma el considerar a los demás como enemigos suyos y en consecuencia mirará a su alrededor con cristales oscuros y estará incapacitado para gozar de la alegría de poder relacionarse y convivir en un contexto de confianza y lo mismo le ocurre al espíritu del adulto.

Finalmente, así como el cuerpo físico necesita una atmósfera respirable, sana, aire puro, el cuerpo espiritual necesita un buen ambiente, un buen entorno del cual aprender buenos ejemplos, buenas pautas de conducta y en el cual poder experimentar las innumerables alegrías que las relaciones cordiales, cálidas, constructivas producen al individuo y aprender así a ser, a su vez, fuente de alegría para los demás.

La sola presencia de estos “elementos” (verdad, amor, buen ambiente) que vienen de “arriba”, no es suficiente para que crezca el cuerpo espiritual. Es necesario, además, algo que viene de “abajo”, del cuerpo físico: la vitalidad, la experiencia personal. Esta vitalidad, que necesita el cuerpo espiritual, es la energía que se genera cuando se actúa, cuando se tienen experiencias. Eso es lo que hace crecer nuestro espíritu cuando “grabamos” en él las experiencias de amor, verdad y las buenas actitudes y, en suma, cuando asumimos buenos hábitos y una correcta escala de valores.

Al igual que las teorías no se asumen de hecho hasta tanto no han sido contrastadas en la práctica, el conocimiento filosófico real tampoco se alcanza sin la experiencia. De igual forma, los valores y los modos de comportamiento tampoco se pueden considerar asumidos, si no se demuestran con el día a día. Como se dice en el ejército “el valor se le supone pero hay que demostrarlo”. La libertad, la solidaridad, no se inculcan, no son reales si no se viven, si no se practican; tan sólo en la medida en que las vamos interiorizando, en la medida en que vamos haciendo nuestros esos valores, nuestro espíritu se desarrolla correctamente y nuestro día a día se llena de alegría, luz y serenidad.

6.2. ¿QUÉ PASA TRAS LA MUERTE FÍSICA DEL SER HUMANO?

Tras la muerte física subsiste eternamente la parte espiritual. La muerte física no conlleva la desaparición del Yo ni del cuerpo espiritual. Al igual que la rotura del ordenador no conlleva necesariamente la muerte de la persona que lo maneja, la muerte del cuerpo físico no implica la muerte del ser espiritual.

En la dimensión espiritual será posible una vida de relación y experiencias mucho más rica e intensa que durante la vida física. En ésta la felicidad proviene, por un lado, de las experiencias sensoriales gratificantes y por otro, indiscutiblemente más importante, de las satisfacciones derivadas de nuestros resultados **intelectuales** (encuentro con cotas más

elevadas de verdad), de nuestras experiencias **emocionales** más elevadas tales como el amor a la libertad, a la justicia, la vivencia profunda de la solidaridad, la armonía en la familia y con la sociedad, la expresión de la creatividad, etc, y, sobre todo, de la **experiencia** del amor en su forma más elevada: la relación de amor con ese Ser personal que es nuestro Padre Dios.

En la etapa de vida terrenal nuestro potencial de felicidad depende no sólo de nosotros, sino del entorno que nos rodea y en especial del entorno social. Aún con unos comportamientos morales y éticos que nos den armonía podemos vernos afectados por los comportamientos negativos de quienes nos rodean. Por ejemplo, por la delincuencia o simplemente por el comportamiento, no delictivo pero conflictivo, de otros seres humanos (vecinos, compañeros, familiares). En esta vida la relación se produce por la proximidad física y por la capacidad de hablar un mismo idioma.

En la vida espiritual lo importante es la proximidad espiritual, el tener un tipo similar de vibraciones morales y éticas. Allí la distancia física no es problema pues con la voluntad es posible desplazarse donde se desee. Tampoco el idioma es el problema para la comunicación. Lo importante es la escala de valores morales y éticos que cada uno ha alcanzado. Es ella la que delimita la capacidad de desplazarse a unos u otros ámbitos.

En el mundo espiritual los seres se mueven en distintas esferas, según sus vibraciones, según su afinidad espiritual (“*en la casa de mi padre hay muchas moradas*” Juan 14:2) y resulta difícil la comunicación entre las distintas esferas. Los espíritus con bajas vibraciones no pueden penetrar en las esferas donde habitan otros seres de vibraciones más elevadas. Ello hace, por ejemplo, que los avarientos no puedan convivir con los generosos sino que estén rodeados por otros similares a ellos. Por consiguiente, en las distintas esferas el potencial de felicidad se incrementa o minora respecto a lo que sucede en el mundo físico. Basta con imaginar lo agradable que sería una sociedad compuesta sólo por personas generosas y por el contrario lo terrible que sería si estuviese compuesta sólo por personas avariciosas.

El espíritu se forja mediante las experiencias cotidianas y, tras la muerte física, se lleva a la dimensión espiritual esos esquemas de comportamiento y la subsiguiente capacidad de relación en función de ellos. Al igual que el aprendizaje del inglés posibilita, durante la vida física, la comunicación en ese idioma, el haber desarrollado una actitud solidaria y fraternal permite al espíritu moverse en una esfera de cordialidad y amor. Lo contrario ocurre cuando lo que se desarrolló en vida fue una personalidad egoísta y explotadora, que incapacita para la amistad auténtica y que en el mundo espiritual obligará a ese espíritu a moverse en una esfera de egoísmo y conflicto.

Por ejemplo, la experiencia de un avariento tras la muerte física es primero de sufrimiento, al ver a sus herederos repartirse los bienes materiales que tanto le había costado acumular. Luego, de frustración. Su vida tenía como exclusivo horizonte la acumulación de bienes materiales y él intenta seguir actuando así desde el mundo espiritual. Sin embargo, eso ya no le es posible. En la dimensión espiritual, no hay posibilidad de acumulación material, y además carece ya del instrumento, del cuerpo físico para poder recoger los bienes materiales.

Su única posibilidad será intentar experimentar el placer de la avaricia y de la acumulación, **a través de alguien** que aún esté en el plano físico. Para ello, deberá intentar conectar con algún ser humano en la Tierra que sea afín a él en valores morales y que generalmente se hallará dentro de su propio entorno familiar y social. En el supuesto de que

logre esa conexión, de la cual el de abajo no es generalmente consciente, experimentará la “felicidad” de la avaricia en la medida, y sólo en la medida, en que el de abajo siga por ese camino. Si por el contrario ocurre que éste decide ser generoso, el de arriba, que aún mantiene como valor la avaricia, sufrirá con la rebeldía del de abajo. Igualmente sufrirá si el de abajo pierde todos o parte de sus bienes por una crisis económica o un robo. Todo ello hará que su vida en el mundo espiritual sea miserable, que sea en la práctica un infierno.

Por el contrario, el espíritu de una persona que haya sido generosa no sentirá tristeza al ver que sus herederos se reparten sus bienes pues ya en vida acostumbraba a repartirlos. Por otra parte, tampoco tendrá apego a lo material sino a la relación armoniosa con los demás. Al morir irá al mundo espiritual a un entorno de personas similares, por lo que sus vivencias estarán impregnadas de paz, respeto, armonía y colaboración.

6.3. INFIERNO, PURGATORIO Y CIELO

Las creencias cristianas tradicionales suelen aludir a la existencia de un Cielo, un Infierno y un Purgatorio o etapa de purificación previa al acceso al Cielo.

La tradición ha descrito el Infierno como un lugar de sufrimiento y torturas por toda la eternidad, en el que las llamas y los tormentos más atroces envolverán por siempre a los condenados. También se le ha definido como un estado de autoexclusión definitiva de la comunión con Dios y con los bienaventurados. Esta segunda definición se acerca más a la realidad de lo que se podría considerar infierno en la dimensión espiritual, pues se trataría de un estado de confusión en el que nuestros malos hábitos morales y éticos no nos permitirían relacionarnos más que con seres conflictivos como nosotros, lo que nos produciría una sensación permanente de profunda angustia e infelicidad. Las bajas vibraciones de nuestro espíritu nos impedirían entrar en relación con los espíritus más elevados.

El rasgo más característico de la interpretación tradicional del infierno es su eternidad, un lugar o un estado en el que el condenado permanece para siempre. No obstante, este concepto resulta contradictorio con la infinita misericordia de Dios, con Su amor infinito. Si el amor de Dios por nosotros es infinito resulta lógico pensar que El, al igual que cualquier padre, estará triste o no alcanzará la alegría plena en tanto una sola de sus criaturas, uno solo de sus hijos permanezca sufriendo eternamente sin posibilidad alguna de salvación.

Por tanto lo razonable es pensar que el Infierno no es eterno y que por tanto Purgatorio e Infierno se pueden refundir en un solo estadio, constituido a su vez por diversas moradas más o menos dolorosas, según sea el nivel de luz y los hábitos morales y éticos de los que en ellas se encuentren.

En realidad, hoy cada vez menos gente cree en un Infierno para toda la eternidad por entender que está en contradicción con la infinita misericordia que se le atribuye a Dios. De hecho ya el teólogo cristiano Orígenes (183-252), sostuvo que el Infierno no era eterno. Otros pensadores aceptan, explícitamente, la existencia del Infierno para no contradecir la literalidad de las Escrituras pero a continuación afirman que no creen que haya nadie en él. Así pues, en la práctica, muchos cristianos tan sólo aceptan la realidad del Cielo y del Purgatorio y en eso coinciden, en esencia, con lo que aquí se expone.

El Infierno sería un estadio terrible y angustioso, más o menos duradero pero transitorio, en el que moran los que no han desarrollado una capacidad de amor generoso, de amor verdadero. El Infierno sería un Purgatorio en su nivel más bajo. Siempre existiría,

aunque sea un proceso muy difícil y doloroso, la posibilidad de purificarse y ascender hasta los estadios superiores. Dios quiere, y por tanto algún día se hará realidad, que todos los seres tanto del mundo angélico como del mundo humano, lleguen a estar en una amorosa relación con El. Al igual que en la parábola del hijo pródigo, Dios ansía que hasta el propio Satanás pida perdón y vuelva a El.

El Infierno, considerado como un lugar o un estadio eterno de sufrimiento, ni ha existido ni existirá. Ello no impide que, alegóricamente, se pueda decir que, en la dimensión espiritual, los niveles más alejados de Dios y más próximos a Satanás constituyen un auténtico infierno, un entorno donde no se manifiestan ni siquiera pequeñas muestras de verdadero amor. En él las relaciones personales son profundamente conflictivas y el sentido de la vida amargo y angustioso.

Esos estadios oscuros sólo existen en la medida en que los crean, con su actitud y su conducta, los demonios y las personas malvadas. Desaparecerán en la medida en que no quede nadie en ellos. Es posible salir de allí y así ocurrirá, aunque ello requiere la colaboración de los seres que se hallen en esos planos, que deben reconocer su maldad y despojarse de ella. Ese será el camino que les permita liberarse de la oscuridad y llegar al reino de la Luz o del amor de Dios.

El Purgatorio es un conjunto de estadios en los que los seres espirituales deben esforzarse por completar el proceso de purificación que no realizaron en su vida terrenal. Deben iniciar o completar el proceso de crecimiento que no siguieron en vida y reiniciar el necesario camino de perfeccionamiento, que es el único que les dará la auténtica felicidad y paz en la dimensión espiritual. No obstante, en función de la actitud del ser espiritual, cabe también que, como en el ejemplo antes citado del avariento, en vez de perfeccionarse se intensifique la degradación, si el ser espiritual no se orienta por el camino correcto. En este caso el periodo de Purgatorio se prolonga y a ese ser espiritual se le hace más complicado y difícil desandar el camino andado.

La concepción tradicional habla de un premio tras el Juicio Final consistente en la vida eterna o vida en el Cielo. Sin embargo su contenido ha sido definido como meramente estar con Cristo, vivir en él. Esta definición no resulta comprensible para el intelecto y el nuevo Catecismo reconoce que es un misterio que sobrepasa toda comprensión y toda representación.

El Cielo en realidad sería una continuación de la vida humana, en plena felicidad y creatividad. Si el ser humano hubiera creado el reino de los cielos en la tierra, el reino de los cielos en la dimensión espiritual no sería más que una continuación de lo aquí vivido, experimentando las cotas más elevadas de amor, como es el amor del ser de mayor talla del universo, de nuestro Padre Dios. El Cielo no sería otra cosa que una vida eternamente llena de esas experiencias y con cotas cada vez más altas de experiencia del amor y unidad con todos los seres y mundos del cosmos. Diversos autores como Swedemborg y otros, que han tenido experiencias místicas describen el placer de esos éxtasis maravillosos pero también describen un mundo lleno de colorido, música y felices relaciones con otros seres y con el entorno.

El Cielo no es una dimensión estática, meramente contemplativa, en la que cada uno vive aislado de los demás, sino una dimensión dinámica, contemplativa y activa, muy variada y de intensa vida colectiva de relación con los demás seres que moran en el mundo espiritual.

6.4. ¿EXISTEN POSIBILIDADES DE CAMBIO EN LA DIMENSIÓN ESPIRITUAL?

Todo espíritu puede evolucionar en el mundo espiritual y eliminar sus defectos, aunque el camino de cambio es más difícil y no depende sólo de su propia decisión individual. En efecto, todo espíritu que alcanza la conciencia de que debe eliminar sus hábitos egoístas y conflictivos no puede hacerlo por sí solo. Carece de la energía necesaria para grabar en su espíritu ese nuevo patrón de comportamiento. Ello se debe a que, como no tiene cuerpo físico, no dispone de esa fuente de vitalidad imprescindible para modificar los hábitos de conducta. Por ello, para poder evolucionar necesita conectarse con otros seres humanos que se hallen aún en la dimensión física para así recibir de ellos la energía vital, energía imprescindible para todo proceso de cambio espiritual.

El mero deseo de evolucionar no es suficiente para que automáticamente se produzca el perfeccionamiento. El espíritu necesita poner en práctica ese deseo, realizarlo, integrarlo en su personalidad para poder perfeccionarla. Necesita cooperar constructivamente con personas que vivan en el plano físico, para poder participar de la energía positiva que éstas generan con sus acciones. No le es posible conectarse con quien quiera. Si fuera así, a cualquier malvado que se encuentre en el mundo espiritual, le bastaría con acercarse a un santo que viva aún en la Tierra y absorber de él la energía superior que generan los buenos hábitos de ese santo. Las leyes espirituales impiden esta posibilidad. Los espíritus sólo pueden conectarse con los espíritus de aquellas personas con las que tengan afinidad espiritual, es decir, que sean similares a ellos, o con las de quienes, voluntaria o involuntariamente, aceptan el contacto como es el caso de quienes oran por sus difuntos o piensan mucho en ellos, o el caso de los que utilizan la ouija o realizan ceremonias para comunicarse con el mundo espiritual.

La oración bien intencionada, bien dirigida y realizada, en favor de personas fallecidas, puede inducir en los espíritus que reciben estos méritos un perfeccionamiento espiritual, si no oponen resistencia a ello. Es como una fuerza o energía que permite al fallecido utilizarla para conectarse con espíritus más elevados o para acercarse a ellos, a fin de recibir inspiración para seguir progresando. La frase del credo católico, "creo en la comunión de los santos", significa que los méritos de unas personas pueden destinarse a ayudar a los espíritus de otras, tanto si se trata de espíritus de personas vivas como de personas ya fallecidas. Los méritos de las personas santas o incluso los méritos colectivos de los pueblos elegidos, pueden ser usados por Dios para hacer avanzar su providencia.

En todo caso, cuando el espíritu de una persona fallecida, que desea progresar en el plano espiritual, logra conectarse con un ser humano vivo debe inducirle, influenciarle para que asuma actitudes correctas. Ej. "haz el bien, no mientas, se generoso, perdona, etc...". En la medida en que el de "abajo" asume estos comportamientos y obra en consecuencia genera una energía de progreso que perfecciona el espíritu de la persona influida (el de "abajo") pero también el espíritu del que dio el consejo o la inspiración (el de "arriba"). Así se producen los procesos de evolución (perfeccionamiento) de los espíritus que se hallan en la dimensión espiritual.

Dado que el mundo espiritual sólo induce, es responsabilidad de los espíritus de los hombres vivos el aceptar o rechazar las sugerencias. Los espíritus buenos nunca pretenden dominar a los seres humanos. A veces los seres humanos manifiestan la influencia de los espíritus mediante diversos tipos de fenómenos tales como hablar en lenguas, profetizar, realizar curaciones, etc, como se cita en Hechos de los Apóstoles. No obstante, aunque

durante el periodo de trance el ser humano haya podido perder completamente la conciencia de haber prestado su cuerpo físico para que el espíritu se manifieste, tras producirse la manifestación los espíritus buenos se retiran y no intentan utilizar el cuerpo del médium contra la voluntad de éste, es decir no dan lugar a los llamados casos de posesión.

6.5. POSIBILIDAD DE INFLUENCIAS NEGATIVAS DESDE EL MUNDO ESPIRITUAL

La posesión espiritual es el dominio ejercido por un espíritu sobre un ser humano vivo, contra la voluntad de éste. Sólo es producida por los espíritus malos a los cuales no les importa causar daño al ser humano al cual poseen. Por espíritus malos se entiende tanto a Satanás y a los demonios como a los espíritus de personas fallecidas que tuvieron en vida un bajo nivel moral y ético de conducta. Como consecuencia, sólo desarrollaron, durante su vida física, un nivel muy bajo de energía espiritual, un nivel egoísta muy centrado en sí mismos. Al pasar a la dimensión espiritual, arrastran el mundo de deseos que han creado y por ello anhelan seguir viviendo próximas al entorno material que les era conocido y en el que satisfacían su lujuria, avaricia, ansia de poder, gula, drogadicción, alcoholismo, etc.

Los espíritus malos se aprovechan de la debilidad de carácter de algunas personas físicas para dominarlas y obligarlas a hacer lo que ellos quieran. Así experimentan las sensaciones derivadas de las acciones que obligan a realizar al cuerpo de la persona a la que poseen espiritualmente..

No obstante, dado que el dominio que ejercen es un dominio indirecto, un dominio por inducción, algo similar al hipnotismo, siempre cabe al de ser poseído la posibilidad de negarse a ser poseído y por tanto siempre existe la posibilidad de liberarse de los espíritus opresores.. Sin embargo, lo que suele ocurrir es que el espíritu malo entra en una relación paulatina con el de espíritu del poseído, apoyándose en los vicios e imperfecciones de éste, y le hace creer que es una parte de él mismo, con lo que el otro termina por aceptarlo como si de sí mismo se tratase.

También puede ocurrir que por desconocimiento de los poderes del mundo espiritual, la persona en trance de ser poseída se someta, por temor, a los mandatos del de arriba y le obedezca, con lo cual se deja espiritualmente dominar por el espíritu malo y puede llegar a ser poseído. Esto es muy frecuente en muchas culturas animistas en las que a los espíritus del bosque, o del mar o de los antepasados, se le atribuye tal poder mágico que los adeptos se someten ciega y aterrorizados a sus instrucciones. En estos casos, cuando se trata de personas especialmente abiertas al mundo espiritual o que se han abierto a través de las ceremonias de iniciación, se pueden producir casos de posesión más o menos intensa y permanente. Un ejemplo típico de ello se encuentra en los conocidos trances en que caen muchos de los participantes en los ritos afrobrasileños de candomblé, macumba, etc.

También la práctica de la ouija o de sesiones de espiritismo produce una cierta apertura espiritual. Todo el que juega o practica estos métodos debería ser consciente de que está abriendo las puertas al mundo espiritual y que, en especial si se lo toma a broma o lo hace con propósitos perversos, puede entrar en comunicación, sin quererlo, con espíritus malvados, los denominados espíritus del bajo astral, que pueden afectarle o influirle negativamente.

Las drogas y el alcohol debilitan la voluntad de las personas y las hacen más proclives a ser poseídas por uno o más espíritus. Los espíritus de drogadictos o alcohólicos fallecidos

pueden llegar a poseerlas y a satisfacer a través de ellas su ansia de drogas o de alcohol. Con mayor o menor frecuencia las personas poseídas manifiestan la personalidad de los espíritus que las poseen, lo que da lugar a que muestren síntomas de esquizofrenia o paranoia.

A veces la posesión se produce por espíritus que durante su vida fueron enfermizamente religiosos. Puede ser el caso de espíritus de personas que durante su vida física tuvieron una actitud religiosa muy ritualista, estrecha y sectaria y que llegaron a convencerse obsesivamente de que su fe religiosa, por irracional y doctrinaria que fuera, era la esencia de la Verdad. Después de muertos siguen convencidos de ello, en tanto no cambien. Tal vez por excesiva escrupulosidad o por razones personales pueden creer que van a ser condenados al infierno y entonces permanecen en el denominado bajo astral, tratando de orientar a los seres humanos para que se "salven" y haciendo "méritos" para salvarse ellos mismos. Estos espíritus enfermizamente religiosos, con la mejor de las intenciones pero con malos resultados, se conectan con seres humanos produciéndoles obsesiones religiosas que constituyen a veces problemas mentales muy difíciles de curar.

En los casos de posesión, la expulsión del espíritu malo puede ser más o menos difícil y debe contar con el apoyo de la voluntad del poseído para evitar que el espíritu expulsado u otros puedan poseerle de nuevo. En los casos más benignos se trata de espíritus que bien porque murieron bruscamente o bien porque tienen miedo de ir al mundo espiritual, no quieren admitir que han muerto e intentan seguir viviendo apegados a la existencia física a través de otras personas.

En estos casos, las llamadas iglesias espiritualistas, o los centros espíritas, o simplemente las personas expertas en desposesión espiritual, suelen emplear básicamente la siguiente técnica: hacer entender al espíritu poseedor que su vida física terminó, que se está haciendo daño a sí mismo al no aceptar esa realidad y al negarse a ir a planos superiores donde le esperan las personas ya fallecidas que le amaron y que desean ayudarlo. También hay que hacerle comprender que está perjudicando a la persona poseída. Mediante todos estos argumentos y solicitando la ayuda de los espíritus superiores (Jesucristo, otros santos, etc.) y de espíritus de personas fallecidas conocidas del espíritu poseedor, se le puede inducir a que abandone voluntariamente el cuerpo de la persona poseída. Frecuentemente es necesario repetir esta técnica varias veces hasta conseguir que el espíritu poseedor se vaya.

Sin embargo, en otros casos, la desposesión sólo se puede lograr por alguien que tenga gran poder espiritual o bien creando condiciones que molesten al espíritu malo y lo hagan irse, como por ejemplo un ambiente de oración, de trabajo, austeridad, incomodidades físicas, etc...El espíritu malo percibe estas sensaciones, a través de la conexión que tiene con el de abajo, le molestan y le impulsan a abandonarlo. Esto podría ser una explicación de por qué la técnica del electro-shock, hoy en desuso, a veces ha tenido cierto éxito con los enfermos mentales.

Los expertos señalan que la posesión espiritual produce diversos síntomas anormales en las personas poseídas tales como cansancio físico, dificultades de concentración, pérdida de memoria, ansiedad, miedos, fobias, adicción al alcohol, drogas o tabaco, problemas de relación sexual, etc. Cuando estos fenómenos aparecen de forma repentina e intensa en la vida de un persona se considera que la posesión espiritual puede ser una de las causas probables de estos síntomas.

No obstante, la existencia de la dimensión espiritual y de los fenómenos de posesión, no debe llevarnos a atribuir todos los problemas psíquicos a la relación con seres del mundo espiritual, aunque sí debemos tomar en consideración la posibilidad de que pueda ser así. En muchos casos estos problemas son consecuencia de nuestras actitudes diarias contradictorias que nos llevan a desarrollar una personalidad esquizofrénica, sin ideas claras y por tanto con voluntad débil.

En cualquier caso hay que recordar que los seres espirituales pueden influir pero no dominarnos, salvo que consciente o inconscientemente aceptemos su dominio. Por ello la mejor defensa contra posibles influencias negativas del mundo espiritual es tener la convicción firme de que podemos resistir a su influjo y mantener una actitud moral y ética que repele a los espíritus negativos. De esta forma no les dejamos oportunidad de dominarnos sino que, por el contrario, pueden aprender de nuestra actitud si se acercan a nosotros.

6.6. LA TEORÍA DE LA REENCARNACIÓN

El ansia de progreso espiritual de muchos santos del pasado, de las distintas culturas, les impulsó tras su muerte a intentar colaborar con sus descendientes en la tierra para lograr sacarlo de la oscuridad. Por otra parte también muchos otros espíritus de personas ya fallecidas han deseado operar en el plano físico a través de la mente de seres humanos físicamente vivos, como antes se ha explicado.

Esto ha dado lugar a que en muchos casos los seres humanos hayan percibido, e incluso llegar a manifestar al espíritu del difunto, que está actuando a través de ellos y los utiliza como médiums. De esta forma, puede haber ocurrido que el ser humano vivo haya llegado a tener conocimiento de circunstancias y hechos particulares de la vida del difunto y hayan llegado a creer que "ha recordado" sus propias vidas pasadas. La comprobación de que esos hechos y circunstancias se dieron efectivamente en el pasado, en la vida de alguna persona ya fallecida, les ha llevado a creer que ellos son la reencarnación de aquella persona fallecida, cuando en realidad tan sólo están actuando, sin saberlo, como médiums del fallecido.

La teoría de la reencarnación se halla muy extendida tanto en las doctrinas orientales, hinduismo, budismo, como en las teorías de los rosacruces, teósofos, etc. En estas doctrinas el papel fundamental que se considera que tiene la reencarnación es el de permitir la purificación del individuo a través de vidas sucesivas. En cada existencia concurrirán en cada persona unas cualidades naturales y unas circunstancias sociales que le permitirán purgar los errores de su vida anterior. Así, un déspota podría reencarnarse en un esclavo, un asesino en una víctima, etc. etc.

La realidad es que el espíritu de cada persona es único y su vida física es única por lo que no hay posibilidad de reencarnación. No obstante, después de la vida también hay posibilidad de purificación, como ya se explicó anteriormente, y los efectos de esa purificación son similares a los que se producirían mediante sucesivas reencarnaciones. Después de la muerte, los espíritus de las personas pueden, con mayor o menor dificultad, intentar actuar, a través de otros, en el plano físico. Dado que sobre una persona pueden colaborar uno o más espíritus de personas ya fallecidas, puede ocurrir que a través de diversas técnicas de sensibilización espiritual (relajación, respiración, control mental) se las pueda llegar a percibir. La proliferación actual de estas experiencias ha llevado a

considerarlas como prueba de vidas pasadas, cuando lo apropiado sería decir que son colaboraciones de diversos espíritus de personas fallecidas.

7. EL ORIGEN DEL BIEN Y DEL MAL

Hobbes consideraba que el hombre era malo por naturaleza, que era como un lobo para el hombre (*homo homini lupus*). Estimaba que las leyes sólo servían para frenar o paliar los conflictos humanos pero que la sociedad humana nunca podría llegar a ser una sociedad de armonía y paz. La opinión de que el hombre es malo por naturaleza ha sido también compartida por otros muchos filósofos y es hoy ampliamente aceptada por la sociedad humana. El fracaso del marxismo, que pretendía construir el hombre nuevo y la sociedad utópica, ha contribuido a avalar la opinión de que el hombre es malo por naturaleza y de que la utopía es un mero sueño imposible.

Por ello, las ideologías y los partidos como instrumentos de construcción social han perdido su inspiración y se han transformado en meros gestores de la sociedad. Atribuyen un papel menor o mayor al Estado pero no son capaces de conmover a los ciudadanos pues les falta el imprescindible motor utópico, la convicción de que es posible cambiar la sociedad.

Estas creencias, tanto en su fundamento, el hombre es malo, como en su conclusión, no hay utopía posible, son un error. El hombre es bueno por naturaleza y en la medida en que se haga consciente de las tinieblas en que se encuentra y vislumbra la Luz, caminará hacia ella para encontrar la auténtica libertad, la superación de la Alienación, usando la conocida terminología hegeliana y marxista.

Pero si el hombre es bueno por naturaleza, debe haber habido algún momento en el que enraizó en él la tendencia al conflicto en lugar de la tendencia a la armonía. Este momento, este hecho, es lo que en las religiones del libro (judaísmo, cristianismo, islam) se denomina la Caída Original. En la mayoría de religiones hay narraciones respecto a la Caída y en muchas de ellas aparecen personajes, hechos o contextos que recuerdan al relato bíblico.

La palabra caída sugiere la idea de pasar de lo alto a lo bajo, de pérdida de visión, de pérdida de energía. A la vez, la palabra caída implica la existencia de dos posiciones, una anterior y otra posterior. Por tanto deja abierta la posibilidad de retorno, de re-unión, de re-ligar. Sólo se puede retornar si se proviene de algún estado diferente. El hombre sólo puede recuperar un estado de armonía si es armónico (bueno) por naturaleza. Si por el contrario su naturaleza es mala o contradictoria, su inclinación hacia la Justicia, la Libertad y la Solidaridad se verá siempre contrarrestada por su tendencia natural hacia la Injusticia, la Opresión y el Antagonismo y nunca podrá alcanzar el estado ideal.

Sin una explicación racional aceptable sobre el origen del bien y del mal, lo más lógico es terminar creyendo que la contradicción y el conflicto son inevitables, inherentes a la propia condición humana y que, en el mejor de los casos, tan sólo en la otra vida Dios, de forma misteriosa, suprimirá la guerra, interna y externa, y nos dará la paz, lo cual nos deja inermes y a expensas de que Dios resuelva el problema. Sin embargo no parece aceptable que Dios haya permitido que el hombre se haya transformado en un enfermo incurable pues ello le trasladaría al propio Dios la responsabilidad de todos los crímenes que se cometen. La enfermedad tiene cura pero para ello es necesario conocer su causa. De igual forma la religión y la filosofía necesitan conocer el origen real del bien y del mal para ser capaces de construir el mundo nuevo, el reino de los cielos y dar esperanza racional al ser humano de que eso es posible.

7.1. EL SIMBOLISMO DE LA CAÍDA

La Caída Original al igual que otros muchos relatos bíblicos es una presentación simbólica de unos hechos reales que indujeron a la especie humana a adoptar una escala de valores morales y éticos que la han llevado al conflicto y a la infelicidad. Es necesario desvelar su simbolismo y explicar en qué consistió la Caída Original y por qué se produjo.

El relato bíblico de la Caída Original se resume como sigue: Dios colocó a Adán y Eva en el Paraíso terrenal y les dio una instrucción *"De todo árbol del huerto podrás comer; mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás; porque el día que de él comieres, ciertamente morirás"* (Gen 2: 16-17). No obstante, Lucifer, la serpiente, tentó a Eva y le dijo: *"No es cierto, sino que sabe Dios que el día que comáis de él, serán abiertos vuestros ojos, y seréis como Dios, sabiendo el bien y el mal"* (Gen 3:4-5). Eva, persuadida, comió y encontrándolo bueno le ofreció a Adán el cual también comió. Entonces se dieron cuenta de que estaban desnudos, se cubrieron con unos delantales de hojas y fueron a esconderse. Dios llamó a Adán y le dijo, *"¿Dónde estás? Y él respondió: Oí tu voz en el huerto, y tuve miedo porque estaba desnudo; y me escondí. Y Dios le dijo: ¿quién te enseñó que estabas desnudo? ¿Has comido del árbol del que yo te mandé no comer?"* (Gen 3:9-12).

Fig.11. ÁRBOL, SERPIENTE, ADÁN Y EVA

Entonces Adán culpó a Eva de haberle inducido a "comer" y ésta culpó a la serpiente. Dios maldijo a la serpiente; anunció a la mujer los dolores de la preñez y su futura sumisión al hombre y a éste una vida penosa en la que se ganaría el pan con el sudor de la frente. A continuación Dios *"Echó fuera al hombre y puso al oriente del huerto de Edén querubines y una espada encendida que se revolvía por todos lados para guardar el camino del árbol de la vida"* (Gen 3:24).

De este relato surgen diversos interrogantes a los que hay que dar respuesta: ¿quién era la Serpiente, quién era Lucifer? ¿Qué era el fruto prohibido? ¿Por qué comerlo estaba prohibido? ¿Por qué la serpiente engañó a Eva y ésta a Adán? ¿En qué consistió la expulsión del Paraíso?

7.2. EL SIGNIFICADO DE LA SERPIENTE

La serpiente, según queda explícito en Apocalipsis 12:9, era el demonio, Satanás, *"Y fue lanzando fuera el dragón, la serpiente antigua, también llamado diablo o Satanás"* Ahora bien ¿quién era el demonio? La Biblia nos enseña que Satanás era Lucifer, uno de los ángeles principales (*"¿Cómo caíste del cielo, oh Lucero, hijo de la mañana!"* Isaías 14:12). Dios había creado a los ángeles antes que al resto de la creación física. De hecho, cuando Dios va a crear al hombre, habla en plural y dice *"Hagamos al hombre a nuestra imagen"* (Gen 1:26). Algunos teólogos han interpretado que Dios Padre estaba hablando a las otras dos personas de la Trinidad. Sin embargo, la interpretación auténtica es que estaba hablando con los ángeles.

Los ángeles eran seres espirituales cuyo papel era el de cooperar con Dios en la creación del universo y actuar como mensajeros y servidores. Así sucedió y por ello los ángeles tenían, y tienen, grandes conocimientos sobre las leyes que rigen la Naturaleza. Entre ellos existía, al igual que en el resto del universo, una jerarquía de autoridad en la que Lucifer tenía un papel principal. Era algo así como el primogénito y el líder del resto de los ángeles.

No obstante, si Dios es bueno ¿cómo pudo crear un espíritu malo? La respuesta consiste en que fue el propio Lucifer, quien al rebelarse contra Dios se auto transformó en Satanás. ¿En qué consistió esa rebelión y por qué, en un contexto original, donde no existían ejemplos del mal, llegó Lucifer a adoptar ese camino?

7.3. LOS ÁRBOLES DEL PARAÍSO

El relato bíblico nos habla del árbol de la vida que se hallaba en el centro del Paraíso y del árbol de la ciencia del bien y del mal. Diversos versículos bíblicos nos sugieren el significado del árbol de la vida. Por ejemplo, en Proverbios 13:12 se dice *"La esperanza que se demora es tormento del corazón; pero árbol de vida es el deseo cumplido"*. También en Apocalipsis 22:14 se dice *"Bienaventurados los que lavan sus vestiduras para tener derecho al árbol de la vida y para entrar por las puertas en la ciudad"*.

El deseo innato en el corazón de Adán era llegar a la perfección; de ello se puede deducir que el árbol de la vida a que alude el Génesis era el *"deseo cumplido"* que anhelaba el corazón humano, era la meta que el ser humano deseaba alcanzar. Esa meta era, y sigue siendo, llegar a la perfección y participar del Reino como hijo de Dios. Por eso, en el versículo citado del Apocalipsis, se señala que aquéllos que eliminen el pecado (*"los que laven sus vestiduras"*) podrán *"tener derecho al árbol de la vida"*, es decir llegar a la perfección y entrar por tanto en la ciudad (el reino de los Cielos).

En consecuencia, cabe interpretar que el árbol de la vida simboliza al hombre perfecto y que, por tanto, el árbol de la ciencia del bien y del mal simboliza al ser humano en su etapa inmadura, en la que tiene que optar por el bien o por el mal, es decir, antes de haber alcanzado la perfección, antes de haber alcanzado la sabiduría, el conocimiento y la realización de las leyes éticas y morales.

En la Biblia se habla de dos árboles centrales en el paraíso, el árbol de la vida y el árbol de la ciencia del bien y del mal, y de dos seres humanos, Adán y Eva, por lo que cabe entender que uno simbolizaba a Adán y otro a Eva. Por consiguiente, si el árbol de la vida simboliza al Adán perfecto, se puede interpretar que el árbol de la ciencia del bien y del mal simboliza a Eva en su etapa inmadura previa a la perfección. A través de Eva, la humanidad heredaría el conocimiento del bien o del mal, según hubiese sido el comportamiento de nuestros primeros padres.

Alguien podría objetar que este simbolismo coloca a Eva, la mujer, bajo un prisma negativo, como árbol de la ciencia del bien y del mal, mientras que coloca a Adán, el hombre, bajo un símbolo más positivo, como árbol de la vida. Sin embargo, debe tenerse en cuenta, por un lado, de que el conocimiento es algo de gran valor y que el símbolo de Eva no era el árbol del conocimiento del mal, sino el árbol del conocimiento del bien y del mal. Es decir, se trataba de un árbol simbólico, de una posición, de un rol, que implicaba una gran responsabilidad, pero al mismo tiempo un gran honor: el honor de poder llevar a su descendencia al conocimiento y por tanto a la realización del bien.

Por otro lado, hay que tener en cuenta que la simbología bíblica describe los hechos **una vez que habían transcurrido** y que de no haberse producido la Caída nunca se hubiese calificado a Eva como Árbol del Conocimiento del Bien y del Mal, sino que ambos, Adán y Eva, hubieran sido calificados, en su caso, como árboles de Vida. No debe dramatizarse el que fuera Eva, una mujer, la primera protagonista humana de la Caída; de la misma forma tampoco hay que sentirse agobiado porque quien traicionó a Jesús fuera un hombre, Judas. Los hechos en la historia son los que fueron, aunque sus respectivos autores

podrían haber actuado de manera diferente. El comportamiento del ser humano no está predestinado sino que depende de cada uno. La historia no hace otra cosa que pretender narrar los hechos sucedidos, bien de forma literal o bien de forma simbólica, como es el caso de la historia de Adán y Eva. Por ejemplo, si la Caída se hubiera producido de forma distinta a como sucedió y hubiera sido Adán el que hubiera caído antes, el relato bíblico tendría otra estructura y tal vez el símbolo del árbol de la ciencia del bien y del mal hubiese sido utilizado para aludir a Adán en vez de a Eva.

7.4. EL SIGNIFICADO DEL FRUTO PROHIBIDO

¿Qué era el fruto prohibido? Es obvio que ningún padre pondría al alcance de sus hijos pequeños un hermoso pastel envenenado con cianuro y les diría: “No comáis de esto” por miedo de que, por curiosidad, probaran y murieran.. No parece, por tanto, muy sólida la tesis de que Dios quiso probar al hombre, sobre todo cuando se piensa en las graves consecuencias (“*si coméis moriréis*”) que tenía la desobediencia. Ningún padre humano en su sano juicio somete a sus hijos a una prueba con riesgo de su vida y no es aceptable pensar que nuestro Padre, Dios, pudiera tener menos preocupación por nosotros que la que tienen los padres humanos por sus propios hijos.

Por otra parte, tampoco se cumplió literalmente la amenaza de Dios, "*si coméis moriréis*", porque Adán y Eva no murieron físicamente de forma inmediata tras la Caída, sino cuando les llegó la edad propia de su muerte natural. Por ello, algunos han interpretado que la amenaza de Dios consistía en la pérdida de la inmortalidad física y que por tanto esa amenaza se cumplió ya que desde entonces todos los seres humanos estamos condenados a la muerte física.

No parece sólida esta interpretación, pues la muerte física es algo natural en todos los seres vivos, incluso en los que no tuvieron Caída Original, como se puede observar en los animales y en las plantas. Por tanto, parece razonable pensar que el cuerpo físico del ser humano al igual que el del resto de los seres vivos es perecedero por naturaleza y que estaba destinado a morir, aunque no se hubiese producido la Caída Original. En consecuencia, cabe interpretar que la muerte, que según la Biblia iba a ser consecuencia de la Caída, debía ser otro tipo de muerte diferente de la muerte física.

De hecho, la palabra muerte no es utilizada en la Biblia exclusivamente para referirse a la muerte física. El propio Jesús la utilizó, unas veces para referirse a la muerte física y otras para referirse a la muerte espiritual. Así, cuando en una ocasión invitó a un joven a seguirle y éste le dijo que primero tenía que ir a enterrar a su padre, Jesús le respondió "*Deja que los muertos entierren a sus muertos*" (Mt 8:22). En esta respuesta, Jesús calificó de muertos (espiritualmente) a los participantes en el entierro del muerto físico. También en otra ocasión calificó a los fariseos de "sepulcros blanqueados". En suma, Jesús utilizó en ocasiones la palabra muerte para referirse a la muerte moral en que vivían muchos seres humanos.

De forma similar cabe interpretar que el tipo de muerte al que se derivaba del comer del fruto del árbol de la ciencia del Bien y del Mal, no era una muerte física sino de algo mucho más grave: la muerte espiritual, la separación de Dios, la separación del sumo Bien. Ello impidió al ser humano adoptar las normas naturales de comportamiento que son las que hacen aflorar al Hombre Auténtico, al Hombre Verdadero, las que nos hubieran permitido vivir en felicidad.

¿Cuál fue, entonces, ese fruto que podía causar la muerte espiritual del hombre? Tradicionalmente, se ha descartado interpretar que el fruto bíblico fuese un fruto en sentido literal y se le ha considerado que era un símbolo de algo. El lenguaje bíblico indica que el fruto debía ser tan atractivo que impulsó al ser humano a desafiar el miedo a la muerte y a comer del fruto. (“*Si coméis de este fruto moriréis*”).

¿Qué puede inducir al hombre a arrostrar el riesgo de muerte? El ser humano considera la vida física como un valor principal y sólo se está dispuesto a arriesgarla por algo de más valor, como por ejemplo por defender a sus padres, cónyuge o hijos. Igualmente hay quien está dispuesto a dar su vida por defender su patria o sus ideas. En todos estos ejemplos hay un factor común: **el ser humano está dispuesto a dar su vida por lo que ama**. Por amor se es capaz de arriesgar la vida.

Por ello se interpreta que el fruto, capaz de impulsar al ser humano a desafiar la muerte, era el amor. Puesto que el fruto correspondía al árbol del conocimiento del bien y del mal y este árbol simbolizaba Eva, cabe entender que **el fruto prohibido era el amor de Eva**.

7.5. ¿EN QUÉ CONSISTIÓ LA CAÍDA?

La Biblia nos narra que Adán y Eva, tras la caída, Gen 3:7 “*se abrieron los ojos de los dos y descubrieron que estaban desnudos. Por eso se hicieron unos delantales de hojas de higuera*”. Antes no sentían vergüenza por hallarse desnudos. Después, se taparon las partes sexuales. Dado que el fruto prohibido era el amor de Eva y que tras la Caída se taparon las partes sexuales, cabe interpretar que la Caída tuvo que ver con los órganos sexuales, con los órganos del amor sexual. Al igual que un niño que ha metido las manos en la tarta de chocolate esconde las manos cuando ha sido sorprendido por su madre, Adán y Eva escondieron, bíblicamente, sus órganos sexuales porque sentían que habían hecho con ellos algo prohibido.

Por otra parte, la epístola de Judas 6:7, tiene unos versículos muy significativos respecto al pecado de los ángeles: “*Y a los ángeles que no guardaron su dignidad sino que abandonaron su propia morada los ha guardado bajo oscuridad en las prisiones eternas para el juicio del gran día; como Sodoma y Gomorra y las ciudades vecinas que como aquéllos habiendo fornicado e ido en pos de vicios contra naturaleza fueron puestos por ejemplo sufriendo el castigo del fuego eterno*”. En estos versículos se alude a que los ángeles fornicaron (“*habiendo fornicado*”) y se fueron en pos de vicios contra naturaleza, como es por ejemplo la relación sexual con seres de distinta especie.

Uniendo ambas interpretaciones, que sugieren por un lado que Adán y Eva pecaron con sus órganos sexuales y, por otro, que los ángeles pecaron fornicando, cabe concluir que la Caída consistió en un pecado de fornicación. Dado que primero fue Lucifer quien indujo a Eva a comer del fruto cabe entender que hubo una fornicación entre Lucifer y Eva. Luego Eva dio a comer del fruto a Adán lo que sugiere que también hubo otra fornicación entre ambos. El que la Caída Original tuviera como esencia la fornicación resulta muy coherente con la importancia que todas las religiones han dado al tema de la castidad.

Sin embargo, se plantean entonces preguntas que deben ser respondidas muy claramente para que las afirmaciones anteriores no sean meros dogmas incomprensibles: **¿Por qué estaba prohibido que Eva tuviese relaciones de amor sexual con un ángel? Y más aún, ¿Por qué estaba prohibido que Eva tuviese relaciones de amor sexual con su compañero Adán? ¿Cómo es posible que un ángel y un ser humano puedan tener**

relaciones sexuales? ¿Qué les impulsó a ello? A continuación se da respuesta a estos interrogantes.

Lucifer, que era el líder de los ángeles, descubrió, cuando Dios creó a Adán y Eva, que había nuevos seres, con menos experiencia y conocimientos que él, pero que tenían otras potencialidades de las que él carecía. En efecto, el ser humano no es únicamente *Yo* y *Cuerpo espiritual* sino que también tiene un *Cuerpo físico*, del cual el mundo angélico carece. Ciertamente es que el cuerpo físico es perecedero y que tras la muerte sólo subsiste el cuerpo espiritual pero, mientras que el ser humano tiene vida física, el cuerpo físico es un instrumento que le permite actuar directamente sobre el mundo físico. La parte física de Adán y Eva era, a los ojos de Lucifer, un plus, un elemento diferencial, un algo más de lo que él carecía.

Esta circunstancia provocó en Lucifer una sensación natural de envidia, de desear tener lo que uno no tiene, lo cual de por sí no es malo pues es un estímulo para el progreso. (Imaginemos lo magnífico que sería que todos envidiásemos la santidad de Jesús y nos propusiéramos imitarle). Simultáneamente, se produjo en Lucifer una reacción, también natural, de desapego de Dios. Podríamos imaginar que Lucifer tuvo una reacción similar a la de un niño que ve que su padre entrega a otro hijo una bicicleta y a él no. Tras haber creado Dios a Adán, podemos imaginar que Lucifer pensó: Dios me quiere a mí menos, como lo demuestra el que a mí no me haya dado "una bicicleta", un cuerpo físico similar al de Adán.

Como consecuencia de estos sentimientos de envidia hacia Adán y de desapego de Dios que se despertaron en Lucifer y que son naturales, éste se acercó a Adán y Eva atraído por la curiosidad, por el nuevo juguete. Además quería recibir la amistad de esos nuevos seres, lo que le serviría como forma de compensar ese desamor que Lucifer había creído percibir en la actitud de Dios hacia él. En realidad, el amor de Dios hacia Lucifer no había variado pero podemos imaginar que a éste le pasó lo que suele ocurrir a los niños pequeños cuando nace un hermano: creen que los padres han dejado de quererles y que sólo quieren al nuevo hermano.

Lucifer, en su relación con Adán y Eva, partía de una posición de superioridad, debido a su experiencia. Él había sido creado mucho antes que Adán y Eva y había colaborado con Dios en la creación del mundo. Era algo así como el profesor que se acerca a sus alumnos adolescentes, y que tiene, a los ojos de ellos, una clara autoridad. Su papel era el tener una actitud paternal hacia Adán y Eva hasta que éstos crecieran y pudieran llegar a adoptar una posición que sería incluso superior a la suya. Lucifer, al igual que los buenos padres y los buenos profesores, debería haber deseado que Adán y Eva llegaran a ser más que él mismo pero, en lugar de actuar así, se dejó llevar por un sentimiento de envidia y de celos hacia ellos.

Por otra parte, todo en el Universo está hecho en polaridades y así como Adán era masculino y Eva femenina, Lucifer también tenía su polaridad, era masculino. Ello hizo que de forma natural sintiese más afinidad hacia Eva que hacia Adán, lo cual también ocurre frecuentemente en la sociedad en que vivimos (las hijas suelen tener una mayor tendencia a relacionarse con la figura paterna y los hijos con la materna). Todo esto es natural y por sí solo no implica ningún problema, ni conlleva nada de perverso.

Lucifer inició una relación con Adán y Eva que se fue intensificando, en especial con Eva por tratarse de un ser de sexo opuesto. La relación entre Lucifer y Eva fue creciendo, facilitada por su diferente polaridad (masculina y femenina respectivamente). La actitud de

Lucifer, originalmente de tipo paterno-filial, empezó a transformarse en amor conyugal-sexual y ese enamoramiento, se fue incrementando, llegando a desear tomar a Eva para sí. Todo ello a pesar de que Lucifer, por haber asistido al proceso de creación de todos los seres, sabía que el ser humano era una especie diferente de la especie angélica y que el amor sexual, por naturaleza, debe darse entre individuos de sexo opuesto de una misma especie.

Eva, por su parte, se sentía atraída por la autoridad, por los conocimientos, por la belleza de su maestro, de forma similar a como puede ocurrir entre una alumna y su profesor o un alumno y su profesora.

En este contexto emocional, Lucifer sintió además una envidia creciente hacia Adán no sólo porque éste estaba destinado a ser la pareja natural de Eva, sino porque tenía un cuerpo físico que lo habilitaba para llegar a ser el Señor de la creación, el Gerente del universo, el Hijo de Dios, el Mediador entre la dimensión física y la espiritual.

Todo este complejo entramado de emociones, atracción sexual hacia Eva y de envidia hacia Adán, impulsó a Lucifer a tomar la decisión de no respetar las leyes naturales de Dios y el contenido del mandamiento dado a Adán y Eva. Sintió el deseo de dominar a Eva y de tomarla para sí. Pretendió, a la vez, arrebatarse la futura esposa a Adán. Este iba a ser el padre de un linaje de hijos de Dios y Lucifer quiso tomar ese papel. En consecuencia, optó por seducir a Eva y la convenció ("*no te preocupes se te abrirán los ojos y serás como Dios*") y finalmente llegaron a consumir una relación sexual mediante sus respectivos cuerpos espirituales.

Esto nos puede parecer muy extraño, ya que el ser humano generalmente no percibe la dimensión espiritual, no la ve y en todo caso la imagina como algo etéreo, sutil. Sin embargo, aquellas personas que han tenido experiencias con la dimensión espiritual relatan sus percepciones como algo absolutamente reales, tanto o más que las percepciones que se tienen con los sentidos físicos. Cabe, también, aludir a la existencia, en la tradición esotérica, de los incubos y súcubos (demonios de sexo masculino y femenino respectivamente) que mantenían relación sexual con los seres humanos. La existencia de una fornicación entre Lucifer y Eva coincide asimismo con los relatos del libro de Enoc (apócrifo del Antiguo Testamento), en los que se narran relaciones sexuales entre ángeles y mujeres.

Mi primera reacción, cuando conocí esta explicación que focaliza la Caída en un acto sexual, fue la de pensar que volvíamos a caer en la represiva interpretación sexual de las religiones tradicionales y ello me molestaba porque, como miembro de la generación de Mayo del 68, había llegado a pensar que había que liberarse de toda represión sexual para ser auténticamente libre. Puedo por tanto entender las reacciones del lector que haya llegado hasta aquí, y pido a su paciencia me permita ampliar las explicaciones para profundizar en el concepto de libertad auténtica, libertad verdadera. También le ruego, que acepte, al menos como hipótesis, la existencia de la dimensión espiritual, y que medite esta novedosa interpretación con serenidad en su corazón y acompañado de una intensa oración a Jesús.

7.6. ¿CUÁLES FUERON LAS CONSECUENCIAS DE LA CAÍDA?

Cuando dos seres se unen profundamente en amor se establece una gran comunicación entre ellos. Así, Lucifer transmitió a Eva sus sensaciones, sus inquietudes y Eva se dio cuenta no sólo de que había desobedecido el mandato de Dios, sino también de que su

pareja natural era Adán y que, aunque no tenía una comprensión clara de ello, al tener relación sexual con Lucifer, había hecho algo grave, algo que le remordía la conciencia, algo que la inquietaba.

Eva entonces se volvió hacia Adán y anheló recuperar y participar del estado de inocencia que veía en éste. Con esa finalidad se le acercó, pretendiendo con ello sentir y participar de su alegría inocente. Esta aproximación produjo más contacto entre ellos y provocó el despertar de la sexualidad física en Adán, dando lugar a que ambos, Adán y Eva, tuvieran una relación sexual inmadura cuando aun no estaban preparados para comprender su valor. A partir de ese momento, Adán también fue partícipe de ese estado de inquietud, de desazón que tenía Eva, que indicaba que habían hecho algo inadecuado y que presagiaba que habría problemas en el futuro, aunque no entendieran bien el por qué.

La realidad era que la esencia de los problemas futuros de la sociedad había quedado sembrada en el alma humana. Lucifer había materializado una actitud de dominio, de conquista, de explotación, de egoísmo al tomar a Eva para sí, aún sabiendo que era la pareja natural de Adán. Es decir, había puesto en práctica en el mundo de los seres conscientes los métodos de actuación egoísta, en detrimento de los demás. **Había iniciado una ética de egoísmo, de insolidaridad, de dominio de los demás.**

Por su parte, Eva había querido aliviar su propia inquietud recibiendo el apoyo de Adán, pero no un apoyo obtenido en base a la explicación sincera de los hechos acaecidos, sino un apoyo obtenido mediante la **seducción engañosa**. Su propósito al acercarse a Adán no había sido el de ayudarlo sino el de **ser ayudada, aun a costa de éste**. Su motivación había sido la de obtener exclusivamente su propio beneficio particular, su propia tranquilidad de conciencia, aunque ello implicara desobedecer a las instrucciones de Dios. En realidad, Eva también había actuado con una motivación egoísta.

Por último, Adán en su relación sexual con Eva, además de percibir que había hecho algo prematuro, descubrió la intensidad del placer sensorial sexual. Como consecuencia Adán concedió en lo sucesivo la prioridad a la búsqueda del placer físico en general y de las satisfacciones sexuales físicas, en particular. Esta tendencia se plasmó en un principio general que asumió él y que transmitió a su descendencia: **otorgar el máximo valor a la gratificación sensorial física, es decir, tener una actitud materialista.**

Encontramos así, puestas en práctica, a través de las acciones de Lucifer, Eva y Adán, las actitudes que son la causa de todos los problemas del individuo y la sociedad: el **egoísmo**, tanto en su vertiente de dominio como de seducción, y el **materialismo**, o prioridad a la obtención de placeres físicos.

Adán y Eva asumieron estos patrones de comportamiento y los trasladaron a sus descendientes que los plasmaron en la conducta familiar y social. La Biblia nos aporta ejemplos de cómo esos patrones de conducta se fueron manifestando en el género humano. De la envidia y del egoísmo se derivó el asesinato de Abel por Caín; del deseo de dominar o de sentirse superior surgió la falta de respeto o la burla de Cam hacía su padre Noé, etc. En consecuencia, la sociedad humana fue asumiendo unos patrones de comportamiento contrarios a las leyes naturales de Dios: el dominio del más fuerte, la apropiación de las fuentes de placer (poligamia), la apropiación, en exclusivo beneficio particular, de los medios de producción, etc. etc. dando lugar a toda clase de conflictos.

Esta explicación de las consecuencias de la Caída constituye el eslabón fundamental que le falta a las tesis de Engels expuestas en su interesante libro “El Origen de la familia, la propiedad privada y el Estado”. Engels describe cómo, partiendo de una supuesta etapa

inicial comunal primitiva, fue surgiendo un proceso social de apropiación egoísta, pero no explica el por qué, no explica de dónde surgieron las motivaciones primitivas que impulsaron en esa dirección. Si esas motivaciones se hallaban, desde siempre, insertas en la naturaleza del hombre ¿cómo pensar que algún día va a cambiar esa naturaleza y que el egoísmo y el materialismo no van a volver a manifestarse en lo sucesivo?

La interpretación dada respecto a la Caída Original completa las carencias que tiene la teoría de Engels. No existió nunca una idílica sociedad comunal primitiva. La primera pareja asumió y trasladó a sus descendientes las raíces de todos los problemas de la historia humana: el egoísmo y el materialismo.

Con ese tipo de conducta el hombre se alienó de lo que es su verdadera naturaleza humana, el hombre como hijo de Dios, y se transformó en un ser en conflicto. Los problemas, las contradicciones humanas se manifiestan internamente, pues como dice san Pablo " *veo otra ley en mis miembros que se rebela contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros*" (Rom 7:23) y también externamente en conflicto con lo que le rodea. Las guerras por motivos económicos y de poder político, la explotación de los empleados, el uso abusivo de la propiedad, la contaminación, no son otra cosa que manifestaciones de esas pautas de comportamiento egoísta y materialista que el hombre asumió.

Pretendiendo alcanzar la libertad, hacia la que nos impulsa nuestra auténtica naturaleza, el hombre ha optado a veces por un liberalismo a ultranza, insolidario, que concibe al resto de seres humanos como competidores a los cuales hay que devorar para que no nos devoren. Sin embargo, en esa sociedad el hombre no se siente verdaderamente libre sino atenazado por el miedo a ser vencido y explotado a su vez en la lucha del día a día.

Como alternativa radical al liberalismo surgieron las diversas experiencias totalitarias, en especial el comunismo, en el que todo sería de todos para evitar así las luchas por motivos económicos, pero la experiencia fue frustrante pues no se superaron las luchas económicas, sino que siguió habiendo privilegiados. Además, los ciudadanos no se sentían hermanos en un sistema que ni siquiera permitía la libertad de opinar y en el que los propios parientes podían traicionarte por lealtad al Partido.

Se pretendió entonces ejercer al menos una teórica libertad en lo personal. El famoso lema anarquista "Ni Dios ni amo" fue una evidente manifestación del sueño de liberarse de toda cadena. Ciertamente es que con la palabra Dios se aludía, en realidad, a las estructuras religiosas, a las iglesias, que en muchas ocasiones se habían transformado en meras estructuras de poder, tras haber perdido el fuego amoroso y de entrega generosa que enseñaron sus fundadores. El anarquismo exaltó el amor libre, como teórica repetición de una hipotética sociedad comunal primitiva e idílica y como expresión de una libertad que, en teoría, no perjudicaba ni a los demás ni a uno mismo. Sin embargo, la facilidad del divorcio, la aceptación de la infidelidad y de la promiscuidad sexual no han resultado ser una panacea sino una fuente de conflictos. Algo hay de insuficiente, algo que hay que rectificar.

De ninguna de estas experiencias (liberalismo a ultranza, comunismo, anarquismo) ha surgido la Verdadera Libertad, con mayúsculas, y ello ocurre porque ésta tan sólo se podrá experimentar en un contexto de Amor Verdadero. Para ello el hombre debe salir del abismo de la confusión en que se encuentra. Sólo un hombre con luz, un Hombre Verdadero, puede enseñarnos a salir de esa oscuridad.

El mandamiento bíblico de Dios era la forma de proteger a Adán y Eva de caer en la confusión, en la oscuridad. Dios les había advertido, diciéndoles “*No comáis del fruto prohibido*”. Este mandamiento debía ser cumplido en tanto no llegaban a la madurez, es decir, a intuir claramente y a realizar los valores morales y éticos, que entonces y siempre son el fundamento de la armonía y por tanto de la Verdadera Libertad.

Ni Lucifer ni Adán ni Eva eran, antes de la Caída, imperfectos. Tampoco eran perfectos. Eran simplemente inmaduros. No conocían el Bien, la Armonía, pues de haberlos conocido conscientemente nunca habrían hecho el Mal. Nadie que sabe que el Bien da la Felicidad hace el Mal, señalaba Sócrates. Quien hace el Mal es porque cree, equivocadamente, que de ello va a obtener la verdadera felicidad. Ello no exime de que Lucifer, Eva y Adán, tuvieran responsabilidad en los actos que realizaron y en los sentimientos y actitudes que, como consecuencia de ellos, interiorizaron.

La consecuencia fundamental de la Caída fue la confusión de valores éticos pero sobre todo de valores morales. El valor ético básico, amar al prójimo como a uno mismo, fue descubierto desde antaño, aunque en muchas ocasiones las religiones no hayan puesto en él su prioridad sino en los dogmas y creencias.

Sin embargo, en el plano moral, la postura ante la sexualidad es uno de los temas sobre los que más confusión existe en cuanto a qué es lo correcto y qué es lo inadecuado. Por ejemplo, la llamada secta de los Niños de Dios, en nombre del amor generoso que Jesús predicaba, propugna la relación sexual libre como una forma de ofrecer amor al hermano que lo necesita. Están confundidos pues no han entendido que el amor sexual es sagrado y exclusivo de la pareja y que no puede ser utilizado como un señuelo para atraer a otros ni siquiera con el objetivo de acercarlos a Dios.

Lo chocante es que la misma sociedad, que se escandaliza ante la moral de los "Niños de Dios" y de otros grupos que postulan el amor comunal y libre, mantiene una actitud totalmente confusa y contradictoria respecto a la moral sexual. Por una parte se pregona la libertad sexual como una forma de liberación y se afirma que todas las conductas sexuales (heterosexualidad, homosexualidad, bisexualidad) son alternativas sexuales válidas. Por otra, subsiste el delito de escándalo público y se procura limitar la presencia pública de la prostitución en la calle. Por un lado se propugna una moral sexual “moderna y no represiva” pero por otro preocupa e intranquiliza el que los hijos, en especial las hijas, lleven una vida de promiscuidad sexual, no sólo por los riesgos de enfermedades y embarazo, que podrían evitarse con los métodos adecuados, sino porque, intuitivamente, se siente que no es el camino correcto.

Todo ello es claro reflejo de que una moral sexual coherente es una de las asignaturas pendientes de nuestra sociedad. Se puede teorizar mucho sobre la libertad sexual pero la pareja requiere, como factor de estabilidad, la fidelidad, y de hecho es muy frecuente que cuando alguien es infiel a su pareja procure ocultárselo para evitar que se rompa su relación.

En las relaciones sexuales del mundo caído es fácil reconocer las tres actitudes prototípicas de cada uno de los tres seres que intervinieron en la Caída: a) La actitud de quien acumula relaciones sexuales y conquistas para satisfacer su deseo de **poder**, de quien necesita cuantas más conquistas mejor para sentirse seguro de su poder. Quien actúa así reproduce la motivación que tuvo Satanás. b) La actitud de quien pretende conseguir mediante su atractivo que los demás hagan lo que él egoístamente desea, reproduce la actitud de **seducción** de la Eva caída. c) La actitud de quien, desafortadamente, busca

satisfacer el deseo sexual, la actitud del ninfómano reproduce la actitud del Adán caído, que descubre y se obsesiona por el placer sexual físico confundiendo con el amor.

En las relaciones sexuales caídas tanto el hombre como la mujer, pueden asumir los distintos tipos de motivaciones aludidas, que corresponden a los prototipos de Satanás, Eva o Adán. Esto es extrapolable a las demás relaciones caídas, es decir a aquéllas cuyo propósito no es servir a los demás o respetar la correcta escala de valores. En las relaciones caídas se podría calificar de **"satánico"** a aquél que utiliza su posición para **dominar** a los demás, de **"évico"** a quien utiliza su atractivo para **seducir** y de **"adánico"** a quien está obsesionado por los **placeres materiales**.

La Caída corrompió el modelo de amor verdadero, que encuentra su más completa expresión en la relación ideal de pareja. En ella el esposo y la esposa representan, respectivamente, la parte masculina y femenina de Dios. En el abrazo amoroso entre esposos, que dedican su vida a entregarse el uno al otro y a ayudar a la Humanidad, Dios se encuentra envuelto. Quiere participar Él mismo, de ese amor elevado y de la alegría, que comparten Sus hijos, en esa sagrada unión sexual.

Ese modelo de Amor Verdadero era el que Dios deseaba que la primera pareja humana descubriese y enseñase a sus descendientes. Entonces no habría habido lugar para la confusión. La escala de valores morales y éticos habría quedado firmemente grabada en los seres humanos. Adán y Eva habrían alcanzado la posición de Verdaderos Padres de la Humanidad porque le habrían transmitido las pautas verdaderas, las que hacen posible la Verdadera libertad y el Verdadero amor. En esa Humanidad se habría hecho realidad la frase "Lo que Dios ha unido no lo separe el hombre" puesto que Dios entonces se sentiría responsable de la unión de todas y cada una de las parejas, de una unión que duraría para la eternidad.

El origen del Amor Verdadero, de la Verdadera Vida y del Verdadero linaje de toda persona son sus órganos sexuales. Sin embargo debido a la Caída, los órganos del Amor, que debían haber sido el lugar más sagrado, se transformaron en el lugar más abominable, bloqueando el camino hacia la construcción del reino de los cielos. Los órganos sexuales se han transformado en el cuartel general del mal, de la confusión y de ellos surgieron las semillas del amor falso, de la vida falsa y del falso linaje. Por ello volver a idealizar la pureza sexual y la fidelidad matrimonial es el gran reto para la sociedad actual.

En el momento presente no hay que detenerse a lamentar el pasado. Lo importante es preparar el futuro. Es necesario dejar que la luz se abra paso y que ello nos impulse a un cambio de actitud que permita hacer surgir al hombre verdadero, basado en una actitud moral y ética correcta. El conocimiento de la Caída Original, es decir del origen del Mal, equivale al conocimiento de la causa de la enfermedad. Es el paso fundamental para proceder a su curación. Quedan así abiertas las puertas a la esperanza de poder iniciar a nivel individual y social un proceso de cambio del hombre, siempre basado en la voluntariedad (no me importa reiterarlo) que nos llevará a la construcción de una sociedad ideal: el Reino de los Cielos en la Tierra.

7.7. EL PECADO Y SUS TIPOS

La palabra pecado se halla tan asociada a la imagen de una religión represiva y ritualizada que su mera utilización suele producir un cierto rechazo en muchas personas. Ello se debe a que si bien algunos tipos de pecado son perfectamente identificables con

violaciones de las normas de correcta conducta social, otros no se hallan acompañados de una clara explicación de por qué son clasificados como pecado.

Así por ejemplo, la mentira, el robo, el asesinato, la violación, etc, son actitudes socialmente rechazadas y por tanto se entiende que la religión las califique como pecado, puesto que dañan la convivencia social. Sin embargo, en muchos otros casos, resulta muy difícil entender el énfasis que pone la religión en tipificar como pecado a diversas actitudes, que aparentemente no causan perjuicio al prójimo, como puedan ser la promiscuidad sexual, siempre que no implique traicionar a la pareja y se haga de mutuo acuerdo, o la masturbación o la contemplación de películas porno, o los pensamientos libidinosos, o la inasistencia a las ceremonias religiosas, o la falta de respeto a las instituciones religiosas o incluso a ese Dios vengativo que aparece en el Antiguo Testamento.

No obstante, las explicaciones dadas respecto a la Caída Original permiten entender lo incorrecto de los comportamientos sexuales antes citados, en la medida en que son manifestación de conceder la prioridad al egoísmo y al materialismo. Igual ocurre con la falta de respeto a lo religioso pues, una vez que se comprende el carácter de Dios, como un ser vivo, resulta casi como "un prójimo más" a quien hay que respetar al igual que deseamos que se nos respete.

Así explicado, el pecado no es otra cosa que una violación de las leyes de Dios, de las leyes del cosmos, de las leyes cuyo respeto hace posible la armonía y la felicidad. La transgresión de esas leyes perturba la armonía y causa perjuicios.

El pecado agrade, en primer lugar, a nuestro Padre Dios que se siente dolido, al igual que cualquier padre humano sufre cuando alguien daña a su hijo o a aquellas cosas que tiene bajo su cuidado.

En segundo lugar, agrade a nuestros hermanos que sufren al observar cómo nuestro comportamiento, nuestra mentira, nuestro adulterio y, en suma, nuestra actitud materialista y egoísta, rompe nuestras relaciones con ellos o les daña en sus relaciones con terceros o con el entorno.

En tercer lugar, nos daña a nosotros mismos al cortar nuestras relaciones con los demás, al hacernos sentir el miedo a que nos pudieran responder de la misma manera, o al menos al hacernos sentir la vergüenza de que se puedan enterar de nuestras acciones y, sobre todo, al inclinar nuestros hábitos por caminos de egoísmo y materialismo, que nos impedirán ser felices.

Así entendida, la palabra pecado deja de producir rechazo intelectual, pues permite comprender lo que implica y cuáles son sus consecuencias para nosotros y para nuestra relación con Dios, con los demás y con el entorno. El pecado, además de las consecuencias que ocasiona en nuestras vidas, es también un lastre espiritual, una carga de la que habrá que liberarse para poder encontrar el camino de la auténtica vida. El pecado genera una deuda espiritual que recae sobre nosotros y que, de no ser pagada, se transmite a los descendientes.

Cada individuo humano no es un ser aislado en el vacío sino un eslabón, de una cadena de antepasados y descendientes y de una red constituida por la sociedad humana. Por ello, el lastre de los pecados de los distintos individuos está en cierto modo intercomunicado. Varios son los tipos de pecado que recaen sobre cada individuo:

El pecado **original** que transmitió a la humanidad las consecuencias de la Caída y que estableció una conexión de linaje con Satanás.

El pecado **hereditario** que es el conjunto de pecados no redimidos de los antepasados y que son transmitidos a los descendientes en tanto no son indemnizados o purgados.

El pecado **colectivo** que, sin proceder de nuestros antepasados directos, es herencia de las malas acciones no redimidas de nuestra raza o nuestra nación. Por ejemplo, los sangrientos procesos de colonización y dominio de unos pueblos por otros se plasmaron en pecados individuales que fueron transmitidos hereditariamente a sus descendientes, pero que también afectan a la nación o la raza desde donde fueron enviados esos colonizadores. Por ello los individuos de cada nación son responsables de su historia. Lo que su nación hizo en el pasado, tanto por acción como por omisión, recae sobre ellos.

El pecado **individual** que cada uno haya cometido personalmente a lo largo de su vida.

Todos estos tipos de pecados deben ser restaurados en el proceso de salvación de la humanidad a efectos de que pueda aparecer un cielo y una tierra nueva. Esta realidad es una carga, para cada generación pero, a su vez, le concede la posibilidad y el honor de enderezar la historia de conflicto que sus antepasados construyeron.

8. EL SENTIDO Y EL DESARROLLO DE LA HISTORIA

La historia humana narra los hechos y experiencias de las distintas sociedades humanas que fueron surgiendo del tronco original. Cabe preguntarse si todo ello tiene algún sentido, si sugiere alguna dirección o si por el contrario no se trata más que de una mera acumulación de hechos sin horizonte ni destino previsible. Igualmente cabe también preguntarse si los acontecimientos históricos se deben exclusivamente a la voluntad de los individuos que los realizan en cada momento histórico o si por el contrario su actuación se halla determinada, no meramente condicionada, por la sociedad que les precedió.

Todas estas opciones se pueden resumir en dos tipos de preguntas:

a) ¿Tiene la historia alguna meta? ¿Llegará la sociedad a vivir en armonía o permanecerá siempre en conflicto?

b) ¿Es el hombre el autor del desarrollo de la historia o sigue ésta unas etapas ineluctables predeterminadas? ¿En qué medida las guerras, la paz, el desarrollo tecnológico o el surgimiento de grandes líderes son consecuencia de las etapas históricas precedentes?

Las teorías sobre la historia pueden clasificarse en función de si tiene o no meta la historia y de si hay que pasar o no ineluctablemente por un proceso histórico determinado.

Hay quienes opinan que la historia no tiene meta alguna. Por ejemplo, Spengler consideraba que la Historia es cíclica, que no tiene una meta determinada y que toda sociedad pasa (y pasará) por una etapa de formación a la que sigue otra de esplendor, luego otra de decadencia y así sucesivamente.

Por su parte, Karl Popper en su libro *"La sociedad abierta y sus enemigos"* considera que *"la historia no tiene significado y que si bien la historia carece de finalidad y de significado nosotros podemos dárselo"*. Estima que es un error la postura de quienes creen que la historia tiene un significado que sólo resta descubrir, e insiste en que debemos convertirnos en forjadores de nuestro destino.

Marx señalaba que la historia tenía una meta, crear la sociedad comunista, y un desarrollo histórico que pasaba ineluctablemente por unas etapas determinadas que desde la inicial sociedad comunal primitiva, eran el resultado de la lucha de las fuerzas productivas contra las relaciones de producción, lo que daba lugar a que la sociedad humana pasase por diversas etapas (esclavista, feudal, monárquica, burguesa, socialista y comunista)

Fig. 12. CLASES DE TEORÍAS SOBRE LA HISTORIA

Si como decía Karl Popper, los seres humanos somos forjadores de nuestro destino, eso no es contradictorio con admitir que la historia tenga un sentido, una dirección, de la misma forma que cuando el hombre primitivo optaba por refugiarse en una cueva eso era algo natural a lo que le impulsaba su anhelo de cobijo y seguridad. Una característica común a todos los seres humanos es su anhelo de libertad, justicia y solidaridad. Por tanto es razonable pensar que esos deseos no son solamente fruto de un contexto cultural sino que brotan de la entraña del ser humano, de la naturaleza del ser humano.

Las naciones modernas han dado acogida a esos anhelos en sus respectivas constituciones, asumiéndolos como valores a instaurar en la sociedad. Avanzar en su implantación y consolidación, se considera caminar hacia el futuro en la buena dirección, en la dirección de la historia. La sociedad del futuro podrá adoptar formas diferentes en cuanto a su estructura organizativa, a su forma de tomar las decisiones de alcance social,

pero se considera irrenunciable el respeto a los derechos y libertades humanas fundamentales. Se puede afirmar que la historia avanza en el sentido de crear formas adecuadas para garantizar esos derechos fundamentales y que la meta de la historia es lograr una sociedad dinámica donde florezcan la libertad, la justicia y la solidaridad.

La tesis de que la historia no camina en alguna dirección concreta implica un cierto relativismo. Si no hay una meta que a priori se pueda definir como correcta, queda la puerta abierta para que mañana se pueda considerar bueno retroceder hacia tipos de sociedades como las de antaño, en las que los derechos y las libertades eran monopolio de unos pocos privilegiados.

Este tipo de opiniones da lugar a una actitud de resignación ante el futuro porque sugieren que la paz no es una meta estable y que más pronto o más tarde se iniciará alguna guerra. O porque llevan a creer que la historia sigue un proceso cíclico y que necesariamente tras la prosperidad vendrá la decadencia y que hagamos lo que hagamos no podremos impedirla. O porque impulsen a admitir que cualquier modelo cultural es válido, lo que en suma implicaría dar validez a ensayos sociales del pasado tan trágicos como han sido el nazismo y el comunismo.

No obstante, la consideración de la Historia humana en su conjunto sugiere que la historia tiene un sentido. En efecto, la información histórica parece mostrar que las sociedades humanas han ido evolucionando desde patrones de salvajismo, sumisión y crueldad hacia modelos de sociedades más respetuosos con la dignidad del ser humano. La esclavitud, la servidumbre y el vasallaje han dado paso a la democracia y al Estado social y de derecho.

El absolutismo teocrático o monárquico, la tiranía, el régimen feudal, el fascismo, el nazismo, el comunismo, las diversas formas de dictadura del proletariado, han caído o están en decadencia y han dado paso o se están transformando en sistemas políticos en los que se reconoce el derecho de todo individuo a participar en la vida política.

El liberalismo a ultranza, el capitalismo salvaje, ha sido sustituido por sistemas de protección social que mitigan las desigualdades. El Estado moderno ha asumido un papel beligerante en la asistencia de los ciudadanos que se encuentran en situaciones de desamparo económico y marginación, y prueba de ello son los altos porcentajes de gasto público que, en las democracias occidentales, se destinan a servicios y ayudas sociales.

Todo ello evidencia que históricamente, pero en especial desde Jesús hasta nuestros días, la sociedad humana ha experimentado un importante y rápido progreso económico, social y político, sobre todo en las sociedades del contexto cultural judeocristiano. La tendencia general de la sociedad humana, aunque con altibajos, sigue una línea de clara mejoría tanto a nivel del individuo medio como de la sociedad en su conjunto. Cierto es que siguen existiendo injusticias y graves desigualdades a nivel individual, local y mundial, pero globalmente considerada la sociedad humana es hoy más libre, igualitaria y equilibrada que hace 100 o 200 años. Y mucho más que lo era hace 2.000 años.

En el siglo XX se ha producido un avance considerable en el plano de las relaciones internacionales, lo que facilita el diálogo y la cooperación. La Organización de Naciones Unidas (ONU), tras el fallido intento de la Sociedad de Naciones, ha generado diversas instituciones en el campo económico, tecnológico, cultural, etc. Por otra parte el final de la guerra fría, tras la súbita, y para muchos impensable, caída del comunismo, es el punto de partida para la reducción del gasto militar y para la intensificación de la cooperación económica. Así el siglo XX, que ha vivido los más graves conflictos de la historia de la

Humanidad, parece haber terminado con un horizonte de esperanza que deja un terreno abonado para cambios muy positivos a escala mundial que deben hacerse realidad en el siglo venidero.

Subsisten graves problemas como el fundamentalismo, la pobreza o los conflictos raciales pero, a pesar de todo, tanto la situación política global como el desarrollo tecnológico y la experiencia económica, ofrecen razones fundadas de esperanza. Los ciudadanos y los dirigentes de hoy tienen en sus manos los instrumentos para construir, a escala mundial, una sociedad de diálogo, respeto, cooperación pacífica y solidaridad que constituiría la utopía soñada, hecha por fin realidad. La intensa crisis económica mundial que se ha manifestado apenas empezado el siglo XXI, ha sacado a relucir los desajustes, las ficciones y la falta de unos esquemas de corresponsabilidad que rijan a las sociedades. Sin embargo, no se trata de meros ajustes institucionales pues las leyes y las normas no pueden controlar y garantizar el funcionamiento de todo. Es necesario que cada individuo asuma realmente unos valores en su comportamiento que garanticen que se fomenta la armonía social y la fraternidad.

Todos los grandes hombres que han inspirado positivamente a la humanidad han sido creadores de familias espirituales, que han seguido sus enseñanzas morales y éticas. La aparición de grandes hombres, fundamentalmente reformadores religiosos, en las diferentes sociedades humanas, con mensajes de mayor valor moral y ético, ha ido produciendo un efecto de absorción de las culturas circundantes que tenían valores menos integradores..

Algunos historiadores han subrayado la existencia de ese proceso de aglutinación cultural a lo largo de la historia. Así, Arnold Toynbee señala que los datos históricos muestran que han existido unas 26 esferas culturales diferentes, que fueron absorbidas por culturas superiores que las iban integrando y que a su vez fueron absorbidas por otras posteriores. Como consecuencia, aquellas 26 líneas culturales han quedado, en la actualidad, reducidas a cuatro principales: el judeocristianismo, el islam, el budismo y el hinduismo, cada una de las cuales tiene como núcleo central un pensamiento religioso.

Toynbee afirma que ese proceso de convergencia parece presagiar la futura aparición de un nuevo mensaje unificador capaz de integrar a las culturas ahora existentes. Se trataría de un nuevo mensaje, también de raíz religiosa, que irá integrando simultáneamente a las cuatro religiones-culturas antes citadas, actualmente existentes, sobre la base de unos valores morales y éticos comunes reconocidos y aceptados libremente por todos.

8.1. ¿QUÉ PAPEL TIENE LA RELIGIÓN EN LA HISTORIA?

El ser humano está destinado a la felicidad y a la armonía, tanto en el mundo físico como en el mundo espiritual. Sin embargo, la Caída Original introdujo la confusión moral y ética, la confusión respecto a cuáles son las leyes naturales de armonía. El hombre, buscando su propio bien, dio a su vida individual, familiar y social un camino errado.

Sócrates decía que el hombre que conoce el Bien, el que ha experimentado el Bien, no hace el Mal porque es consciente de que actuar así le conduciría a la infelicidad. Es por tanto la ignorancia del Bien lo que hace que los seres humanos perpetuemos, de generación en generación, esquemas de comportamiento conflictivo que finalmente nos conducen a la infelicidad.

Todo hombre actúa de la forma que entiende le puede llevar a la felicidad, pero, muchas veces, toma un camino errado creyendo que lo más importante es el bienestar a corto plazo y el bienestar material. Como consecuencia, desemboca en una vida sin sentido

y llena de conflictos, aunque pueda experimentar, en su caso, momentos de efímera "felicidad". La salvación del hombre, el reencuentro con el sentido auténtico de la vida, el logro de una armonía dinámica, es la única solución para los problemas de la humanidad.

La religión es el camino capaz de conducir al individuo y a la humanidad hacia esa meta. Conviene aclarar y precisar que el concepto auténtico de religión tiene un significado plenamente vital, íntimamente vinculado con el día a día. La Religión con mayúsculas, no como un enfoque meramente confesional, no es un conjunto de doctrinas dogmáticas y ritos más o menos llamativos, sino esencialmente un método de reencontrarnos con Dios y de encontrar la felicidad. Un camino de educarnos a nosotros mismos en lo fundamental, en un concepto del hombre y de los valores morales y éticos que permita al hombre descubrirse a sí mismo, renacer y construir el reino de Dios en el día a día.

En este sentido, religión (re-ligare) tiene mucho que ver con la educación (educere, conducir, dirigir) y es, en suma, una vía de desalienación, un método de hacer surgir el Hombre Verdadero, el Hijo de Dios que hay en nosotros.

El concepto de religión se usa en este libro con una amplitud que excede del ámbito particular de lo confesional, de lo propio de cada doctrina o confesión religiosa. Esto conviene resaltarlo, sobre todo en nuestro país España, donde cada vez que se habla de religión se tiende a pensar que se está haciendo referencia tan sólo a una determinada confesión, la católica romana. En este texto, por el contrario, se utiliza el concepto de religión en su sentido genérico, global. Es ante todo un concepto que alude a todo camino que pretende el re-encuentro con Dios.

En consecuencia, esto implica y exige un profundo respeto por todo fenómeno religioso, sea cual fuere la confesión religiosa o el contexto en el que se produzca, e impulsa a realizar una decidida actividad ecuménica e interreligiosa, basada en el convencimiento de que ese Dios, hacia el que las religiones pretenden conducirnos, es el mismo para todos, independientemente de cómo se le denomine: Alá, Kamisama, Krishna, Conciencia Cósmica, etc.

Pueden haber, y hay, diferencias en cuanto al concepto de Dios, pero no menos cierto es que todas y cada una de las religiones caminan hacia un Dios que ellas consideran el Verdadero. Por ello, conviene resaltar que entre todas las religiones hay, al menos, una coincidencia básica y profundamente respetable: todas creen, con honesta convicción, que su particular concepto de Dios es el que coincide con el Dios que realmente es. Además el contenido esencial de la praxis de todas las religiones es el mismo y se resume en dos conocidos preceptos: amar a Dios sobre todas las cosas y amar al prójimo como a uno mismo.

Somos los hombres los que hemos hecho de las religiones penosos instrumentos para el enfrentamiento y el conflicto, al conceder más importancia a los aspectos externos, rituales o doctrinales, que al fondo del mensaje religioso. Ha llegado el tiempo en que todas las manifestaciones religiosas convergerán y el siglo XXI será testigo de este reencuentro definitivo, basado en lo esencial y dejando de lado los aspectos dogmáticos y rituales.

El auténtico fenómeno religioso, el propio de una religión madura, se caracteriza por la plena libertad que concede al individuo, en su camino de reencuentro con Dios. A cada uno compete la responsabilidad y la libertad de efectuar ese reencuentro voluntario. La autenticidad religiosa implica voluntariedad y ello es también un indicador que sirve para diferenciar a los falsos profetas de los verdaderos pastores. Donde hay coacción, donde hay imposición, difícilmente se encuentra la manifestación religiosa auténtica, verdadera.

El papel de la religión en la Historia ha sido siempre el mismo: preparar el re-encuentro con Dios y la construcción de un reino bajo Su inspiración. En unos casos concibiéndolo como un reino terrenal y espiritual a la vez y en otros como un reino tan sólo para la otra vida.

Las diferencias entre unas religiones y otras se deben en gran medida a los distintos contextos culturales en que apareció cada una. Las reacciones de los individuos y sociedades en las que se manifestaron los distintos líderes religiosos fueron las que condicionaron el posterior desarrollo de los respectivos mensajes religiosos. ¿Qué hubiese pasado, por ejemplo, si Jesús no hubiese sido crucificado sino aceptado por el pueblo judío? ¿Cómo habría sido el cristianismo con Jesús en vida? ¿Qué hubiese pasado si Lutero y el papa León X hubiesen conciliado sus posturas? Etc, etc.

La religión no es una superestructura social, como afirmaba el marxismo, no es un montaje para apaciguar las reivindicaciones de los pobres prometiéndoles un Paraíso para después. Calificarla así es percibir tan sólo un aspecto de la incidencia social del fenómeno religioso. La religión, aunque a veces haya sido utilizada para justificar privilegios y explotación, ha sido y sigue siendo el más poderoso motor del progreso social porque tiene el potencial de crear el clima de amor y perdón adecuado en el que pueda fructificar la cooperación y la inventiva humana.

Cuando las instituciones religiosas se han corrompido, Dios ha despertado reformadores que han vuelto a encender su fuego, su impulso original y que han inducido un fuerte cambio social. La exigencia de libertad religiosa ha estado en el germen de las demás libertades ciudadanas porque un auténtico amor al prójimo exige respeto a sus ideas. Sin respeto no ha lugar para el amor. La caridad cristiana ha estado y está en la base de la solidaridad y de muchos movimientos de justicia social, como ha ocurrido con el caso de muchas órdenes religiosas (San Juan de Dios, Hermanas de la Caridad, etc...) e incluso ha sido la fuente de inspiración de muchos grupos de los llamados socialistas utópicos y hoy, más recientemente, de los teólogos de la liberación no marxistas.

La historia de la humanidad puede ser abordada desde muchos ángulos. Puede hablarse de una historia de los sistemas políticos, una historia de la economía, una historia de la tecnología, una historia del arte, una historia de la literatura, una historia de las armas, etc, etc.

Sin embargo, en el próximo futuro la Humanidad tomará consciencia de que la historia fundamental es la historia de la religión, porque es la historia de los esfuerzos más profundos que Dios y el hombre han realizado para hacer nacer al hombre verdadero, al hombre constructor de una sociedad nueva. Los otros aspectos de la vida social: económico, político, tecnológico, artístico, etc, dependen de la evolución que en cada sociedad haya tenido el concepto del ser humano, de los valores que se hayan reconocido al individuo en cada momento histórico y, en suma, del margen de libertad y de estímulo de que haya dispuesto.

Las aportaciones religiosas de cada época y de cada sociedad han tenido un papel determinante en la formulación de la escala de valores. El sociólogo Max Weber subrayó la importancia que la ética protestante tuvo en la aparición del liberalismo económico y de la revolución industrial. El ojo por ojo y diente por diente del Antiguo Testamento, aunque hoy nos parezca una atrocidad, constituía una regla social muy superior al nivel de barbarie de la época en la que por un ojo se reclamaba la vida de toda la familia del culpable. La

fraternidad, y en gran parte el socialismo utópico, tuvieron su fuente de inspiración en el cristianismo primitivo.

La historia de la religión encierra algo más que una mera formulación de valores éticos y morales, revelados por Dios en las distintas épocas y a los diferentes pueblos. La historia de la religión manifiesta la actuación de Dios en la historia, la llamada Providencia de Dios, y explica cómo la actuación de Dios ha estado en todo momento orientada hacia una meta: la restauración del hombre. Ha sido la respuesta de éste la que ha hecho que la providencia de Dios tome un curso u otro.

Hasta ahora la historia de la religión carecía de una clave lógica para su interpretación: ¿Por qué hay pueblos centrales, pueblos elegidos? ¿Por qué no aparecieron simultáneamente los distintos líderes religiosos, Buda, Confucio, Moisés, Jesús, Mahoma, etc.? ¿Por qué nació Jesús en el año cero y no entre los primeros hijos de Eva? ¿Está todo predeterminado o es todo casual? ¿Debía Judas necesariamente traicionar a Jesús? ¿Debía Jesús necesariamente morir en la cruz? Y en suma ¿tiene la religión alguna meta histórica? ¿Se rige la historia de la religión por determinadas leyes?

A todas estas preguntas se pretende dar respuestas en las páginas que siguen.

8.2. ¿EXISTEN LEYES QUE RIGEN EL PROCESO HISTÓRICO?

Algunos intelectuales han señalado los peligros que entraña el historicismo, es decir, el admitir que la historia tiene una meta. Afirman, con el apoyo de evidentes argumentos históricos, que muchas veces las ideologías y las religiones, que sostenían que la Historia tiene un sentido, han sido instrumentos del totalitarismo. Subrayan que impulsados por motivaciones ideológicas o religiosas muchos movimientos se creyeron con el derecho, e incluso con la obligación, de forzar a las personas a seguir, de grado o por fuerza, el camino que, en teoría, les llevaría a la construcción de esa sociedad ideal. El nazismo y el comunismo, (y el fundamentalismo religioso no les queda muy distante), han sido claros ejemplos del grado de opresión y de terror, que se puede implantar en una sociedad con el convencimiento de que se está construyendo la Sociedad, con mayúsculas, del mañana.

Sobre el fanatismo religioso ya advirtió el propio Jesús a sus discípulos cuando les dijo *"Llega la hora en que todo el que os quite la vida pensará prestar un servicio a Dios"* (Juan 16:2). El sagrado nombre de Dios ha sido a veces utilizado como excusa para torturar, matar y sojuzgar a los pueblos. Pero hay que afirmar con rotundidad que, ninguna meta, por maravillosa que parezca, puede conceder al hombre patente de corso para atentar contra los derechos fundamentales del prójimo.

Por ello, en la hipótesis que sostenemos de que la historia nos encamine hacia una meta, cabe preguntarse:

- a) si existe algún tipo de leyes históricas observables en ese proceso
- b) si existen, qué papel dejan a la libertad del hombre y
- c) en todo caso, qué límites debe tener el hombre en su actuar.

El reverendo Moon ha aportado unas explicaciones muy novedosas respecto a la existencia de leyes históricas observables que sugieren una nueva línea de investigación a los estudiosos de la Historia.

En síntesis estas explicaciones afirman:

- a) que la providencia de Dios respeta plenamente la libertad del hombre y su influencia en el deambular de la historia

b) que la construcción de la Sociedad Ideal Original requería unas etapas de tiempo
c) que existe un principio de justicia histórica que exige como condición para el progreso, la restauración de los errores del pasado.

Debido a la Caída del Hombre no se pudo construir la Sociedad Ideal Original y toda la historia humana no ha sido otra cosa que una historia de restauración, cuya finalidad ha sido posibilitar la aparición de un nuevo Adán, limpio de las consecuencias de la Caída, y capaz de construir el Ideal Original.

El nuevo Adán debe, en primer lugar, alcanzar la perfección como individuo, luego crear un modelo de familia ideal y, finalmente, una sociedad modelo. Estos nuevos patrones de comportamiento deben ser transmitidos al resto de la humanidad para que, tras su libre aceptación, den lugar a una nueva sociedad mundial que sea como una familia mundial que haga realidad el ideal original de libertad, justicia y fraternidad que Dios tenía proyectado para el hombre. Esta era la misión de Jesús, mostrar el modelo (*"Yo soy el camino, la verdad y la vida"*) y construir ese mundo nuevo (*"El reino de los cielos está cerca"*).

El proceso histórico está regido por el principio de equilibrio o de justicia cósmica o kármica. Todo paso dado en dirección incorrecta debe ser compensado para permitir volver al punto de partida y empezar de nuevo. Esta regla se puede observar en la Biblia, como se explicará con detalle en los capítulos siguientes. Todo hecho del pasado, sea positivo o negativo, recae sobre las generaciones posteriores que podrán tener un punto de partida más favorable si el hecho era positivo o una carga a compensar si el hecho era negativo. Se entiende como positivo todo hecho que implique diálogo, respeto, cooperación y solidaridad y como negativo lo contrario.

La existencia de unas leyes de justicia kármica, sintonizan con el dicho de que *"todos los pueblos que ignoran su historia están condenados a repetirla"*. Es decir, si no se aprende del pasado histórico y si no se corrigen en su momento los errores e injusticias cometidas, surgirá más tarde una circunstancia histórica similar a la anterior que constituirá una nueva oportunidad para corregir los errores de antaño. Si en esta nueva oportunidad tampoco se subsana el error anterior, en el futuro será mucho más dura la compensación exigida y el esfuerzo para lograrla.

La historia deja entrever el proceso de restauración en la existencia de periodos históricos paralelos. Ejemplo de esta repetición serían la alternancia entre democracia y dictadura, entre anarquía y autoritarismo. Como ejemplo concreto, se podría sugerir el caso de la Segunda República española que no logró superar los conflictos de la sociedad de su tiempo y que dio lugar a la guerra civil y a la dictadura. Posteriormente, 40 años más tarde, la sociedad española tiene otra oportunidad de construir una sociedad democrática.

Otro ejemplo, sería la oportunidad que, en 1945, tuvieron las naciones más avanzadas para construir un nuevo orden mundial. Sin embargo, no supieron percibir la amenaza del comunismo y no impidieron que Stalin se apoderara de los países de Europa del Este y que impulsara después la expansión del comunismo, que llegó tener bajo su dominio a un tercio de la humanidad. Como consecuencia de esa pasividad se inició la guerra fría y un conflicto ideológico y geoestratégico que ha absorbido, durante casi medio siglo, ingentes recursos e impulsado la carrera armamentística.

Cuarenta años más tarde, las potencias desarrolladas han tenido que enfrentarse al reto de contribuir de forma rápida y eficaz a la transformación del antiguo bloque soviético, que se derrumbó en 1989, y de establecer un nuevo orden mundial y fomentar con urgencia el

desarrollo del Tercer Mundo. Sin embargo, nuevos focos de tensión han surgido tanto en países en desarrollo como en el interior de los propios países desarrollados y, de nuevo, las potencias desarrolladas deberían asumir su responsabilidad para orientar el cambio de sí mismas y del mundo entero. Las crisis, cuanto más fuertes son, mayor es la oportunidad que ofrecen para realizar cambios de envergadura, que si no se hacen adecuadamente pueden dar lugar a muchos problemas adicionales en el futuro.

Esta interpretación del proceso histórico resalta la responsabilidad de cada individuo y, en especial, la de aquéllos que por circunstancias ajenas o por su propio esfuerzo, llegan a ocupar posiciones de liderazgo social, pudiendo ejercer un impacto más intenso en la dirección del desarrollo histórico. Sobre cada miembro de la sociedad recae no sólo responsabilidad sobre su propio destino sino también una responsabilidad histórica de reconducir el pasado de su familia, raza o nación.

Las circunstancias del presente no dependen tan sólo de los hombres de esta época sino de lo que hicieron sus antepasados. Los hechos del pasado recaen sobre el futuro. Aparecen así, en tiempos y condiciones determinadas, líderes carismáticos, que parecen revivir el enfrentamiento entre Caín y Abel, o entre Ismael e Isaac (árabes frente a judíos) y que con su enfrentamiento o reconciliación, impulsan a la sociedad en un sentido u otro.. Sus conciudadanos se encuentran ante el dilema de optar por apoyar a uno u otro líder nacional y contribuyen así a forjar el día a día y a hacer la historia.

Algunos podrán objetar que no parece justo que la actitud de sus antepasados o la historia de su pueblo o de su nación caiga sobre ellos, pero ¿acaso no se acepta sin queja la herencia recibida, los descubrimientos científicos o el nivel de vida heredado? Las carreteras, la penicilina, el teléfono, los abonos, etc... no fueron fruto de nuestro esfuerzo personal sino simple herencia. Sin mérito alguno por nuestra parte nos hemos encontrado con una serie de logros realizados por las generaciones anteriores y los hemos asumido. Justo es también que asumamos los resultados de sus errores o deudas históricas que también forman parte de nuestra herencia.

Así ocurre en la realidad material y de forma similar ocurre en la dimensión espiritual que es la más importante para el ser humano. En ella se graba también el activo y el pasivo histórico que recae sobre las generaciones posteriores de acuerdo con ciertas leyes matemáticas que más adelante se expondrán. El ser humano así considerado adquiere una doble dimensión individual y social que, sin negar su libertad, lo hace por un lado heredero de la historia de sus antepasados y por otro responsable del legado histórico que transmitirá a sus descendientes.

Esta interpretación del proceso histórico admite que el pasado influye en el presente, en especial a través de los líderes que genera, pero es muy diferente de las interpretaciones deterministas y en particular del materialismo histórico marxista. Para éste, el hombre es un mero juguete de un proceso histórico constituido por unas etapas predeterminadas (sociedad esclavista, feudal, burguesa o capitalista, socialista y comunista) cuyo fundamento es el modo de producción. El paso de un tipo de sociedad a otro se produce mediante conflictos que, ineluctablemente, ocurren cuando las fuerzas productivas (la masa trabajadora) ven su desarrollo impedido por las estructuras de propiedad de los medios de producción.

En la teoría marxista es el contexto económico, la estructura de la propiedad, la que ocasiona los cambios sociales, siempre por vía revolucionaria. El proceso reformista pacífico es considerado inviable ya que los propietarios, por su propia condición de

propietarios, están a su vez inconscientemente determinados a no ceder ante las reivindicaciones, por lo que sólo queda lugar a la vía revolucionaria para cambiar la sociedad. La economía, según el marxismo, lo determina todo, tanto las instituciones como las leyes, la cultura e incluso el propio corazón humano. Por eso el individuo no es más que un mero fruto de su situación económica.

Sin embargo, la teoría marxista no se ha correspondido con la realidad observable pues en muchos casos las más importantes conquistas sociales se han dado a través de un proceso reformista, sin necesidad de revoluciones violentas. En muchas ocasiones, ha sido gente acomodada (como fue el caso del propio Engels) la que ha impulsado los procesos de cambio.

La caída del comunismo puso en evidencia que la mera eliminación de la propiedad privada de los medios de producción no cambia el comportamiento profundo del hombre, ni lleva a la construcción de una sociedad ideal. El contexto económico influye pero no determina al individuo, sino que por el contrario es éste el que en función de sus valores morales y éticos impulsa o no la construcción de una sociedad solidaria y de los correspondientes cambios en el sistema económico.

La aparición del hombre nuevo no es una transformación mágica que se produce sin contar con el individuo, sino que por el contrario requiere y requerirá, como requisito indispensable, su decidida participación.

La actuación del individuo en la historia debe tener como límites el respeto a los derechos inalienables de los restantes miembros de la familia humana. Dios anhela que Sus hijos constituyan una gran familia mundial en la que se conviva en armonía y felicidad. En la construcción de esa meta hay un límite absoluto que hay que respetar: la libertad de los demás. Y ello está avalado por un evidente argumento teológico: el propio Dios no impidió el ejercicio de la libertad de decisión de Lucifer, ni la de Eva ni la de Adán. ¿Cómo entonces en nombre de Dios podría arrogarse hombre alguno el derecho a impedir a los demás el ejercicio de sus libertades de opinión, expresión y decisión, que son inseparables de su naturaleza humana?

La construcción de la sociedad ideal debe lograrse mediante la adhesión voluntaria de los seres humanos y nunca por imposición. Las declaraciones universales de derechos humanos insisten en señalar que ni siquiera la mayoría de una nación puede arrogarse el derecho de suprimir los derechos inalienables de los individuos y grupos minoritarios.

8.3. ¿CUÁLES SON LAS LEYES DEL PROCESO HISTÓRICO?

La historia tiene una meta y esa meta se halla predeterminada y grabada en el corazón de cada hombre: la construcción de una sociedad de armonía, constituida por hombres plenamente libres y solidarios. Pero todo proceso de creación o construcción implica ciertas etapas constructivas y si previamente se adoptaron decisiones erróneas, que construyeron algo inadecuado, serán necesarias unas etapas de demolición que permitan volver a la situación previa a la adopción de la decisión errónea.

De igual forma, en la sociedad humana existen por un lado, **leyes históricas de creación del mundo ideal** y por otro, **leyes históricas de restauración** de los errores del pasado. Una vez restaurados los errores del pasado se inicia el proceso de creación del ideal de Dios en los planos familiar, tribal, nacional, mundial y cósmico.

Las leyes históricas de creación de la sociedad ideal establecían que la primera familia humana, habiendo asumido unas correctas normas éticas y morales las grabaría en su

propia cultura, a través de un periodo de tiempo, y las transmitiría a sus descendientes, que serían educados en la armonía, la convivencia y la cooperación.

En este contexto de paz y cooperación, el progreso material y espiritual sería creciente y las eventuales tendencias egoístas de los miembros de esa sociedad serían autoanuladas. Cada individuo sería consciente de que una actitud egoísta le excluiría de ese ambiente de fraternidad, libertad y confianza. Al igual que el hombre no pone la mano en la hoguera porque se quema, el hombre sería consciente de que el egoísmo lo aísla, lo separa de los demás y le impide la verdadera felicidad.

El fallo de la primera familia humana impidió que llegara a crearse el mundo ideal. En consecuencia las leyes de creación del mundo ideal siguen pendientes de realizarse y las leyes que pueden observarse en la historia son las leyes de la restauración, que establecen la necesidad de cumplir determinadas condiciones a fin de que sea posible que surja un nuevo Adán que mostrará a los demás el camino para nacer de nuevo y que finalmente logrará que la humanidad alcance su destino original: ser una humanidad de Hijos de Dios.

8.4. LAS LEYES DE LA RESTAURACIÓN

La restauración de la humanidad, la vuelta del hombre a Dios, no exige igual responsabilidad a todos los individuos. Cada uno tiene plena responsabilidad respecto a la restauración de sí mismo, pero a nivel social no todos tienen la misma responsabilidad. El Gobierno, los políticos, las personas que se encuentran en mejor posición material o intelectual, tienen mayor responsabilidad que el ciudadano de base en el progreso de la sociedad. Igual ocurre cuando se trata de restaurar la sociedad para encaminarla hacia Dios.

Desde el punto de vista de la providencia, Dios elige a sus campeones para que inspiren moralmente a la humanidad de su tiempo. Pero los hombres de Dios no surgen gratuitamente, sino que lo hacen cuando sus antepasados y su pueblo han pagado, con su sacrificio y sus sufrimientos, el precio necesario. Si Dios hiciera surgir gratuitamente a los profetas sin que la humanidad hubiera reunido los merecimientos suficientes para ello, Satanás argumentaría que Dios no juega limpio, que Dios le ayuda en exceso, y que, por tanto, el ser humano no merece ser el centro de la creación ya que para recuperar su posición debe recibir tantas facilidades por parte de Dios.

Una vez que se han reunido las condiciones necesarias, llega la oportunidad de que surja un hombre de Dios. Su misión es llevar una vida ejemplar y de sacrificio y ser capaz de aglutinar en torno a él a sus contemporáneos para elevar su nivel moral y espiritual. Si no es capaz de completar su misión, sea porque falla personalmente o porque no consigue el apoyo suficiente de sus coetáneos, se pospone el proceso de restauración.

Una vez que se hayan cumplido de nuevo los periodos de tiempo que sean necesarios, según las leyes de la restauración, se dará otra nueva oportunidad en una generación posterior. Todo esto se verá con ejemplos concretos, al explicar los relatos correspondientes a los personajes bíblicos Adán, Noé, Abraham, Jacob, Moisés y Jesús.

8.5. LOS PERIODOS MATEMÁTICOS DEL DESARROLLO INDIVIDUAL Y SOCIAL

El Principio Divino (pág 369) señala *"La forma de Dios es también matemática. Por ello el mundo de la creación, centrado en el hombre, es el objeto substancial de Dios, formado mediante Su esencia matemáticamente desarrollada. Por esta razón el desarrollo de la ciencia, que es la investigación de los principios de las cosas creadas, sólo es posible*

a través de la investigación matemática. El primer antepasado humano tenía que haber llegado a ser un ser substancial matemáticamente perfecto después de haber pasado el periodo matemático de crecimiento. (Debido a la Caída) el hombre debe restaurarlo por indemnización, estableciendo el periodo matemático de indemnización".

Todo esto quiere decir que para que el primer antepasado alcanzase la perfección no bastaba con la mera decisión de un momento de inspiración, sino que era necesario un periodo de tiempo para realizar dicha perfección.

Al igual que tras la fecundación es necesario un periodo de gestación para que el feto llegue a término, tras la creación del hombre era necesario un periodo para que el hombre fuera asumiendo las leyes de armonía de Dios y pudiese llegar a ser un individuo auténtico, capaz de dar lugar a una familia ideal y finalmente a un mundo ideal. La cultura, las pautas de conducta no se internalizan por su mero conocimiento intelectual. Es necesario experimentarlas, ponerlas en práctica, para que sean realmente asumidas.

Adán y Eva, fueron creados inmaduros, no imperfectos. Habían sido creados a imagen y semejanza de Dios pero debían, asumiendo su propia responsabilidad, recorrer un proceso que los llevase a ser hijos de Dios, la encarnación de Dios. Para ello era necesario que estableciesen el fundamento adecuado perfeccionando determinados números.

La Caída invalidó dichos números por lo que, en el proceso de restauración de la humanidad, los grandes hombres o figuras centrales y los pueblos elegidos tienen que indemnizar dichos números para que se pueda dar la posibilidad de recibir al Mesías. Este viene como nuevo Adán y su misión es alcanzar primero la perfección individual y después salvar a la humanidad sirviéndole como modelo a escala individual, familiar, tribal, nacional y mundial.

Haciendo un sencillito símil se podría decir que el ser humano era como un estudiante que tenía que hacer una carrera que constaba de varios cursos, con la condición de no tener ningún suspenso. Si fallaba en alguno de ellos tenía que repetirla desde el principio, una vez que hubiera hecho los méritos requeridos para merecer otra oportunidad.

Los números que Adán y Eva tenían que haber perfeccionado para llegar a ser seres substanciales de Dios eran el 12, 4, 21 y 40. Veamos una sencilla explicación del significado de esos números.

Todo ser pasa por tres etapas de crecimiento: formación, desarrollo y perfección. Por ejemplo: sembrar, crecer y dar fruto; iniciar una empresa, desarrollarla y llevarla a su madurez, etc. De aquí se desprende la importancia del **número 3** en las leyes históricas. A este número se le llama el número de la perfección.

Fig. 13. EL NÚMERO 3: LAS TRES ETAPAS

Por otra parte el individuo humano tiene una estructura cuádruple constituida por Dios, su espíritu, su cuerpo y el individuo resultante de esa unidad espiritual-física. Igualmente la familia tiene una estructura cuádruple: Dios, esposo, esposa e hijos. Lo mismo sucede en toda acción pues siempre existe el propósito, el agente activo, el objeto sobre el que se actúa y el resultado. Ej: el anhelo de pintar, el pintor, el objeto o idea pintado, y el cuadro. De la estructura cuádruple se deriva la importancia del **número 4** en las leyes históricas.

Dinámicamente considerada, la estructura cuádruple da lugar a relaciones entre cada uno de sus elementos con los 3 restantes. Así por ejemplo en la familia, la relación del esposo con Dios, con la esposa y con los hijos. Y de los hijos con Dios, con el padre y con la madre. De esos cuatro elementos de la estructura cuádruple y de sus 3 relaciones con

cada uno de las restantes surge el **número 12**. Debido a la caída ha sido necesario indemnizar ese número en la historia de la religión mediante los 120 años de construcción del arca de Noé, los 120 años de la vida de Moisés, las 12 tribus de Israel, los 12 apóstoles de Jesús, etc.

Fig. 14. LOS NÚMEROS 4 Y 12

A continuación, Adán y Eva debían realizar el fundamento de cuatro posiciones y tras pasar por las tres etapas (formación, crecimiento y perfección) entrar en la cuarta etapa o dominio directo o comunión con Dios. Por ello era necesario también que perfeccionaran el número 4. La historia religiosa nos muestra cómo se trató de indemnizar ese número mediante periodos tales como los 40 días del diluvio, el ayuno de Moisés de 40 días, los 40 días de exploración de Canaán, los 40 días durante los cuales Jesús resucitado se apareció a los discípulos, etc.

Por otra parte Adán y Eva deberían haber pasado por un periodo de perfección vinculado al **número 21**. Para entender el significado de este número es necesario comprender primeramente el significado de los números 3, 4 y 7.

El Principio Divino dice: *Para que un hombre individual sea perfecto debe establecer el fundamento de cuatro posiciones formando una trinidad con su mente y cuerpo combinados en armonía, centrados en Dios. Para que una pareja sea perfecta... (deben formar) una trinidad el hombre y la mujer unidos centrados en Dios. Para que el mundo de la creación sea perfecto... (se debe formar) una trinidad con los hombres y todas las cosas combinados en armonía centrados en Dios* (pág 372).

De aquí puede interpretarse que la formación de trinidades en armonía, centradas en Dios, es el fundamento para la perfección. Por ejemplo, mente y cuerpo humanos en armonía con Dios, dan lugar un individuo perfecto. La Humanidad y todo el entorno centrados en Dios dan lugar a un mundo perfecto. Al número 3 se le denomina así el número celestial o **número de la perfección**.

A continuación el Principio Divino dice que tras haber constituido una trinidad *"entonces el cuerpo individual determina su posición como una criatura provista de las cuatro direcciones, norte sur, este y oeste... En este sentido llamamos al número 4 el número terrenal"* (pág 372). Este párrafo, a mi entender, vendría a decir que tras habernos unido en el plano espiritual o del propósito se puede plasmar en la realidad "terrenal" o material ese ser substancial: el individuo perfecto, la familia perfecta, el mundo perfecto.

El **número 7** es la suma del número celestial y del número terrenal; por ello el período de creación del cielo y la tierra fue de 7 días bíblicos *"podemos considerar al periodo necesario para que una cosa sea perfecta como el periodo para la perfección del número 7"* (pág. 372).

Por otra parte, si consideramos que existen tres etapas (formación, crecimiento y perfección), cada una requeriría la perfección del número 7. De donde se deriva el **número 21**. Como ejemplos de este periodo tenemos las 3 veces que Noé soltó las palomas tras el diluvio dejando intervalos de 7 días; los 21 años que pasó Jacob desde que huyó de su casa hasta que regresó; el periodo de 210 años de cautividad de los israelitas en Babilonia y su regreso.

El significado del **número 10** surge de subdividir cada una de las 3 etapas de crecimiento en 3 subetapas lo que nos da un total de 9 subetapas. Resultaría que sería en la décima cuando se entra **en unidad con Dios**. Por ello se llama al número 10 el **número de**

retorno y cuando se produce un fallo en un proceso hay que esperar un período múltiplo de 10 para volver a tener otra oportunidad histórica. Dios escogió a Noé 10 generaciones después de Adán y a Abraham 10 generaciones después de Noé.

El **número 40** surge de combinar cada una de las bases de 4 posiciones con las 10 etapas del periodo de crecimiento. Tenemos así el período correspondiente al número 40 que también debería haber sido establecido por Adán y Eva para llegar a Dios. Como ejemplos de este periodo tenemos los 40 días transcurridos desde el momento en que el arca de Noé se posó en el Monte Ararat hasta que soltó las palomas; los 40 años de Moisés en el desierto de Madián; los 40 años por el desierto del Sinaí, etc.

Dado que se produjo la Caída Original, el hombre no se unió con Dios a través de los períodos vinculados con los números 12, 4, 21, 40 y por tanto estos números deben ser restaurados para poder construir el Reino de Dios. Cada figura central tanto Noé, como Abraham, como Moisés, como Saúl o como Jesús debían indemnizar estos números a fin de que el Reino de Dios pudiera realizarse.

Esta indemnización se realiza fundamentalmente a través de periodos de tiempo, pero no siempre en la misma unidad de tiempo. Unas veces se trata de años y otra de días, dependiendo de si se concentran verticalmente en una figura central en un momento de la historia o si se realizan horizontalmente a través de la historia. Por ejemplo, los 1600 años de Adán a Noé fueron una indemnización horizontal del número 40 (ver punto 11 de este libro); pero debido al libertinaje y corrupción de los hombres de aquella época los 40 días del diluvio indemnizaron verticalmente estos 1600 años.

A veces los periodos perdidos se indemnizan horizontalmente a lo largo de la historia. Entonces se pueden observar periodos de duración similar, que ofrecen un llamativo paralelismo histórico. Por ejemplo, los 400 años de Noé hasta Abraham fueron indemnizados mediante los 400 años de esclavitud de los israelitas en Egipto.

Los periodos de tiempo correspondientes a la indemnización de cada uno de los números 12, 4, 21 y 40 no siempre se acumulan sino que en muchos casos se incluyen unos dentro de otros. Por ejemplo, los 40 días de ayuno de Moisés para recibir las tablas de la Ley no se realizan una vez transcurridos los 40 años en el desierto del Sinaí sino que se hallan dentro de éste mismo periodo.

Cuando estos números se indemnizan a través de figuras centrales, no siempre aparecen explícitamente citados en la Biblia. Si se ha fallado en la realización de la primera parte del plan de Dios no ha lugar a que se de la segunda. Por ejemplo, si los israelitas hubieran tenido fe en Moisés, el plan de Dios era que indemnizaran el número 21 yendo directamente a Canaán en apenas 21 días, por la costa para reconquistar la Tierra Prometida. Sin embargo, la insuficiente confianza de los Israelitas en Moisés (*"no sea que el pueblo se arrepienta cuando vea la guerra, y se vuelva a Egipto"* Exodo 13:17) anuló este plan y por eso la Biblia no contiene alusiones a este periodo de 21 días. Sin embargo, este periodo será indemnizado posteriormente a nivel horizontal mediante el periodo de 210 años correspondiente a la cautividad y regreso de los judíos en Babilonia.

El gráfico adjunto indica las correlaciones entre la indemnización vertical y horizontal de los números 12, 4, 21 y 40 en los periodos bíblicos y hasta nuestros días. La complejidad del tema hace muy aconsejable para los estudiosos que quieran profundizar en ello que consulten los capítulos correspondientes de El Principio Divino.

9. ¿CUÁL ES LA ESTRATEGIA DE DIOS PARA RESTAURAR AL HOMBRE?

Por respeto a la libertad del hombre, Dios no puede cambiar la escala de valores morales y éticos de cada individuo. Dios sólo puede inspirar a su conciencia para que abandone los comportamientos incorrectos, pero es cada ser humano el que tiene la última palabra y quien, por tanto, asume la responsabilidad final de su propio cambio.

No obstante, "*si un ciego guía a otro ciego, ambos caerán al hoyo*" (Mt 15:14). El hombre caído se halla sumido en la confusión y aunque se esfuerza no es capaz de salir de ella. Necesita que venga alguien, sin mancha, alguien que pueda traerle la luz y enfrentarse al dominio del demonio. Satanás tomó la posición de príncipe de este mundo cuando Adán y Eva siguieron sus consejos e inculcó en el linaje humano su confusión y su escala de valores.

Es necesario que se inicie un nuevo linaje espiritual, es decir que venga un nuevo Adán, un nuevo árbol al que podamos injertarnos para regresar a Dios. Este nuevo Adán es el Cristo, o el Mesías. San Pablo, en I Corintios 15:45, califica a Jesús de nuevo Adán. Ahora bien, ¿por qué este nuevo Adán no fue uno de los hijos o nietos de Adán y Eva? Hubiera sido más fácil cambiar a una humanidad compuesta tan sólo por unas decenas de personas que a una humanidad compuesta por cientos de millones, como fue el caso en la época de Jesús.

La explicación se halla en que Dios no puede hacer nacer a un nuevo Adán, a un hombre sin mancha original, libre del linaje de Satanás, más que cuando la Humanidad ha compensado los fallos de la Caída. **Hace falta un tiempo previo de indemnización** en el cual la humanidad restaure los errores y los números invadidos.

Dado que Dios, a partir de la Caída original, tuvo que actuar a través de hombres que habían heredado la inclinación al mal, optó por dar Su inspiración a las personas más preparadas para recibirla. Por ello Dios se tuvo que concentrar en los descendientes de Adán y Eva que mejor habían cumplido su responsabilidad particular y que habían dado lugar por tanto a un linaje más preparado espiritualmente para escuchar y seguir los mensajes de Dios. Así Dios elegirá a Set tras la muerte de Abel; luego a Noé, después a Sem, Abraham, Isaac, Jacob, etc...

Ello implicó que los descendientes de las ramas colaterales, tales como las de Caín, Cam y Jafet, Nacor y Harán (hermanos de Abraham), Ismael (hermano de Isaac), Esaú, etc, fueran quedando en una situación periférica, no central, respecto a la providencia de Dios, lo cual no quiere decir que Dios les olvidara a ellos y a sus descendientes.

Así, en sus respectivas culturas suscitó a profetas inspirados tales como Zoroastro, Buda, Confucio, Uddalaka Aruni, Lao Tsé, Sócrates, etc, que prepararon sus respectivos entornos (zoroastrismo, budismo, confucianismo, hinduismo, taoísmo, filosofía griega, etc,) para que pudieran estar preparados para entender y aceptar los valores morales y los conceptos religiosos que traería el Mesías cuando surgiera en el futuro.

La estrategia de la providencia de Dios se concentró sobre la rama central del linaje de Adán y Eva, dando lugar al pueblo o linaje elegido. No obstante, como veremos más adelante con ejemplos concretos, **el honor de ser considerado pueblo o linaje elegido era a la vez una gran responsabilidad** y en la medida en que ésta no era asumida se perdía esta preferencia que otorgaba Dios y el papel de familia o pueblo elegido se trasladaba a otra familia o a otro pueblo. Por ejemplo, al fallar el rey Saúl, como más adelante se verá,

su carácter de linaje elegido se traslada a la rama de su sucesor, David, entre cuyo linaje vendrá Jesús, el Mesías.

Una vez recibido y aceptado el Mesías a nivel familiar, local o nacional (según el momento histórico en que se hubiera producido su venida), el plan de Dios contemplaba, y sigue contemplando, la puesta en marcha de un proceso integrador de las culturas periféricas en torno a los elementos básicos de la cultura central. La meta última consiste en constituir una gran familia mundial de hijos de Dios, sin distinción de razas ni naciones, en la que todos nos sentiremos hermanos de todos.

Así pues dentro del plan de Dios, la humanidad será restaurada empezando por un individuo, el Mesías. La aparición o venida de éste se produce cuando se han compensado los errores del pasado. Esta compensación o restauración puede ser realizada por personajes principales, miembros del pueblo o linaje elegido, que asumen individualmente la responsabilidad (Jacob, Moisés, Jesús, etc) o bien por familias o pueblos como un todo (Israel, los cristianos, etc) como se verá más adelante.

En este contexto global sigue siendo absolutamente importante el cumplimiento de la responsabilidad personal, tanto para el crecimiento individual como para aportar méritos al conjunto e incluso para asumir, en su caso, la posición y la responsabilidad de figuras principales coetáneas nuestras que hubieran fallado en cumplir su parte de responsabilidad. En estos casos, la misión de dichas figuras se traslada a otros individuos que hayan manifestado condiciones para realizar ese trabajo histórico.

Sea cual fuere el papel, central o periférico, que a cada persona le corresponda realizar dentro de la estrategia de Dios, hay que recordar que la meta de todo hombre es alcanzar la dignidad de Hijo de Dios y que, por tanto, la responsabilidad de cada uno está en consonancia con la trascendental importancia de esa meta.

9.1. ¿QUÉ ERRORES DEBE CORREGIR TODA FIGURA HISTÓRICA?

Las personas elegidas o figuras centrales de la providencia tienen en sus manos la responsabilidad de mantener una actitud que pueda compensar los dos fallos esenciales en que se resume la Caída del Hombre.

Estos fallos fueron, por una parte una **falta de fe** en la bondad del mandamiento de Dios, ("*no comáis del fruto prohibido*") y por otra una **falta de substancia** o de realización, al haber materializado una conducta prohibida y por tanto el comportamiento egoísta y materialista. Para compensarlos toda figura histórica providencial debe establecer un fundamento de fe en Dios y después mantener una actitud correcta o fundamento de substancia.

La figura central encargada de la providencia de la restauración no puede heredar ni cumplir la misión de sus predecesores a menos que restaure, verticalmente centradas en sí mismo, las condiciones de indemnización que aquéllos trataron de establecer en su tiempo. Si esta persona fracasa en cumplir su responsabilidad, estas condiciones de indemnización se trasladan a la próxima persona que asume su misión.

Los pueblos o las familias pueden también indemnizar horizontalmente, a lo largo de periodos históricos, los fallos anteriores. Este tipo de indemnización horizontal se diferencia del vertical en que éste se concentra sobre un personaje histórico central, mientras que aquél se asume colectivamente por una familia, pueblo o nación a través de varias generaciones.

Por consiguiente **para realizar el fundamento de fe** son necesarios tres elementos:

- a) una figura central o persona elegida,
- b) una ofrenda a Dios que simbolice la fe y el deseo de volver a conectar con Él y
- c) un periodo de tiempo que indemnice los periodos matemáticos de desarrollo individual y social que se han explicado en el punto 8.5.

Para realizar el fundamento de substancia hay que lograr que una figura central, que no tiene necesariamente que ser la misma que haya establecido el fundamento de fe, asuma la posición Adán y logre que otra persona, en posición de arcángel, le ame, le obedezca y reciba el amor de Dios a través de ella.

Así se compensa la incorrecta actitud que el arcángel Lucifer tuvo ante Adán, odiándolo, no obediéndole y no aceptando recibir el amor de Dios a través de Adán. Esa actitud fue la causa de que Lucifer (Satanás) decidiese someter a Eva y Adán a su dominio y se enfrentase a Dios adoptando la posición de "príncipe de este mundo".

Para realizar el fundamento de sustancia hay que compensar las **cuatro características** del comportamiento de Lucifer que llevaron a la Caída Original y que fueron las siguientes:

- a) No tomar el punto de vista de Dios, es decir, no mirar a Adán con el modelo de amor generoso con que Dios le miraba.
- b) Abandonar la propia posición. Lucifer abandonó su papel de profesor, de educador de Adán y Eva. Se rebeló contra ese rol de ayudante del hombre que le había sido asignado por Dios, ignorando deliberadamente que su rol anterior como príncipe de los ángeles también le había sido dado por Dios y que, de igual manera que él se sentía celoso de Adán, otros ángeles habrían podido también sentirse celosos del papel de líder asignado a Lucifer.
- c) Invertir el dominio o el orden correcto. Lucifer no sólo abandonó su papel de educador, de ayudante del hombre sino que quiso dominarles y así lo hizo, queriendo tomar el papel de esposo de Eva y de príncipe de la Humanidad.
- d) Multiplicación del mal. Lucifer quiso transmitir y transmitió su escala de valores a Adán y Eva y a otros ángeles. Al lograr que otros asumieran sus puntos de vista se afirmó en su posición. En el mundo de hoy las personas corruptas involucran e inducen a otros a ser corruptos para lograr su complicidad y su apoyo ("todos estamos en el mismo barco").

Por ejemplo, en el caso de Jesús:

- a) los judíos **deberían haberle amado** como Dios quería, en lugar de dejarse llevar por los celos y por el miedo a perder sus intereses materiales
- b) los judíos y, en especial los líderes religiosos, deberían haber mantenido **su posición de buscadores** de la revelación de Dios y así habrían entendido el mensaje que Dios enviaba a través de Jesús
- c) a continuación los líderes religiosos deberían haber tenido el coraje de **reconocer la superioridad** de Jesús, haber aceptado su dominio y haber seguido sus instrucciones y por último
- d) los líderes religiosos deberían haber asumido el papel de discípulos de Jesús y haberle **ayudado a multiplicar el número de sus seguidores**, divulgando la Buena Nueva.

De forma continuada la Biblia nos muestra reiterados procesos de compensación **en los que se reproducen a la inversa sucesos anteriores** que habían violado el plan original de Dios.

Así por ejemplo, como Lucifer adoptó una posición superior a Adán y lo dominó veremos en la Biblia que alguien, en posición superior, deberá someterse a alguien, elegido por Dios, que partiendo de una posición inferior deberá dominar a aquél (ejemplo el caso de Esaú y Jacob).

De igual forma, y ya que por inducción de Eva cayó Adán, algunas figuras bíblicas femeninas tales como Rebeca, Tamar o María, tendrán que asumir, siguiendo la inspiración de Dios, comportamientos que establezcan las condiciones para la venida del Mesías y que sin embargo eran perjudiciales para sus propios intereses vistos desde un punto de vista meramente humano. Por ejemplo, Rebeca engañará a Isaac su marido en favor de su hijo Jacob; Tamar se fingirá prostituta para engendrar de su suegro Judá; María quedará embarazada sin intervención de José, lo que pudo haberla conducido a la lapidación.

10. EL INTENTO DE RESTAURACIÓN CENTRADO EN LA FAMILIA DE ADÁN

Adán y Eva habían caído y por tanto habían perdido su papel de figuras centrales. Ambos se hallaban parcialmente vinculados a Dios y parcialmente vinculados a Satanás. Estaban en la posición de siervos de dos señores antagónicos. En consecuencia, Dios no podía darles una nueva oportunidad como cabeza de un linaje de hijos de Dios. Por ello el proceso de restauración se tuvo que iniciar a través de sus hijos, Caín y Abel.

La Biblia nos narra los hechos de la manera siguiente: *"Abel fue pastor de ovejas y Caín labrador de la tierra. Y aconteció andando el tiempo que Caín trajo del fruto de la tierra una ofrenda a Jehová. Y Abel trajo también de los primogénitos de sus ovejas de lo más gordo de ellas. Y miró Jehová con agrado a Abel y a su ofrenda pero no miró con agrado a Caín y a la ofrenda suya. Y se ensañó Caín en gran manera y decayó su semblante. Entonces Jehová dijo a Caín ¿Por qué te has ensañado y por qué ha decaído tu semblante? Si hicieras bien ¿no serás enaltecido? Y si no hicieras bien el pecado está a la puerta"* (Gen 4: 3,7).

¿Qué significan estos versículos? ¿Por qué Dios no aceptó la ofrenda de Caín y le colocó en una posición tan desairada?

Caín simbolizaba el fruto de la primera relación sexual de Eva, de la relación de Eva con Satanás y simbólicamente tenía el papel de hijo de Satanás. Por ello *"no miró con agrado a Caín y a la ofrenda suya"*. Por el contrario, Abel simbolizaba el fruto de la relación de Eva con Adán y por tanto estaba más próximo a Dios puesto que la relación entre Adán y Eva, aunque prematura, era natural en tanto que la relación entre Eva y Lucifer era contra natura, entre dos especies distintas, la angélica y la humana.

Por ello, *"Y miró Jehová con agrado a Abel y a su ofrenda"* recaía sobre Abel la responsabilidad de indemnizar los fallos de sus padres y de abrir el camino de la restauración. Abel tenía que establecer el fundamento de fe y así lo hizo mediante los sacrificios que ofreció a Dios. Además era necesario que subyugase a su hermano mayor. Debía conseguir, con su actitud, obtener la admiración de Caín y lograr que éste reconociera su autoridad moral. Es, decir tenía que conseguir, lo que Jacob consiguió más adelante de Esaú, asumir la primogenitura, o lo que Jesús, después de su resurrección, consiguió de sus apóstoles y discípulos, que se unieran con él y lo siguieran.

Caín era el primer descendiente de Adán y Eva, el primer descendiente de la estirpe humana, engendrado prematuramente por Adán y Eva, antes de que alcanzaran la perfección. Por tanto era el primer descendiente de un linaje que había asumido las directrices de Satanás, en lugar de adoptar los principios de armonía de Dios. Por otra parte su posición de primogénito le colocaba en una posición natural de preferencia respecto a sus hermanos y por ello era el preferido de Satanás, príncipe de este mundo como consecuencia de la Caída.

Abel era el segundo. Se hallaba en una posición natural de subordinación respecto al primogénito y Dios, como tantas veces ha ocurrido y sigue ocurriendo en la historia, tuvo que elegir a una persona en posición inferior para que iniciara el proceso que permitiera restaurar (o indemnizar) la responsabilidad contraída por la humanidad por la Caída Original.

El texto bíblico citado muestra que Dios tuvo que elegir a Abel como su campeón, aunque naturalmente el primogénito fuera el más fuerte. En la Caída, Satanás dominó a

Adán. Ahora Caín, para indemnizar la Caída, en su papel de primogénito o hijo preferido de Satanás, debía humillarse ante Abel reconociendo la importancia de su posición por ser el preferido de Dios. Interiormente Caín se iba a ver enfrentado a su propio egocentrismo, a su soberbia, a su orgullo. Dios era consciente de la difícil situación de Caín pero anhelaba ansiosamente que pudiera superarla y por eso le advierte: "*¿por qué te has ensañado y por qué ha decaído tu semblante? Si hicieras bien ¿no serás enaltecido? y si no hicieras bien el pecado está a la puerta*" (Gen. 4:6,7).

Si a pesar de esas circunstancias, dolorosas y humillantes para Caín, ambos hermanos se hubieran respetado y unido de corazón, habrían con ello establecido el fundamento de sustancia. Los dos fallos básicos que llevaron a la Caída habrían sido restaurados, por un lado se habría demostrado fe y por otro Abel, el representante de Dios, habría restablecido la autoridad de Dios ante el ser humano. Así habrían sido establecidas las condiciones para iniciar el proceso de restaurar a sus padres y para recibir al Mesías a nivel familiar.

Abel con sus sacrificios a Dios había compensado la falta de fe en que incurrieron sus padres ante el mandamiento de Dios ("*No comáis*"). La actitud de sumisión de Caín ante Abel, caso de haberse producido, habría compensado la actitud arrogante que Lucifer había tenido ante Adán y Eva y la actitud arrogante que éstos habían tenido, aceptando los consejos de Lucifer, ante las indicaciones de Dios.

Lamentablemente, el fallo de Caín, al dejarse llevar por la soberbia y por la envidia y matar a su hermano, dio al traste con la posibilidad de restauración. Cabe preguntarse si, en cierto modo, no fue también Abel responsable por no haber sabido, con astucia y sobre todo con amor, evitar dar a Caín oportunidad para que éste le matara. En cualquier caso, desgraciadamente, la envidia, la soberbia de Caín no fue controlada y se produjo la muerte de Abel a manos de Caín. De nuevo Satanás hizo su voluntad en el mundo por medio de Caín eliminando a Abel que ocupaba la posición de representante de Dios. Este fracaso sólo será restaurado, a nivel familiar, por los hijos de Isaac, Esaú y Jacob, como se verá más adelante.

Al fracasar este intento de restauración, Dios concentrará sus esfuerzos en Set, el tercer hijo de Adán y Eva. La elección de Set como padre de un grupo humano, a través del cual llegará el Mesías, indica por qué unos u otros linajes alcanzan el honor y la responsabilidad de ser las familias y los pueblos elegidos en la Historia bíblica. Los pueblos elegidos son simplemente los descendientes de aquellos cuyos antepasados asumieron su responsabilidad o al menos no incumplieron, o incumplieron en menor grado que otros su responsabilidad.

Entre los hijos de Adán y Eva la línea elegida para la providencia de Dios fue la descendencia del tercer hijo, Set. La línea de Abel no podía ser elegida puesto que Abel había sido asesinado y la de Caín había quedado descartada al tener como cabeza del linaje a un asesino.

Pertenecer a las líneas, pueblos o colectivos elegidos es un gran honor. Pero, ante todo, es una gran responsabilidad que exige grandes sacrificios. Primero los descendientes de Set, luego los de Sem, después los de Jacob (Israel) y luego los de Judá (judíos) han sido los pueblos elegidos. Hoy este honor corresponde al mundo cristiano quien, para merecerlo, debe ser un auténtico ejemplo de convivencia, diálogo y cooperación y debe sacrificarse por el resto del mundo para ayudarles a desarrollarse económica y políticamente sobre la base de una moral y una ética correctas y de una revitalización de la relación con Dios.

11. PAPEL HISTÓRICO DE LA FAMILIA DE NOÉ

Tras el fracaso de la restauración centrada en la familia de Adán, los descendientes de Adán y Eva tuvieron que restaurar el número 40. Dado que hay cuatro posiciones de la estructura cuádruple, Dios, Adán, Eva y los hijos, para restaurar el fallo tuvieron que emplear 40 años por cada una de esas posiciones, es decir, un total de 160 años.

Además, para que pudiese haber otra oportunidad tuvieron que indemnizar el número 10 o periodo de retorno. Por ello tuvieron que esperar 10 generaciones (Adán- Set- Enós- Cainán- Mahalaleel- Jared- Enoc- Matusalén- Lamec- Noé). Transcurrido este tiempo (10 x 160) la humanidad se hallaba en el tiempo de Noé (1.600 años después de Adán).

El periodo de Adán a Noé de 1600 años bíblicos había servido para restaurar el número 40. Los descendientes de Set habían tenido que pasar por un periodo de 10 generaciones, indemnizando 40 años por cada una de las cuatro posiciones de la estructura cuádruple, lo que totaliza 1600 años bíblicos. Durante ese periodo sufrieron los conflictos y contradicciones propias de una humanidad que no se rige por los principios de armonía de Dios. Sus sufrimientos constituyeron la indemnización necesaria que permitió que se diera una nueva oportunidad de iniciar el camino de acercamiento, de retorno, a Dios.

Pero la inmoralidad de la humanidad de la época de Noé invalidó esa indemnización *"Y miró Dios a la tierra y he aquí que estaba corrompida; porque toda carne había corrompido su camino sobre la tierra."* (Gen 6:12). El mero trascurso del tiempo no es indemnización suficiente si no se mantiene una actitud que demuestre arrepentimiento, deseo de reanudar la relación con Dios. Esto es similar a lo que ocurre en la sociedad humana: el mero cumplimiento de la pena por trascurso del tiempo no restaura la relación entre el delincuente y su víctima. La auténtica reinserción tan sólo se produce realmente si hay firme propósito de enmienda por parte del delincuente.

Dado que la humanidad se había corrompido quedó invalidado el periodo de 1600 años transcurridos. Los 40 días del diluvio y el desastre que ello supuso constituyeron el medio para restaurar de nuevo el número 4, es decir para purgar el fallo correspondiente a la actitud de las 10 generaciones que transcurrieron desde Adán a Noé.

La humanidad superviviente iba a merecer una nueva oportunidad. Todo había quedado destruido bajo las aguas. Tenían que empezar de nuevo a rehacer su vida, demostrar propósito de enmienda y restaurar las faltas de fe y de substancia en que los primeros padres, Adán y Eva, habían incurrido.

Por ello, antes del diluvio, Noé, el justo elegido por Dios tuvo que demostrar que era un hombre de fe. Esta vez las condiciones de indemnización para realizar el fundamento de fe fueron mucho más duras: Noé tuvo que cumplir el mandato de Dios de construir un arca en la montaña, lo cual era aparentemente absurdo. Cabe imaginar lo duro que debió resultar para Noé realizar esta prueba de fe, seguramente soportando las burlas de sus vecinos. La construcción del arca duró 120 años bíblicos, lo que permitió restaurar el número 12, y constituyó la prueba de fe, la restauración del fundamento de fe. La duración, siempre teniendo en cuenta que se trata de años bíblicos y que por tanto pueden no coincidir con años solares, se puede deducir de Gen 6:3, *"Y dijo Jehová: No contendrá mi espíritu con el hombre para siempre, porque ciertamente él es carne; mas serán sus días ciento veinte años"*.

Tras estas palabras Jehová inspiró a Noé la construcción del arca. Durante todos esos 120 años los coetáneos de Noé tuvieron la oportunidad de arrepentirse y de volver a Dios. De haber ocurrido así el diluvio no se habría producido pues la Biblia muestra cómo Dios

está siempre dispuesto a perdonar al hombre, como ocurrió con la ciudad de Nínive la cual tras escuchar al profeta Jonás se arrepintió y no fue destruida (Jonás 2).

Terminada el arca, entraron en ella Noé y su esposa y sus tres hijos y sus respectivas esposas, simbolizando a la familia de Adán. Siete días después empezó el diluvio (Génesis 7:4) *“Porque pasados aún siete días, yo haré llover sobre la tierra cuarenta días y cuarenta noches; y raeré de sobre la faz de la tierra a todo ser viviente que hice”*. El arca con la familia de Noé y con los animales simbolizaba al universo y el periodo de siete días simbolizaba el periodo de la creación.

Tras el diluvio las aguas empezaron a descender y reposó el arca en la cima del monte Ararat. Noé esperó 40 días antes de abrir la ventana (Génesis 8:6) los cuales sirvieron para la restauración del número 40. Entonces Noé echó por la ventana un cuervo y una paloma *“El cuervo estuvo yendo y volviendo hasta que las aguas se secaron sobre la tierra”* (Gen 8:7), lo que simboliza que Satanás se hallaba al acecho, a la espera del menor fallo, aunque hasta el momento Noé había demostrado ser un hombre de Dios.

La paloma al igual que el cuervo tampoco encontró donde posarse, pero volvió y Noé la hizo entrar al arca *“Y no halló la paloma donde sentar la planta de su pie, y volvió a él al arca”* (Gen 8:9). Siete días después, Noé volvió a soltar a la paloma, la cual tampoco pudo posarse en tierra porque las aguas no habían bajado lo suficiente, pero pudo volver con una rama de olivo en el pico. Siete días más tarde, Noé volvió a enviar la paloma la cual no regresó porque las aguas se habían secado sobre parte de la tierra. Estos dos periodos de 7 días, más los siete días que transcurrieron desde que entraron en el arca hasta que empezó el diluvio, constituyeron el periodo de indemnización del número 21.

Tras establecerse de forma satisfactoria el **fundamento de fe**, restaurados los números 12, 4, 21 y 40, quedó abierta la posibilidad de establecer el **fundamento de substancia**, a través de la relación entre el primer y el segundo hijo de Noé.

El primogénito, Sem, simbolizaba la posición de Caín, y el segundo hijo, Cam, simbolizaba la posición de Abel. Ambos deberían haber restaurado el fallo de Caín y Abel y construido una relación que concluyera con una trasmisión de la primogenitura de Sem a Cam, pero éste, que *“es el padre de Canaán”* (Gen 9:18), antes de asumir la posición Abel, tenía que demostrar que estaba capacitado para ocupar la posición Abel y para ello debía unirse de corazón con su padre Noé.

La Biblia nos cuenta que *“Noé comenzó a labrar la tierra y plantó una viña y bebió del vino y se embriagó y estaba descubierto en medio de su tienda. Y Cam, padre de Canaán, vio la desnudez de su padre y se lo dijo a sus hermanos que estaban fuera. Entonces Sem y Jafet tomaron la ropa y la pusieron sobre sus propios hombros y andando hacia atrás cubrieron la desnudez de su padre, teniendo vueltos sus rostros y así no vieron la desnudez de su padre. Y despertó Noé de su embriaguez y supo lo que había hecho su hijo más joven y dijo: Maldito sea Canaán, siervo de siervos será de sus hermanos. Bendito sea Sem y engrandezca Dios a Jafet...”* (Gen 9: 18-27).

Este relato, como tantos otros de la Biblia, parece, a los ojos del hombre de hoy, absurdo y desproporcionado. La maldición que Noé profiere contra su hijo Cam parece excesiva e incomprensible. Sin embargo, detrás de esta historia se encierra un profundo significado simbólico.

En esencia, quiere decir que Cam no tuvo hacia su padre, el cual le había salvado del diluvio, una actitud tan respetuosa como tuvieron sus hermanos Sem y Jafet. Bastaba con que Cam no hubiera dado mayor importancia al hecho de encontrar desnudo a su padre y

con que él mismo, sin decir nada a nadie, hubiera resuelto el tema cubriendo a su padre. Sin embargo, el hecho de llamar a sus hermanos sugiere que o bien se escandalizó de ver a su padre desnudo, lo cual es impropio de una persona de corazón inocente, o bien no se sintió con voluntad de tomar una decisión por sí solo y cubrir a su padre.

Fuere cual fuere lo que inspiró a Cam, mostró que no reunía la cualificación suficiente para ocupar la posición Abel. Fue como si Cam, espiritualmente, hubiese matado al Abel que él mismo era en potencia. Como consecuencia se frustró la posibilidad de que un nuevo Abel (Cam) arrebatase la primogenitura espiritual a un nuevo Caín (Sem). Este nuevo intento de restauración de la humanidad centrado en Cam se abortó antes de ser iniciado. Para subrayar la trascendencia negativa que, para la providencia de la restauración, tuvo la actitud de Cam, la Biblia pone en labios de Noé una contundente maldición contra su hijo: *“siervo de siervos serás de tus hermanos”*.

Tras el fallo de Cam, Dios tuvo que tomar como pueblo elegido a los semitas, descendientes de Sem, el hijo que ocupaba la posición Caín, o posición de primogénito y heredero, la posición más vulnerable a las tentaciones de la riqueza o del poder, es decir la más próxima a Satanás.

Si Cam no hubiese fallado sino que hubiese sido un buen Abel ante Sem, sus descendientes, los camitas, hubiesen sido el pueblo elegido en lugar de los semitas. Si por el contrario, Sem hubiese eliminado a Cam, como hizo Caín con Abel, el pueblo elegido hubiesen sido los Jafetitas, los descendientes de Jafet, el tercer hijo de Noé. Vemos así cómo el ser el pueblo elegido no es un capricho de Dios sino que depende fundamentalmente de la actitud, correcta o incorrecta, de los antepasados.

Fig.16. LOS PUEBLOS ELEGIDOS Y LA PROVIDENCIA

12. LA PROVIDENCIA DE LA RESTAURACIÓN EN LA FAMILIA DE ABRAHAM

La indemnización correspondiente a las diez generaciones desde Adán a Noé fue invalidada por la corrupción del pueblo en tiempo de Noé y, como hemos señalado, los 40 Días del diluvio fueron la indemnización pagada por la humanidad para compensar esa corrupción. Esta indemnización se perdió a su vez por el fallo de Cam y por ello hubo que esperar otras 10 generaciones desde Noé hasta Abraham (Sem-Arfaxad-Sala-Heber-Peleg-Reu-Serug-Nacor -Taré-Abraham. Génesis 11: 10-27).

La duración bíblica de la vida humana se acortó desde los descendientes de Adán hasta los descendientes de Noé, por lo que estas 10 generaciones totalizaron 400 años en lugar de los 1600 años que habían transcurrido desde Adán hasta Noé.

Y entre los descendientes de Sem, Dios escogió a Abraham, primogénito (posición Caín) de Taré (Gen 10.26 *Taré vivió setenta años, y engendró a Abraham, a Nacor y a Harán*). El padre de Abraham, se había trasladado a vivir en Harán “*Y tomó Taré a Abraham su hijo, y a Lot hijo de Harán, hijo de su hijo, y a Sarai su nuera, mujer de Abraham su hijo, y salió con ellos de Ur de los caldeos, para ir a la tierra de Canaán; y vinieron hasta Harán, y se quedaron allí.*” (Gen 31) y era un adorador de ídolos (“*Taré, padre de Abraham y de Nacor; y servían a dioses extraños*” Josué 24: 2-3).

La Biblia quiere dar a entender que Dios estaba trabajando en la línea simbólica de Caín (Sem). Los descendientes de Sem, primogénito de Noé, es decir el hijo que se encontraba en posición Caín, eran el pueblo elegido.

Dios estaba trabajando en terreno enemigo y tiene que escoger a un primogénito, a Abraham, como su valedor. La Biblia para recalcar más el entorno en el que tenía que operar la providencia de Dios, señala que el padre de Abraham servía “*a dioses extraños*”. Debe tenerse en cuenta que escoger al primogénito suponía elegir a una persona que por su posición de primogénito y heredero se hallaba en posición más susceptible de ser tentado por Satanás.

Por ello lo primero que hace Dios es dar instrucción a Abraham de abandonar ese entorno. “*Vete de tu tierra y de la casa de tu padre a la tierra que te mostraré y haré de tí una nación grande*” (Gen. 12:1-2). Abraham, aunque era el primogénito y por tanto el primer heredero, siguió las instrucciones de Dios y abandonó la casa de su padre, lo cual le apartó de la idolatría de la casa de su padre y sirvió como prueba de su disposición de obedecer a Dios.

Abraham salió de su tierra y fue a Canaán (Gen 12:5) “*Tomó, pues, Abraham a Sarai su mujer, y a Lot hijo de su hermano, y todos sus bienes que habían ganado y las personas que habían adquirido en Harán, y salieron para ir a tierra de Canaán; y a tierra de Canaán llegaron*” pero hubo hambre en aquella tierra y Abraham fue a Egipto a morar. Este relato bíblico manifiesta cómo Abraham, aun habiendo nacido en el pueblo semita (posición Caín) y de un padre que adoraba a ídolos extraños, siguió las instrucciones de Dios abandonando su propia tierra y la casa de su padre. Había demostrado con ello su fidelidad a los mandatos de Dios y había merecido jugar el papel de figura central en la providencia de restauración.

Al tener que ir a Egipto, Abraham, consciente de que su mujer Sara era de hermoso aspecto, pensó que cuando la vieran los egipcios le matarían para robársela. Entonces acordó con Sara (Gen 12:13) que ésta se haría pasar por su hermana en vez de por esposa.

"Y aconteció que cuando Abraham entró en Egipto los egipcios vieron que la mujer era hermosa en gran manera y fue llevada a casa del Faraón y éste hizo bien a Abraham por causa de ella; y él tuvo ovejas, vacas, siervos, criadas, asnas y camellos. Mas entonces Jehová hirió al Faraón y a su casa con grandes plagas por causa de Sara. Entonces el Faraón llamó a Abraham y le dijo ¿Por qué no me dijiste que era tu mujer? Tómala y vete. Y Abraham salió de Egipto con todo lo que tenía y era riquísimo en ganado, plata y oro" (Gen 12: 14-20 y 13:1).

Fig. 17. INVERSIÓN DEL PROCESO DE LA CAÍDA ORIGINAL

Los hechos acontecidos entre Abraham, Sara y el Faraón son una inversión de lo ocurrido en la Caída original entre Adán, Eva y Lucifer. Antes de la Caída, Adán y Eva eran como hermanos, aunque destinados a ser esposos, pero Lucifer arrebató Eva a Adán. En Egipto, Abraham había hecho pasar a su esposa Sara por su hermana y el Faraón, simbolizando a Lucifer, la tomó. Sin embargo Dios, puesto que Abraham le era fiel, pudo intervenir. Hirió al Faraón y le obligó a que devolviera Sara a Abraham y que además le diera riquezas y le permitiera irse de Egipto.

Este episodio puede interpretarse en el sentido de que, ante un hombre justo y fiel a Dios, Lucifer se ve obligado a devolver la esposa arrebatada (Sara-Eva) así como bienes materiales (el dominio sobre la creación) y a permitirle salir de Egipto, que simboliza el área bajo influencia de Satanás y regresar a la Tierra Prometida (el Reino de los Cielos).

Tras el fallo de Abraham en la prueba de fe, que se narra en el punto siguiente, se vuelve a producir un hecho similar entre Abraham, Sara y Abimelec, rey de Gerar, tierra en la que se había asentado Abraham. De nuevo Abraham hace pasar a Sara por su hermana y entonces Abimelec la toma y la lleva a su palacio pero Dios, en sueños, revela a Abimelec que Sara no es hermana sino esposa de Abraham y entonces Abimelec la devuelve a éste (Gen 20).

A Isaac, hijo de Abraham, le acontecerá un hecho similar también en la tierra de Gerar (Gen 26). Isaac hace pasar a su esposa Rebeca por su hermana *"pensando que tal vez los hombres del lugar lo matarían por causa de Rebeca, pues ella era de hermoso aspecto"*. Sin embargo, el rey Abimelec mirando por una ventana vio que Isaac acariciaba a Rebeca y comprendió que no era su hermana sino su mujer y *"entonces mandó a todo su pueblo: El que tocara a este hombre o a su mujer, de cierto morirá"*. Con ello, al igual que en los casos anteriores, Abimelec muestra la actitud correcta que debería haber tenido Lucifer, respetando a Eva, la futura esposa de Adán.

12.1. LA PRUEBA PARA EL FUNDAMENTO DE FE

Abraham, tras seguir las instrucciones de Dios, se cualificó para ser la figura central del proceso de restauración. Entonces para que estableciera el fundamento de fe, Dios le dijo: *"tráeme una becerra de tres años y una cabra de tres años y un carnero de tres años, una tórtola y un palomino. Y tomó él todo esto y los partió por la mitad; mas no partió las aves. Y descendían aves de rapiña sobre los cuerpos muertos y Abraham las ahuyentaba. Mas a la caída del sol sobrecogió el sueño a Abraham y he aquí que el temor de una grande oscuridad cayó sobre él. Entonces Jehová dijo a Abraham: Ten por cierto que tu descendencia morará en tierra ajena y será esclava allí por cuatrocientos años" (Gen 15: 9-13).*

¿Cómo interpretar esta narración bíblica? ¿Qué había hecho mal Abraham? ¿Por qué sus descendientes tendrían que ser oprimidos durante 400 años? ¿En qué había consistido el fallo de Abraham? De nuevo nos encontramos con un relato bíblico aparentemente absurdo que parece mostrarnos a un Dios que castiga irracional y despiadadamente el menor descuido. Sin embargo, un profundo significado simbólico se esconde tras este relato bíblico.

Las aves de rapiña en torno al sacrificio pretenden significar que Satanás se hallaba al acecho para impedir que Abraham hiciera correctamente el sacrificio a Dios y para evitar que quedara establecido el fundamento de fe. Partir por la mitad todos los animales, simbolizaba separar el mundo del mal, que pertenece a Satanás, del mundo de Dios. No hacerlo así implicaba ofrecer a Dios una ofrenda sucia, una ofrenda que Dios no podía aceptar. Sólo si la ofrenda se purificaba, mediante su división y tras dejar correr la sangre que simbolizaba la conexión con Satanás, podía Dios aceptarla.

Por ello, el aparentemente insignificante hecho de no cortar las palomas en dos, tuvo una gran trascendencia y Dios se vio en la obligación de no poder aceptar el sacrificio que Abraham ofrecía como prueba de fe.

El no cortar las aves, tras partir en dos la ternera, el carnero y la cabra, pudo ser debido a que el cansancio físico hizo caer dormido a Abraham *"le sobrecogió el sueño"*. Este hecho indicaba que el cuerpo físico de Abraham, que anhelaba descanso, había podido más que su espíritu, que debía haber estado concentrado en Dios. El espíritu de Abraham no tuvo la suficiente concentración como para dominar el ansia de descansar que emanaba de su cuerpo físico. En consecuencia, se puede decir que Abraham mostró que su voluntad de cumplir las instrucciones de Dios no era lo suficientemente intensa como para hacerle dominar a su cuerpo físico y por tanto que su **fe no era lo suficientemente fuerte** como para ser aceptada por Dios como prueba.

El fallo de Abraham le impidió establecer el fundamento de fe. Por ello se perdieron los 400 años de indemnización que el pueblo semita había pagado, desde Noé hasta Abraham, como condición para que pudiera ser posible una nueva oportunidad para la providencia de Dios. Por ello el castigo de Dios a Abraham es simplemente anunciarle, con gran dolor de Su corazón, que su descendencia tendrá que ser esclava durante 400 años para compensar ese período perdido de 400 años.

Aunque el Antiguo Testamento, escrito con el lenguaje de su tiempo, suele presentar la imagen de un Dios terrible que no perdona, la realidad que subyace es la de un Dios que una y otra vez observa cómo se pospone la providencia de la salvación de sus hijos, los hombres. Dios no castiga, sino simplemente anuncia que ciertas condiciones tendrán que ser satisfechas por el pueblo y por las personas elegidas para hacer posible la venida del Mesías. No está en las manos de Dios anular esas condiciones puesto que, el cumplimiento de las mismas, forma parte de la irrenunciable responsabilidad humana, imprescindible para recorrer el camino de restauración.

12.2. EL SACRIFICIO DE ISAAC

Un principio de las leyes de la restauración consiste en que Dios no puede aceptar como figura central a alguien que ha fallado, pues Satanás reclamaría que Dios daba al hombre demasiadas facilidades y diría que el hombre no reunía el mérito suficiente para salir por sí solo de su dominio. Si el hombre no es capaz de vencer a Satanás quedaría demostrado que los ángeles son superiores al hombre y que Lucifer tenía razón cuando se

rebeló contra el plan de Dios de colocar en la posición más alta como Hijo Suyo al ser humano, a Adán. Por ello la misión de Jesús, como Hombre Verdadero, como Hijo del Hombre, será la de demostrar que era capaz de vencer, con las armas celestiales, a Satanás.

Dios no puede dar oportunidades sucesivas a la misma persona que ocupa una posición providencial. Una vez que ha fallado su papel debe transferirse a otra. Sin embargo en el caso de Abraham y dado que los **dos fundamentos de fe anteriores**, los de Abel y Noé, habían sido correctamente establecidos, Dios pudo ofrecer una nueva oportunidad pero mucho más difícil que la anterior: Dios le pidió que sacrificara no a su primogénito Ismael, hijo de su esclava Agar, sino a su hijo preferido, a Isaac, el hijo habido con su esposa Sara, el hijo que Dios le había prometido (Génesis 17: 19-21).

"Aconteció después de estas cosas que Dios probó a Abraham y le dijo: Toma a tu hijo Isaac, a quien amas, y ofrécemelo en holocausto. Y Abraham se levantó muy de mañana y tomó consigo a dos de sus siervos y a su hijo Isaac y cortó leña para el holocausto y fue al lugar que Dios le dijo. Al tercer día dijo a sus siervos: Esperad aquí y el muchacho y yo iremos hasta allí y adoraremos y volveremos a vosotros. Y tomó la leña del holocausto y la puso sobre Isaac, su hijo, y tomó él el fuego y el cuchillo; y fueron ambos juntos" (Gen 22: 1-6).

Sin embargo, cuando Abraham se disponía a sacrificar a su hijo, un ángel de Dios le detuvo y le dijo que Dios consideraba su actitud como prueba suficiente de su fe *"porque ya conozco que temes a Dios por cuanto no me rehusaste tu hijo, tu único"* (Gen. 22:12). Con su actitud Abraham estableció el fundamento de fe pero, como había fallado anteriormente, su acción no podía ser plenamente válida porque él, Abraham, había perdido la posición de figura central.

Sin embargo, en este sacrificio también había participado la víctima prevista, su hijo Isaac, que no se opuso en lo más mínimo a la voluntad de su padre cuando éste le ató y se dispuso a sacrificarlo. Debe recordarse que Isaac debía ser, cuando menos, adolescente puesto que había sido capaz de cargar la leña del sacrificio. Igualmente es razonable pensar que había comprendido que él mismo iba a ser la ofrenda del sacrificio ya que no llevaban ninguna otra cosa. No obstante, obedeció a su padre y aceptó ser el objeto del sacrificio, demostrando con su actitud que estaba plenamente identificado con su padre y que tenía plena fe en él y en Dios.

Isaac al demostrar que se hallaba tan unido a su padre **asumió el papel de figura central** y su propia sumisión ante el sacrificio estableció el fundamento de fe. De la misma forma que de un patriota, que está dispuesto a dar su vida por su patria, se dice que encarna a la patria, se puede decir que Isaac, que aceptó someterse tan completamente a la voluntad de Abraham, se identificó con éste, llegando a asumir su posición.

De forma análoga, como se verá en el punto 17, sucederá entre Jesús y Juan el Bautista. La humildad de Jesús ante Juan le permitirá, tras el fallo de éste, asumir su papel como precursor o anunciador del Mesías.

12.3. EL FUNDAMENTO DE SUBSTANCIA: ESAÚ Y JACOB

Si Abraham no hubiese fallado, el fundamento de substancia debería haber sido establecido entre su primogénito, Ismael (en posición Caín) y el hijo de la promesa, Isaac (en posición Abel) pero como Abraham falló no hubo lugar a que se plantease la prueba Caín-Abel entre Ismael e Isaac.

La Biblia narra que Dios le dijo a Abraham que expulsase a Ismael y a su madre Agar y que no se preocupase por ellos, pues Dios les protegería y haría de Ismael *"una gran nación, porque es tu descendiente"* (Gen 21:13). Los descendientes de Ismael (el pueblo árabe) y de Isaac (el pueblo judío) arrastran, hasta hoy, la asignatura pendiente de llegar a una convivencia fraternal e indemnizar el conflicto Caín y Abel, que debieron haber resuelto sus antepasados Ismael e Isaac.

Ismael desapareció en aquella época de la historia central del pueblo elegido. Será en la era cristiana cuando Dios suscite entre sus descendientes al profeta Mahoma, nacido entre el año 562 y el 572, quien aglutinará al pueblo árabe, hasta entonces politeísta, en torno al monoteísmo del Islam. Desde el punto de vista de la providencia de Dios el papel de Mahoma consistió en preparar a los descendientes de Ismael para que pudiesen, tanto por su monoteísmo como por su aceptación del valor del judaísmo y del cristianismo, cooperar y unirse con Cristo en su Segunda Venida.

Isaac, al haber aceptado ser la ofrenda viviente en el sacrificio ofrecido por Abraham, había asumido el papel de éste como figura central y había establecido con su actitud el fundamento de fe. Isaac ocupó el papel de Abraham en la providencia de Dios. Correspondió entonces a sus hijos, Esaú y Jacob, a sus descendientes la oportunidad de restaurar la relación Caín-Abel o Lucifer-Adán y establecer el fundamento de substancia que Caín y Abel no habían sido capaces de establecer.

Fig. 18. JACOB ASUME EL PAPEL DE ABRAHAM

Esaú y Jacob eran gemelos. La Biblia sugiere que se presagiaba un conflicto entre ellos pues durante el embarazo de su madre Rebeca, nos dice que *"los hijos luchaban dentro de ella"* (Gen. 25:22). Esaú nació primero y por tanto era el primogénito. Jacob nació después, *"trabada su mano al calcañar de Esaú"* (Gen 25:26), indicando que nació ansiando obtener el derecho de primogenitura que correspondía a su hermano Esaú y simbolizando que, en el proceso de restauración, los hijos de Dios deben arrebatar el dominio a los hijos de Lucifer.

Jacob era el paladín de Dios para su providencia: Por eso en Romanos 9:12-13 se dice *"El mayor servirá al menor. A Jacob amé y a Esaú aborrecí"*. Dios no tenía nada en contra del recién nacido Esaú, en tanto en cuanto que individuo. Lo que los versículos bíblicos pretenden comunicar es que tanto Esaú como Jacob iban a representar providencialmente el conflicto entre Caín y Abel.

Curiosamente las profesiones bíblicas de Abel (pastor) y de Caín (agricultor) parecen las inversas de las de Jacob (cuidaba de la tierra) y de Esaú (cazador) dando a entender que lo importante no es el ámbito en que se desarrolla la vida profesional sino la posición que la providencia nos haya asignado.

A través de su relación, la soberanía satánica representada por Esaú, el primogénito, debía someterse a la soberanía celestial, representada por Jacob. Si así sucedía se habría logrado compensar el dominio al que Lucifer (creado primero) había sometido a Adán (creado después). Se habría restaurado así el orden natural establecido por Dios, que colocaba al ser humano en el vértice jerárquico de la creación.

El predominio de Jacob, simbolizando el lado de Dios, sobre el primogénito Esaú, que simbolizaba el lado de Satanás, permitiría compensar el tipo de comportamiento que Lucifer había tenido sobre Adán y que se había materializado en la Caída original.

Un día en que Jacob estaba cocinando se presentó Esaú, que regresaba hambriento tras varios días de infructuosa caza, y le pidió a su hermano que le diese de comer. Jacob se negó a ello y le dijo que sólo lo haría si Esaú le entregaba a cambio el derecho de primogenitura. Esaú, hambriento, accedió a ello, posiblemente sin hacerlo en serio, con tal de comer: *"He aquí yo me voy a morir; ¿para qué me servirá la primogenitura?... Y vendió a Jacob la primogenitura. Entonces Jacob dio a Esaú pan y del guisado de lentejas; y él comió y bebió, y se levantó y se fue. Así menospreció Esaú la primogenitura"* (Gen 25:32-34).

¿Que significado tiene esta historia? Desde un punto de vista meramente humano puede parecernos que Jacob actuó de forma egoísta y leonina ante su hermano, aprovechándose de que venía desfallecido de hambre. Pero detrás de ello subyace un significado simbólico importante: Jacob, en posición Abel, había comprado la primogenitura, de valor espiritual, con comida, un valor material, a su hermano Esaú, en posición Caín.

Es decir, simbólicamente Jacob había hecho lo contrario que Lucifer hizo a Adán y Eva: mientras que éstos habían perdido la posición de hijos de Dios por aceptar las pautas de actitud egoísta y de búsqueda del placer material, Jacob había recuperado, para el lado simbólico de Dios, su posición de primogénito comprándola con algo material, con un plato de lentejas.

"Aconteció que cuando Isaac envejeció, quedando sin vista, llamó a Esaú y le dijo: Sal al campo, tráeme caza, hazme un guisado como a mí me gusta y te bendeciré antes de que muera. Y Rebeca que estaba oyendo fue a su hijo Jacob (y se lo contó y le dijo) trae dos buenos cabritos, se los cocinaré y tú los llevarás a tu padre para que te bendiga antes de que muera. (Y cuando Esaú regresó, dijo) se apoderó de mi primogenitura y he aquí que ahora ha tomado mi bendición. Y aborreció Esaú a Jacob... y yo mataré a mi hermano Jacob..." (Gen 27).

De esta forma Jacob engañó a su padre y, haciéndose pasar por Esaú, recibió la bendición de la primogenitura. Esta actitud de engañar al padre, que también desde un punto de vista humano nos puede parecer incorrecta, contemplada desde el punto de vista de Dios simboliza que Jacob recibe algo que había comprado y a lo que por tanto tenía derecho, aunque para ello deba engañar a su padre. Es decir, ocurre lo contrario de lo que Lucifer había hecho con Adán y Eva: Lucifer les engañó para obtener algo a lo que no tenía derecho, ser el príncipe de este mundo; Jacob engañó a Isaac para obtener algo a lo que tenía derecho: la primogenitura que había comprado.

Debe tenerse en cuenta que en esta acción Jacob actuaba según la providencia simbólica de Dios para restaurar la posición Abel. Por el contrario su padre Isaac, queriendo otorgar la primogenitura a Esaú, actuaba, aun sin saberlo, apoyando los deseos de Satanás de que la primogenitura continuase en el lado Caín, representado por Esaú. Esta diferencia de posiciones justificaba el que Jacob, del lado de Dios, engañase a su padre Isaac, que en este caso se hallaba en el lado de Satanás.

Es importante el papel que, en apoyo de Jacob, realiza su madre Rebeca, la cual no duda en colaborar activamente para engañar a Isaac y conseguir que sea Jacob y no Esaú el que reciba la bendición y la primogenitura. La actitud de Rebeca, al igual que posteriormente ocurrirá con otras mujeres en la historia tales como Tamar o María, muestra el papel importante que la mujer tiene en el proceso de restauración para compensar el fallo de Eva, la primera mujer. Puesto que la Caída se produjo por la actitud de la mujer,

colaborando con Satanás, en el proceso de restauración la mujer debe colaborar con su apoyo con los deseos de Dios para que la restauración llegue a buen término.

Rebeca para poner a Jacob lejos del alcance de Esaú, el cual deseaba vengarse, le pidió a Isaac que enviara a Jacob fuera, con el pretexto de que no tomara mujer entre las hijas de Canaán (Gen 27:46). E Isaac envió a Jacob a casa de su tío Labán, hermano de Rebeca (Gen 28).

Así, tras obtener la primogenitura, Jacob huyó para evitar que Esaú le diera muerte, haciendo lo que Abel debería haber hecho: evitar que Caín le pudiese matar. De forma análoga, Jesús, en diversas ocasiones, no dejó que le cogiesen los que le buscaban para matarlo. Ello muestra que, en muchos casos, los paladines de Dios deben utilizar la prudencia y la astucia, y dejar pasar el tiempo hasta que pueda reconocerse la bondad de su actitud.

12.4. LA RECONCILIACIÓN ENTRE ESAÚ Y JACOB. SU SIGNIFICADO

La vida de las personas que ocupan una posición providencial está llena de esfuerzos y sacrificios. Un ejemplo de ello se encuentra en la historia de Jacob en casa de su tío Labán, en la que pasa 21 años de esfuerzos y penalidades. Labán le explota y le engaña repetidas veces pero Jacob, con perseverancia y con la ayuda de Dios, obtiene una abundante fortuna.

La relación entre Jacob y Labán simboliza la restauración de la relación entre Adán y Lucifer y culmina con la victoria de Jacob sobre su tío Labán. Este le trató peor que a un siervo pero Jacob, como contrapartida de trabajar para él durante 7 años, consiguió que le diera a su hija Raquel como esposa. Sin embargo, Labán le engañó y en la noche de bodas sustituyó a Raquel por Lía, hermana de ésta. Entonces Jacob se vio obligado a trabajar otros 7 años para que Labán le entregara a Raquel que era la mujer a quien Jacob amaba. (Gen 29)

Cuando al cabo de esos 14 años, quiso Jacob irse con ellas a la tierra de su padre Isaac, Labán no le dejó llevar ningún bien sino que le hizo trabajar para él otros 7 años a fin de obtener riquezas. Jacob y Labán acordaron que el salario de Jacob consistiría en todas las ovejas manchadas que nacieran en el rebaño mientras que las blancas serían para Labán. Con el apoyo de Dios la parte del rebaño de Jacob creció mucho más que la de Labán y transcurridos los 7 años Labán lo dejó ir. La victoria de Jacob sobre Labán restauró la posición que Adán había perdido ante Lucifer.

Tras ese largo periodo de 21 años Jacob, con sus mujeres Lía y Raquel y con sus doce hijos y sus siervos y siervas, regresó a su tierra. Delante de él envió a mensajeros para que le dijeran a Esaú: *"Así dice tu siervo Jacob: Con Labán he morado y tengo vacas, asnos, ovejas y siervos y siervas; y envió a decirlo a mi señor para hallar gracia en tus ojos"* (Gen 32:4).

Esaú, aún resentido, veintiún años después, porque Jacob le había arrebatado la primogenitura, salió a su encuentro con 400 hombres para matarle.

Jacob, enterado de ello, distribuyó todo su rebaño en manadas menores y puso a un siervo al frente de cada una y les dijo *"Dejad un espacio entre manada y manada y caminad hacia Esaú y si os encuentra y os pregunta quién sois y adonde vais decidle que sois mis siervos y que lo que lleváis es un presente para él"* (Gen 32:16-18). Con esto Jacob pretendía que Esaú, viniese por donde viniese, encontrase un rebaño que le era ofrecido como presente de parte de su hermano. Pretendía con ello, mediante los regalos materiales, aplacar la ira de su hermano para que cuando se presentara ante él le perdonara.

Jacob envió a sus siervos y rebaños delante de él y acampó con sus mujeres e hijos. Durante la noche se apartó, se quedó solo y le ocurrió un extraño suceso: un varón luchó contra Jacob durante toda la noche y no pudo con él y cuando rayaba el alba le pidió a Jacob que le dejara ir. Pero Jacob, que comprendió que no se trataba de un hombre normal sino de un ser espiritual, le dijo que no le dejaría ir si no le daba su bendición. El ángel le dijo entonces *“No te llamarás más Jacob sino Israel; porque has luchado con Dios y con los hombres y has vencido”* (Gen 32:28) y le bendijo.

Todo ello significa que la perseverancia, el sacrificio y el esfuerzo de Jacob durante sus 21 años con Labán le cualificaban como persona de valor. Su decisión y coraje en la lucha contra un ser espiritual demostraba que se hallaba en condiciones de ser el campeón de Dios en la guerra cósmica contra Satanás.

Al día siguiente, Jacob se encontró con Esaú. Puso delante a sus siervas y niños, luego a su esposa Lía y a sus hijos y por último a su esposa amada, Raquel, y a su hijo José. *“A continuación se adelantó a ellos y se inclinó en tierra siete veces hasta que llegó a su hermano. Pero Esaú corrió a su encuentro y le abrazó y le besó y ambos lloraron”* (Gen 33:3-4).

Con su actitud Jacob manifestó, por un lado, prudencia, pues puso en último lugar a Raquel y José, su hijo amado que representaba el lado Abel, para que pudieran tener más posibilidades de escapar si Esaú atacaba. Por otro, generosidad y humildad, pues ofreció sus bienes a su hermano, se humilló ante él y se puso en sus manos. Es decir, adoptó el modelo de conquista, mediante el amor y el sacrificio personal, que posteriormente reiteraría Jesús y que es el camino para que la Humanidad restaure el ideal perdido y se reencontre con Dios.

La actitud de Jacob conmovió el corazón de Esaú y se abrazaron, dando una gran alegría a Dios pues por primera vez se estableció el fundamento de substancia al reconciliarse Esaú, en posición Caín-Lucifer, con su hermano, en posición Abel-Adán, a pesar de que éste se hubiese adueñado de la primogenitura. Simbólicamente este abrazo equivale al reconocimiento por Caín y Lucifer de la posición superior de Abel y Adán, respectivamente, y la restauración de los fallos derivados de la Caída.

12.5. ¿POR QUÉ NO VINO CRISTO EN AQUELLA ÉPOCA?

Establecidos el fundamento de fe por Isaac y el de substancia por Jacob y Esaú, se daban las condiciones para que viniera el Mesías. No obstante, si bien las condiciones, el fundamento de fe y el fundamento de substancia, se habían cumplido, hay que recordar que el fallo en el primer sacrificio de Abraham había invalidado los 400 años que transcurrieron desde Noé a Abraham. Ese periodo de tiempo habría de ser compensado con otros 400 años de padecimiento de los descendientes de Jacob en Egipto, antes de que pudiera venir el Mesías. (Gen 15:13) *“Entonces Jehová dijo a Abraham: Ten por cierto que tu descendencia morará en tierra ajena, y será esclava allí, y será oprimida cuatrocientos años”*.

Jacob asumió entonces, a nivel tribal, la posición de figura central e inició, no a nivel familiar sino tribal, un nuevo proceso de restauración a una escala mayor. Las tres generaciones Abraham, Isaac y Jacob, simbólicamente, se hacen una, pues Jacob asume el papel de figura central que inicialmente correspondía a Abraham, pasó a Isaac, y fue finalmente asumida por Jacob. Por ello en la Biblia se suele usar la expresión de *“Yo soy el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob”* en lugar de el Dios de Abraham a secas, queriendo

con ello simbolizar que, a efectos de la providencia preparatoria de la venida del Mesías, esas tres generaciones equivalen a una sola.

Jacob tuvo 12 hijos que dieron lugar a las 12 tribus de Israel, cuya unidad significará la restauración del número 12. Entre esos 12 hermanos se planteará de nuevo el dilema Caín-Abel, Lucifer-Adán, encarnado en la relación de José (Abel) con el resto de sus hermanos (Cain).

José y Benjamín eran hijos de Raquel, la segunda esposa de Jacob, la auténticamente amada por éste. José era el hijo preferido pero no el primogénito de Jacob. Simbólicamente tenía por tanto la posición de Abel, preferido por Dios a Caín, o de Adán, preferido por Dios a Lucifer. Esta preferencia despertó la envidia de sus hermanos que deciden eliminarle, pero Rubén y Judá les dicen *“No derramáis la sangre (de nuestro hermano)... Venid y vendámosle a los ismaelitas, y no sea nuestra mano sobre él; porque es nuestro hermano, nuestra propia carne.”* (Gen 37). Así lo hicieron. Luego degollaron un cabrito y mancharon con su sangre la túnica de José y se la llevaron a Jacob, quien creyó que lo habrían devorado las fieras del desierto.

José fue llevado a Egipto y vendido a Putifar, oficial del Faraón, capitán de la guardia. Durante su estancia en la casa de Putifar, José demostró ser un hombre de Dios negándose a acceder a los deseos de la mujer de Putifar que pretendía que José yaciera con ella. La conducta de José simboliza la actitud que debía haber mantenido Adán, quien no debía haber cedido a la seducción de Eva. La actitud de José también se puede interpretar como ejemplo de cómo Lucifer debía haber resistido a sus propios deseos, por fuerte que fuera su amor por Eva, y respetarla pensando que estaba destinada a ser la esposa de Adán.

Esta firme actitud de José le llevó a la cárcel tras ser denunciado, calumniosamente, por la despechada mujer de Putifar, que le acusó de haber intentado violarla. Pero Dios no abandona a sus fieles y finalmente José interpreta los sueños del Faraón, lo sacan de la cárcel y llega a ser gobernador de Egipto. Es entonces cuando, como narra la Biblia, hubo 7 años de escasez en la zona y Jacob mandó a sus hijos a Egipto a comprar trigo.

Allí, se encontraron con José, que ocupaba la posición de alto dignatario del Faraón. José era apenas un adolescente cuando fue vendido a los mercaderes. Ahora era un hombre adulto y, además, vestido a la usanza egipcia. Por ello sus hermanos no lo reconocieron pero José sí les reconoció. La narración bíblica cuenta cómo José les vende el trigo, pero les acusa de espías y les obliga a dejar a uno de ellos como rehén (Simeón) hasta que regresen a Egipto, esta vez con su hermano Benjamín, que no había venido con ellos.

Los hermanos de José regresan a Canaán (Gen 43) a casa de su padre Jacob y cuando se les acaba el trigo vuelven de nuevo a Egipto, esta vez con Benjamín, con el objeto de comprar más trigo y de rescatar a Simeón que se había quedado como rehén. Cuando llegan, José les entrega a Simeón, les invita a comer y les vende de nuevo trigo pero da instrucciones a sus siervos de que entierren su copa de plata en el saco de trigo de Benjamín.

Cuando sus hermanos se están alejando envía a su guardia tras ellos para detenerlos, les acusa de robo y como prueba encuentran la copa que había sido escondida en el saco de Benjamín. Entonces, tras hacerles pasar unos momentos de temor, les revela su identidad y, en lugar de vengarse de ellos porque le vendieron como esclavo, les perdona y les abraza. Esto simboliza de nuevo el triunfo de Abel sobre Caín, de Adán sobre Lucifer y, en suma, el establecimiento del fundamento de substancia a nivel familiar.

Entonces les pide que vayan a por Jacob y el resto de la familia y que vengan todos a instalarse en Egipto, lo que dará lugar a que se cumpla la indemnización anunciada cuando Abraham fracasó en su primer sacrificio. *“Entonces Jehová dijo a Abraham: Tu descendencia morará en tierra ajena y será esclava allí, y será oprimida 400 años”* (Gen 15:13).

La actitud de perdón de José hacia sus hermanos le eleva a una posición importante a los ojos de Dios pues José que ya ha establecido su fundamento de fe con su actitud ante la mujer de Putifar, actúa ahora, desde la posición Abel, ante la cual sus hermanos (Cain) se humillan y se le someten.

Un signo de la trascendencia de esta reconciliación entre José (Abel) y sus hermanos (Caín) se manifiesta en la bendición especial que Jacob (Gen. 48) dió a los dos hijos de José, Efraím y Manasés. (Gen 48:14) *“Entonces Israel extendió su mano derecha, y la puso sobre la cabeza de Efraím, que era el menor, y su mano izquierda sobre la cabeza de Manasés, colocando así sus manos adrede, aunque Manasés era el primogénito”* Esta actitud de Jacob no fue del agrado de José el cual *“viendo José que su padre ponía la mano derecha sobre la cabeza de Efraím, le causó esto disgusto; y asió la mano de su padre, para cambiarla de la cabeza de Efraím a la cabeza de Manasés. Y dijo José a su padre: No así, padre mío, porque éste es el primogénito; pon tu mano derecha sobre su cabeza. Mas su padre no quiso, y dijo: Lo sé, hijo mío, lo sé; también él vendrá a ser un pueblo, y será también engrandecido; pero su hermano menor será más grande que él, y su descendencia formará multitud de naciones.”*(Gen 48:17-19)

La tradición establecía que la bendición debía otorgarse al primogénito, que en el caso de los hijos de José era Efraím, pero Jacob, contrariamente a ello, impone las manos simultáneamente a ambos, teniéndoles enfrente de sí y además lo hace cruzando las manos encima de las cabezas de ellos de modo que pone su mano derecha en la cabeza de Manasés y la izquierda en la de Efraím.

Así, su mano tradicionalmente más importante, la derecha, la impone al hermano menor (Manasés), lo que simboliza que reconoce un papel prioritario al hijo segundo que simbólicamente se halla en la posición Abel frente al primogénito, que simbólicamente representa la posición Caín y además añade que el *“hermano menor será más grande que él”* porque en el proceso de restauración, el papel de quien ocupa la posición Abel debe prevalecer sobre el de quien ocupa la posición Caín o de primogénito, como también veremos después que ocurre en el caso de Juan Bautista (Cain) y de Jesús (Abel)

13. MOISÉS Y LA CREACIÓN DE LA NACIÓN DE ISRAEL

Los descendientes de Jacob se habían instalado en Egipto por invitación del Faraón (Gen 45) y se multiplicaron mucho. Entonces los egipcios decidieron oprimir a los hijos de Israel (Exodo 1:9-11) *“He aquí, el pueblo de los hijos de Israel es mayor y más fuerte que nosotros. Ahora, pues, seamos sabios para con él, para que no se multiplique, y acontezca que viniendo guerra, él también se una a nuestros enemigos y pelee contra nosotros, y se vaya de la tierra. Entonces pusieron sobre ellos comisarios de tributos que los molestasen con sus cargas; y edificaron para Faraón las ciudades de almacenaje, Pitón y Ramesés”*

(Exodo 1:12) *“Pero cuanto más los oprimían, tanto más se multiplicaban y crecían, de manera que los egipcios temían a los hijos de Israel”*.

Por ello, para frenar su crecimiento demográfico dieron órdenes de que en lo sucesivo se echase al río a todo recién nacido varón (Exodo 1:22) *“Entonces Faraón mandó a todo su pueblo, diciendo: Echad al río a todo hijo que nazca, y a toda hija preservad la vida”*.

Una mujer judía, (Éxodo 2) no pudiendo seguir ocultando a su hijo que ya tenía tres meses, le puso en una barquilla de juncos a la orilla del río, cerca de donde acostumbraba a bañarse la hija del Faraón. Esta lo encontró y decidió adoptarlo. Entonces se presentó ante ella la hermana del niño, que estaba vigilando desde lejos, y se ofreció para traerle una nodriza para que lo amamantase. Fue así como el niño fue criado por su propia madre y cuando creció fue llevado a la hija del Faraón la cual lo prohió y le puso por nombre Moisés, que quiere decir salvado de las aguas (Éxodo 2).

13.1. ¿CUÁL IBA A SER LA MISIÓN DE MOISÉS?

La historia bíblica muestra hasta Moisés distintos intentos de compensar los fallos de la Caída Original y establecer así las condiciones que hicieran posible la venida del nuevo Adán, del Cristo. Estas oportunidades se dieron a nivel familiar, en los casos de Abel y Noé y de haberse realizado satisfactoriamente habrían posibilitado la venida de Cristo a nivel familiar.

Al fallar los intentos a nivel familiar, la nueva oportunidad surge en un contexto de crecimiento demográfico de la Humanidad y se realiza en la trinidad Abraham- Isaac-Jacob. El fallo de Abraham, al no haber completado correctamente el sacrificio de la bezerra, carnero, cabra y oveja y tórtolas (Gen 15) hizo necesario esperar otros 400 años para compensar los 400 años que habían transcurrido de Noé a Abraham, los cuales a su vez habían sido una compensación de los 1600 años bíblicos que hubo que esperar desde Adán hasta que Dios pudo dar otra oportunidad en ese caso a Noé.

En la línea de Set, Sem_y Noé, se produce la nueva oportunidad, que se concreta finalmente en Jacob (Abraham-Isaac-Jacob) dando lugar, tras los 400 años de esclavitud en Egipto a un pueblo numeroso (Jacob-Israel), una nación en potencia, no una simple tribu, aunque se encontraba oprimida en el seno de un Imperio, el Imperio Egipcio.

El pueblo elegido necesitaba independizarse, afirmarse como nación y alcanzar su propia identidad, para poder dar protección al Cristo cuando se produjese su venida pero, previamente, para que fuera posible la venida de Cristo a nivel nacional, era necesario que se estableciesen los fundamentos de fe y de substancia a nivel nacional, dentro de la nación de Israel.

Una figura central nacida en Israel debía establecer claramente su fe en Dios y, posteriormente, conseguir que el pueblo israelita (Cain), como un todo, se uniera a él (Abel), al igual que el individuo Esaú se sometió moralmente a Jacob y al igual que el conjunto de los hijos de Jacob se sometieron a su hermano José.

Este era el papel de Moisés: ser la figura central del proceso de establecimiento de dichas condiciones a nivel nacional, tener fe plena en Dios y ser capaz de lograr que el pueblo de Israel le siguiera y se sometiera al plan de Dios “a fin de preparar un pueblo bien dispuesto”, misión que al no ser lograda completamente por Moisés, los Jueces y los Reyes, se trasladará a la futura oportunidad (Juan Bautista) “*E irá delante de él con el espíritu y el poder de Elías, para hacer volver los corazones de los padres a los hijos, y de los rebeldes a la prudencia de los justos, para preparar al Señor un pueblo bien dispuesto*” (Lucas 1:17)

13.2. EL PRIMER INTENTO DE MOISÉS

Moisés vivió 120 años (Deuteronomio 34: 7) “*Era Moisés de edad de ciento veinte años cuando murió; sus ojos nunca se oscurecieron, ni perdió su vigor*” de los cuales 40 los pasó en el desierto del Sinaí ya que cuando se presentó ante el Faraón para sacar a Israel de Egipto tenía 80 años (Exodo 7:7) “*Era Moisés de edad de ochenta años, y Aarón de edad de ochenta y tres, cuando hablaron a Faraón*”.

Hasta entonces, había vivido primero en el palacio del Faraón y, tras su huída en el desierto de Madián.

La Biblia no aporta datos concretos de cuantos años vivió en cada sitio pero en las enseñanzas del revdo. Moon, se señala que Moisés pasó sus primeros 40 años en el palacio del Faraón desde que fue recogido de las orillas del Nilo por la hija del Faraón, siendo cuidado por su madre. (Éxodo 2:7-10) “*Entonces su hermana dijo a la hija de Faraón: ¿Iré a llamarte una nodriza de las hebreas, para que te críe este niño? Y la hija de Faraón respondió: Ve. Entonces fue la doncella, y llamó a la madre del niño, a la cual dijo la hija de Faraón: Lleva a este niño y críamelo, y yo te lo pagaré. Y la mujer tomó al niño y lo crió. Y cuando el niño creció, ella lo trajo a la hija de Faraón, la cual lo prohijó, y le puso por nombre Moisés, diciendo: Porque de las aguas lo saqué*”.

Durante su vida en el palacio, Moisés mantuvo su fe en el Dios de sus padres, siguiendo las creencias que desde pequeño le había inculcado su madre. Con esta actitud, Moisés estableció su fundamento de fe y abrió la oportunidad para establecer el fundamento de substancia en el que, el propio Moisés, no sus hijos, ocuparía la posición Abel-Adán, frente al pueblo israelita que representaba la posición Caín-Lucifer.

La Biblia nos narra cómo Moisés al ver que un egipcio estaba golpeando a un israelita lo mató, testimoniando así que se sentía parte del pueblo de Israel y que estaba con ellos. “*En aquellos días sucedió que crecido ya Moisés, salió a sus hermanos, y los vio en sus duras tareas, y observó a un egipcio que golpeaba a uno de los hebreos, sus hermanos. Entonces miró a todas partes, y viendo que no parecía nadie, mató al egipcio y lo escondió en la arena*”. (Éxodo 2:11-12)

Sin embargo, “*Al día siguiente salió y vio a dos hebreos que reñían; entonces dijo al que maltrataba al otro: ¿Por qué golpeas a tu prójimo? Y él respondió: ¿Quién te ha puesto a ti por príncipe y juez sobre nosotros? ¿Piensas matarme como mataste al egipcio? Entonces Moisés tuvo miedo, y dijo: Ciertamente esto ha sido descubierto*” (Éxodo

2:13-14) lo cual llegó a oídos del Faraón que quiso matarle *“pero Moisés huyó de delante de Faraón, y habitó en la tierra de Madián”*

La actitud del israelita de no aceptar la autoridad moral de Moisés, que el día antes había defendido a los hebreos, llegando incluso a matar a un egipcio, impidió el establecimiento del fundamento de substancia en esa oportunidad y, simbólicamente, equivalió a repetir, aunque esta vez sólo moralmente, el asesinato de Abel por su hermano Caín. La traición del israelita frente a Moisés fue equivalente a la actitud de Caín asesinando a Abel.

13.3. EL SEGUNDO INTENTO DE MOISÉS

Una norma en el proceso de restauración es que Dios no puede seguir utilizando como personaje central o figura central del proceso a alguien que ha fallado. Sin embargo, en este caso, el fallo no había sido de la figura central, del propio Moisés, sino del israelita. Por ello Moisés pudo seguir siendo figura central si bien tuvo que restaurar de nuevo su propio fundamento de fe, que había quedado invalidado por la traición del israelita.

Moisés tuvo que empezar de nuevo como si no hubiese valido de nada el mérito correspondiente a los 40 años en los que, sin renunciar a la fe de sus padres, había vivido en el palacio del Faraón. En tiempo de Abel habría ocurrido de forma similar si Abel hubiera escapado de Caín cuando éste iba a matarlo. De haber ocurrido así, Dios habría pedido de Abel un nuevo fundamento de fe para indemnizar el anterior. Restaurada así la posición Abel, se habría producido otra nueva oportunidad, alguna nueva circunstancia, como pasó con Jacob y Esaú, en la que Abel pudiera intentar conseguir la sumisión de Caín y establecer así el fundamento de sustancia.

De manera análoga, los 40 años que Moisés pasó en el desierto de Madián (Éxodo 7:7) tras su huida del palacio del Faraón, fueron una restauración de los 40 años anteriores que había pasado en el palacio. Con ellos Moisés restableció de nuevo el fundamento de fe y Dios pudo preparar otra oportunidad para que Moisés consiguiera erigirse como líder del pueblo israelita.

En su huida al desierto de Madián, entró en contacto con Jetro, sacerdote de Madián, el cual *“dio su hija Séfora por mujer a Moisés. Y ella le dio a luz un hijo; y él le puso por nombre Gersón, porque dijo: Forastero soy en tierra ajena”* (Exodo 2:21-22)

Moisés entró en contacto con *“el Ángel de Jehová que se le apareció en una llama de fuego en medio de una zarza; y él miró, y vio que la zarza ardía en fuego, y la zarza no se consumía”* y recibió el mensaje de Dios que le dijo *“Yo soy el Dios de tu padre, Dios de Abraham, Dios de Isaac, y Dios de Jacob”* y que había visto el sufrimiento del pueblo de Israel en Egipto y le encomendó que les sacara de allí *“Ven, por tanto, ahora, y te enviaré a Faraón, para que saques de Egipto a mi pueblo, los hijos de Israel. Entonces Moisés respondió a Dios: ¿Quién soy yo para que vaya a Faraón, y saque de Egipto a los hijos de Israel? Y él respondió: Ve, porque yo estaré contigo”*

A continuación Moisés recibió de Dios el poder de hacer el milagro de transformar su bastón en serpiente, de hacer aparecer y desaparecer lepra en su mano y de convertir el agua en sangre (Éxodo 4: 2-9) y le envió de vuelta a Egipto. Su misión era hablar con el pueblo de Israel, inducirlo a reconocer su autoridad, mediante la realización de estos prodigios, y sacarlo de Egipto para constituir una nación independiente preparada para recibir al Mesías.

Moisés y su hermano Aarón, que era su portavoz pues tenía más facilidad de palabra, se presentaron ante los líderes de Israel, realizaron los prodigios citados y consiguieron que reconocieran su autoridad y liderazgo. (Éxodo 4:29-31) *“Y fueron Moisés y Aarón, y reunieron a todos los ancianos de los hijos de Israel. Y habló Aarón acerca de todas las cosas que Jehová había dicho a Moisés, e hizo las señales delante de los ojos del pueblo. Y el pueblo creyó; y oyendo que Jehová había visitado a los hijos de Israel, y que había visto su aflicción, se inclinaron y adoraron”*.

Se inició así el establecimiento de la fundación de substancia: Moisés, en la posición Abel-Adán frente a Israel, en la posición Caín-Lucifer, fue reconocido como el líder del pueblo de Israel.

A continuación Moisés, en representación del pueblo de Israel, se presentó ante el Faraón para solicitarle que dejara a su pueblo salir de Egipto con el pretexto de poder hacer oraciones a su Dios. (Éxodo 5:1-2) *“Después Moisés y Aarón entraron a la presencia de Faraón y le dijeron: Jehová el Dios de Israel dice así: Deja ir a mi pueblo a celebrarme fiesta en el desierto. Y Faraón respondió: ¿Quién es Jehová, para que yo oiga su voz y deje ir a Israel? Yo no conozco a Jehová, ni tampoco dejaré ir a Israel”*. En esta relación la posición de Moisés simboliza a Dios que reclama ante Lucifer (el Faraón) el derecho de sacar a su pueblo elegido del dominio de Satanás (Egipto).

¿Por qué Dios, simbolizado por Moisés, pudo adoptar esta actitud beligerante ante Satanás? Porque el pueblo elegido había cumplido su responsabilidad de establecer el fundamento de fe y el fundamento de substancia, indemnizando con su esfuerzo y penalidades el fallo de Adán y Eva.

Dios mantiene aquí el mismo principio que aplicará a toda la historia humana: en tanto que el hombre no asume su parte de responsabilidad y compensa satisfactoriamente los errores cometidos, Dios no puede, aunque lo desee ardientemente, liberar al ser humano de Satanás. El ser humano estaba llamado a ocupar la posición de hijo de Dios y sería injusto que alcanzara esa posición por el poder de Dios y no por sus propios méritos. Adán y Eva cayeron en ejercicio de su propia voluntad y su descendencia, la Humanidad, debe, por su propio esfuerzo, restaurar el error y dar lugar al Hombre Verdadero.

13.4. EL ÉXODO DE EGIPTO

Moisés intentó convencer al Faraón para que autorizara a su pueblo a salir de Egipto para hacer sacrificios a Dios. Moisés, para demostrar al Faraón el poder de su Dios, hizo el prodigio de transformar el bastón de Aarón en una serpiente; pero los hechiceros del Faraón hicieron el mismo prodigio, aunque la serpiente de Moisés devoró a las de los hechiceros. (Éxodo 7:10-13) *“Vinieron, pues, Moisés y Aarón a Faraón, e hicieron como Jehová lo había mandado. Y echó Aarón su vara delante de Faraón y de sus siervos, y se hizo culebra. Entonces llamó también Faraón sabios y hechiceros, e hicieron también lo mismo los hechiceros de Egipto con sus encantamientos; pues echó cada uno su vara, las cuales se volvieron culebras; mas la vara de Aarón devoró las varas de ellos. Y el corazón de Faraón se endureció, y no los escuchó, como Jehová lo había dicho”*. Sin embargo, el Faraón no accedió a dejar salir a los israelitas, ni siquiera a la vista de este prodigio. Entonces fue castigado por Dios con las diez plagas de Egipto (Éxodo 7 y 8).

En la plaga de la conversión del agua en sangre los hechiceros del Faraón consiguieron repetir un prodigio similares y el Faraón persistió en su negativa a dejar salir de Egipto a los israelitas. (Éxodo 7:17-18) *“Así ha dicho Jehová: En esto conocerás que yo*

soy Jehová: he aquí, yo golpearé con la vara que tengo en mi mano el agua que está en el río, y se convertirá en sangre. Y los peces que hay en el río morirán, y hederá el río, y los egipcios tendrán asco de beber el agua del río” (Éxodo 7:22) “Y los hechiceros de Egipto hicieron lo mismo con sus encantamientos; y el corazón de Faraón se endureció, y no los escuchó; como Jehová lo había dicho”

Lo mismo ocurrió con la plaga de las ranas, (Éxodo 8:7) “*Y los hechiceros hicieron lo mismo con sus encantamientos, e hicieron venir ranas sobre la tierra de Egipto*”. Pero en las plagas siguientes (piojos, moscas, muerte del ganado, úlceras en hombres y bestias, granizo, langostas, tinieblas) los hechiceros se vieron impotentes para hacer prodigios similares.

No obstante, el Faraón persistió en su negativa, aunque finalmente, tras la muerte de los primogénitos tuvo que ceder y autorizar a Moisés y a Israel a salir de Egipto. (Éxodo 12:29-32) “*Y aconteció que a la medianoche Jehová hirió a todo primogénito en la tierra de Egipto, desde el primogénito de Faraón que se sentaba sobre su trono hasta el primogénito del cautivo que estaba en la cárcel, y todo primogénito de los animales. Y se levantó aquella noche Faraón, él y todos sus siervos, y todos los egipcios; y hubo un gran clamor en Egipto, porque no había casa donde no hubiese un muerto. E hizo llamar a Moisés y a Aarón de noche, y les dijo: Salid de en medio de mi pueblo vosotros y los hijos de Israel, e id, servid a Jehová, como habéis dicho. Tomad también vuestras ovejas y vuestras vacas, como habéis dicho, e idos; y bendecidme también a mí*” Y además obtuvieron un gran botín de los propios egipcios “*E hicieron los hijos de Israel conforme al mandamiento de Moisés, pidiendo de los egipcios alhajas de plata, y de oro, y vestidos. Y Jehová dio gracia al pueblo delante de los egipcios, y les dieron cuanto pedían; así despojaron a los egipcios*” (Éxodo 12:35-36)

“Partieron los hijos de Israel, como seiscientos mil hombres de a pie, sin contar los niños.” (Ex 12:37) con el pretexto de hacer unos sacrificios. No obstante, el Faraón pronto se arrepintió de ello y mandó su ejército en persecución de los israelitas para obligarles a regresar. (Éxodo 14:5-8) “*Y fue dado aviso al rey de Egipto, que el pueblo huía; y el corazón de Faraón y de sus siervos se volvió contra el pueblo, y dijeron: ¿Cómo hemos hecho esto de haber dejado ir a Israel, para que no nos sirva? Y unció su carro, y tomó consigo su pueblo; y tomó seiscientos carros escogidos, y todos los carros de Egipto, y los capitanes sobre ellos. Y endureció Jehová el corazón de Faraón rey de Egipto, y él siguió a los hijos de Israel*”

Sin embargo, Dios protegió a Israel realizando el milagro de abrir el Mar Rojo para facilitar el paso de los israelitas y cerrándolo a continuación cuando lo cruzaba el ejército del Faraón, que se hundió bajo las aguas.

Todos estos prodigios (las diez plagas y el paso del Mar Rojo) podrían corresponder a fenómenos naturales. Por ejemplo, las aguas convertidas en sangre podrían haber correspondido a una espectacular crecida del río Nilo que arrastrase mucho barro rojizo (plaga de la sangre) y que al inundar mucho terreno hiciese proliferar las ranas (plaga de las ranas), las cuales al desecarse las charcas y morir se habrían podrido, facilitando la proliferación de las moscas (plaga de las moscas), etc, etc...

Igualmente, respecto al paso del Mar Rojo, se ha sugerido que unos vientos excepcionales y muy fuertes podrían haber sido los que empujaran las aguas, haciéndolas retroceder de la orilla y posibilitando el paso de los israelitas. Cuando posteriormente los

vientos se calmaron, las aguas volvieron a invadir las orillas, alcanzando su nivel normal, e impidiendo el paso de los carros egipcios que perseguían a los israelitas.

Estas teorías tienen visos de realidad y además es razonable pensar que los prodigios bíblicos hayan podido ser realizados por Dios, empleando las fuerzas y las leyes de la naturaleza que Él creó, sin contravenir Sus propias leyes.

En todo caso, al margen de cuáles hayan sido los hechos reales acontecidos, su significado es muy concreto: Dios se siente legitimado para ayudar plenamente al hombre, cuando éste ha cumplido su parte de responsabilidad como había sido el caso, hasta ese momento, de Moisés y del pueblo israelita.

13.5. LA MARCHA HACÍA CANAÁN

El plan original de Dios era que el pueblo israelita, siguiendo a Moisés, realizase una rápida marcha hacia Canaán por la costa mediterránea, que era la ruta más corta. Así, en veintiún días, restaurando el número 21, habrían alcanzado las puertas de Canaán, es decir la franja de Gaza, y entrado en ella tras atravesar pacíficamente la tierra de los filisteos.

Sin embargo, el fallo del israelita al no reconocer la autoridad de Moisés, a pesar de que éste había acudido en su defensa matando al egipcio, había frustrado el primer intento de Moisés de ser reconocido como líder por los israelitas. Por ello Moisés tuvo que pasar 40 años en el desierto de Madián y fue en su **segundo intento** cuando logró sacar a los israelitas de Egipto. El fallo del primer intento endureció el periodo de tiempo necesario para indemnizar el número 21, que se prolongó a 21 meses.

Pero pronto empezaron los israelitas a lamentarse de haber abandonado Egipto y de haber dejado allí sus casas y parte de sus bienes, a cambio de participar en una aventura de resultado incierto. Ni siquiera los prodigios que había realizado Moisés les eran suficientes para que tuvieran confianza en él y para que creyeran que les iba a guiar a buen término. Primero se quejaron de no encontrar agua en el desierto y Dios les dio agua. Después se quejaron de no tener que comer y Dios les dio el maná y las codornices. Y así continuamente.

Dios, para endurecer a los israelitas y para fortalecer su confianza en el liderazgo de Moisés, les inspiró a seguir un trayecto más largo para, tras 21 meses, llegar a las puertas de Canaán. (Éxodo 13:17-18) *“Y luego que Faraón dejó ir al pueblo, Dios no los llevó por el camino de la tierra de los filisteos, que estaba cerca; porque dijo Dios: Para que no se arrepienta el pueblo cuando vea la guerra, y se vuelva a Egipto. Hizo Dios que el pueblo rodease por el camino del desierto del Mar Rojo. Y subieron los hijos de Israel de Egipto armados”*.

Durante ese periodo deberían fortalecer su fe y, además, era previsible que se incrementasen sus deseos de abandonar las duras tierras del desierto, aunque para ello tuvieran que enfrentarse con las gentes de Canaán.

La Biblia narra diversos prodigios con los que Moisés (al igual que posteriormente haría Jesús con sus milagros) intentó que los israelitas creyeran y confiaran en él. Así, por ejemplo, en una ocasión en que les faltaba agua, Moisés dio muestras de su poder al golpear la roca con su bastón y hacer brotar agua de ella (Éxodo 17: 5-6). También se produjeron otros prodigios para inducir al pueblo a la fe *“Todo el monte Siná humeaba porque Jehová había descendido sobre él en fuego; Y el humo subía como el humo de un horno y todo el monte se estremecía en gran manera”* (Éxodo 19:18) *“Todo el pueblo*

observaba el estruendo y los relámpagos, y el sonido de la bocina, y el monte que humeaba; y viéndolo el pueblo, temblaron, y se pusieron de lejos" (Ex 20:18).

Además, Dios dio a Moisés instrumentos para concentrar la atención de los israelitas y reafirmar su fe: las tablas de la ley y el Arca de la Alianza. Eran símbolos que servían para atraer la atención del pueblo y aglutinarlo en torno a ellos. Dios no podía dar facilidades sin que los israelitas lo merecieran. Por ello Moisés, antes de recibir las tablas de la ley, tuvo que subir sólo al Sinaí y allí ayunar durante 40 días. (Deut 9: 9) *"Cuando yo subí al monte para recibir las tablas de piedra, las tablas del pacto que Jehová hizo con vosotros, estuve entonces en el monte cuarenta días y cuarenta noches, sin comer pan ni beber agua"*

Mientras tanto el pueblo, a cuyo frente se hallaba Aarón, en representación de Moisés, creyó que le había pasado algo y que Moisés ya no volvería. *"Viendo el pueblo que Moisés tardaba en descender del monte, se acercaron entonces a Aarón, y le dijeron: Levántate, haznos dioses que vayan delante de nosotros; porque a este Moisés, el varón que nos sacó de la tierra de Egipto, no sabemos qué le haya acontecido" (Ex 32:1).*

Aarón fue así obligado a construir un becerro de oro, un ídolo al cual adorar y el pueblo empezó a ofrecerle holocaustos. *"Entonces Jehová dijo a Moisés: Anda, desciende, porque tu pueblo que sacaste de la tierra de Egipto se ha corrompido" (Ex 32:7). "Dijo más Jehová a Moisés: Yo he visto a este pueblo, que por cierto es de dura cerviz. Ahora, pues, déjame que se encienda mi ira en ellos y los consuma y de tí, yo haré una nación grande" (Ex 32: 9,10).* Se manifiesta en estos versículos el pesar de Dios por la actuación de su pueblo elegido, su disposición a abandonarlo y su propuesta de crear un nuevo pueblo elegido entre los descendientes directos de Moisés.

Moisés intercede ante Dios, toma las tablas de la ley que Dios le había entregado Éxodo (32:15-16) *"Y volvió Moisés y descendió del monte, trayendo en su mano las dos tablas del testimonio, las tablas escritas por ambos lados; de uno y otro lado estaban escritas. Y las tablas eran obra de Dios, y la escritura era escritura de Dios grabada sobre las tablas"*. Baja a continuación del Sinaí, recogiendo por el camino a Josué, que se había quedado esperándole y al llegar al campamento encontraron al pueblo bailando y adorando al becerro de oro.

Entonces Moisés, lleno de ira, arrojó las tablas al suelo, las quebró (Éxodo 32:17-19) *"Cuando oyó Josué el clamor del pueblo que gritaba, dijo a Moisés: Alarido de pelea hay en el campamento. Y él respondió: No es voz de alaridos de fuertes, ni voz de alaridos de débiles; voz de cantar oigo yo. Y aconteció que cuando él llegó al campamento, y vio el becerro y las danzas, ardió la ira de Moisés, y arrojó las tablas de sus manos, y **las quebró al pie del monte"**.*

Después, con ayuda de miembros de la tribu de Leví castigó a los israelitas infieles, matando como a unos tres mil. (Éxodo 32:26-27) *"se puso Moisés a la puerta del campamento, y dijo: ¿Quién está por Jehová? Júntese conmigo. Y se juntaron con él todos los hijos de Leví. Y él les dijo: Así ha dicho Jehová, el Dios de Israel: Poned cada uno su espada sobre su muslo; pasad y volved de puerta a puerta por el campamento, y matad cada uno a su hermano, y a su amigo, y a su pariente"*.

Moisés había cometido una falta al dejarse llevar por la ira y romper las primeras tablas de la ley, pero dado que había completado con éxito su primera condición de 40 días de ayuno, pudo tener otra oportunidad y repitió la condición de indemnización. "Y

aconteció que al día siguiente dijo Moisés al pueblo: Vosotros habéis cometido un gran pecado, pero yo subiré ahora a Jehová; quizá le aplacaré de vuestro pecado" (Ex 32:30).

Volvió al Monte Sinaí, estuvo otros 40 días de ayuno (Deut 9:17-18) *"Entonces tomé las dos tablas y las arrojé de mis dos manos, y las quebré delante de vuestros ojos. Y me postré delante de Jehová como antes, cuarenta días y cuarenta noches; no comí pan ni bebí agua, a causa de todo vuestro pecado que habíais cometido haciendo el mal ante los ojos de Jehová para enojarlo"*

Dios le dio, entonces, de nuevo las tablas de la ley, volvió a bajar y esta vez el pueblo le esperó fiel. A continuación, Moisés ordenó la construcción del Arca de la Alianza y del Tabernáculo, según las instrucciones recibidas de Dios, y organizó los rituales religiosos que en lo sucesivo identificarían al pueblo de Israel y serían el soporte de su religión monoteísta. Con base en ella el pueblo se iría preparando para la posterior venida del Mesías, lo cual se produciría una vez que se hubieran establecido en Canaán.

13.6. SE DEMORA LA LLEGADA A LA TIERRA PROMETIDA

Revigorizada la fe de los israelitas mediante las tablas de la ley, el Arca y el Tabernáculo, Moisés preparó la entrada en Canaán enviando previamente como exploradores a 12 hombres, uno en representación de cada tribu (Números 13), para reconocer Canaán y evaluar las posibilidades de asentarse allí. *"Y volvieron de reconocer la tierra al fin de cuarenta días" (Núm. 13:25).*

Estos 40 días tenían como finalidad establecer, por tercera vez, el fundamento de fe para santificar el tabernáculo y tenerlo como centro de referencia. Las dos veces anteriores habían consistido en los dos periodos de 40 días de ayuno de Moisés. Sin embargo, a su regreso todos los exploradores, excepto Josué y Caleb, dijeron que era imposible ir hacia la Tierra Prometida. Informaron que las ciudades eran grandes y amuralladas y que si intentaban tomarlas serían derrotados y muertos por los pueblos que allí habitaban.

Ante este informe el pueblo se quejó una vez más contra Moisés y con ello demostró que no estaba unido con él, que no tenía confianza suficiente en su liderazgo ni en los planes de Dios. (Núm. 14:1-3) *"Entonces toda la congregación gritó, y dio voces; y el pueblo lloró aquella noche. Y se quejaron contra Moisés y contra Aarón todos los hijos de Israel; y les dijo toda la multitud: ¡Ojalá muriéramos en la tierra de Egipto; o en este desierto ojalá muriéramos! ¿Y por qué nos trae Jehová a esta tierra para caer a espada, y que nuestras mujeres y nuestros niños sean por presa? ¿No nos sería mejor volvernos a Egipto?"*

Al no confiar el pueblo de Israel en Moisés, persona elegida por Dios, quedó anulado el plan de Dios que era llevarles a Canaán a los 21 meses de la salida de Egipto, periodo que hubiera restaurado el número 21.

Hubo entonces que iniciar otro proceso de indemnización que consistió en que todo el pueblo de Israel pasara 40 años en el desierto. Y Jehová castigó a Israel, *"Vuestros hijos andarán pastoreando en el desierto cuarenta años y ellos llevarán vuestras rebeldías hasta que vuestros cuerpos sean consumidos en el desierto. Conforme al número de los cuarenta días en que reconocisteis la tierra, llevaréis vuestras iniquidades cuarenta años, un año por cada día ; y conoceréis mi castigo (Núm. 14: 33-35).*

El objeto de estos nuevos 40 años fue el de sustituir los 40 años que Moisés había pasado en el desierto de Madián antes de ir a sacarles de Egipto. Sólo Josué y Caleb que confiaron en Moisés y los que eran niños en la época en que los exploradores fueron a

Canaán entrarían en la Tierra Prometida. El resto, la generación vieja, moriría en el desierto.

A partir de aquí la Biblia nos narra distintos hechos que reforzaron la autoridad de Moisés sobre las tribus de Israel mediante prodigios, castigos a los rebeldes y leyes muy duras y estrictas. Este es el caso de Coré, Datán y Abirán tragados por la tierra, o del fuego de Jehová que consumió a 250 hombres, o del furor de Jehová que mató a 14.700 (Números 16), o de la plaga de serpientes (Números 21), o del asno de Balaam que habló (Números 22).

Todo ello, que a los ojos del hombre de hoy resulta incomprensible e inaceptable, hay que entenderlo teniendo en cuenta el contexto histórico, las circunstancias de aquella época así como el hecho de que los relatos bíblicos tienen muchas veces un contenido simbólico y no deben ser interpretados literalmente. Pero en cualquier caso manifiestan claramente que Dios apoyó a Moisés para que éste reafirmara su liderazgo sobre su pueblo.

13.7. ¿POR QUÉ MOISÉS NO ENTRÓ EN LA TIERRA PROMETIDA?

La Biblia narra que estando los hijos de Israel en el desierto de Zin empezaron a clamar contra Moisés y Aarón porque no había agua. Entonces Dios le dijo a Moisés *"Toma la vara, y reúne la congregación, tú y Aarón tu hermano, y hablad a la peña a vista de ellos; y ella dará su agua"* (Núm. 20:8). *"Entonces Moisés alzó su mano y golpeó la roca dos veces y manó mucha agua y entonces Dios dijo a Moisés y a Aarón: Por cuanto no creísteis en mí para santificarme delante de los hijos de Israel, no meteréis esta congregación en la tierra que les he dado"* (Números 20:11-12).

De nuevo nos encontramos con uno de los relatos aparentemente absurdos de la Biblia: ¿en qué había consistido el error de Moisés? La explicación se halla en que toda persona que tiene la posición de figura central debe estar estrechamente unida con Dios pues de lo contrario pierde dicha posición, como le ocurrió a Cam o a Abraham según se ha explicado en los capítulos anteriores.

En este caso lo que ocurrió fue que Moisés se llenó de furor contra el pueblo de Israel y en lugar de golpear una vez con la vara, golpeó dos veces. Con ello no asumió la serenidad y la paciencia propias de Dios y perdió su posición como figura central. En consecuencia, quedó incapacitado para entrar en la Tierra Prometida y murió cuando se encontraba a sus puertas, a los 120 años de edad, tras dirigir a su pueblo durante los 40 años de peregrinar por el desierto. En este caso, a diferencia de cuando rompió las tablas de la ley, Moisés no pudo tener otra segunda oportunidad puesto que había fallado en ésta que era la primera oportunidad.

Su papel de líder pasó a Josué, uno de los dos exploradores que tuvieron confianza en que Dios les ayudaría en la conquista de Canaán. Se repite así algo similar a lo que ocurrió en el caso de Abraham e Isaac: al igual que Isaac asumió la posición de Abraham por confiar plenamente en éste, Josué, quien al igual que Caleb había apoyado fielmente a Moisés, sustituye a Moisés como líder de la nación de Israel y la dirige para tomar posesión de la Tierra Prometida y construir en ella la nación de Israel como base para la futura llegada del Mesías.

14. LA HISTORIA BÍBLICA DESDE MOISÉS HASTA JESÚS

14.1. EL PERIODO DE LOS JUECES

Las condiciones para recibir al Mesías a nivel nacional habían sido establecidas por Moisés, que forjó espiritualmente la nación de Israel, y por Josué, que le dio su fundamento territorial al conquistar la tierra de Canaán, la Tierra Prometida, la tierra de donde provenían Abraham, Isaac y Jacob, los padres de Israel. Constituido el pueblo elegido como nación, se habrían dado las condiciones para que el Mesías pudiese venir a nivel nacional para posteriormente extenderse a nivel mundial. Cabe entonces preguntarse por qué no vino Jesús en la época de Josué.

La generación que salió de Egipto lo hizo en virtud de los méritos contraídos por todo el pueblo de Israel durante el periodo de 400 años de esclavitud en Egipto. Estos 400 años habían indemnizado los 400 años bíblicos transcurridos desde Noé hasta Abraham. A esta generación se le ofrecía la oportunidad providencial de ir a Canaán, reconquistar la tierra de sus antepasados y construir sobre ella la nación de Israel. Sin embargo, por su continua rebeldía ante las instrucciones de Moisés, fue castigada a no entrar en la Tierra Prometida. El propio Moisés, por haber fallado, cuando golpeó la roca dos veces, tampoco entró en ella, aunque Dios le concedió la gracia de poder verla, a lo lejos, en el horizonte, antes de morir.

La desobediencia de los israelitas durante su peregrinar por el desierto del Sinaí invalidó la indemnización pagada por los descendientes de Jacob durante los 400 años de esclavitud en Egipto y por ello los hijos de Israel, una vez llegados a Canaán, y aunque Josué había heredado el fundamento victorioso de Moisés, **tuvieron que esperar otros 400 años**, tiempo bíblicamente conocido como el periodo de los Jueces, para indemnizar los 400 años anteriores invalidados.

El libro de los Jueces relata las reiteradas infidelidades de las tribus de Israel hacia Dios y cómo cayeron en la idolatría, dando culto a Baal y a Astarot. Una y otra vez aparecen versículos que dicen *“Los hijos de Israel hicieron lo malo ante los ojos de Jehová”* Como consecuencia, Dios les abandona *“y Jehová los entregó en mano de”* los pueblos de los alrededores: filisteos, moabitas, amonitas, madianitas, etc.

Israel pide entonces perdón a Dios y, una y otra vez, van surgiendo diferentes líderes tribales de Israel: Otoniel, Aod, Débora, Gedeón, Sansón, Micaia, Tola, Jair, Jefté, etc, que los libran de la opresión de sus enemigos. También, una y otra vez, vuelven a caer en la idolatría y de nuevo Dios les abandona en manos de sus enemigos y son sometidos. La Biblia narra las reiteradas recaídas en la idolatría, a las que siguen nuevos arrepentimientos *“y los hijos de Israel clamaron a Jehová”* que dan lugar a que Dios vaya suscitando a nuevos líderes, los jueces, que les ayudan a liberarse del yugo enemigo y a ir preparando la oportunidad para constituirse como una nación bajo un rey y dejar de ser un grupo de tribus aisladas.

El pueblo de Israel recibió así pruebas manifiestas de la importancia de ser fieles a Jehová y al mismo tiempo pasó por un periodo de tribulación de 400 años de duración con el que indemnizó el periodo de los 400 años de esclavitud en Egipto. Tras esa indemnización pudo tener la oportunidad de superar el estadio tribal y de consolidarse

como la nación de Israel bajo un rey. Una vez lograda esta unidad físico-espiritual, la nación de Israel debía prepararse para poder recibir y aceptar al Mesías.

La duración del periodo de los Jueces se puede deducir de 1 Reyes 6:1 *"En el año cuatrocientos ochenta después de que los hijos de Israel salieron de Egipto, el cuarto año del principio del reino de Salomón sobre Israel..."* de donde cabe deducir que, puesto que los reinos de Saúl y David, como veremos después, duraron cada uno 40 años, el periodo de los Jueces fue de casi cuatrocientos años.

14.2. EL PERIODO DE LOS REYES

El periodo de los Jueces termina cuando el profeta Samuel, el último de los jueces de Israel, unge como rey a Saúl por inspiración de Dios (I Samuel 10:1), dando comienzo al periodo de los Reyes. Samuel da a Saúl como rey de Israel y les dice: *"Ahora, pues, he aquí el rey que habéis elegido, el cual pedisteis; ya veis que Jehová ha puesto rey sobre vosotros. Si temiereis a Jehová y le sirviereis, y oyereis su voz, y no fuereis rebeldes a la palabra de Jehová, y si tanto vosotros como el rey que reina sobre vosotros servís a Jehová vuestro Dios, haréis bien. Mas si no oyereis la voz de Jehová, y si fuereis rebeldes a las palabras de Jehová, la mano de Jehová estará contra vosotros como estuvo contra vuestros padres"*. (I Samuel 12:13-15)

Saúl, reconocido y aclamado como rey por el pueblo de Israel, cumplió inicialmente la voluntad de Dios y logró grandes victorias sobre sus enemigos, los amonitas y los filisteos.

Sin embargo, posteriormente, Saúl desobedeció las instrucciones de Dios *"Ve, pues, y hiere a Amalec, y destruye todo lo que tiene... Y Saúl y el pueblo perdonaron a Agag, rey de Amalec, y a lo mejor de las ovejas y del ganado mayor y de todo lo bueno y no lo quisieron destruir; mas todo lo que era vil y despreciable lo destruyeron."* (1 Samuel 15:3 y 9). Entonces Samuel comunicó a Saúl que Dios le había desechado como rey *"porque desechaste la palabra de Jehová, y Jehová te ha desechado para que no seas rey sobre Israel"* (1 Samuel 15:26), y en secreto ungió a David *"Y Samuel tomó el cuerno del aceite, y lo ungió en medio de sus hermanos; y desde aquel día en adelante el Espíritu de Jehová vino sobre David. Se levantó luego Samuel, y se volvió a Ramá"* (I Samuel 16:13).

Llama la atención la severidad especial con que Dios trata a Saúl mientras que luego parece mucho más indulgente con David y Salomón. Ello se debe a que Saúl venía en posición de Abraham y tenía en su mano el completar las condiciones para que pudiera venir el Mesías. Saúl debía haber realizado la construcción del Templo durante su reinado. Con ello habría indemnizado el fallo de Abraham al no realizar correctamente el sacrificio a Dios de la becerra, la cabra y el carnero, la tórtola y el palomino.

El importante papel que, para la providencia de Dios, desempeñaba Saúl, en posición de Abraham, hizo que sus errores fueran tanto más dolorosos para Dios ya que iban a conllevar la postergación de la providencia y la prolongación de la historia de sufrimiento hasta que, de nuevo, se reunieran las condiciones necesarias.

Si Saúl hubiese restaurado, mediante una actitud correcta, los números 12, 4, 21 y 40, en su época se habrían cumplido las condiciones para recibir al Mesías. Dios habría podido hacer nacer al Cristo entre la gente de ese tiempo, y anticipar, históricamente, la oportunidad de construir el Reino de los Cielos.

Al no ser así, Dios tuvo que prescindir de Saúl y por eso la Biblia dice que *"El Espíritu de Jehová se apartó de Saúl, y le atormentaba un espíritu malo de parte de Jehová"* (1 Samuel 16:14). Entonces le buscaron un siervo que tocara el arpa para que

podiese contribuir con su música a apaciguar la tristeza del rey. Con este motivo David entró al servicio de Saúl y le sirvió fielmente. *"Saúl le amó mucho y le hizo su paje de armas. Y cuando el espíritu malo de parte de Dios venía sobre Saúl, David tomaba el arpa y tocaba con su mano; y Saúl tenía alivio y estaba mejor, y el espíritu malo se apartaba de él"* (1 Samuel 16:21 y 23).

Saúl debería entonces haber sabido reconocer en David al sustituto que Dios le enviaba. De haber ocurrido así, la unidad entre Saúl y David hubiera sido similar a la cooperación entre Abraham e Isaac y la misión de David se habría visto ayudada por la experiencia de un Saúl, arrepentido de corazón por haberle fallado a Dios. Saúl habría logrado entonces volver a ser una persona victoriosa a los ojos de Dios, aunque su posición como figura central hubiese quedado transferida, irreversiblemente, a David.

Pero Saúl tuvo celos a causa de la fama que David adquirió al vencer a Goliat, e impulsado por éstos (al igual que le ocurrió a Lucifer con Adán) intentó matarle, enviándole a luchar contra los filisteos. Sin embargo David resultó victorioso y los celos de Saúl aumentaron porque el pueblo cantaba y ensalzaba más a David que a Saúl *"Saúl hirió a sus miles, y David a sus diez miles. Y se enojó Saúl en gran manera, y le desagradó este dicho, y dijo: A David dieron diez miles, y a mí miles; no le falta más que el reino. Y desde aquel día Saúl no miró con buenos ojos a David."* (1 Samuel 18:7-9).

Un día, cuando David estaba tocando el arpa para él, Saúl intentó matarlo tirándole una lanza *"Y arrojó Saúl la lanza, diciendo: Enclavaré a David a la pared. Pero David lo evadió dos veces"* (1 Samuel 18:11). Entonces David huyó del palacio y Saúl organizó, y participó él mismo, en su persecución.

En cierta ocasión, habiendo acampado Saúl en persecución de David, éste penetró en el campamento al amparo de la noche. Entró en la tienda del rey, que se hallaba dormido, y, en vez de vengarse y matarle, tomó apenas la vasija de agua de la cabecera del rey y su lanza, como prueba de que había estado allí y de que hubiera podido matarle si hubiera querido. (1 Samuel 26:9-16) Con ello David demostró su respeto y sumisión al rey ungido del Señor. Ello le cualificó para heredar la posición de Saúl como figura central, al igual que Isaac heredó la posición de su padre Abraham.

David, tras la muerte de Saúl, fue aclamado como rey por el pueblo. *"Era David de treinta años cuando comenzó a reinar, y reinó cuarenta años"* (2 Samuel 5:4) Le correspondió entonces la oportunidad de construir el templo de Israel, servir plenamente a Dios y preparar al pueblo para la venida del Mesías.

No obstante, también David actuó en contra de los deseos de Dios, como por ejemplo, cuando tomó a la mujer Urias (2 Samuel 11:2-4) *"Y sucedió un día, al caer la tarde, que se levantó David de su lecho y se paseaba sobre el terrado de la casa real; y vio desde el terrado a una mujer que se estaba bañando, la cual era muy hermosa. Envió David a preguntar por aquella mujer, y le dijeron: Aquella es Betsabé hija de Eliam, mujer de Urías heteo. Y envió David mensajeros, y la tomó; y vino a él, y él durmió con ella"*

Y no sólo eso sino que provocó la muerte de Urías el marido de Betsabé, para poder tomar a ésta por esposa (2 Samuel 11:15) *"Venida la mañana, escribió David a Joab una carta, la cual envió por mano de Urías. Y escribió en la carta, diciendo: Poned a Urías al frente, en lo más recio de la batalla, y retiraos de él, para que sea herido y muera"*

Así perdió David la cualificación necesaria para poder ser la figura central en la providencia de Dios (2 Samuel 11:15) *"¿Por qué, pues, tuviste en poco la palabra de Jehová, haciendo lo malo delante de sus ojos? A Urías, heteo heriste a espada, y tomaste"*

por mujer a su mujer, y a él lo mataste con la espada de los hijos de Amón. Por lo cual ahora no se apartará jamás de tu casa la espada, por cuanto me menospreciaste, y tomaste la mujer de Urías heteo para que fuese tu mujer. Así ha dicho Jehová: He aquí yo haré levantar el mal sobre ti de tu misma casa, y tomaré tus mujeres delante de tus ojos, y las daré a tu prójimo, el cual yacerá con tus mujeres a la vista del sol”.

Tras el reinado de David, Salomón, hijo de David y de Betsabé, heredó la posición providencial que antes había correspondido primero a Saúl y luego a David “*Y el rey les dijo: Tomad con vosotros los siervos de vuestro señor, y montad a Salomón mi hijo en mi mula, y llevadlo a Gihón; y allí lo ungirán el sacerdote Sadoc y el profeta Natán como rey sobre Israel, y tocaréis trompeta, diciendo: ¡Viva el rey Salomón!*” (1 Reyes 1:33-34)

Salomón fue un rey que tuvo la modestia de pedir a Dios sabiduría “*Da, pues, a tu siervo corazón entendido para juzgar a tu pueblo, y para discernir entre lo bueno y lo malo; porque ¿quién podrá gobernar este tu pueblo tan grande? Y agradó delante del Señor que Salomón pidiese esto. Y le dijo Dios: Porque has demandado esto, y no pediste para ti muchos días, ni pediste para ti riquezas, ni pediste la vida de tus enemigos, sino que demandaste para ti inteligencia para oír juicio, he aquí lo he hecho conforme a tus palabras; he aquí que te he dado corazón sabio y entendido, tanto que no ha habido antes de ti otro como tú, ni después de ti se levantará otro como tú”* (1 Reyes 3:9-12)

Fue así, Salomón, un rey sabio, reconocido tanto dentro como fuera de Israel, por sus juicios y conocimientos (1 Reyes 4:29-34) “*Y Dios dio a Salomón sabiduría y prudencia muy grandes, y anchura de corazón como la arena que está a la orilla del mar. Era mayor la sabiduría de Salomón que la de todos los orientales, y que toda la sabiduría de los egipcios. Aun fue más sabio que todos los hombres, más que Etán ezraíta, y que Hemán, Calcol y Darda, hijos de Mahol; y fue conocido entre todas las naciones de alrededor. Y compuso tres mil proverbios, y sus cantares fueron mil cinco. También disertó sobre los árboles, desde el cedro del Líbano hasta el hisopo que nace en la pared. Asimismo disertó sobre los animales, sobre las aves, sobre los reptiles y sobre los peces. Y para oír la sabiduría de Salomón venían de todos los pueblos y de todos los reyes de la tierra, adonde había llegado la fama de su sabiduría.*

Salomón fortaleció el papel del reino de Israel y e inició la construcción del Templo con el apoyo de los expertos carpinteros y albañiles de Hiram, rey de Tiro, lo cual fue muy grato para Dios (1 Reyes 6:11-13) “*Y vino palabra de Jehová a Salomón, diciendo: Con relación a esta casa que tú edificas, si anduvieres en mis estatutos e hicieres mis decretos, y guardares todos mis mandamientos andando en ellos, yo cumpliré contigo mi palabra que hablé a David tu padre; y habitaré en ella en medio de los hijos de Israel, y no dejaré a mi pueblo Israel”*

También Dios, una vez finalizado el Templo vuelve a reiterar a Salomón su apoyo pero siempre condicionado a su actuación futura y a la de sus descendientes en (1 Reyes 9:5-7) “*yo afirmaré el trono de tu reino sobre Israel para siempre, como hablé a David tu padre, diciendo: No faltará varón de tu descendencia en el trono de Israel. Mas si obstinadamente os apartareis de mí vosotros y vuestros hijos, y no guardareis mis mandamientos y mis estatutos que yo he puesto delante de vosotros, sino que fuereis y sirviereis a dioses ajenos, y los adorareis; yo cortaré a Israel de sobre la faz de la tierra que les he entregado”*

De hecho ni esa preparación externa, ni el fortalecimiento del reino y la construcción del Templo “*edificar la casa de Jehová”*, fue suficiente para la providencia

de Dios. Era necesario que el rey se mantuviese fiel a Dios y que orientara a su pueblo por ese camino pero Salomón también se corrompió, tuvo 300 esposas y 700 concubinas

(I Reyes 11:1-8) *“Pero el rey Salomón amó, además de la hija de Faraón, a muchas mujeres extranjeras; a las de Moab, a las de Amón, a las de Edom, a las de Sidón, y a las heteas; gentes de las cuales Jehová había dicho a los hijos de Israel: No os llegaréis a ellas, ni ellas se llegarán a vosotros; porque ciertamente harán inclinar vuestros corazones tras sus dioses. A éstas, pues, se juntó Salomón con amor. Y tuvo setecientas mujeres reinas y trescientas concubinas; y sus mujeres desviaron su corazón. Y cuando Salomón era ya viejo, sus mujeres inclinaron su corazón tras dioses ajenos, y su corazón no era perfecto con Jehová su Dios, como el corazón de su padre David. Porque Salomón siguió a Astoret, diosa de los sidonios, y a Milcom, ídolo abominable de los amonitas. E hizo Salomón lo malo ante los ojos de Jehová, y no siguió cumplidamente a Jehová como David su padre. Entonces edificó Salomón un lugar alto a Quemos, ídolo abominable de Moab, en el monte que está enfrente de Jerusalén, y a Moloc, ídolo abominable de los hijos de Amón. Así hizo para todas sus mujeres extranjeras, las cuales quemaban incienso y ofrecían sacrificios a sus dioses”.*

Dios se apartó de Salomón *“Y se enojó Jehová contra Salomón, por cuanto su corazón se había apartado de Jehová Dios de Israel, que se le había aparecido dos veces, y le había mandado acerca de esto, que no siguiese a dioses ajenos; mas él no guardó lo que le mandó Jehová”* (I Reyes 11:9-10).

Y Dios le anunció que su reino sería entregado a otros *“Y dijo Jehová a Salomón: Por cuanto ha habido esto en ti, y no has guardado mi pacto y mis estatutos que yo te mandé, romperé de ti el reino, y lo entregaré a tu siervo. Sin embargo, no lo haré en tus días, por amor a David tu padre; lo romperé de la mano de tu hijo. Pero no romperé todo el reino, sino que daré una tribu a tu hijo, por amor a David mi siervo, y por amor a Jerusalén, la cual yo he elegido”* (I Reyes 11:11-13).

A partir de ese momento, en que Salomón ha perdido el apoyo de Dios, se levantan diversas personas contra él, entre las cuales uno, Jeroboam, al que un profeta anuncia que reinará sobre 10 tribus de Israel (1 Reyes 11:30-31) *“Y tomando el profeta Ahías la capa nueva que tenía sobre sí, la rompió en doce pedazos, 31 y dijo a Jeroboam: Toma para ti los diez pedazos; porque así dijo Jehová Dios de Israel: He aquí que yo rompo el reino de la mano de Salomón, y a ti te daré diez tribu”*

La historia de Salomón pone de manifiesto el tercer fracaso consecutivo en el establecimiento del fundamento de fe, a nivel nacional, necesario para la venida del Mesías. Los sucesivos fracasos de Saúl, David y Salomón, cada uno de ellos con un reinado de 40 años, impidieron que en estas tres oportunidades se pudiera establecer el fundamento de fe necesario que permitiera que se pudiese establecer a continuación el fundamento de substancia y que establecidos ambos pudiese venir el Mesías, a *“un pueblo bien dispuesto”*.

A diferencia del éxito del trío Abraham, Isaac y Jacob, **la providencia centrada en Saúl, David y Salomón fracasó**. Salomón no fue el Jacob triunfante que la providencia de Dios requería. Entonces, Dios adaptó Su plan de restauración y en lugar de centrarlo en personas físicas que pudieran asumir sobre sus hombros el peso de la restauración, lo basó colectivamente en el pueblo elegido.

En el futuro, y hasta Jesús, no serán individuos providenciales los que asuman y realicen verticalmente, es decir centrados en ellos, las condiciones de indemnización para

restaurar los números bíblicos. Será el pueblo como un todo, como ya sucedió durante la esclavitud en Egipto, el que mediante sus penalidades y esfuerzos a lo largo de diversos periodos de tiempo indemnizará los números bíblicos para que se pueda dar la oportunidad de que venga el Mesías.

Así el periodo de 120 años, que se extendió desde Saúl a Salomón servirá como restauración del número 12 y los periodos siguientes del Reino Dividido (400 años), del Exilio y Retorno (210 años) y de la preparación para la venida del Mesías (400 años), que se estudian a continuación, como restauración de los números 4, 21 y 40 respectivamente.

En ellos el pueblo de Israel, primero, y del pueblo judío (de Judá) su sucesor, después, pagará con sus 210 años una indemnización correspondiente a los 21 años de Jacob en Harán en casa de su tío Labán y con los 400 años siguientes, una indemnización correspondiente a los 400 años en Egipto, que ya habían intentado ser indemnizados con los 400 años del periodo de los Jueces.

Transcurrido ese periodo, vendría Juan Bautista con la misión de preparar *“un pueblo bien dispuesto”* para recibir y aclamar a Jesús como el Mesías esperado.

14.3. EL REINO DIVIDIDO

La estrategia de la providencia hace que cuando el pueblo elegido se corrompe, Dios facilite su división, con la esperanza de que, al menos, una de las dos partes en que se divide la familia, tribu, nación, o en suma, pueblo elegido, se aleje de la corrupción y persevere siguiendo las instrucciones de Dios.

Ante la corrupción del reinado de Salomón, Ahías, profeta de Jehová, transmitió a Jeroboam un mensaje de Dios en el que le decía que le entregaría diez tribus de Israel *“Y si prestares oído a todas las cosas que te mandare, y anduvieres en mis caminos, e hicieres lo recto delante de mis ojos, guardando mis estatutos y mis mandamientos... yo te edificaré casa firme, como la edificué a David, y yo te entregaré a Israel”* (1 Reyes 11:38), lo cual presagiaba la posibilidad de que una parte de Israel, las diez tribus, se separaran del resto de Israel.

Salomón se enteró de esta profecía y procuró matar a Jeroboam pero éste escapó a Egipto y estuvo allí hasta la muerte de Salomón. Tras la muerte de éste, reinó su hijo Roboán, (1 Reyes 11:43) *“Y durmió Salomón con sus padres, y fue sepultado en la ciudad de su padre David; y reinó en su lugar Roboán su hijo”*

Entonces, todo el pueblo vino delante de Roboán, hijo de Salomón, que era el nuevo rey, y le pidieron que disminuyese los tributos que pesaban sobre ellos. (1 Reyes 12:1-5) *“Roboán fue a Siquem, porque todo Israel había venido a Siquem para hacerle rey. Y aconteció que cuando lo oyó Jeroboán hijo de Nabat, que aún estaba en Egipto, adonde había huido de delante del rey Salomón, y habitaba en Egipto, enviaron a llamarle. Vino, pues, Jeroboam, y toda la congregación de Israel, y hablaron a Roboán, diciendo: Tu padre agravó nuestro yugo, mas ahora disminuye tú algo de la dura servidumbre de tu padre, y del yugo pesado que puso sobre nosotros, y te serviremos. Y él les dijo: Idos, y de aquí a tres días volved a mí. Y el pueblo se fue”*

Roboán, mal aconsejado y prepotente, no aceptó a disminuir los tributos sino que por el contrario los incrementó. Esto dio lugar a que se rebelaran las diez tribus y pusieran a Jeroboam como rey de Israel, quedándose Roboán con la parte sur del antiguo reino de su padre, apoyado en dos tribus, la de Judá y la de Benjamín. Esta división simboliza, a nivel nacional, la separación entre Caín y Abel.

Los dos reinos resultantes, Israel en el norte y Judá en el sur, estuvieron en conflicto y mantuvieron muchas luchas entre sí. Se inició así el llamado periodo del Reino Dividido, que duró 400 años¹. Estos 400 años restauraron el número 4, que había sido antes restaurado por los 40 años transcurridos desde que Jacob compró a Esaú la primogenitura hasta que Isaac le bendijo. La bendición de Jacob, por su padre Isaac de 80 años de edad, se describe en Génesis 27, inmediatamente después de señalar que su hermano gemelo Esaú tenía 40 años de edad “*Y cuando Esaú era de cuarenta años, tomó por mujer a Judit*” (Gen 26:34)

Los 400 años del periodo de los Jueces, que se citan en 1 Reyes 6:1, habían indemnizado los 400 de esclavitud en Egipto, cuyo valor se había perdido por la falta de apoyo de los israelitas a Moisés, durante el peregrinar por el Sinaí en camino a Canaán.

A continuación se dio la oportunidad de establecer el fundamento nacional para el Mesías a los tres reyes sucesivos, Saúl, David y Salomón, los cuales fracasaron en el cumplimiento total de su misión como impulsores de la providencia de Dios, si bien se llegó a construir el Templo, de forma similar a como Noé construyó el Arca.

Entonces el Reino Unido de Israel, se divide en dos reinos Israel (Caín) y Judá (Abel), los cuales se mantienen separados durante 400 años. Si estos reinos se hubieran mantenido fieles a Dios, tal vez también hubieran guerreado entre sí por intereses materiales, pero al final de ese periodo de indemnización, y con el consejo de los profetas que Dios hubiese enviado, se habría producido la fusión de ambos y habrían restaurado la unidad del antiguo reino de Israel, mediante la integración del nuevo reino de Israel (posición Caín) en el reino de Judá (posición Abel).

14.4. CAUTIVIDAD Y REGRESO DEL PUEBLO JUDÍO

El reino de Israel se corrompió y cayó en la idolatría. Dios suscitó entonces a diversos profetas: Elías, Eliseo, Miqueas, etc, para mantener al pueblo en la fe pero los reyes de Israel, salvo contadas excepciones, “*hicieron lo malo a los ojos de Jehová*” (1 Reyes 15:26) y no siguieron las instrucciones de los profetas. Por ello, finalmente, Dios les entregó en manos de Asiria, en torno al 722 a.C. siendo llevados en cautividad fuera de Israel. (2 Reyes 17: 5-6) “*Y el rey de Asiria invadió todo el país, y sitió a Samaria, y estuvo sobre ella tres años. 6 En el año nueve de Oseas, el rey de Asiria tomó Samaria, y llevó a Israel cautivo a Asiria, y los puso en Halah, en Habor junto al río Gozán, y en las ciudades de los medos*”

Los deportados terminaron desapareciendo de la historia del pueblo elegido y se les conoce como las "Diez Tribus Perdidas de Israel". Durante muchos siglos se creyó que habían subsistido intactos en el interior de Asia.

El reino de Judá, inicialmente, se mantuvo fiel a la tradición de Moisés pero posteriormente cayó también en la idolatría. El último rey fiel a Jehová fue Josías (2 Reyes 22), sin embargo los siguientes (Joacaz, Joacim, Joaquim y Sedecías) fueron infieles a Dios.

Los judíos, (es decir, los pertenecientes al reino de Judá) creían que la mera existencia del Templo les protegía contra sus enemigos. El profeta Jeremías denunció esta actitud “*Hurtando, matando, adulterando, jurando en falso, y andando tras dioses extraños*

¹ La duración de este periodo, 400 años, no aparece explícitamente citada en la Biblia. Los estudios realizados al respecto lo sitúan entre el 931 al 587 a.C o entre el 945 y el 586 a.C (Ver en Internet Cronología de los Profetas del AT)

¿vendréis a mí en esta casa sobre la cual es invocado mi nombre, y diréis: Librados somos..." (Jeremías 7:9,10).

Con esta infundada confianza el rey judío Joaquim se negó a pagar el tributo a Nabucodonosor, rey de Babilonia, el cual atacó Judá, conquistó Jerusalén, y se llevó cautivo al rey Joaquim y a un numerosísimo grupo de la clase gobernante pero no destruyó Jerusalén ni el Templo e incluso permitió que fuera entronizado, como rey, Sedecías, tío de Joaquim.

Sedecías apoyado por un clero que seguía creyendo en la protección hipotética que proporcionaba el Templo, se rebeló y se negó a pagar tributo. Entonces Nabucodonosor atacó de nuevo, saqueó Jerusalén y esta vez destruyó el Templo de Salomón hasta sus cimientos.

El rey Sedecías fue capturado, le sacaron los ojos y toda su familia fue ejecutada. (2 Reyes 25:1-10) *"Aconteció a los nueve años de su reinado, en el mes décimo, a los diez días del mes, que Nabucodonosor rey de Babilonia vino con todo su ejército contra Jerusalén, y la sitió, y levantó torres contra ella alrededor... Preso, pues, el rey, le trajeron al rey de Babilonia en Ribla, y pronunciaron contra él sentencia. Degollaron a los hijos de Sedequías en presencia suya, y a Sedequías le sacaron los ojos, y atado con cadenas lo llevaron a Babilonia... Y quemó la casa de Jehová, y la casa del rey, y todas las casas de Jerusalén; y todas las casas de los príncipes quemó a fuego. Y todo el ejército de los caldeos que estaba con el capitán de la guardia, derribó los muros alrededor de Jerusalén"*

El reino de Judá quedó destruido, en torno a 587 a.C. según los estudios históricos, y otro gran grupo de judíos fue llevado cautivo a Babilonia, donde fueron esclavos durante 70 años, restaurando con sus sufrimientos parte de los errores de los antepasados (2 Crónicas 36:19-21) *"Y quemaron la casa de Dios, y rompieron el muro de Jerusalén, y consumieron a fuego todos sus palacios, y destruyeron todos sus objetos deseables. Los que escaparon de la espada fueron llevados cautivos a Babilonia... hasta que los setenta años fueron cumplidos"*

En el exilio pudieron mantener, con discreción, sus tradiciones y su fe religiosa, en especial tras la muerte de Nabucodonosor. Ocurrida ésta, el imperio de Babilonia entró en un periodo de decadencia y finalmente fue conquistado por Ciro, rey de Persia quien permitió a los judíos retornar a Judá. (Esdras 1:1-4) *"En el primer año de Ciro rey de Persia, para que se cumpliera la palabra de Jehová por boca de Jeremías, despertó Jehová el espíritu de Ciro rey de Persia, el cual hizo pregonar de palabra y también por escrito por todo su reino, diciendo: Así ha dicho Ciro rey de Persia: Jehová el Dios de los cielos me ha dado todos los reinos de la tierra, y me ha mandado que le edifique casa en Jerusalén, que está en Judá. Quien haya entre vosotros de su pueblo, sea Dios con él, y suba a Jerusalén que está en Judá, y edifique la casa a Jehová Dios de Israel (él es el Dios), la cual está en Jerusalén. Y a todo el que haya quedado, en cualquier lugar donde more, ayúdenle los hombres de su lugar con plata, oro, bienes y ganados, además de ofrendas voluntarias para la casa de Dios, la cual está en Jerusalén"*.

El reino quedó, no obstante, bajo la tutela de un gobernador. Los judíos, descendientes del antiguo reino de Judá, gozaron de cierta autonomía, bajo la protección de Ciro, Darío y

Artajerjes, reyes de Persia, y durante un periodo de unos 140 años² se reorganizaron e iniciaron la reconstrucción del Templo de Salomón.

² Esta cifra de 140 años no aparece específicamente en la Biblia. Los estudios al respecto ofrecen disparidad de fechas y unos apuntan a un periodo que fue del 516 al 400 a.C y otros del 538 al 432 a.C

15. LA EXPECTATIVA MESIÁNICA

Durante los últimos años del periodo del Reino Dividido que duró 400 años y durante el período posterior de 210 años surgieron muchos profetas (Elías, Eliseo, Joel, Jonás, Amós, Oseas, Isaías, Miqueas, Jeremías, Ezequiel, Daniel, Abdías, Nahum, Habacuc, Sofonías, Hageo, Zacarías y Malaquías), que llamaron al pueblo al arrepentimiento y que anunciaron el desastre para el pueblo de Israel si no seguía las instrucciones de Dios.

Los profetas, además de anunciar acontecimientos futuros afirmaron su autoridad realizando diversos prodigios (Elías hizo llover fuego del cielo, resucitó a un niño y fue arrebatado al cielo en un carro de fuego; Eliseo multiplicó los panes y resucitó a un niño; los compañeros de Daniel salieron indemnes del horno de fuego; Daniel también salió sano y salvo del foso de los leones, etc).

El Antiguo Testamento recoge estos relatos, que fueron transmitidos de generación en generación por el pueblo de Israel, focalizando la atención de todo el pueblo en torno a una concepción monoteísta y a una alianza con Dios, el cual les protegería si cumplían sus mandamientos.

De este periodo son las profecías que anunciaban un futuro glorioso, la venida del Mesías, la construcción del Reino Prometido (en algunos casos como en Daniel con un lenguaje muy similar al que posteriormente se empleará en el Apocalipsis) y que inculcaron en el pueblo judío una fuerte expectativa mesiánica.

así en Isaías,

“Porque un niño nos es nacido y se llamará Consejero, Dios fuerte, Príncipe de la Paz. Lo dilatado de su imperio y la paz no tendrán límite sobre el trono de David, y sobre su reino, disponiéndolo y confirmándolo en juicio y en justicia desde ahora y para siempre....” (9:6-7)

“No juzgará según la vista de sus ojos, ni argüirá por lo que oigan sus oídos; 4 sino que juzgará con justicia a los pobres, y argüirá con equidad por los mansos de la tierra; y herirá la tierra con la vara de su boca, y con el espíritu de sus labios matará al impío... Morará el lobo con el cordero, y el leopardo con el cabrito se acostará; el becerro y el león y la bestia doméstica andarán juntos, y un niño los pastoreará.(11:3-6)

“Nunca más se oirá en tu tierra violencia, destrucción ni quebrantamiento en tu territorio, sino que a tus muros llamarás Salvación, y a tus puertas Alabanza” (60:18)

“No se pondrá jamás tu sol ni menguará tu luna; porque Jehová te será por luz perpetua y los días de tu luto te serán acabados” (60:20)

“Porque he aquí que yo crearé nuevos cielos y nueva tierra; y de lo primero no habrá memoria, ni más vendrá al pensamiento. Mas os gozaréis y os alegraréis para siempre en las cosas que yo he creado; porque he aquí que yo traigo a Jerusalén alegría, y a su pueblo gozo. Y me alegraré con Jerusalén, y me gozaré con mi pueblo; y nunca más se oirán en ella voz de lloro, ni voz de clamor” (65:17-19)

Igualmente en Daniel:

“Miraba yo en la visión de la noche, y he aquí con las nubes del cielo venía uno como un hijo de hombre, que vino hasta el Anciano de días, y le hicieron acercarse delante de él. Y le fue dado dominio, gloria y reino, para que todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieran; su dominio es dominio eterno, que nunca pasará, y su reino uno que no será destruido” (7:13-14)

“En aquel tiempo se levantará Miguel, el gran príncipe que está de parte de los hijos de tu pueblo; y será tiempo de angustia, cual nunca fue desde que hubo gente hasta entonces; pero en aquel tiempo será libertado tu pueblo, todos los que se hallen escritos en el libro. Y muchos de los que duermen en el polvo de la tierra serán despertados, unos para vida eterna, y otros para vergüenza y confusión perpetua. Los entendidos resplandecerán como el resplandor del firmamento; y los que enseñan la justicia a la multitud, como las estrellas a perpetua eternidad. Pero tú, Daniel, cierra las palabras y sella el libro hasta el tiempo del fin. Muchos correrán de aquí para allá, y la ciencia se aumentará. Y yo Daniel miré, y he aquí otros dos que estaban en pie, el uno a este lado del río, y el otro al otro lado del río. Y dijo uno al varón vestido de lino, que estaba sobre las aguas del río: ¿Cuándo será el fin de estas maravillas? Y oí al varón vestido de lino, que estaba sobre las aguas del río, el cual alzó su diestra y su siniestra al cielo, y juró por el que vive por los siglos, que será por tiempo, tiempos, y la mitad de un tiempo. Y cuando se acabe la dispersión del poder del pueblo santo, todas estas cosas serán cumplidas. Y yo oí, mas no entendí. Y dije: Señor mío, ¿cuál será el fin de estas cosas? El respondió: Anda, Daniel, pues estas palabras están cerradas y selladas hasta el tiempo del fin. Muchos serán limpios, y emblanquecidos y purificados; los impíos procederán impiamente, y ninguno de los impíos entenderá, pero los entendidos comprenderán. Y desde el tiempo que sea quitado el continuo sacrificio hasta la abominación desoladora, habrá mil doscientos noventa días. Bienaventurado el que espere, y llegue a mil trescientos treinta y cinco días. Y tú irás hasta el fin, y reposarás, y te levantarás para recibir tu heredad al fin de los días” (12:1-13)

En Joel:

“Y después de esto derramaré mi Espíritu sobre toda carne, y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas; vuestros ancianos soñarán sueños, y vuestros jóvenes verán visiones. Y también sobre los siervos y sobre las siervas derramaré mi Espíritu en aquellos días. Y daré prodigios en el cielo y en la tierra, sangre, y fuego, y columnas de humo. El sol se convertirá en tinieblas, y la luna en sangre, antes que venga el día grande y espantoso de Jehová. Y todo aquel que invocare el nombre de Jehová será salvo; porque en el monte de Sion y en Jerusalén habrá salvación, como ha dicho Jehová, y entre el remanente al cual él habrá llamado” (2:28-32)

“El sol y la luna se oscurecerán y las estrellas retraerán su resplandor” (3:15)

“Sucederá en aquel tiempo, que los montes destilarán mosto, y los collados fluirán leche, y por todos los arroyos de Judá correrán aguas; y saldrá una fuente de la casa de Jehová, y regará el valle de Sitim” (3:18)

En Amós, *“Y traeré del cautiverio a mi pueblo... y los plantaré sobre su tierra y nunca más serán arrancados de la tierra que yo les di” (9:14).*

En Miqueas,

“Y él juzgará entre muchos pueblos y transformarán sus espadas en azadas y sus lanzas en hoces; no alzará espada nación contra nación ni se ensayarán más para la guerra” (4:3)

“Pero tú, Belén Efrata, pequeña para estar entre las familias de Judá, de ti me saldrá el que será Señor en Israel” (5:2)

En Zacarías,

“Alégrate mucho, hija de Sion; da voces de júbilo, hija de Jerusalén; he aquí tu rey vendrá a ti, justo y salvador, humilde, y cabalgando sobre un asno, sobre un pollino hijo de asna” (9:9)

Culminando con el último de los profetas, Malaquías,

“He aquí, yo envío mi mensajero, el cual preparará el camino delante de mí; y vendrá súbitamente a su templo el Señor a quien vosotros buscáis, y el ángel del pacto, a quien deseáis vosotros. He aquí viene, ha dicho Jehová de los ejércitos. ¿Y quién podrá soportar el tiempo de su venida? ¿o quién podrá estar en pie cuando él se manifieste? Porque él es como fuego purificador, y como jabón de lavadores” (3:1-2)

“Porque he aquí, viene el día ardiente como un horno, y todos los soberbios y todos los que hacen maldad serán estopa; aquel día que vendrá los abrasará, ha dicho Jehová de los ejércitos, y no les dejará ni raíz ni rama...He aquí, yo os envío el profeta Elías, antes que venga el día de Jehová, grande y terrible. 6 El hará volver el corazón de los padres hacia los hijos, y el corazón de los hijos hacia los padres, no sea que yo venga y hiera la tierra con maldición” (4:1-5)

Todas estas profecías implantaron en la conciencia del pueblo judío la expectativa mesiánica, aunque con interpretaciones diversas. Esta esperanza en un futuro glorioso constituyó el elemento fundamental de cohesión de la nación de Israel durante los 400 años³ que siguieron hasta la venida de Jesús e incluso hasta nuestros días.

³ El libro de profecías de Malaquías se estima que fue realizado entre el 432 y el 425 a.C

16. RESUMEN DEL PROCESO DE PREPARACIÓN DE LA VENIDA DEL MESÍAS

Sintetizando lo explicado hasta ahora, se puede decir que la providencia de Dios desde Moisés hasta Jesús siguió las fases siguientes:

1°. Tras el fallo de Abraham, subsanado posteriormente por Isaac y Jacob, los 400 años de esclavitud en Egipto indemnizan los 400 años que transcurrieron desde Noé hasta Abraham. Sobre la base de esa indemnización, Dios pudo suscitar a una nueva figura central, Moisés, que logró sacar a las tribus de Israel de Egipto y estableció el fundamento espiritual de la futura nación de Israel.

2°. Josué, reemplaza y toma el papel de Moisés, tras el fallo de éste al haber golpeado, por causa de su ira con la actitud de su pueblo, dos veces en vez de una, la roca en el desierto de Zin, para que manara agua (Núm. 20:8). Josué conquista la Tierra Prometida dando a la nación de Israel un espacio territorial sobre el cual asentarse, con el objetivo de dar protección al Mesías cuando llegue. Se inició con Josué un periodo de 400 años, el Periodo de los Jueces, que **indemnizó los 400 años de esclavitud** pasados en Egipto y cuyo valor providencial había sido anulado por la falta de fe de los israelitas tras la salida de Egipto.

3°. Israel adopta la forma monárquica con el objetivo providencial de tener un centro (el rey) que pudiera apoyar al Mesías en su llegada, uniéndose con él como Esaú hizo con Jacob. Durante este periodo el rey debía construir el templo como prueba de su propia fe en Dios y para concentrar la atención religiosa de su pueblo. La construcción del templo era el equivalente a los antiguos sacrificios, como el que hizo Abraham, que eran un testimonio de fe en Dios.

Saúl es la figura central escogida pero falla y su posición es asumida por David y tras el fallo de éste por Salomón, quien finalmente construye el Templo como centro espiritual del pueblo de Israel. Sin embargo la actitud corrupta de Salomón también anuló el valor de esta tercera oportunidad.

Saúl, David y Salomón son un trío análogo al constituido por Abraham, Isaac y Jacob pero, a diferencia de éstos, fallan en el cumplimiento de su responsabilidad. Como consecuencia invalidan la indemnización de los números 12, 4, 21 y 40 que pasarán a ser indemnizados horizontalmente por los 120, 400, 210 y 400 años de los sucesivos periodos de la historia de Israel desde Saúl hasta Jesús.

El periodo del Reino Unido, que **duró 120 años**, sirvió para indemnizar el número 12. Los restantes números (4, 21 y 40) serán indemnizados por los periodos que se citan a continuación.

4°. Se produce la división del Reino Unido de Israel en los reinos de Israel, en el norte, y Judá, en el sur. Se inicia así el periodo del **Reino Dividido, que durará 400 años** y que tiene como finalidad indemnizar horizontalmente los 40 años del reinado de Saúl durante los cuales éste debía haber construido el Templo.

Estos 400 años indemnizan también el periodo de 40 años que transcurrió desde que Jacob compró la primogenitura a Esaú hasta que recibió la bendición de Isaac y se fue a Harán.

5°. Los reyes de Judá se mantienen, en su mayoría, fieles a Dios (*“hicieron lo recto a los ojos de Jehová”*) pero al final también se corrompen. Como consecuencia la nación pierde el apoyo de Dios y es invadida por Nabucodonosor, quien destruye el templo y lleva

a los judíos (esto es, al pueblo del reino de Judá) a Babilonia, donde serán esclavos durante **70 años**.

Posteriormente el rey persa Ciro, tras haber conquistado Babilonia, les autoriza a regresar a su tierra, donde durante 140 años reconstruyen el Templo y el reino de Israel. Muchos profetas aparecen y les inspiran a seguir fieles a Dios y a esperar la venida del Mesías.

Este periodo de **210 años** (70 + 140) indemniza horizontalmente el número 21. Moisés trató inicialmente de llevar a los israelitas a Canaán desde Egipto, a través de la actual franja de Gaza, en un periodo de 21 días que hubiera indemnizado el número 21. Pero este periodo fracasó, por la falta de confianza de los israelitas en los planes de Dios expresados a través de Su enviado Moisés. Su falta de fe indujo a Moisés a no tomar el camino más corto y a posponer la marcha a Canaán hasta 21 meses después. Esta oportunidad falló también debido a los informes pesimistas que trajeron los exploradores, excepto Josué y Caleb, que hicieron que el pueblo rechazara el plan de Dios de entrar en Canaán, hasta 40 años más tarde.

El período de 210 años de cautividad y retorno indemniza esos intentos fallidos y restaura el número 21.

6°. Sobre la base de esta indemnización establecida por el pueblo judío (210 años entre el periodo de cautiverio y el de reconstrucción), se inicia un periodo de **400 años** que restaura el periodo de 40 años transcurrido desde que Jacob regresó de Harán a Canaán, hasta que visitó Egipto para encontrarse con su hijo José.

7°. Estos periodos indemnizan horizontalmente los números 12, 4, 21 y 40. Con ello se dan las condiciones para que surja una nueva figura central, Juan Bautista, cuya misión será preparar el camino y presentar al nuevo Adán, Jesús, para que sea aclamado como Mesías.

A la venida de Jesús, la situación, desde el punto de vista de la providencia, era **equivalente a cuando vino Moisés** para libertar a su pueblo de la esclavitud de Egipto. El pueblo judío se hallaba bajo el dominio del Imperio Romano; el Mesías venía como libertador, primero del pueblo judío para transformarlo en un modelo de sociedad y, después, del resto de la Humanidad, "*y limpiaré la sangre de los que no había limpiado*" (Joel 3:21). Su misión era construir el Reino de los Cielos, cumpliendo los deseos de Dios "*que se haga tu voluntad así en la tierra como en el cielo*".

17. LA MISIÓN DE JESÚS

El cristianismo tradicional ha interpretado que la misión de Jesús era morir en la cruz para redimirnos del pecado y salvarnos. Asimismo, su concepto sobre la persona de Jesús crea una enorme, prácticamente insalvable distancia entre Jesús y el ser humano, al resaltar que Jesús era hijo de Dios y al colocar, en una posición muy marginal, el hecho de que también venía como nuevo Adán, como se dice específicamente en 1 Corintios 15:45 *"Así también está escrito: Fue hecho el primer hombre Adán alma viviente; el postrer Adán, espíritu vivificante"*

La divinidad de Jesús es enfatizada mucho más que su humanidad a pesar de que ésta también es citada específicamente. Así en Romanos 5:15 *"... abundaron mucho más para los muchos la gracia y el don de Dios por la gracia de un hombre, Jesucristo"*.

En consecuencia, las iglesias y sociedades cristianas, en general, han asumido un deseo de mejora espiritual del ser humano pero al mismo tiempo han considerado que su imperfección es natural. Consideran que la aparición del Hombre Nuevo y del Reino de los Cielos en la Tierra, son imposibles durante la vida física y que tan sólo se podrán realizar en la otra vida, en la dimensión espiritual, tras el Fin del Mundo y la Llegada de Jesús, en su Segunda Venida.

La auténtica misión de Jesús, revelada por el Revdo. Moon, difiere mucho de la interpretación realizada por el cristianismo tradicional, y ofrece una esperanza mucho mayor pero también requiere también un nivel mucho más alto de compromiso personal. Si se estudia el Evangelio con una actitud abierta, se puede ver que las palabras de Jesús, son taxativas: *"Dice Jesús: mi alimento es hacer la voluntad del que me envió y acabar su obra"* (Juan 4:34). Este versículo establece claramente que la misión de Jesús era hacer la voluntad de Dios y acabar Su obra y podemos preguntarnos: ¿qué obra dejó Dios inacabada?

En Génesis 1:31 se dice *"y vio Dios todo lo que había hecho y he aquí que era bueno en gran manera"* y en Gen. 2:2 *"y acabó Dios en el día séptimo la obra que hizo; y reposó el día séptimo de toda la obra que hizo"*, de donde se desprende claramente que hasta ese momento todo era bueno y que toda la obra de Dios podía considerarse como acabada.

Sin embargo, con posterioridad, se produjo la Caída original y Dios expulsó a Adán y Eva del Jardín del Edén. A partir de ese momento la Biblia nos muestra a un Dios contrariado por el rumbo que había tomado Su creación. *"Y se arrepintió Jehová de haber hecho al hombre en la tierra, y le dolió su corazón"* (Gen 6:6). Cabe preguntarse ¿cuál era, por tanto, esa voluntad de Dios que no se había realizado plenamente?

La respuesta parece evidente: la Caída había sido algo que no pertenecía a la obra de Dios sino que **contrariaba Su voluntad**. Como consecuencia de ella, las tres bendiciones bíblicas no habían podido realizarse y desde entonces la creación entera se hallaba bajo el dominio de Satanás.

El elemento crucial para entender la misión de Jesús consiste en entender cuál era el plan original de Dios para Adán y Eva. Dios creó a Adán y Eva como Sus primeros hijos. Dios anhelaba tener unos hijos con los que relacionarse. Dios ansiaba las mayores cotas de felicidad y para ello necesitaba amar y ser amado por otros seres como Él. Con este objeto creó a Adán y Eva, con el potencial de llegar a ser hijos Suyos.

Para que ese potencial se hiciera realidad, Adán y Eva debían crecer y asumir el esquema de valores que Dios tiene en Sí mismo. Tenían que llegar a identificarse con la

forma de ser de Dios, con esos principios que se dejan ver en el universo y que dan lugar a la armonía, a esa maravillosa belleza que se percibe en el cosmos, en todo lo creado.

Adán y Eva tenían que llegar a ser individuos perfectos (creced); luego tenían que ser unos esposos perfectos y formar una familia ideal (multiplicaos) y por último tenían que llegar a ser los cuidadores del universo (Dominad sobre todo lo creado). Sus descendientes, como hijos de Dios, heredarían este esquema de armonía y habrían constituido el Reino de los Cielos en la Tierra, el mundo ideal, en el cual morarían durante su periodo de vida física para, tras la muerte, pasar al Reino de los Cielos en la dimensión espiritual donde morarían eternamente.

El ser humano venía por tanto con el potencial de **llegar a ser realmente hijo de Dios**, para alcanzar el grado de realización que debían haber alcanzado Adán y Eva. Recuérdese que la Genealogía de Jesús, en Lucas 3:23-38, se remonta hasta Adán y de ahí a Dios “*Jesús mismo al comenzar su ministerio era como de treinta años, hijo, según se creía, de José, hijo de Elí, hijo de Matat, hijo de Leví...hijo de Enós, hijo de Set, hijo de Adán, hijo de Dios*”, donde queda claro que Adán era hijo de Dios.

Por otra parte, Jesús enfatiza dos aspectos sumamente importantes: **Dios como Padre del ser humano y el potencial de llegar a ser perfectos**, “*Sed perfectos como vuestro Padre Celestial es perfecto*” (Mt 5:48). No tendría sentido que Jesús nos impulsara a dirigirnos a Dios como padre si no fuera nuestro Padre y tampoco que nos impulsara a realizar la perfección si ello fuera irrealizable.

En realidad Jesús vino como nuevo Adán para establecer un modelo y para enseñarnos a llegar a sentir, entender y realizar el Amor Verdadero en la vida y a transmitir esa nueva cultura, ese conocimiento, esa sabiduría a nuestros descendientes.

Es decir, vino para hacer lo que Adán y Eva no realizaron. Nuestros primeros antepasados humanos, Adán y Eva, no llegaron a ser los hijos que Dios esperaba. En lugar de ser los padres de una humanidad del bien, dieron lugar a un mundo de conflicto. Inducidos por Lucifer a una relación ilícita de amor, el adulterio de Eva con Lucifer y su posterior relación sexual prematura con Adán destruyó el esquema de amor verdadero que debía haber sido el fundamento de la primera familia original.

La misión de Jesús era “*hacer la voluntad del que me envió y acabar su obra*”, acabar esa obra dejada inacabada por el primer Adán y su compañera Eva. Jesús venía a tomar la posición de Padre de la humanidad, la posición que Adán había perdido. Jesús venía a establecer el modelo de individuo perfecto, un modelo de familia y un modelo de sociedad que fuese asumido, primero por sus seguidores inmediatos, luego por todo el pueblo judío y por fin, por todo el mundo.

17.1. JESÚS COMO NUEVO ADÁN

El apóstol Pablo en I Corintios 15:45 califica a Jesús de “*postrer Adán*” Estas palabras ponen énfasis en un tema principal: Jesús vino como nuevo Adán, es decir como el Hombre que debía iniciar el linaje de Hijos de Dios. Su misión era la misma que la de Adán: **construir el Reino de Dios en su doble dimensión terrenal y espiritual**.

Jesús se sentía profundamente inspirado por Dios y sus palabras manifestaban un ardor revolucionario “*He venido a poner fuego a este mundo y qué he de querer sino que arda*”(Lc 12:49). Jesús manifestaba así su deseo radical de cambiar totalmente el mundo y de expulsar de él a Satanás pero este cambio no se iba a realizar a costa del hombre, sino con el hombre. El camino era, y sigue siendo, conmover el corazón del hombre con su

mensaje, estimulándolo a nacer de nuevo, es decir a hacer surgir el Hombre Verdadero, el Hijo de Dios en potencia que se halla en cada uno de nosotros.

Este es el sentido revolucionario que hay que dar a las palabras de Jesús *“No penséis que he venido para traer paz a la tierra; no he venido para traer paz, sino espada. Porque he venido para poner en disensión al hombre contra su padre, a la hija contra su madre, y a la nuera contra su suegra; y los enemigos del hombre serán los de su casa. El que ama a padre o madre más que a mí, no es digno de mí; el que ama a hijo o hija más que a mí, no es digno de mí; y el que no toma su cruz y sigue en pos de mí, no es digno de mí. El que halla su vida, la perderá; y el que pierde su vida por causa de mí, la hallará”* (Mt 10:34-39)

Por un lado una convicción: el **hombre verdadero puede surgir**; no se trata de una mera declaración de intenciones de imposible cumplimiento, sino de una posibilidad real que debe realizarse *“Sed perfectos como vuestro Padre Celestial es perfecto”* (Mt 5:48).

Por otro, una meta exterior: la **creación de una sociedad nueva**, la construcción del Reino de los Cielos en la Tierra, como consecuencia del cambio del hombre y como marco para una vida en plena armonía y felicidad. Sería una sociedad en la que realmente el ser humano podría manifestarse en plenitud y en la que, como anunciaba el profeta Joel, *“los montes destilarán mosto y las laderas leche”*, (un lenguaje curiosamente muy similar al que posteriormente empleará Marx para referirse a su modelo de sociedad comunista *“una sociedad en la que las fuentes de riqueza manarán en plenitud”*).

El primer Adán no vino para morir en la cruz y por tanto es razonable concluir que el postrer Adán (Jesús) tampoco. La misión del postrer Adán era semejante a la del primero: alcanzar y manifestar la perfección como individuo; realizar la perfección en la pareja y en la familia y ser el señor de todo lo creado. Ello implicaba vida y no muerte. Requería un tiempo suficiente para llevarse a cabo, requería una segunda Eva, formar una familia e injertar en ella a sus seguidores y construir un modelo de sociedad ideal.

Sin embargo, cierto es que la mayor parte de textos del Nuevo Testamento, así como la interpretación más extendida del mensaje de Cristo, parecen transmitir la idea de que el hombre nuevo es un ideal imposible de alcanzar en esta vida en la tierra. Se suele considerar que la misión de Jesús no era la de construir aquí, en este valle de lágrimas, el reino, sino la de sacrificarse para salvarnos para que, con el mérito alcanzado por su crucifixión, pudiéramos, al menos espiritualmente, caminar en la dirección que Dios quiere. Tan sólo en la otra vida, tras el Juicio Final, aparecería el cielo y la tierra nuevos que anuncia el Apocalipsis 21:1 *“Vi un cielo nuevo y una tierra nueva porque el primer cielo y la primera tierra pasaron”*.

Existen pues dos posibles interpretaciones sobre la misión de Jesús. Una, ciertamente novedosa, que es la que explica el revdo. Moon, sostiene que Jesús no vino para morir en la cruz, sino para vivir, ser el Ungido, el Mesías de la humanidad y recrear el ideal perdido que debieron haber construido nuestros primeros padres. Otra, la tradicional, *“mi reino no es de este mundo”* sostiene que la misión de Jesús era morir en la cruz para, con su sangre, redimirnos del pecado y darnos posibilidad de salvación espiritual.

Ambas interpretaciones no son antagónicas. La primera, la de que en tiempos de Jesús se construyese el Reino de los Cielos en la Tierra era el auténtico plan de Dios, al igual que en tiempos del primer Adán. La segunda, la interpretación tradicional, la de un Reino de los Cielos solamente para el Más Allá, era el plan alternativo.

Una de las causas principales de que el plan original no tuviera éxito consistió en que una traición muy importante, la de Juan el Bautista, que dificultó grandemente desde el inicio la misión de Jesús, como se verá más adelante. Como consecuencia, Jesús tuvo que orientar sus esfuerzos no directamente a construir el reino sino, primero, a convencer a los judíos, con sus milagros y su predicación, de que él era el enviado de Dios y que debían seguirle. Finalmente, cuando no consiguió que le entendieran y que le apoyaran suficientemente, Jesús aceptó, con plena entrega, tomar el camino de la cruz.

17.2. ¿ERA LA CRUZ LA MISIÓN DE JESÚS?

Tradicionalmente se ha considerado que la misión de Jesús era morir en la cruz. Esta interpretación se apoya tanto en las propias previsiones de Jesús, *"Y comenzó a enseñarles que le era necesario al Hijo del Hombre padecer mucho y ser desechado por los ancianos, por los principales sacerdotes y por los escribas, y ser muerto y resucitar después de tres días "* (Marcos 8:31), como en las profecías de Isaías 53 *"Despreciado y desechado entre los hombres, varón de dolores, experimentado en quebranto", "Angustiado y afligido no abrió su boca; como cordero fue llevado al matadero", "por cuanto derramó su vida hasta la muerte y fue contado con los pecadores habiendo él llevado el pecado de muchos y orado por los transgresores"*.

Sin embargo debe tenerse en cuenta que tanto las palabras de Juan el Bautista, el precursor de Jesús, *"Arrepentíos porque el reino de Dios se ha acercado"* (Mateo 3:2), como las del propio Jesús al principio de su ministerio público *"Arrepentíos porque el reino de Dios se ha acercado"* (Mateo 4:17), *"la voluntad de Dios es que creáis en aquél que Él ha enviado"* (Juan 6:29), dan claramente a entender que el establecimiento del reino se consideraba próximo y que la voluntad de Dios era que creyeran en Jesús, y resulta obvio que de haber creído en Jesús, no le habrían crucificado.

Al enviar a sus apóstoles y discípulos a predicar, Jesús dejaba claro que su propósito era que creyeran en él y en su mensaje *"Habiendo reunido a sus doce discípulos, les dio poder y autoridad sobre todos los demonios, y para sanar enfermedades. Y los envió a predicar el reino de Dios, y a sanar a los enfermos"* (Lucas 9:1-2) *"Después de estas cosas, designó el Señor también a otros setenta, a quienes envió de dos en dos delante de él a toda ciudad y lugar adonde él había de ir. Y les decía: La mies a la verdad es mucha, mas los obreros pocos; por tanto, rogad al Señor de la mies que envíe obreros a su mies"* (Lucas 19:1-2).

Por otra parte, si bien las citadas profecías de Isaías 53 anunciaban un **Mesías Sufriente**, en el propio Isaías hay otras que sugieren todo lo contrario, es decir un Mesías Victorioso:

"Y juzgará entre las naciones y volverán sus espadas en arados y sus lanzas en hoces; no alzaré espada nación contra nación ni se adiestrarán más para la guerra" (Isaías 2:4)
"Porque un niño nos es nacido, hijo nos es dado, y el principado sobre su hombro; y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios Fuerte, Padre Eterno, Príncipe de Paz. Lo dilatado de su imperio y la paz no tendrán límite, sobre el trono de David y sobre su reino" (Isaías 9:6-7)

"Morará el lobo con el cordero, y el leopardo con el cabrito se acostará; el becerro y el león y la bestia doméstica andarán juntos, y un niño los pastoreará. La vaca y la osa pacerán, sus crías se echarán juntas; y el león como el buey comerá paja. Y el niño de pecho jugará sobre la cueva del áspid, y el recién destetado extenderá su mano sobre la

caverna de la víbora. No harán mal ni dañarán en todo mi santo monte; porque la tierra será llena del conocimiento de Jehová, como las aguas cubren el mar” (Isaías 11:6-9).

“Porque he aquí que yo crearé nuevos cielos y nueva tierra; y de lo primero no habrá memoria, ni más vendrá al pensamiento. Mas os gozaréis y os alegraréis para siempre en las cosas que yo he creado; porque he aquí que yo traigo a Jerusalén alegría, y a su pueblo gozo. 19 Y me alegraré con Jerusalén, y me gozaré con mi pueblo; y nunca más se oirán en ella voz de lloro, ni voz de clamor” (Isaías 65:17-19)

Todos estos versículos anunciaban a un Mesías triunfante, victorioso, que sería aclamado por su pueblo y que iniciaría una era de paz y prosperidad, el Reino de los Cielos en la Tierra, lo que evidentemente no se produjo en la época de Jesús y ni siquiera hasta nuestros días. Y es precisamente el incumplimiento de estas profecías relativas a un Mesías victorioso lo que es utilizado como argumento por quienes opinan, como el propio judaísmo, que Jesús no era el Mesías esperado.

Diversos exégetas han entendido que estas profecías de Isaías relativas a un Mesías victorioso se refieren a la Segunda Venida de Cristo, ya que de hecho algunas son muy semejantes a las profecías del Apocalipsis. Sin embargo, el propio Jesús dejó claro que las profecías del Antiguo Testamento debían tener su cumplimiento en él y no más tarde, *“Porque todos los profetas y la ley hasta Juan profetizaron” (Mateo 11:13).*

Además Jesús, tan sólo hacia el final de su ministerio anuncia la Segunda Venida, cuando lo lógico hubiera sido que Jesús la hubiera anunciado desde el principio si la parusía o Segunda Venida fueran la esencia del mensaje de Cristo y el momento culminante del plan de Dios.

Por otro lado, si la misión de Jesús hubiese sido morir en la cruz, no parece muy sostenible que Jesús, el Mesías, el Hijo de Dios, el modelo para todos los cristianos, manifestara terror y agonía ante la muerte física en la cruz y que incluso le pidiera a Dios que le evitase pasar por ello *“Padre, si quieres, pasa de mí este cáliz; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya. Y se le apareció un ángel del cielo para fortalecerle. Y estando en agonía, oraba más intensamente; y era su sudor como grandes gotas de sangre que caían hasta la tierra” (Lucas 22:42-44).*

La interpretación tradicional ha entendido estas palabras como una manifestación del lógico temor que todo hombre experimenta ante la previsión de una muerte tan atroz como es la crucifixión. Jesús por tanto, como verdadero hombre, se habría sentido profundamente angustiado al imaginar lo que le esperaba, llegando incluso, como señala Lucas, a sudar gotas de sangre.

Sin embargo, si con espíritu crítico reflexionamos sobre esa interpretación observaremos que parece contradictoria con la actitud de tantos mártires cristianos que fueron al tormento y a la muerte, sin sudar sangre sino, por el contrario, cantando por amor a Jesús. La tradición cuenta que san Lorenzo pidió que le dieran la vuelta en la parrilla pues decía que ya estaba suficientemente asado por un lado. Por ello, es razonable pensar que si Jesús hubiera entendido que con su crucifixión daba cumplimiento pleno cumplimiento a los planes de su amado Padre Dios, habría ido a la muerte plenamente satisfecho y sin queja alguna.

Las palabras de Jesús cobran mucho más sentido si la muerte no era su auténtica misión. De hecho hubo otras ocasiones anteriores en que le buscaban para matarle y Jesús huyó de ellos *“Entonces tomaron piedras para arrojárselas pero Jesús se escondió y salió*

del templo” (Juan 8:59), “*Procuraron otra vez prenderle pero él se escapó de sus manos*” (Juan 10:39). Todo ello induce a pensar que la auténtica misión de Jesús no era dejarse matar.

Lo que ocurría es que Jesús **sabía que su muerte en la cruz dejaba incompleta su auténtica misión**. Jesús sabía que la cruz no era el plan deseado por Dios sino simplemente una alternativa secundaria, consecuencia de que sus hermanos, los hombres de su tiempo, no habían sabido reconocerlo como Mesías. Jesús era consciente de que, con su muerte, se iban a quedar sin el modelo viviente, sin el Nuevo Adán, sin el guía imprescindible para construir el Reino de Dios aquí, en la Tierra.

Su agonía, su oración angustiada y sus palabras en el huerto de Getsemaní encuentran sentido bajo este punto de vista. *"Y comenzó a entristecerse y a angustiarse y les dijo: Mi alma está muy triste hasta la muerte; quedaos aquí y velad"* (Mr 14: 34).

Además Jesús sabía que su crucifixión era **el mayor dolor que se podía producir al corazón de Dios**, que iba a ser testigo presencial de cómo su Hijo amado era llevado por los hombres a una muerte afrentosa. La muerte eliminaba la presencia física de Jesús en el mundo y ello implicaba que la salvación completa de la humanidad, y por tanto la alegría de Dios, debería posponerse hasta que se pudiera realizar en el tiempo de la Segunda Venida de Cristo.

17.3. ¿FRACASÓ JESÚS EN SU MISIÓN?

El Nuevo Testamento incluye varios versículos muy significativos respecto a la misión de Jesús: *“Sabiduría oculta la que ninguno de los príncipes de este siglo conoció; porque si la hubieran conocido nunca habrían crucificado al Señor de gloria”* (I Corintios 2, 8) *“¿Qué debemos hacer para poner en práctica las obras de Dios? Respondió Jesús y les dijo: Esta es la obra de Dios, que creáis en el que El ha enviado”* (Juan 6: 28, 29).

De ellos puede deducirse que los judíos no entendieron los deseos de Dios puesto que de haberlo sabido, nunca hubieran crucificado crucificaron al Señor de la Glori. También es evidente que no cumplieron la *“obra de Dios”* puesto que no creyeron en aquél que Él les había enviado sino le crucificaron.

Es razonable interpretar que Dios deseaba que Jesús fuera seguido y aceptado como Mesías y que la voluntad del Padre se hiciera *“así en la Tierra como en el Cielo”*. Dado que no ocurrió así se puede interpretar que la auténtica misión de Jesús no llegó a completarse.

Ahora bien, hay que dejar muy claro que ello no fue imputable a Jesús, pues éste se entregó 100 % a su misión. El Evangelio nos muestra una vida de constante lucha contra la corrupción moral de su pueblo. Su mensaje le enfrentó frontalmente con los poderosos de su tiempo y le granjeó su enemistad. Jesús intentó que el pueblo siguiera la voluntad de Dios y toda su vida pública estuvo orientada a educar al pueblo, desde los doctores de la ley hasta el último israelita. Jesús quiso explicarles el sentido de la religión, utilizando un lenguaje muy llano y muy claro, con multitud de analogías (parábolas), a fin de que le siguieran y se realizaran los planes de Dios porque éstos no se pueden hacer realidad sin la colaboración del hombre.

El fracaso de la misión de Jesús no es imputable a él sino a los judíos de su tiempo, que no quisieron creerle y que le rechazaron. La responsabilidad de la crucifixión corresponde al pueblo judío de su época y, en especial, a sus dirigentes, los cuales debían haberle seguido, apoyado e incluso defendido en el caso de que los romanos intentaran matarle por insurrecto o revolucionario. Por otra parte, la decisión de Jesús de aceptar la

crucifixión, cuando vio que era rechazado, tuvo una trascendental importancia para la providencia, como se verá más adelante.

17.4. ¿DEBERÍA JESÚS HABERSE CASADO?

Dios inició con Adán y Eva un linaje a su imagen y semejanza y deseaba que, unidos con El, hubiesen dado lugar a una Humanidad de Hijos de Dios. Tras el fracaso del primer Adán, Jesús, que vino como nuevo Adán, debería obviamente haber contado con una mujer como nueva Eva, haber dado lugar a las Bodas del Cordero de las que habla el Apocalipsis, y formar una familia, la primera familia del linaje de Dios, en la que Jesús y su esposa habrían ocupado la posición de Padres Verdaderos de una nueva Humanidad.

Posteriormente, habría bendecido en matrimonio a sus seguidores y así éstos habrían sido injertados espiritualmente en la familia de hijos de Dios, pues como dice Juan 1, 12 *“Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios”*. Este proceso, posteriormente, se habría extendido de forma paulatina, a todo el género humano (*“y limpiaré la sangre de los que no había limpiado”* Joel 3, 21) dando lugar al Reino de Dios también en la dimensión terrenal.

Para poder ser bendecido por Dios en sagrado matrimonio, Jesús necesitaba contar primero con un fundamento sólido de discípulos, al menos tres simbolizando a los tres hijos de Adán, que realmente estuvieran unidos a él y lo aceptasen como Mesías e Hijo de Dios. Sobre ese fundamento de fe, Jesús habría podido ser bendecido por Dios en matrimonio. Sin embargo, el Evangelio muestra que Jesús no consiguió, antes de su muerte, ese número mínimo de seguidores, fieles ante cualquier circunstancia. De hecho es bien conocido que no hubo ni siquiera uno que le siguiera hasta el final, pues incluso el primero de todos, Pedro, le negó tres veces.

Jesús, al no conseguir un fundamento firme de seguidores, no llegó a casarse, cosa que hubiese sucedido si hubiese sido aceptado por el pueblo judío, aunque fuera inicialmente tan sólo por un pequeño grupo. De haber podido realizar Jesús las Bodas del Cordero, habría dado a la Humanidad no sólo un modelo de individuo sino también un modelo de pareja y un modelo de familia.

Aunque esta hipótesis de un Jesús casado, no de forma mística sino realmente, suene novedosa a nuestros oídos, con un planteamiento meramente lógico, cabe preguntarse: ¿Qué habría sucedido si Jesús hubiese sido aceptado como Mesías por el pueblo judío? ¿Habría seguido célibe toda su vida? ¿Acaso el matrimonio no es institución divina? ¿Acaso Dios no deseaba que el primer Adán y la primera Eva se hubiesen unido en el momento oportuno en Santo Matrimonio? Por consiguiente ¿por qué este deseo original de Dios no iba a mantenerse para el nuevo Adán, para el Hijo del Hombre, para el Hijo de Dios, para Jesús?

La familia ideal era el plan de Dios para Adán y Eva y es razonable admitir que ese plan siguiera siendo válido para el nuevo Adán, para Jesús. La familia humana necesita del padre y de la madre. Por ello el anhelo de Dios era que se hubiesen reunido las condiciones necesarias, es decir el apoyo, la fe del pueblo judío, para que Jesús hubiese podido formar el primer matrimonio bendecido de la humanidad, es decir el primer matrimonio auténtico, que habría servido de modelo para el resto de los seres humanos.

Si ello se hubiese logrado, Jesús y su Esposa habrían llegado a ser los Padres Verdaderos de la Humanidad, los Primeros Padres Verdaderos, dando lugar a un linaje de hijos de Dios que iría integrando y restaurando al resto de la humanidad, tanto en la

dimensión física como a la que ya se hallaba en el mundo espiritual, culminando así el proceso de restauración cósmica.

Desgraciadamente el pueblo judío no tuvo fe en Jesús; falló en el establecimiento de las condiciones de fe necesarias y Jesús no pudo ser bendecido. No obstante, sus méritos personales, le hicieron merecedor, tras la crucifixión, de ser constituido por Dios en la posición de **Padre Verdadero de la Humanidad en el nivel espiritual**, teniendo al Espíritu Santo, como se explica en el punto 18.3, en posición de Madre Verdadera, a nivel espiritual, y de Esposa espiritual de Jesucristo.

17.5. ¿CUÁL ERA LA MISIÓN DE JUAN EL BAUTISTA?

La misión de Juan el Bautista ha sido interpretada tradicionalmente de una forma que se contradice o no da una explicación satisfactoria a algunos importantes hechos que se narran en los evangelios. Aquí se ofrece una novedosa e impactante explicación relacionada con la actitud de Juan el Bautista, sobre la que es muy importante reflexionar seriamente y con espíritu abierto.

El Evangelio de Lucas nos cuenta que estando Zacarías, sacerdote del templo, en el santuario, se le apareció el ángel Gabriel y le anunció que su esposa Isabel iba a concebir un hijo *"que será grande delante de Dios... e irá delante de él con el espíritu y poder de Elías... para preparar al Señor un pueblo bien dispuesto"* (Lucas 1:17).

Zacarías desconfió de esta visión, pues su esposa Isabel era ya de edad avanzada y pidió una prueba. Entonces el ángel le dijo que por su incredulidad quedaría mudo hasta el día del nacimiento del hijo anunciado. Zacarías salió del santuario, sin poder hablar, y el pueblo comprendió que había tenido una visión (Lucas 1:22).

Las predicciones del ángel se cumplieron y, cuando nació el niño, Zacarías recuperó el habla y lleno del espíritu de Dios profetizó diciendo, *"Y tú, niño, profeta del Altísimo serás llamado, porque irás delante de la presencia del Señor para preparar sus caminos..."* (Lucas 1:76). Todo auguraba, por tanto, que un papel importante estaba reservado a Juan, hijo de Zacarías, sacerdote del templo.

Y los augurios se cumplieron: Juan, cuando se hizo adulto, se retiró al desierto y después, inspirado por Dios, inició una vigorosa predicación para exhortar a los judíos a la penitencia y al arrepentimiento de sus pecados. *"En aquellos días vino Juan el Bautista predicando en el desierto de Judea, y diciendo: Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado. Pues éste es aquel de quien habló el profeta Isaías, cuando dijo: Voz del que clama en el desierto: Preparad el camino del Señor, enderezad sus sendas"* (Mt 3:1:3)

Lleno de inspiración les anunciaba, la inminencia de la venida del Mesías, *"viene tras de mí el que es más poderoso que yo, a quien no soy digno de desatar encorvado la correa de su calzado"* (Marcos 1:7) *"Yo a la verdad os bautizo en agua para arrepentimiento; pero el que viene tras mí, cuyo calzado yo no soy digno de llevar, es más poderoso que yo; él os bautizará en Espíritu Santo y fuego"* (Mt 3:11) y les instaba a arrepentirse de sus pecados y a prepararse para apoyar la providencia de Dios.

Juan venía como nueva figura central de la providencia. Aparecía sobre la base de la restauración de los números 12, 4, 21 y 40, establecida por el pueblo de Israel desde el tiempo de Saúl hasta el tiempo de Juan.

La austeridad de su vida, y la fuerza de su predicación le llevaron incluso a denunciar el pecado del rey Herodes que había tomado por esposa a la mujer de su hermano, relación considerada incestuosa en su tiempo. Consiguió numerosos seguidores entre el pueblo *"Y*

salía a él todo Jerusalén, y toda Judea, y toda provincia de alrededor del Jordán y eran bautizados por él en el Jordán, confesando sus pecados" (Mateo 3:5,6), como señal de penitencia y purificación.

Juan era el precursor de Jesús, el Mesías; Juan era el encargado de preparar su camino. En este punto los Evangelios han sido interpretados correctamente. Juan venía como primogénito para conquistar espiritualmente al pueblo judío y lo logró. El pueblo llegó a pensar incluso que tal vez fuera Juan el Mesías esperado. Esto se produjo porque Juan tuvo fe profunda en Dios y consiguió firmes y fieles seguidores

Una vez asumida la primogenitura espiritual del pueblo judío, es decir una vez reconocida su posición como profeta de Dios, la segunda misión de Juan era ser un buen Caín ante el Abel, ser un buen Lucifer ante el nuevo Adán. Es decir, seguir fielmente a Jesús, de forma que sus discípulos pasaran a ser discípulos de Jesús "a fin de preparar al Señor un pueblo bien dispuesto" (Lucas 1:17). Jesús, recibido sobre el fundamento establecido por Juan, no tendría que ir a buscar discípulos sino que los discípulos de Juan pasarían a ser automáticamente los discípulos de Jesús y por tanto Juan habría sido el primero y el mayor de todos ellos.

Tradicionalmente se ha interpretado que Juan dio testimonio de Jesús cuando dijo: "El siguiente día vio Juan a Jesús que venía a él, y dijo he aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. Este es aquél de quien yo dije: Después de mí viene un varón, el cual es antes de mí... Y yo le vi, y he dado testimonio de que éste es el Hijo de Dios" (Juan 1:29,30, 34), y así fue realmente.

También se ha interpretado que Juan reconoció la autoridad de Jesús al oponerse a bautizarle porque tuvo la inspiración de que Jesús, su primo, era superior a él, "Mas Juan se le oponía, diciendo: Yo necesito ser bautizado por tí, ¿y tú vienes a mí?" (Mateo 3:14).

Pero tras este momento en el que Juan dio testimonio innegable de Jesús ¿qué ocurrió? ¿Fue Juan el primer discípulo de Jesús? ¿Se trajo a sus discípulos con él y los puso al servicio de Jesús? ¿Les dijo clara e inequívocamente a sus discípulos y al pueblo que Jesús era el que él había anunciado?

17.6. LA MISIÓN DE JESÚS PERJUDICADA POR LA INCREULIDAD DE JUAN

La interpretación cristiana tradicional ha entendido que Juan fue el precursor y ha asumido que siguió y apoyó a Jesús. Sin embargo, lamentablemente, la realidad es que Juan dudó de Jesús y no le siguió. Esta interpretación puede deducirse de varios versículos del Evangelio que indican una separación entre Juan y Jesús. Por ejemplo, cuando los propios discípulos de Juan llegan a Jesús y le preguntan: *¿Por qué nosotros y los fariseos ayunamos muchas veces y TUS discípulos no ayunan?* (Mateo 9, 14), frase que da a entender que los discípulos de Juan NO eran discípulos de Jesús.

Igualmente ocurre cuando los discípulos de Juan le dicen: "Rabí, mira que el que estaba contigo al otro lado del Jordán, de quien tú diste testimonio, bautiza y todos vienen a él" (Juan 3:25), lo que sugiere que Juan y Jesús no formaban parte de un mismo equipo, sino que eran competidores y que Jesús se estaba llevando los discípulos de Juan. Esta separación parece reiterarse cuando a continuación se dice que "cuando el Señor entendió que los fariseos habían oído decir: Jesús hace más discípulos y bautiza más discípulos que Juan, salió de Judea y se fue otra vez a Galilea " (Juan 4:1,3). ¿Por qué Jesús se fue de Judea? Una interpretación posible es que se fue porque le dolió que Juan no se uniese a él

y que los fariseos se hubiesen dado cuenta de esa separación, lo cual iba a causar graves perjuicios a la misión de Jesús, como después veremos.

Otro hecho significativo es el que sucede cuando Juan está en la cárcel. Desde allí envía a sus discípulos a Jesús para que le pregunten: “¿Eres tú aquél que había de venir o esperamos a otro?” (Mateo 11:3). Sin embargo esta pregunta parece absurda porque si Juan hubiera sido discípulo de Jesús debería estar convencido de que Jesús era el Mesías.

La interpretación tradicional ha entendido que lo que Juan pretendía no era obtener una respuesta para él, sino dar la oportunidad a Jesús de que, personalmente, confirmase a los discípulos de Juan, que él era el Mesías y, de este modo, disipase cualquier duda que tuvieran. Sin embargo, semejante interpretación no se sostiene porque si los discípulos de Juan le hubieran visto siguiendo y obedeciendo a Jesús, dando testimonio público de que Jesús era el Mesías esperado ¿por qué iban a hacerle a Jesús esa pregunta de respuesta tan obvia?

De hecho Jesús no parece responder como quien se halla complacido por la pregunta. Jesús no dice: “*Haced caso a las indicaciones de Juan y seguidme como él me sigue*” sino que responde: “*Id, y haced saber a Juan las cosas que oís y veis. Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios... y BIENAVENTURADO ES EL QUE NO HALLA TROPIEZO EN MÍ*” (Mt 11:3,4).

Estas palabras suenan más bien como reproche que como elogio. Parecen decir: *¿Cómo eres capaz, Juan, de enviarme a tus discípulos para que me hagan esa pregunta? ¿Por qué no les has dado tú mismo la respuesta?*

Además, Jesús añade “*De cierto os digo: Entre los nacidos de mujer no se ha levantado otro mayor que Juan el Bautista; pero el más pequeño, en el reino de los cielos, es mayor que él*” (Mt 11:11). Con ello Jesús estaba reconociendo que Juan tenía la misión más importante que pueda haber en la Tierra, la misión de reconocer y apoyar al Mesías, misión que tantísimos santos desde el mundo espiritual anhelaban haber tenido la oportunidad de realizar personalmente en su época.

Jesús era consciente de que Juan le había fallado, porque dudaba y no daba testimonio de él. Por eso Jesús añade que “*incluso el más pequeño en el mundo espiritual ha quedado por encima de él.*” Y refuerza su aclaración diciendo: “*Desde los días de Juan el Bautista hasta ahora el reino de los cielos sufre violencia y los violentos lo arrebatan*” (Mt 11:12), lo que quiere decir que la actitud de Juan provocó conmoción y tristeza en el mundo espiritual, porque su falta de apoyo a Jesús perjudicó la misión de éste.

El Mesías había venido para ser reconocido en vida, pero las dudas de Juan dificultaron gravemente el cumplimiento de este propósito. Hasta los propios discípulos de Jesús llegaron a dudar de que éste fuera el Cristo y le dijeron: “*¿Por qué (si eres el Cristo) dicen los escribas que es necesario que Elías venga primero?*” (Mateo 17:10). (Recordemos que Elías fue un gran profeta de Israel que vivió 900 años antes de Jesús y que ascendió al cielo en un carro de fuego, II Reyes 2:11, y del que Malaquías, el último profeta del Antiguo Testamento había anunciado que volvería: “*He aquí que os envío al profeta Elías antes de que llegue el día de Jehová, grande y terrible*” (Malaquías 3:23).

Entonces Jesús les respondió de forma inequívoca, diciéndoles: “*A la verdad, Elías viene primero, y restaurará todas las cosas. Mas os digo que Elías ya vino y no lo conocieron sino que hicieron con él lo que quisieron... Entonces los discípulos comprendieron que les había hablado de Juan el Bautista*” (Mt. 17: 11,13). Es decir, Jesús les estaba diciendo que Juan era el Elías esperado.

No obstante, la afirmación de Jesús de que Juan era el Elías estaba en contradicción con la respuesta que el propio Juan había dado cuando los sacerdotes le preguntaron “¿Tú quién eres? Confesó, y no negó, sino que confesó: Yo no soy el Cristo. Y le preguntaron ¿Qué pues? ¿Eres tú el Elías? Dijo: No soy. ¿Eres tú el profeta? No” (Juan 1:20-21) .

Con estas palabras Juan había negado de forma taxativa que él fuera el Cristo esperado, pero también había negado categóricamente que fuera Elías, con lo cual si él no era Elías, Jesús no podía ser el Mesías esperado, ya que Elías debía venir primero. Incluso, por si alguno interpretara que quien iba a volver no era el propio Elías sino algún profeta en su lugar, Juan había descartado la posibilidad añadiendo “*Tampoco soy el profeta*”, lo que hizo aparecer a Jesús como un mentiroso a los ojos del pueblo.

Inclusive el propio Jesús llegó a tener que subrayar ante el pueblo “*Mas yo tengo mayor testimonio que el de Juan*” (Juan 5:36), lo cual obviamente no hubiera sido necesario decirlo si, explícitamente, Juan el Bautista se hubiese manifestado como seguidor y discípulo de Jesús reconociéndole como maestro. Cabe por ello concluir que, lamentablemente, Juan dudó de Jesús y no le siguió.

De hecho, los seguidores de Juan el Bautista siguieron existiendo, de forma independiente y separada de los cristianos, hasta los siglos III y IV después de Cristo, e incluso persisten en el Irak de hoy, la iglesia de los mandeos, que nunca han aceptado a Jesús, a quien consideran un traidor que fue crucificado por Dios como castigo por volverse contra Juan el Bautista.

Desde el punto de vista de las leyes de la restauración (fundamento de fe + fundamento de substancia), el fallo de Juan fue equivalente a la actitud de Caín al matar a Abel, e impidió que se estableciese el fundamento de substancia necesario para que Jesús fuese reconocido y aceptado como Mesías.

Desde el punto de vista práctico, resulta lógico pensar que si Juan hubiese seguido públicamente a Jesús, éste habría recibido el apoyo de los seguidores de Juan, un hombre que respetaba estrictamente las leyes mosaicas, un judío representante de la más pura ortodoxia religiosa. Ello hubiera fortalecido enormemente la posición, aparentemente heterodoxa, de Jesús.

Por analogía con los tiempos actuales cabe preguntarse lo que ocurriría si el Papa dijese mañana que Cristo ha venido y que es tal persona. Habría unos católicos que dirían que el Papa se había vuelto loco, pero otros dirían que si es el Papa quien lo dice por algo será y, en consecuencia, la persona presentada por el Papa como el nuevo Cristo vería grandemente facilitada su aceptación como tal, por los católicos y por todo el mundo cristiano.

Igual ocurrió con los judíos ortodoxos en tiempos de Juan y Jesús. Si Juan hubiera seguido a Jesús, muchos de sus seguidores le habrían seguido también. Por el contrario, si Juan no le seguía, mucha gente diría “*si el profeta Juan no sigue a Jesús por algo será*” y la gente desconfiaría de Jesús. Podrían ver en él a un hombre con poderes mágicos, con poder de curación (como tantos curanderos y sanadores de hoy en día), incluso a un hombre bien intencionado, pero no verían en él al Mesías.

Los hombres tenemos la tendencia a seguir la corriente general y a reconocer a los profetas y a los santos tan sólo después que los demás han creído en ellos. Muchas veces nos decimos: “*pero cómo es posible que los judíos no reconocieran a Jesús. ¡Era tan evidente!*”. Olvidamos que la historia nos muestra, una y otra vez, cómo los grandes hombres, los grandes santos, en la mayoría de ocasiones, sólo son reconocidos por la gente

después de que han muerto. Desgraciadamente los hombres de Dios rara vez son respetados en vida sino que por el contrario son frecuentemente perseguidos.

17.7. JESÚS ASUME EL PAPEL DE JUAN

En la historia bíblica de Abraham e Isaac, como se explicó en el punto 12, Isaac, al ponerse totalmente en manos de su padre, asumió la posición de Abraham. De forma análoga, Jesús, que se había hecho bautizar por Juan, demostró que se unía de corazón con la misión de Juan. Con su actitud humilde ante Juan pidiéndole ser bautizado por éste, Jesús pretendió facilitar el que éste, inspirado por Dios, pudiera reconocerle, aceptarle como el enviado y presentarle ante el pueblo como el Mesías esperado.

Esta actitud de Jesús, como el buen David ante el mal Saúl, lo cualificó para asumir la posición de Juan tras el fallo y la muerte de éste, repitiendo el modelo ocurrido entre Abraham e Isaac, o entre Saúl y David, etc. El más antiguo de los evangelios canónicos, el Evangelio de Marcos, sitúa claramente el inicio de la predicación de Jesús *"Después de que Juan fue preso vino Jesús a Galilea predicando el Evangelio de Dios"* (Mc 1:14).

De hecho la imagen de Jesús que más resalta en el Evangelio no es la de Mesías sino la de Precursor del Mesías, la de un profeta que anunciaba que había llegado el tiempo de recibir al Mesías. Jesús había venido para que Juan le pusiera al frente, como Mesías, de su numeroso grupo de seguidores y le reconocieran como el Mesías, el Ungido, el Rey de todo el pueblo de Israel, pues éste es el significado de la palabra Mesías. Juan había venido con el papel de profeta *"y de más que un profeta"* como dijo Jesús. Juan era el profeta que culminaba toda una tradición profética y que debía dar paso al Mesías.

Al no suceder así, Jesús tuvo que asumir el papel de profeta, de precursor de sí mismo. Empezó a anunciar la proximidad del Reino e inició la captación de sus propios seguidores. Una vez que éstos le hubiesen reconocido como Mesías, habría quedado indemnizado el fallo de Juan de no seguir a Jesús como Mesías. La fe de los discípulos en Jesús habría compensado la infidelidad de Juan y habría quedado establecido el fundamento de substancia.

Los discípulos habrían asumido el papel de mensajeros y habrían dado testimonio, sin duda ni vacilación alguna, de Jesús como Mesías ante todo Israel y ante todo el mundo. Sobre esa base, Jesús habría conseguido, con el apoyo de sus discípulos, llegar a ser el Mesías del Reino de Dios para toda la humanidad.

17.8. LAS TRES TENTACIONES

Jesús inició su misión pasando 40 días de ayuno en el desierto como condición para restaurar el fallo de Juan Bautista, asumir el papel de éste e iniciar una primera etapa como Precursor de sí mismo. Al final de ese periodo de 40 días, ocurre el episodio de las tres tentaciones que tiene un alto significado simbólico, pues constituye el establecimiento por parte de Jesús del fundamento de fe que debe establecer toda figura protagonista central para cualificarse como tal. Jesús, al superar las tentaciones, se cualifica como Hijo de Dios, como Individuo Perfecto.

La etapa final de la restauración cósmica se producirá cuando el arcángel, creado antes que el hombre, se someta al Hijo del Hombre y vuelva al seno de Dios. Por ello es lógico que el Mesías deba luchar con Satanás y demostrarle que tiene en más estima su condición de Hijo de Dios que todos los atractivos que Satanás pueda ofrecerle.

En la primera tentación Satanás quiso tentarle por el lado material y, consciente de que Jesús tenía hambre tras los 40 días de ayuno, le dijo *“Si eres Hijo de Dios di que estas piedras se conviertan en pan”*. Jesús le respondió *“no sólo de pan vivirá el hombre sino de toda palabra que sale de la boca de Dios”* (Mt 4:3,4). Esto significa que si bien lo material es importante, hay otros valores aún más importantes, como es hacer la voluntad de Dios. El Hombre Perfecto, el Hijo de Dios debe tener muy clara su escala de prioridades, es decir debe tener una recta Moral, una moral verdadera.

Después Satanás le llevó al pináculo del templo y le dijo *“si eres Hijo de Dios échate abajo; porque escrito está “a sus ángeles mandará acerca de tí, en sus manos te sostendrán para que no tropiece tu pie en piedra”*. Pero Jesús le respondió *“No tentarás al Señor tu Dios”* (Mt 4: 6,7). Tras estas palabras podemos reconocer a un Satanás que incita a Jesús a que demuestre que tiene servidores. En la respuesta de Jesús podemos captar el mensaje de que el Hijo del Hombre no viene a ser servido sino a servir, lo que es el principio ético más elevado, la solidaridad, la generosidad y la disponibilidad permanente al servicio de los demás.

También podemos ver a un Satanás astuto que apela a la literalidad de una frase más que a su espíritu y que sabe sacarla de contexto para inducir a Jesús a que haga lo que él le indica; es decir Satanás pretende lograr, con un pretexto fútil, que Jesús, el Hijo de Dios, le obedezca. Pero Jesús demuestra que tiene visión de conjunto, que comprende que lo importante es crear el Reino de Dios y que no va aceptar en ningún modo seguir el juego a Satanás, puesto que su misión es someterle y salvar a toda la humanidad.

La actitud de Jesús puede también ser interpretada en el sentido de que él no tiene por qué demostrar nada a Satanás y que por tanto no tiene por qué participar en una exhibición de poderes mágicos sino que su misión fundamental es lograr la salvación de toda la humanidad. (Esto por extensión es muy de aplicación hoy en día a todos aquellos que se vanaglorian de sus poderes de adivinación, curación, etc, y olvidan que lo importante es construir un mundo de armonía, el mundo de Dios y estar atentos para descubrir cual es Su voluntad para esta época).

Finalmente, en la tercera tentación, Satanás le mostró a Jesús todos los reinos del mundo y su gloria, y le dijo *“Todo esto te daré si postrado me adorares”*. Entonces, Jesús le ordenó con autoridad *“Vete, Satanás, porque escrito está: al Señor tu Dios adorarás y a él sólo servirás”* (Mt 4: 9,10). Las palabras de Satanás eran esta vez un ataque claro y directo, una inducción al egoísmo, una invitación a que Jesús se concentrara en sí mismo y se olvidara de los demás. Equivalían a decirle *“Tú eres un hombre con poderes y puedes tener todo lo que quieras, riquezas, mujeres, etc, si me sigues, es decir si te quieres a tí mismo más que a nadie”*.

Jesús rechazó esta sugestión y le replicó que lo que da auténtico sentido y valor a la vida es hacer realidad el plan original de Dios de armonía para toda la Humanidad, para toda la creación y que el propio Satanás debe arrepentirse ante Dios, para su propio bien y para el bien del cosmos.

Las tres tentaciones sirven para mostrar que el nuevo Adán, aunque concebido sin mancha al igual que el primer Adán, no era perfecto automáticamente sino en la medida que ponía su voluntad en la dirección correcta. La superación de esas tres tentaciones significa que Jesús ha alcanzado la perfección y que se halla tan estrechamente unido con su Padre Dios que nada puede separarlo de Él.

Esta interpretación nos ofrece una imagen de un Jesús victorioso ante la tentación pero a la vez de un Jesús susceptible de ser tentado y por tanto más próximo a cada uno de nosotros. Su victoria viene a decirnos *"También tú puedes ser victorioso, también tú puedes nacer de nuevo. No es imposible que vengas a ser hecho Hijo de Dios"*.

17.9. EL MINISTERIO PÚBLICO DE JESÚS

Los Evangelios sitúan el inicio de la predicación de Jesús con posterioridad a haber sido bautizado por Juan (Marcos 1, Mateo 3, Lucas 3 y Juan 1). A continuación y antes de empezar su ministerio, Jesús se retira al desierto donde ayuna durante 40 días y pasa por el episodio de las tentaciones. Después, habiendo oído que Juan había sido preso (Mateo 4 y Marcos 1), Jesús inicia su ministerio público. (En el Evangelio de Lucas no queda claro que Juan hubiera sido preso antes del inicio de la predicación de Jesús pero a veces los diferentes evangelios incurrir en ciertas discrepancias).

Jesús retoma la predicación de Juan y, con las mismas palabras que utilizaba éste, anuncia *"Arrepentíos, porque el reino de Dios se ha acercado"* (Mateo 4:17) e imparte su enseñanza en las sinagogas de toda Galilea, anunciando la buena nueva de la proximidad del reino. Los centros de reunión religiosa, las sinagogas, son su primer punto de predicación, no los arrabales o las afueras de los pueblos. Se dirige en primer lugar a las personas más o menos cultas, que frecuentan las sinagogas, no a los pescadores, ni a la gente de clase baja ni a las prostitutas.

No se trata de que Jesús desprecie a nadie, como quedó demostrado por sus hechos, pero obviamente se dirige primero a la gente más preparada y en mejor posición para apoyar el plan mesiánico de Dios. Su mensaje es muy directo. En la propia sinagoga lee las Escrituras *"Vino a Nazaret... y en el día de reposo entró en la sinagoga, conforme a su costumbre, y se levantó a leer... El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas... "* y dice *"Hoy se ha cumplido esta escritura delante de vosotros"* (Lucas 4:16-21).

A la vez proclama para todos pautas de conducta muy exigentes: *"Oísteis que fue dicho: No cometerás adulterio. Pero yo os digo que cualquiera que mira a una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón"* (Mt 5: 27). *"Si tu ojo te es ocasión de caer, sácalo y échalo de tí"* (Mt 18:9). *"A cualquiera que te hiera en la mejilla derecha, vuélvele también la otra"* (Mt 5:39). *"Al que te pida, dale; y al que quiera tomar de tí prestado, no se lo rehuses"* (Mt 5:42). *"Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen y orad por los que os ultrajan y persiguen"* (Mt 5:44). *"Ninguno puede servir a dos señores... No podéis servir a Dios y a las riquezas"* (Mt 6:24).

Resalta la posición de sus discípulos *"Vosotros sois la sal de la tierra"* (Mt 5:13). *"Vosotros sois la luz del mundo"* (Mt 5:14)). Les pone un listón muy alto *"Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto "*. (Mt 5:48). Y es taxativo *"No todo el que me dice Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino tan sólo el que hace la voluntad d Padre que está en los cielos"* (Mt 7:21).

Al mismo tiempo que predica, realiza muchos milagros, con el propósito de que sus discípulos y el pueblo en general, puedan comprender que él es el Hijo de Dios. No obstante, esos hechos prodigiosos, que también se habían dado a lo largo de la historia bíblica (recuérdense los milagros de Moisés, Elías, Eliseo, etc), no son más que un reclamo para que la gente acepte lo principal, su mensaje personal, profundo y posible.

Hay que resaltar este último calificativo POSIBLE. Jesús cree en el reino como meta realizable y así lo deja claro a sus discípulos cuando les envía a divulgar la Buena Nueva por todo Israel, *"porque de cierto os digo que no acabaréis de recorrer las ciudades de Israel, antes de que venga el Hijo del Hombre"* (Mateo 10:23).

La construcción de ese reino exige un esfuerzo titánico pero Jesús está convencido de que es posible. Sus palabras no dicen en ningún momento, "intentad sed perfectos " sino "sed perfectos". Su lenguaje es revolucionario y casi totalitario, *"el que ama a padre o madre más que a mí no es digno de mí"* (Mateo 10:37) y de una exigencia plena *"Otro de sus discípulos le dijo: Señor, permíteme que vaya primero y entierre a mi padre. Jesús le dijo: Sígueme; "deja que los muertos entierren a sus muertos"* (Mt 8: 21,22).

Por un lado es *"manso y humilde de corazón"* (Mateo 11:29) y por otro es duro cuando recrimina a los escribas y fariseos calificándoles de hipócritas o cuando expulsa violentamente a los mercaderes del templo. Los evangelios dejan entrever que la doctrina de Jesús era pacífica pero no la de un pacifista a ultranza que renunciara a la autodefensa. Por ejemplo, sus seguidores le preguntan *"Señor ¿heriremos a la espada?"* (Lucas 22:49), cuando en Getsemaní iban a prenderle.

Además el grupo de Jesús iba armado pues antes de ir a Getsemaní el propio Jesús les dice que compren espadas *"el que no tiene espada, venda su capa y compre una"* (Lucas 22:36) y dispuestos a usarla como lo prueba el que Simón Pedro, cuando vinieron a prender a Jesús, atacara con la espada a Malco, uno de los siervos del pontífice y le cortara una oreja (Juan 18:10).

Resulta también muy significativo que para detener a Jesús acuda una cohorte romana más los alguaciles de los pontífices y fariseos (Juan 18:3) o una gran turba armada con espadas y garrotes según se dice en Mateo 26:47, lo que induce a suponer que pensaban que podrían encontrar resistencia. De hecho una cohorte romana estaba compuesta por unos 400 soldados por lo que algunos autores opinan que el grupo de Jesús podría incluir a antiguos zelotes (judíos alzados en armas contra la dominación romana) que habían visto en Jesús el líder que el pueblo de Israel esperaba.

Desgraciadamente la predicación de Jesús no tuvo el resultado deseado. Sus seguidores no llegaron a comprender cuál era la esencia del reino de Dios que Jesús e incluso ellos mismos, por instrucciones de aquél, anunciaban. Lo consideraban un mero reino temporal y se peleaban por saber quién sería el mayor entre ellos.

Es entonces cuando Jesús empieza a percibir su camino alternativo, la cruz pero ni aun así se da por vencido. Espera hasta el último momento que algo cambie para poder realizar los deseos de Dios. Ansía desesperadamente poder confortar el corazón de su Padre, dándole la alegría que tanto espera Dios desde que creó al hombre, la alegría de que el hombre regrese a su lado.

Lo más importante, valioso y trascendental en esas circunstancias es que Jesús se confía plenamente en las manos de Dios y no se resiste a que suceda lo que tenga que suceder, lo que convenga a los planes de Dios, si es la voluntad del Padre.

Su ministerio concluye con el anuncio de la Segunda Venida del Hijo del Hombre y sobre todo con su ejemplo personal e insuperable ante el duro trance de su crucifixión. Su fe tiene un significado y un valor esencial para la continuación de la providencia de Dios, como se explica a continuación.

18. LA MUERTE DE JESÚS

Satanás, tras la Caída de Adán y Eva, había conseguido someter a humanidad a su influencia, se había transformado en el Príncipe de este mundo, en el Padre espiritual del género humano. Por ello la llegada de Jesús le ocasionó una honda preocupación, que se intensificó al ver que no conseguía doblegarle. Sabía que la misión de Jesús era hacer volver a la humanidad al lado de Dios, hacer que naciera el hombre verdadero y un mundo nuevo, con una nueva escala de valores morales y éticos, que antepusieran la espiritualidad al materialismo y la solidaridad al egoísmo. En suma, un reino que acabaría con el poder de Satanás que se centra en la utilización de la confusión y del egoísmo.

Por ello las fuerzas espirituales negativas, encabezadas por Satanás, se movilizaron de forma especial para acabar con quien amenazaba su poder. Su actuación se realizó a través de los contemporáneos de Jesús. Incidió sobre la soberbia y el orgullo de los intelectuales y de la clase dirigente, estimulándoles a no aceptar la superioridad del mensaje sencillo y profundo del Hijo del Hombre.

Satanás apeló también a los intereses materiales de los líderes judíos que veían peligrar su posición social y económica si aumentaban los seguidores del nazareno, dando lugar a una revolución que provocaría, muy posiblemente, la intervención del ejército romano.

En muchas ocasiones, con astucia, Satanás debió utilizar los típicos argumentos con que se intenta justificar el rechazo del mensaje de Dios y los mensajes revolucionarios que propugnan un cambio en los corazones de los seres humanos, como factor fundamental para un cambio pacífico. Seguramente inculcó en las mentes de los judíos frases como estas: *“este mundo no tiene remedio, lo único que vamos a conseguir es enemistarnos con los romanos y provocar su intervención militar”*, *“cómo vamos a aceptar a alguien que quiere destruir nuestra valiosa tradición mosaica”*, *“ya fuimos advertidos de la necesidad de tener cuidado con los falsos profetas”*, *“cómo se puede pretender que es posible nacer de nuevo. Es absurdo”*, etc, etc...

Es decir, Satanás repitió su habitual táctica, la que siempre ha utilizado, para confundir a los hombres y ponerlos en contra de los profetas, en contra de los enviados de Dios. Se trata del mismo tipo de argumentos que sigue utilizando hoy en día y que cada lector puede reconocer en su propia vida. Ninguno estamos libres de las tentaciones de Satanás, sobre todo cuando nos empezamos a mostrar sensibles a asumir compromisos con Dios.

Satanás, no contento con obstaculizar la misión de Jesús, anheló destruirle, acabar con él, impedirle que siguiera su campaña de evangelización, de proselitismo. Había que acabar con el competidor, había que hacerle morir, había que impedir que tuviera la menor oportunidad.

18.1. ¿POR QUÉ DIOS DEJÓ QUE JESÚS FUESE CRUCIFICADO?

Dios podría haber defendido a Jesús con todo Su poder, pues éste había demostrado estar plenamente de Su lado, ser Su Hijo. Sin embargo, le dejó en las manos de Satanás, encarnado en el odio y la actitud de los sacerdotes y dirigentes judíos. Dios amaba extraordinariamente a Su hijo, a Jesús, al nuevo Adán, al único que había comprendido plenamente el dolor que embargaba al corazón de Dios desde la Caída del Hombre.

A pesar de ello, le abandonó en las manos de los dirigentes judíos que al pedir su crucifixión dieron cumplimiento a los deseos del propio Satanás. ¿Por qué tuvo Dios esa

actitud? En la cruz Jesús dijo: *“Eloi, eloi, lama sabactani, que traducido quiere decir: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?”* (Mr 15:34). ¿Qué significado tienen estas palabras? ¿Qué quiso decir con ellas?

Diversas interpretaciones pueden hacerse de las mismas. Por un lado podemos ver en ellas a un Jesús que se ha entregado plenamente a su misión, que ha anhelado ardientemente que la voluntad de su Padre se haga *“así en la tierra como en el cielo”*, y que una y otra vez se ha encontrado con la falta de receptividad del pueblo y en especial de los dirigentes judíos, más apegados a la letra que al espíritu de la ley, más interesados en los ritos terrenales que en los objetivos celestiales.

Jesús quería hacer la voluntad de Dios y darle la alegría de *“realizar su obra”* pero no había sido posible a pesar de todo su esfuerzo y sacrificio. En este contexto, Jesús le preguntaba a su Padre por qué no le ayudaba de alguna forma, por qué no actuaba para que su misión se culminara con pleno éxito, por qué parecía haberle abandonado.

Las palabras de Jesús también pueden ser interpretadas en el sentido de que Dios había interrumpido la percepción que Jesús tenía del mundo espiritual, lo que ponía a Jesús en la tesitura de dudar de la existencia del mundo espiritual y por consiguiente le empujaba a preguntarse si todas sus ideas no habrían sido mero fruto de su fantasía, si no habría desperdiciado toda su vida luchando por una quimera, por un sueño sin sentido y sin futuro.

Sea cual fuera la situación real por la que pasó Jesús, su contenido esencial es el mismo: Simboliza una prueba de fe y su resultado. Nos presenta a un Jesús que le pregunta a su Padre por qué le ha abandonado, pero que no le es infiel ni le recrimina por ello, sino todo lo contrario pues sus últimas palabras, sus últimos pensamientos, son para Él. *“Entonces Jesús, clamando con gran voz, dijo: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. Y habiendo dicho esto expiró.”* (Lc 23:46).

Parece evidente la confianza plena, la fe absoluta de Jesús en su Padre hasta el último momento pero en todo caso subsiste el interrogante inicial: ¿por qué Dios dejó que Jesús fuese crucificado?

Un extraordinario significado providencial se oculta tras este hecho. Recordemos que Lucifer se creyó marginado por Dios ya que Este creó a Adán y Eva, no sólo con cuerpo espiritual sino también con cuerpo físico. Este sentimiento de marginación fue uno de los impulsos que llevaron a Lucifer hacia la Caída.

Posteriormente Lucifer, transformado en Satanás, reclamaba a Dios diciendo que su rebeldía estaba justificada porque Dios había amado a Adán más que a él. Pues bien, ahora, al poner Dios a Jesús en manos de Satanás, al entregarle al Hijo, tanto tiempo esperado, Dios **dejaba a Satanás sin argumento alguno**. Era como si le dijera: *“Dejo a tu merced a quien más amo, a mi propio hijo ¿cómo puedes decir tú que no te amo?”*.

Ante esa generosidad, el corazón de Satanás podría haberse conmovido como ocurrió con Esaú cuando su hermano Jacob se presentó ante él, se inclinó y se puso a su merced, pero Satanás en lugar de abrazar a Jesús, como Esaú hizo con Jacob, optó por matarle, utilizando a Pilatos y a los judíos como instrumento.

Esto dio a Dios una posibilidad estratégica dentro del equilibrio del cosmos. Dios no puede dar a los hombres más oportunidades de las que éstos han llegado a merecer por acumulación de los méritos del conjunto de la humanidad. En este caso, tras haber aceptado Jesús ir a la crucifixión, manifestando una fe absoluta en su Padre, Dios pudo hacer una contra jugada a favor del género humano. Y ello fue la resurrección de Jesús.

18.2. LA RESURRECCIÓN DE JESÚS

Jesús, después de su muerte entabló una batalla espiritual con Satanás de tres días de duración. Tras haber obtenido la victoria Jesús resucitó espiritualmente y empezó a enseñar a sus discípulos *“apareciéndoseles durante 40 días y hablándoles acerca del reino de Dios”* (Hechos 1:3).

Jesús se les presentó con su cuerpo espiritual, no con cuerpo físico. Por ello era capaz de atravesar las paredes y de aparecerse a sus discípulos que se hallaban en un cuarto cerrado *“Cuando llegó la noche de aquel mismo día, el primero de la semana, estando las puertas cerradas en el lugar donde los discípulos estaban reunidos por miedo de los judíos, vino Jesús, y puesto en medio, les dijo: Paz a vosotros”* (Juan 20:19), e incluso de mostrarse con distinta forma como por ejemplo cuando caminó con ellos sin que le reconocieran *“Sucedió que mientras hablaban y discutían entre sí, Jesús mismo se acercó, y caminaba con ellos. Mas los ojos de ellos estaban velados, para que no le conociesen”* (Lucas 24:15-16) *“Entonces les fueron abiertos los ojos, y le reconocieron; mas él se desapareció de su vista”*. (Lucas 24:31).

Respecto a la desaparición del cuerpo de Jesús de la sepultura, personalmente, estimo que fue debida a un proceso de desmaterialización o desintegración. Debe tenerse en cuenta que fenómenos de este tipo se citan en otras culturas, como es el caso de la India, donde se dice que los cuerpos de algunos santos yoguis han desaparecido tras su muerte por autocombustión. Por otra parte, si a veces se da el caso de cuerpos incorruptos, lo que contradice la realidad habitual, ¿por qué no admitir como posibilidad la existencia excepcional de fenómenos de desintegración?

Otra hipótesis contemplada por diversos autores es la de que los discípulos de Jesús se hubiesen llevado el cuerpo. Debe tenerse en cuenta al respecto, que tan sólo el Evangelio de Mateo alude a la presencia de guardias ante el sepulcro *“Y Pilato les dijo: Ahí tenéis una guardia; id, aseguradlo como sabéis. Entonces ellos fueron y aseguraron el sepulcro, sellando la piedra y poniendo la guardia”* (Mt 27:65-66) mientras que los restantes evangelistas se limitan a decir que cuando las mujeres llegaron *“El primer día de la semana, muy de mañana, vinieron al sepulcro, trayendo las especias aromáticas que habían preparado, y algunas otras mujeres con ellas. Y hallaron removida la piedra del sepulcro; y entrando, no hallaron el cuerpo del Señor Jesús”*. (Lucas 24:1-2) *“Y muy de mañana, el primer día de la semana, vinieron al sepulcro... vieron removida la piedra, que era muy grande”* (Mr 16: 2-4).

Sea cual fuere la explicación correcta sobre cómo desapareció el cuerpo de Jesús, lo importante fue el impacto fundamental que tuvo su resurrección. Jesús, mediante sus sucesivas apariciones, consiguió que sus discípulos creyeran fielmente en él. Así los discípulos **establecieron su propio fundamento de fe** y estuvieron dispuestos a dar su vida por Jesús, con lo que establecieron también el fundamento de substancia para la construcción del reino de los cielos. No obstante, dado que Jesús ya no estaba físicamente presente, el reino que se podría establecer sería un reino sin base física, un reino en el espíritu, en la dimensión espiritual.

A partir de ese momento, los discípulos actuaron como firmes precursores del Jesús resucitado, del Jesús espiritual, dando pública y valientemente testimonio de él. Asumieron con decisión absoluta el papel de precursores que Juan Bautista debía haber asumido. Esta predicación hizo posible que Jesús fuese reconocido como Mesías espiritual y que surgiese

un nuevo Israel, los cristianos, que son el reino espiritual que tiene a Jesús como Mesías espiritual.

La resurrección de Jesús y el proceso de predicación subsiguiente sólo abrieron la puerta para la salvación espiritual, no para la salvación completa. Dios anhela que *“se haga Su voluntad ASÍ EN LA TIERRA como en el cielo”* y por ello, sobre este nuevo Israel, los cristianos, vendrá Cristo de nuevo para iniciar un linaje espiritual sin pecado, para realizar las bodas del Cordero de las que habla el Apocalipsis 19:9 y para que surjan un cielo nuevo y una tierra nueva (Apocalipsis 21:1).

18.3. ACTIVIDADES DE JESÚS EN EL MUNDO ESPIRITUAL

Jesús, tras aparecerse a sus discípulos durante un periodo de 40 días, se elevó a la dimensión espiritual. Durante su vida terrestre, Jesús de haber sido aceptado por la gente, habría como Nuevo Adán formado una familia con una Nueva Eva. De forma similar en el mundo espiritual Jesús, el Adán espiritual, tuvo como complemento al Espíritu Santo, que es la fuerza espiritual del aspecto femenino de Dios.

El Espíritu Santo es una fuerza espiritual que toma el papel de Verdadera Madre Espiritual de los cristianos mientras que Jesús, el hombre que por primera vez había encarnado a Dios, refleja el aspecto masculino de Dios y es el Verdadero Padre Espiritual de los cristianos. Los seguidores de Jesús se injertan así con él, le toman como Padre Espiritual y renuncian al poder de Satanás *“tenéis por padre al diablo”* (Juan 8:44).

Dios, el Ser Original es uno. La persona de Jesús manifiesta el aspecto masculino de Dios. El Espíritu Santo no es una persona aparte de Dios, sino la manifestación espiritual del aspecto femenino de Dios. Muchas personas han recibido y reciben revelaciones de que el Espíritu Santo es un espíritu de carácter femenino.

Jesús continuó su actividad en el mundo espiritual, mientras que el Espíritu Santo, como complemento femenino del Jesús espiritual, descendió sobre los discípulos de Jesús en Pentecostés y los inflamó de fuego por dar testimonio de Jesús y difundir su mensaje *“porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado”* (Romanos 5:5). El Espíritu Santo ha estado trabajando y trabaja en la Tierra para inspirar a la cristiandad y para mantener viva la creencia en la existencia de la dimensión espiritual.

Este carácter del Espíritu Santo, como complemento femenino de Jesús, ha sido intuido por la Iglesia Católica que, como se dice en el nuevo Catecismo (versículos 808 y 809) es *“el Templo del Espíritu Santo y se considera esposa de Cristo”*.

En el caso de Moisés, tras su muerte, su liderazgo o dirección espiritual fue asumida por las leyes mosaicas que había dictado. De forma análoga, tras la ascensión de Jesús, fue el Espíritu Santo, el Consolador, el que continuó inspirando, en su papel de Madre Espiritual, a los hijos de Cristo, a los cristianos, al nuevo pueblo elegido. Jesús, desde su resurrección, ha visitado y enseñado libremente a creyentes con un alto nivel espiritual, como ocurrió con el apóstol Juan al que Jesús le dio tantas revelaciones.

Es coherente pensar que Jesús directamente, y también a través del Espíritu Santo, ha seguido inspirando a los seres humanos tanto dentro del seno de la ortodoxia cristiana como fuera de ella o inclusive en ámbitos no cristianos. Por ejemplo, el Libro del Mormón recibido de un ángel por José Smith, fundador de los mormones, narra la historia de un fracción del pueblo judío que supuestamente se alejó de Palestina tras la destrucción de Jerusalén por Nabucodonosor y que fue a América donde recibió el mensaje de un Jesús

espiritual. También otros muchos personajes han relatado por escrito sus contactos con el Jesús espiritual como por ejemplo el propio san Pablo, santa Matilde de Magdeburgo (1210-1297), santa Brígida de Suecia (1303-1373), santa Catalina de Siena (1347-1380), así como otros múltiples videntes y médiums hasta el presente.

Probablemente no todas las revelaciones atribuidas al Jesús espiritual provengan realmente de él pero hay suficientes casos como para que se admita como una hipótesis posible la actividad de Jesús desde el mundo espiritual. En todo caso se trata de experiencias personales que quienes no las hayan experimentado (yo me incluyo entre ellos) sólo indirectamente pueden creer en que procedan del propio Jesús, por sus efectos, por sus contenidos morales y por la coherencia de los mensajes.

19. LA SEGUNDA VENIDA DE CRISTO

Los textos del Nuevo Testamento anuncian de forma explícita que habrá una nueva Venida de Cristo, *"Pero en aquellos días después de aquella tribulación, se oscurecerá el sol y la luna no dará su resplandor y las estrellas caerán del cielo... Entonces verán al Hijo del Hombre que vendrá en las nubes con gran poder y gloria"* (Mc 13:24-26). *"De cierto os digo que no pasará esta generación hasta que todo esto acontezca"... Pero del día y la hora nadie sabe, ni aun los ángeles de los cielos sino sólo mi Padre"* (Mt 24:34-36). *"Velad, pues, porque no sabéis a qué hora ha de venir vuestro Señor... porque el Hijo del Hombre vendrá a la hora que no pensáis"* (Mt 24:42-44).

El Credo católico dice que *"Jesucristo subió a los cielos y está sentado a la derecha del Padre, desde allí ha de venir a juzgar a vivos y muertos"*. Interpreta que desde la Ascensión del Señor estamos ya en la última hora, que el final de la historia ha llegado ya a nosotros y que la renovación del mundo está ya decidida de manera irrevocable. Igualmente se afirma que el Reino de Cristo, presente ya en su Iglesia, no se halla aún acabado con gran poder y gloria. Por esta razón los cristianos piden que se apresure el retorno de Cristo cuando suplican *"Ven, Señor Jesús"*.

El nuevo Catecismo católico señala también que, desde la Ascensión, el advenimiento de Cristo en la gloria es inminente, aún cuando a nosotros no nos toca conocer el tiempo y el momento que ha fijado el Padre. Sin embargo, se sostiene que este advenimiento escatológico se puede cumplir en cualquier momento. La venida del Mesías glorioso se vincula al reconocimiento del Mesías por todo Israel del que una parte se halla endurecida por la incredulidad.

El objeto de esa Segunda Venida, siempre según el nuevo Catecismo, sería realizar el Juicio Final, juzgar a vivos y a muertos. En la Segunda Venida se pondrá a la luz la conducta de cada uno y el secreto de los corazones. Entonces en función de que se haya aceptado o rechazado la gracia de Dios cada uno se juzgará a sí mismo, será retribuido según sus obras y podrá incluso condenarse eternamente.

La doctrina oficial del nuevo Catecismo podría por tanto resumirse diciendo que habrá una Segunda Venida de Cristo que podrá suceder en cualquier momento y que será Jesús quien retorne de nuevo con la misión de realizar el Juicio Final, tras el cual habrá quienes sean condenados para la eternidad. El Mesías glorioso será reconocido por todos y quedará acabada la construcción del Reino, con gran poder y gloria.

Esta doctrina deja abiertos gran cantidad de interrogantes como por ejemplo: ¿será el propio Jesús el que venga de nuevo, tal y como fue el Jesús que vivió hace casi 2.000 años en Israel y con su misma apariencia? ¿De qué raza será, negra, blanca, amarilla? ¿Vendrá como un niño nacido de mujer o directamente como un adulto? ¿Vendrá en las nubes del cielo rodeado de prodigios? ¿El Juicio Final será un momento o un proceso de tiempo? ¿El Juicio se realizará en una gran reunión colectiva, en presencia del Señor, en la que cada uno se juzgará a sí mismo o se realizará en el lugar en que cada uno se encuentre? ¿Qué pasará con la vida en la Tierra tras el Juicio Final? ¿Abandonaremos nuestras casas, nuestros trabajos o seguiremos nuestra vida habitual?

Asimismo, tras conocer cada uno nuestra sentencia individual, ¿iremos solos o seremos llevados a determinados lugares, Purgatorio o Infierno, a cumplir la condena? ¿O por el contrario nuestra condena será nuestro personal proceso de purificación en paralelo a continuar nuestra vida habitual? ¿Se tiene algún indicio respecto a cuándo se producirá el

advenimiento de Cristo o igual que han pasado 2.000 años pueden pasar otros 2.000, 3000 o 100.000 años antes de que se produzca?

Las explicaciones siguientes tienen como finalidad ofrecer respuesta concreta a estos interrogantes y así ayudar a la humanidad a colaborar, de forma comprometida, con el plan de Dios.

En el Antiguo Testamento se dice *"Porque no hará nada Jehová el Señor, sin que revele su secreto a sus siervos los profetas"* (Amós 3:7). De hecho así ocurrió en el tiempo de la venida de Jesús. Tanto los magos de Oriente, como los pastores, como el propio Juan Bautista recibieron revelación acerca de la existencia y del papel de Jesús. ¿Por qué habría que excluir la posibilidad de que Dios dé nuevas revelaciones respecto al tiempo de la Segunda Venida del Mesías?

19.1. POR QUÉ UNA SEGUNDA VENIDA

Si Adán y Eva no hubieran caído, el reino de los cielos sería hoy una realidad en la tierra. Con la finalidad de crear ese Reino se produjo la Primera Venida de Cristo, pero Jesús, el Cristo, fue crucificado y el Reino de Dios en la Tierra aún no se ha hecho realidad.

Cristo debe volver para implantar el ideal original que Dios tenía y que tanto anhela el corazón del hombre. La interpretación tradicional considera que la vida en la Tierra es un valle de lágrimas y que después unos cuantos, muchos o pocos, podrán gozar de la contemplación de Dios, mientras los demás permanecerán eternamente en el infierno. Sin embargo, ¿cómo nos sentiríamos si nuestra madre o nuestro hijo o nuestros amigos se contaran entre los que padecieran eternamente en el infierno? Es obvio que, en ese caso, sería dudoso que la mera contemplación de Dios nos diera la plena felicidad, pues siempre lloraríamos la suerte de nuestra madre o de nuestro hijo o de nuestros amigos y ansiaríamos su salvación.

Si por el contrario se interpreta que, al final, todos vamos a ser salvados o purificados en el mundo espiritual y que todos vamos a ir al Cielo cabe preguntarse ¿por qué esta salvación se demora hasta llegar al mundo espiritual? ¿Por qué no se produce durante la vida en la Tierra? ¿Por qué la Tierra debe ser un lugar de odios y de conflictos, por qué tiene que ser un valle de lágrimas? ¿Por qué no admitir que el cambio, la salvación, pudiera darse también aquí en la vida en la tierra? ¿Acaso es imprescindible experimentar el mal para gozar del bien? ¿Acaso es necesario ser asaltados, violados o malheridos, cuando paseamos por un parque, para poder gozar de los paseos en que no ocurre violencia?

El corazón nos dice que la respuesta lógica es que Dios desea que seamos felices tanto durante nuestra etapa de vida física como durante nuestra vida espiritual. Es lógico pensar que Dios quería ese plan de felicidad para nuestros primeros padres y que por tanto también lo quiere para nosotros y que Su deseo se hará realidad algún día.

Por ello, la finalidad de la Segunda Llegada de Cristo o Tercer Adán no es otra cosa que una nueva oportunidad para construir, tanto en la Tierra como en el Cielo, el reino de Dios, que no se llegó a construir con el Primer ni con el Segundo Adán.

El rechazo de Jesús por el pueblo elegido no permitió que se construyera, ni siquiera en la dimensión espiritual, el reino de los cielos. Jesús en la cruz dijo al buen ladrón (Dimas, según los apócrifos), *"De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso"* (Lucas 23:43). Tradicionalmente se ha creído que cielo y paraíso son una misma cosa. Sin embargo no es así.

El Paraíso es un estadio espiritual inferior al Cielo ya que éste tan sólo se abrirá una vez que se haya iniciado el establecimiento del Reino de los Cielos en la Tierra. Para ello es necesario que se hayan producido las Bodas del Cordero, es decir el primer matrimonio perfecto bendecido por Dios, cosa que no llegó a ocurrir en tiempos de Jesús por las razones que antes se explicaron.

El Reino de los Cielos tendrá como unidades básicas a las parejas perfectas. Dios ha hecho al ser humano hombre y mujer y desea que cada individuo constituya un matrimonio perfecto para la eternidad. La primera y básica bendición a nivel interpersonal es el matrimonio. La familia verdadera es la base de la sociedad verdadera o perfecta y ésta no es otra cosa que el Reino de los Cielos, primero en la dimensión física y luego, tras la muerte física, en la dimensión espiritual.

El Paraíso ha sido un estadio espiritual, centrado en un individuo perfecto, en un hijo de Dios, en Jesús y en los santos que en él moran. Todos esperan con ansiedad que se realicen las Bodas del Cordero. Tras ellas el nuevo Cristo iniciará un proceso de bendición en matrimonio de sus seguidores en la Tierra así como de los santos que se encuentran en el Paraíso. Finalmente, el Reino de los Cielos llegará a su plenitud en la Tierra cuando todos los seres humanos hayan aceptado al Cristo en su Segunda Venida y hayan sido bendecidos en santo matrimonio. En paralelo el Reino de los Cielos en su dimensión espiritual irá alcanzando su plenitud que llegará a completarse cuando por fin Satanás retorne al seno de Dios.

A partir de ese momento no habrá razón para que los hijos de Dios experimenten sufrimiento por ver, envueltos en las tinieblas de la confusión, a sus hermanos en la Tierra o a los seres en el mundo espiritual y se podrá decir que se ha establecido el Reino de los Cielos, es decir el estadio en el que es posible la alegría plena y en el que todos los seres humanos seremos Hijos de Dios.

La Segunda Venida es necesaria para que el Cristo, o Tercer Adán, abra las puertas del Reino de los Cielos y para que los seres humanos podamos construir un mundo de armonía también durante nuestra etapa terrenal.

Dios nos enviará al Mesías, al Ungido, al Cristo, para que nos enseñe el camino y nos saque de las tinieblas de la confusión. Bajo su inspiración, la Segunda Venida iniciará un proceso acelerado que paulatinamente irá abrazando e integrando a personas de las distintas religiones, razas y naciones, y que desembocará en una Humanidad unida, que hará realidad la Utopía, tanto tiempo esperada. Simultáneamente el reino de Dios se expandirá también en el mundo espiritual y finalmente se logrará la victoria cósmica cuando Satanás se rinda, se arrepienta y se reintegre al seno de Dios.

Estos procesos, en el mundo físico y en el mundo espiritual, serán similares a los que se produjeron cuando Jesús el Cristo vino al mundo y se iniciarán cuando Cristo venga de nuevo. La implantación del reino de Dios se logrará a través de un proceso de cambio, en el cual cada uno deberá asumir su propia responsabilidad en el cambio personal, así como en el cambio del resto de nuestros hermanos, los hombres. A cada una de nosotros compete cumplir la responsabilidad de apoyarle.

19.2. CÓMO SERÁ LA SEGUNDA VENIDA

A efectos de explicar cómo será la Segunda Venida de Cristo conviene recordar los principales versículos del Nuevo Testamento que se refieren a ella, tales como:

Mateo 24: 29-30 *“E inmediatamente, después de la tribulación de aquellos días, el sol se oscurecerá y la luna no dará su resplandor y las estrellas caerán del cielo y las potencias de los cielos serán conmovidas. Entonces aparecerá la señal del Hijo del Hombre en el cielo; y entonces se lamentarán todas las tribus de la tierra, y verán al Hijo del Hombre viniendo sobre las nubes del cielo con poder y gran gloria”.*

2 Pedro 3: 10 *“Pero el día del Señor vendrá como ladrón en la noche; en el cual los cielos pasarán con grande estruendo, y los elementos ardiendo serán deshechos, y la tierra y las obras que en ella hay serán quemadas”.*

1 Tesalonicenses 4: 16-17 *“Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor”.*

La interpretación literal de estas profecías presagia una Segunda Venida apocalíptica y llena de prodigios: bruscamente el sol se oscurece; las estrellas caen sobre la tierra; todo arde; suena la trompeta del ángel; los muertos resucitan y los fieles vivos vuelan hacia las nubes para encontrarse con el Señor en el aire.

Sin embargo, en Lucas 17: 20-21 está escrito: *“El reino de Dios no vendrá con advertencia. Ni dirán: helo aquí, helo allí, porque he aquí el reino de Dios está dentro de vosotros”* (Lucas 17: 20-21). Estos versículos sugieren que el reino de Dios, consiste, en esencia, en un cambio interior (“el reino está dentro de vosotros”), por lo que parece que el reino de Dios llegará sin ruido, lo que no concuerda con los fenómenos (trompeta del ángel, caída de las estrellas, etc) que anunciaban los textos anteriores ya que es evidente que, de ser así, la Segunda Venida sería muy evidente.

En Lucas 17: 24-25 *“como el relámpago que al fulgurar resplandece desde un extremo del cielo hasta el otro, así también será el Hijo del hombre en su día... pero primero es necesario que padezca mucho, y sea desechado por esta generación”*, sugiere también que la Venida del Hijo del Hombre no estará rodeada de fenómenos apocalípticos. En efecto, si la Segunda Venida se produjera en el aire, rodeada de prodigios: ¿Quién se atrevería a rechazar al Cristo? ¿Quién se atrevería a hacerle sufrir mucho?

La dificultad de interpretar de forma coherente los versículos del Nuevo Testamento que hacen referencia a este acontecimiento, tan trascendental para todo cristiano, da lugar a opiniones diversas y a ambiguos silencios. La propia Iglesia Católica (véase el nuevo Catecismo) no se pronuncia respecto a cómo será la parusía o Segunda Venida de Cristo.

Ello da lugar a que unos cristianos piensen que la Segunda Venida de Cristo es un hecho simbólico y que ya se ha producido desde que el Espíritu Santo, en Pentecostés, iluminó a los apóstoles y a los seguidores de Jesús y que, por tanto, Cristo ya habría regresado al pueblo cristiano y permanece con él, especialmente a través del Sacramento de la Eucaristía. Por consiguiente, no habría otra Segunda Venida.

Otros, estiman que la Segunda Venida de Cristo se produce de forma individual para cada uno, en la medida en que aceptamos a Jesús en nuestro corazón y nos convertimos, transformándonos desde ese momento en auténticos seguidores de Cristo.

Para quienes comparten alguna de estas dos interpretaciones subsiste la incógnita sobre el significado de las profecías sobre la Segunda Venida del Señor y sobre el Juicio Final. Si la Segunda Venida ya se ha producido o si se produce únicamente de forma

personal, ¿cómo interpretar los diversos versículos del Nuevo Testamento que anuncian tantos fenómenos respecto a la Segunda Venida?

Otros creen que aún no se ha producido la Segunda Venida; que es un misterio para el que no existe respuesta concreta, que se producirá algún día, rodeada o no de fenómenos sorprendentes. Piensan que será una manifestación del poder de Dios tras el cual se producirá un cambio en la humanidad, bien manteniéndola en su forma de vida actual pero cambiada en su corazón, o bien trasmutándola a otra forma de vida espiritual, con cuerpos gloriosos espirituales, que sobrepasan lo que nuestra imaginación puede concebir y que por tanto son inexplicables.

Otros interpretan literalmente los versículos de Mateo 24 y consideran que aparecerá en el cielo el estandarte del Hijo del Hombre y que todos le verán venir sobre las nubes del cielo con gran poder y majestad. Entonces, como se narra en la primera epístola a los Tesalonicenses, se producirá la resurrección de los muertos y los vivos seremos arrebatados e iremos en las nubes al encuentro con el Señor en los aires. Todo ello se producirá en un contexto de fenómenos aterradores, las estrellas del cielo caerán sobre la Tierra y habrá fuego por todos lados, en el que hasta las piedras se disolverán.

En cualquier caso, estas diversas interpretaciones o bien dan poca esperanza, como es el caso de las primeras (porque no habría Segunda Venida), o bien dibujan un contexto mágico muy difícil de aceptar para la mentalidad actual, que considera esos fenómenos como fantasías imposibles de creer.

En efecto, si Cristo realizó ya su Segunda Venida, cuando el Espíritu Santo inspiró a los apóstoles en Pentecostés, nos encontraríamos con una Segunda Venida que tuvo su importancia en el pasado pero que se ha mostrado incapaz de construir, en los 2.000 años transcurridos, un mundo de paz en la Tierra. Si por el contrario se interpreta que la Segunda Venida de Cristo se realiza cada vez que una persona acepta recibir a Jesús en su corazón, nos encontraríamos ante un tipo de Segunda Venida que puede tener una profunda trascendencia para el individuo que la experimenta pero que no tiene aparentemente gran impacto para el resto de la humanidad.

Si cualquiera de estas dos interpretaciones fueran las correctas cabría pensar que la Segunda Venida de Cristo es un fenómeno que no está ligado a la Venida del Reino de los Cielos puesto que la sociedad que vemos dista mucho de ser ese mundo idílico que parecía anunciar el mensaje de Cristo.

Por otro lado, si la interpretación correcta fuera la de que la Segunda Venida se va a producir en un contexto de fenómenos inexplicables y contrarios a los conocimientos actuales de la ciencia, nos encontraríamos de nuevo con un drástico enfrentamiento entre razón y fe, que resulta muy difícilmente creíble para el hombre de hoy.

Por tanto **debe haber otra interpretación más satisfactoria** para la ciencia y más esperanzadora para la humanidad. Lo cierto es que Dios escribe derecho, aunque pueda parecer que lo hace con renglones torcidos, y actúa según leyes naturales inteligibles a la razón humana, aunque el lenguaje profético, interpretado literalmente, parezca sugerir otra cosa. Por ello la Segunda Venida, al igual que ocurrió con la Primera, no debe ser mágica sino muy real y debe tener consecuencias generales para la humanidad, no solamente para unos cuantos individuos aislados sino para todos.

Un método adecuado para interpretar los versículos del Nuevo Testamento respecto a la Segunda Venida es compararlos con los versículos del Antiguo Testamento que anunciaban la Primera Venida, la que se realizó en la persona de Jesús y ver cuál fue su

cumplimiento en la práctica. Después, por analogía, podremos estimar cuál será el tipo de cumplimiento posible que tendrán en la realidad las profecías respecto a la Segunda Venida. Veamos, pues los versículos del Antiguo Testamento **respecto a la Primera Venida:**

Daniel 7:13 *“Miraba yo en la visión en la noche y he aquí que con las nubes del cielo venía uno como un hijo de hombre... y le fue dado dominio, gloria y reino, para que todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieran”.*

Isaías 24: 19-20 *“Será quebrantada del todo la tierra, enteramente desmenuzada será la tierra, en gran manera será la tierra conmovida. Temblará la tierra como un ebrio y será removida como una choza”.*

Isaías 24: 23 *“La luna se avergonzará y el Sol se confundirá, cuando Jehová de los ejércitos reine en el monte de Sión”.*

Joel 2: 31 *“El Sol se convertirá en tinieblas y la luna en sangre antes de que venga el día grande y espantoso de Jehová”.*

Malaquías 4: 1 *“porque viene el día ardiente como un horno y todos los soberbios y todos los que hacen maldad serán estopa; aquel día que vendrá los abrasará... y no les dejará ni raíz ni rama”.*

En estas profecías del Antiguo Testamento se puede observar que **se anunciaban para la Primera Venida prodigios similares a los que se anuncian para la Segunda:** el Hijo del hombre en las nubes; fenómenos en el sol y la luna; fuego abrasador; temblores de Tierra, etc .

Sin embargo, el Nuevo Testamento no dice que sucediera ninguno de esos fenómenos físicos cuando Jesús nació: Jesús no vino en las nubes, sino que nació como hijo de mujer; el sol no se apagó ni la luna se convirtió en sangre. Tampoco hubo ningún gran fuego abrasador ni fue desmenuzada la Tierra.

Para explicar que esas profecías del Antiguo Testamento no se cumplieran literalmente cuando vino Jesús, algunos cristianos interpretan que eran profecías que se referían a la Segunda Venida de Cristo y no a la Primera y que por eso no se produjeron esos fenómenos en tiempos de Jesús.

Sin embargo, en ningún momento los judíos del tiempo de Jesús pensaron que el Antiguo Testamento anunciaba una Segunda Venida. De hecho los judíos actuales siguen esperando la Primera Venida de Cristo por entender que Jesús no fue el Mesías anunciado. Además, como ya se ha señalado, el propio Jesús señaló que las profecías del Antiguo Testamento se cumplían con él y que no eran para después de él, afirmando *“Porque todos los profetas y la ley profetizaron hasta Juan”* (Mateo 11:13).

Por tanto, si las profecías respecto a la Primera Venida son similares a las profecías respecto a la Segunda Venida, **resulta razonable esperar que el cumplimiento de las mismas en la Segunda Venida se produzca de forma similar a como ocurrió en la primera.**

La Segunda Venida, al igual que todos los hechos de la providencia central de Dios, se tendrá que dar sobre el pueblo elegido, sobre el pueblo que heredó de Jesús la esperanza de la salvación. Es decir, la Segunda Venida debe darse sobre el nuevo Israel, que es el pueblo cristiano, y supondrá una nueva oportunidad histórica para que el reino de Dios se instale en la Tierra y se expulse a Satanás, Príncipe de este mundo. Por ello al igual que Jesús nació en el seno de una familia de Israel, el Señor de la Segunda Venida nacerá en una familia del Segundo Israel, en una familia cristiana.

Después, al igual que Jesús, desarrollará un proceso de predicación para convencer primero a los cristianos, al igual que Jesús se concentró en el pueblo judío, y luego a todos los demás de que ha llegado el momento de construir el reino de los Cielos.

Al igual que ocurrió en tiempos de la Venida de Jesús muchos dudarán de la persona que encarne la Segunda Venida de Cristo y le calumniarán atribuyéndole todo tipo de crímenes, le perseguirán, le harán sufrir e incluso intentarán acabar con su vida.

Pero si la venida del Mesías no vendrá acompañada de prodigiosos fenómenos exteriores ¿cuál es el significado de las profecías que se contienen en el Nuevo Testamento?

19.2.1. El simbolismo de las profecías referentes a la Segunda Venida de Cristo

Jesús dijo: "*Fuego vine a echar en la tierra; ¿y qué quiero si ya se ha encendido?*" (Lc 12:49). Sin embargo el Evangelio no nos narra ninguna actuación de Jesús como incendiario público. Sus palabras no deben interpretarse de forma literal sino simbólica. Lo que Jesús quería decir es que deseaba ansiosamente que la verdad del plan de Dios fuera entendida por el pueblo, que todos los corazones de los hombres ardieran de amor de Dios y amor al prójimo y que consideraba que el fuego de la verdad ya se había iniciado con su predicación.

El versículo de la segunda epístola de Pedro "*los elementos ardiendo serán desechos, y la tierra y las obras que hay en ella serán quemadas*" debe ser interpretado de forma análoga. No se trata de incendios físicos a gran escala. Su significado real es que nuestra vida y las actitudes que tenemos se encontrarán ante una escala de valores superior que traerá el Mesías y ante su luz nos veremos obligados a reconocer la parte de mentira que tengamos en nuestro día a día, nuestros vicios, nuestras infidelidades, nuestra falta de ética con nuestro prójimo, nuestra despreocupación de los problemas de los demás, etc, etc.

Este reconocimiento de nuestros defectos particulares y sociales no se realizará bajo coacción externa alguna. El Mesías no viene para actuar como un dictador ni para obligarnos a cambiar mediante el uso de la fuerza física. Serán sus cualidades morales, la ejemplaridad de su vida y la claridad de su mensaje los que actúen como una fuerza sobre nuestro corazón. Si somos sinceros reconoceremos que muchas impurezas, muchas cosas sucias forman parte de nuestra vida individual, familiar, profesional y social. Y nuestro corazón anhelará llenarse de ese fuego, de esa nueva verdad, para purificarse y para, en lo sucesivo, poder mirar con ojos limpios a nuestro cónyuge, a nuestros clientes, a nuestros amigos.

La eliminación de la mentira de nuestra vida será el factor esencial que nos permitirá nacer de nuevo espiritualmente y recibir la bendición del Señor de la Segunda Venida. En este sentido, libremente, nos daremos cuenta de nuestro oscuro pasado, renunciaremos y nos arrepentiremos de él, "*la tierra y las obras que hay en ella serán quemadas*", y cual ave fénix renaceremos a una nueva vida, a una nueva historia.

Las profecías respecto al Sol, la Luna y las estrellas pueden interpretarse recordando, por analogía, su significado en el sueño que tuvo José, el hijo de Jacob. En Génesis 37 se narra que José tuvo un sueño en el cual el Sol, la Luna y once estrellas le adoraban, lo cual irritó a su padre, Jacob, que le dijo: "*¿Acaso piensas que tu padre, tu madre y tus hermanos vamos a someternos a ti?*". El sueño se cumplió, pues cuando José obtuvo un alto cargo en

el Gobierno del Faraón, su padre, madre y sus hermanos estuvieron sometidos a él. Pero lo importante es su significado: Sol igual a Padre, Luna a Madre y Estrellas a Hermanos. ¿Quiénes fueron el Sol, la Luna y las Estrellas en tiempos de Jesús, es decir, quienes ocupaban la posición de padre, madre y hermanos? ¿Quiénes las ocuparán en el tiempo de la Segunda Venida?

Moisés era el profeta central de la tradición judía y su figura ocupaba la posición del Sol (Padre) y las leyes mosaicas el papel de Luna (Madre) para los judíos. Sin embargo, el mensaje de Jesús, de mayor valor que el de Moisés, convirtió a éste *en tinieblas*". De hecho, para el cristianismo, Moisés es un personaje plenamente respetado, aunque inferior a Jesús. De la misma forma las rígidas leyes mosaicas, que eran como la Luna (Madre), complemento de Moisés, se convirtieron en "*sangre*", "*se avergonzaron*"; es decir, tuvieron que dejar paso al mensaje superior de amor que impartió Jesús y que posteriormente calaría en el corazón de sus seguidores cuando recibieron al Espíritu Santo.

Así pues, Jesús y el Espíritu Santo, sustituyeron a los astros del firmamento teológico judío, sustituyeron a Moisés y a las leyes mosaicas. En realidad, Moisés estaba en plena sintonía con Jesús, como se puede ver en la narración de la transfiguración, y no había contradicción entre la esencia de las enseñanzas de Moisés y el mensaje de Jesús. El propio Jesús dijo "*no penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas; no he venido para abrogar sino para cumplir*" (Mt 5:17) pero los judíos no supieron comprenderlo y creyeron que Jesús renegaba de Moisés.

Igual ocurrirá en la Segunda Venida. Ante el Cristo vivo, la figura de Jesús (el Sol) se oscurecerá y el Espíritu Santo, o los textos evangélicos (la Luna), no darán su luz en comparación con el resplandor de la más completa explicación de la verdad que traerá Cristo en su Segunda Venida. Muchas estrellas del momento, como son los dirigentes religiosos y las personas de gran religiosidad, no sabrán reconocer a Cristo, en su Segunda Venida, y caerán como cayó Juan Bautista, que no supo reconocer en Jesús al Cristo vivo de su tiempo.

Sin embargo, Jesús, desde el mundo espiritual, apoyará firme y decididamente a la persona que ocupe la posición de Segunda Venida de Cristo. Al igual que Elías se hallaba espiritualmente inspirando a Juan Bautista, Jesús estará espiritualmente inspirando a la persona que sea la Segunda Venida de Cristo. El versículo 19:12 del Apocalipsis "*y tenía un nombre escrito que ninguno conocía sino él mismo*" sugiere que Cristo en su Segunda Venida se manifestará en una persona distinta de Jesucristo. No se tratará del propio Jesús, cuyo nombre es conocido, sino de otra persona cuyo nombre nadie conocerá en un principio al igual que, en la Primera Venida, muy pocos supieron reconocer al Cristo, que venía en la persona de Jesús, y cuyo nombre no fue famoso y reconocido hasta muchos años después de su crucifixión.

La reunión de Cristo en el aire con los suyos "*arrebatados en las nubes*" tiene un significado simbólico. El versículo de Apocalipsis 17:15 "*las aguas que has visto, donde la ramera se sienta, son pueblos, muchedumbres, naciones y lenguas*" ayuda a comprender su significado. Si las aguas son los pueblos, las nubes, que son agua evaporada y por tanto purificada, simbolizan a las personas que tienen una mayor religiosidad, una mayor espiritualidad. Por tanto, "*seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire*" (1 Ts. 4:17), quiere decir que, en la Segunda Venida, el Cristo contactará, inicialmente, con las personas más preparadas para recibirlo, a fin de conseguir

seguidores fieles. Posteriormente, con la ayuda de éstos, extenderá su mensaje al resto de la Humanidad.

19.3. ¿CUÁNDO SE PRODUCIRÁ LA SEGUNDA VENIDA?

En el punto 8 se vio el sentido general que tiene la historia, primero como camino de restauración o indemnización de los errores del pasado para, a continuación, posibilitar la realización del ideal perdido, o Reino de Dios en la Tierra.

En el punto 9 y siguientes se analizó el significado desconocido que tiene la historia bíblica, como narración de los hechos que establecieron las condiciones necesarias para hacer posible la llegada de Jesucristo. Desgraciadamente la misión de Cristo no pudo realizarse por el rechazo del pueblo elegido y Jesús en lugar de recorrer un camino de gloria tuvo que sufrir persecuciones y una muerte afrentosa. Sin embargo, su absoluta confianza en Dios, incluso hasta el último momento, le permitió establecer el fundamento de fe sobre el cual, el Jesús espiritual, pudo aparecerse a sus discípulos y conseguir que le creyeran y le siguieran, con fe y plena dedicación, **dando lugar al nuevo Israel**, al pueblo cristiano.

La historia de este nuevo Israel es una historia de indemnización cuyo objetivo es restaurar los fallos del ciclo anterior, que culminó con la Primera Venida de Cristo. Por ello en la historia del pueblo cristiano se observa un curioso paralelismo con la historia del pueblo de Israel y su objetivo es el mismo: ofrecer una nueva oportunidad de auténtica y completa salvación, la Segunda Venida de Cristo.

19.3.1. El periodo de persecución bajo el Imperio Romano

En la familia de Abraham se estableció, por primera vez en la historia bíblica, el fundamento de fe y de substancia en la persona de Jacob. Sin embargo, como ya se vio en el punto 12.5, el fallo de Abraham impidió que se pudiera producir entonces la Venida del Mesías.

La familia de Jacob (Israel) tuvo que indemnizar, durante los 400 años de esclavitud en Egipto, el fallo de Abraham. Jacob, junto con sus descendientes (12 hijos y 70 familiares), se asentó en Egipto, que representaba al mundo satánico. Allí se multiplicaron y fueron perseguidos manteniéndose relativamente fieles a Dios, mediante el ofrecimiento de sacrificios, la observancia del sábado y la circuncisión.

De forma similar, los 12 apóstoles y los setenta discípulos de Jesús, arrojaron persecuciones y se insertaron en el seno del Imperio Romano, donde crecieron y se multiplicaron. Los emperadores romanos les hicieron sufrir 10 persecuciones, curiosamente el mismo número que el de las plagas con que Dios castigó al Faraón, hasta que éste permitió a Israel salir de Egipto.

Tras esas 10 persecuciones, los cristianos empezaron a lograr salir del Egipto espiritual en que se hallaban, de la clandestinidad y de la marginación. Ello ocurrió con el emperador Constantino quien, mediante el Edicto de Milán en el año 313, estableció la libertad para ser cristiano y ordenó la restitución de los bienes eclesiásticos confiscados.

La tradición sostiene que Constantino tomó esta decisión tras tener la visión de una cruz en el cielo, el día anterior a su decisiva batalla contra su rival Magencio, en el año 312. Tras obtener la victoria, Constantino, se habría convertido repentinamente al cristianismo y

pocos meses después habría publicado el citado Edicto de Milán. Otros historiadores sostienen la tesis de que su reconocimiento de la libertad de ser cristiano fue una cuestión de simple oportunismo político, dada la importancia que entre el pueblo, en todos sus estamentos, había adquirido esta secta judía.

Sin embargo, se podría decir que el cristianismo no obtuvo su victoria completa hasta que, en el 380, el emperador Teodosio I declaró al cristianismo religión oficial del Imperio Romano y, en el 394, llegó a cerrar los templos paganos. Al igual que Israel había escapado del mundo satánico emigrando físicamente de Egipto, el cristianismo escapó del contexto satánico del paganismo, logrando que el Imperio romano reconociera al cristianismo como religión oficial.

A partir de ese momento se puede decir que el cristianismo llegó a ser un Canaán espiritual. De la misma forma que Moisés, tras salir de Egipto, recibió los Diez Mandamientos y construyó el tabernáculo y el arca de la alianza, el Segundo Israel recopiló las palabras de Jesús y las escrituras de los apóstoles y estableció el Nuevo Testamento y las iglesias centradas en la palabra de Dios, como foco de convergencia para todos los cristianos.

Este primer periodo del cristianismo duró casi 400 años y es equivalente al periodo de los 400 años de esclavitud en Egipto. Los sufrimientos de los primeros cristianos constituyeron una indemnización por aquella oportunidad perdida en tiempo de Moisés.

19.3.2. El periodo de las Iglesias Patriarcales

Finalizado el periodo de persecución y declarado el cristianismo religión oficial del Imperio, el segundo Israel se estructuró en torno a diversas comunidades, Alejandría, Constantinopla, Antioquía, Jerusalén, etc, al frente de las cuales se situaban los patriarcas. Posteriormente, fue adquiriendo cierta primacía, aunque como *primus inter pares*, el patriarca de Roma, la antigua capital del Imperio. Roma tenía además una importancia especial para los cristianos porque en ella había muerto el apóstol Pedro y porque había sido el centro de las persecuciones de los cristianos.

Desde el año 400 hasta el 800, el cristianismo había convertido al evangelio a las tribus germánicas que se habían trasladado a Europa Occidental, huyendo de la invasión de los hunos. El pueblo germano había conquistado el imperio romano de Occidente y, recién convertido, llegó a constituir, dentro del cristianismo, el grupo elegido, sobre el que recaería la responsabilidad de cumplir las condiciones de indemnización para hacer seguir avanzando la providencia de Dios.

Figura clave de este periodo fue el obispo de Hipona, san Agustín (400-485), quien en su libro *La Ciudad de Dios*, sugirió la configuración social en la que, en teoría, debería plasmarse el ideal cristiano.

Este periodo de las Iglesias Patriarcales es similar al periodo de los Jueces que vivió el primer Israel tras su entrada en Canaán, hasta que Samuel ungió al rey Saúl. Durante ese periodo, que duró unos 400 años, Israel se estructuró de forma feudal entre las diversas tribus, sometidas a la autoridad religioso-política de los llamados Jueces.

De forma análoga los cristianos, durante el periodo de las Iglesias Patriarcales, se hallaban bajo la dirección espiritual de los obispos principales y, en lo social y en lo económico, el mundo cristiano vivía en un sistema feudal. Desgraciadamente, al igual que

en el periodo de los Jueces, el nuevo Israel no tuvo la actitud adecuada y los diversos patriarcas se relacionaban entre sí más como rivales que como hermanos en Cristo, perdiendo de vista su misión evangélica. Las divisiones entre los cristianos del Este y el Oeste conducirían finalmente a la ruptura entre las dos iglesias en el año 1054.

19.3.3. El Sacro Imperio Romano Germánico

Los emperadores cristianos y los fieles habían ido colmando a la Iglesia romana con donaciones territoriales, cuyo conjunto recibió el nombre de Patrimonio de san Pedro. Sin embargo, las invasiones bárbaras y el conflicto con los emperadores bizantinos, dejó en difícil situación el poder real de los papas sobre los restos del antiguo Patrimonio de san Pedro.

El papa Esteban II, viéndose entre la amenaza de los lombardos por el norte y de los bizantinos por el este, solicitó la ayuda del rey de los francos, Pipino. Derrotados los lombardos, Pipino entregó al papado el exarcado de Rávena y la región de Roma, que constituyeron en el futuro la base de los llamados Estados Pontificios.

El rey Carlomagno continuó prestando al papado el apoyo que su padre había otorgado a los Estados Pontificios y en el año 800, como contrapartida a la protección que dispensaba a los Estados Pontificios, se hizo coronar por el papa León III, con el título de Emperador del Sacro Imperio Romano Germánico.

Carlomagno retomaba así el liderazgo del antiguo imperio romano, que se había perdido tras las invasiones bárbaras e incluso trató de iniciar una etapa de buenas relaciones con los musulmanes, llegando a intercambiar regalos con el Califa de Bagdad. Desgraciadamente los contactos entre ambas religiones no se desarrollaron de forma constructiva.

La posición de Carlomagno, emperador del orbe cristiano, del nuevo Israel, resultaba así análoga a la del rey Saúl, rey del primer Israel. Al igual que el profeta Samuel había ungido a Saúl, el papa León III había coronado a Carlomagno. Si el emperador, desde esa posición, hubiera mantenido una línea decidida de cumplimiento del ideal de Dios y hubiera conseguido que el pueblo cristiano le siguiera, podría haber establecido el fundamento de fe y el fundamento de substancia para recibir al Mesías en su Segunda Venida. Sin embargo Carlomagno, al igual que Saúl, no supo ser el campeón que Dios necesitaba y la venida de Cristo tuvo que posponerse.

19.3.4. El Imperio Dividido

El Sacro Imperio Romano Germánico se mantuvo unido inicialmente; pero, tras la muerte de Carlomagno, a la tercera generación, se dividió, pues sus nietos se pelearon entre sí. El Imperio se dividió inicialmente en tres partes: el reino franco occidental para Carlos el Calvo, el reino central para Lotario y el reino franco del este para Luis el germánico. Poco tiempo después de esta división, bajo el reinado de Enrique I en el año 919, el reino central (Italia) quedó integrado en el reino franco del este, que heredó el nombre de Sacro Imperio Romano.

Así, el anterior Imperio de Carlomagno quedó dividido en dos partes: Francia (posición Caín) y el Sacro Imperio (posición Abel). Por tanto, el Imperio se mantuvo unido durante casi unos 120 años, desde el 800 hasta el 919, duración similar a la que tuvieron los tres reinados consecutivos (Saúl, David y Salomón) en los que el reino de Israel se mantuvo unido.

Durante el periodo del Imperio Dividido, el Estado Vaticano fue consolidando un importante poder temporal, utilizando astutamente en su favor el deseo de los reyes de ser coronados emperadores, herederos del antiguo imperio. También contó el papado con el uso de la amenaza de las penas del infierno y con el apoyo del clero, que como quinta columna, estaba presente en los diversos pueblos de Europa.

El papado tenía un territorio propio que abarcaba el centro de Italia y sobre el que el papa, además del liderazgo espiritual, ejercía un dominio material, similar al de cualquier otro príncipe feudal de su tiempo. La lucha del papado por obtener y conservar su poder temporal le llevó, en muchos casos, a realizar un juego de alianzas políticas que perjudicó su liderazgo espiritual sobre el mundo católico. En muchas ocasiones, los papas actuaron más como príncipes de Roma que como líderes de la iglesia de Cristo.

Como consecuencia, el papado fue frecuentemente monopolizado por familias que lo consideraban como una herencia y que se organizaban para que el papado pasase de un familiar a otro. Así ocurrió, por ejemplo, entre los años 900 y 1048, periodo durante el cual el papado estuvo vinculado a la familia de los Teofilato (desde 911 con el papa Juan X hasta Benedicto IX, en 1048).

Esta realidad material conllevaba un fuerte riesgo de corrupción y de hecho la concesión de privilegios, como contrapartida al apoyo político, y el nepotismo fueron ingredientes habituales, salvo honrosas excepciones, en la actuación de los papas, agravada, a veces, por papas de especial lujuria y crueldad como fue el caso de Juan XII (955-963).

El cristianismo se corrompió de forma importante y Dios castigó la arrogancia y superficialidad del mundo cristiano, permitiendo que las Cruzadas, que comenzaron en 1096, fueran derrotadas una tras otra. Siete fueron las expediciones organizadas para liberar los Santos Lugares y en ellas murieron muchos orgullosos y falsos cristianos, así como también muchos otros buenos cristianos, como por ejemplo san Luis, rey de Francia.

El sacrificio conjunto de todos ellos constituyó la indemnización que la cristiandad debió pagar por la corrupción en que había caído. Las Cruzadas fueron una manifestación de cómo el cristianismo del Oeste, centrado en Roma, consideraba al Islam, e incluso a los cristianos ortodoxos, como enemigos en vez de potenciales aliados en la lucha contra el mal, contra la falta de espiritualidad. De hecho, en su camino hacia Jerusalén, los cruzados atacaron y conquistaron Constantinopla, capital de la Iglesia ortodoxa.

Este periodo, desde el 919 al 1309, es equivalente al periodo de 400 años que duró el Reino Dividido de Israel, surgido tras la muerte de Salomón, al dividirse su reino entre Israel, al norte, y Judá, al sur. Durante este periodo, en ambos reinos, aparecieron diversos profetas que intentaron revitalizar la fe en Dios y combatir la idolatría.

De forma similar, en el nuevo Israel, personajes tales como Bernardo de Claraval (1090-1153), que realizó una gran reforma de la vida monástica que se había corrompido en gran manera, Domingo de Guzmán (1170-1221), fundador de los dominicos, Francisco de Asís (1182-1226) fundador de los franciscanos, Alberto el Magno (1193-1280), Tomás de Aquino (1225-1274), etc, actuaron como profetas en su tiempo, contribuyendo por vía intelectual o mística a la purificación de la Iglesia.

19.3.5. El exilio en Avignon y el periodo de retorno

Tras la caída de Judá en la idolatría, Dios permitió que el reino fuera conquistado por Nabucodonosor y que el pueblo fuera llevado en cautividad a Babilonia. Allí estuvieron cautivos durante 70 años. Transcurrido este tiempo, Ciro, rey de Persia, que había conquistado Babilonia, les dejó volver a su tierra. Pudieron entonces reconstruir el Templo y recibieron a diversos profetas, entre ellos a Malaquías, que fue el último profeta del Antiguo Testamento.

De forma análoga, en el mundo cristiano, la inmoralidad de los papas y del clero en general había dado lugar a una gran desconfianza del pueblo hacia sus líderes religiosos. Las derrotas de las Cruzadas sugerían que el pueblo cristiano había perdido el favor de Dios.

Las luchas por razones meramente materiales entre los papas, en su calidad de reyes de media Italia, y los reyes que se repartían el resto del antiguo territorio del imperio, dieron lugar a que las teóricas decisiones religiosas del papa estuvieran frecuentemente mediatizadas y corrompidas por intereses materiales. El cristianismo, incluidos los papas que eran sus máximos representantes, había caído en la idolatría y Dios dejó que el papado fuera castigado.

En 1305, por presiones políticas, se eligió como papa a un francés con el nombre de Clemente V, quien trasladó, en 1309, el Vaticano de Roma a Avignon, en el sur de Francia. Allí, de facto, tanto él como los papas posteriores fueron rehenes del poder político de los reyes de Francia durante casi 70 años hasta que, en 1377, el papa Gregorio XI decidió, y consiguió, trasladar de nuevo la Curia papal a Roma. La propia Iglesia católica percibió la similitud entre este periodo y la cautividad de Israel en Babilonia y por ello se llegó a denominar al “exilio en Avignon, como "la segunda cautividad en Babilonia".

Durante este periodo, Dios inspiró a grandes personajes cristianos, tales como Catalina de Siena (1347-1380), para que como profetas de la antigüedad inspiraran a los papas y al pueblo a retornar a las auténticas raíces cristianas.

Tras la muerte de Gregorio XI (1370-1378), los cardenales eligieron papa a Urbano VI (1378-1389), pero de nuevo por razones políticas los cardenales, que eran en su mayoría franceses, rechazaron a Urbano VI, y establecieron otro Vaticano en Avignon, eligiendo como papa a Clemente VII (1378-1394), al cual sucedió el papa Luna, Benedicto XIII (1394-1424).

A su vez a Urbano VI, en Roma, le sucedieron Bonifacio IX (1389-1404), Inocencio VII (1404-1406) y Gregorio XII (1406-1417).

Durante este periodo de más de treinta años, la Iglesia tuvo así dos papas, hasta que en 1409, en Pisa (Italia), los cardenales acordaron destituir a ambos papas para unificar el papado y eligieron a Alejandro V (1409-1410) como papa único y legítimo. Pero los otros dos papas se opusieron, por lo que la Iglesia católica entró en un periodo en el que tuvo **tres papas simultáneamente** (Gregorio XII, Benedicto XIII y Alejandro V).

A la muerte de Alejandro V los cardenales eligieron a Juan XXIII (1410-1423) por lo que siguieron existiendo tres papas y ni los religiosos más santos de la época lograban ponerse de acuerdo sobre cuál de los tres era el papa legítimo.

Finalmente, en 1415 en Constanza (Suiza), se celebró un concilio general en el que participaron obispos, arzobispos, teólogos y miembros de la realeza. En él se acordó destituir a los tres papas y volver a unificar el papado, con sede en Roma. Gregorio XII abdicó y murió poco antes de que se eligiese al nuevo papa de todos, Martín V (1417-1431); Juan XXIII fue depuesto y el nuevo papa lo confirmó como cardenal y Benedicto XIII, que hasta entonces había sido apoyado por san Vicente Ferrer, no quiso renunciar y se refugió en Peñíscola donde a su muerte sus seguidores nombraron a otro nuevo antipapa, Clemente VIII (1424-1454). El cisma había durado cuarenta años, y treinta más si se incluye a la línea de antipapas que se refugió en Peñíscola.

El concilio general de Constanza en el que se había vuelto a unificar el papado había tratado de privar a los cardenales de la competencia de elegir al papa, para transferirla a esa conferencia de obispos y teólogos. El propósito era transformar más tarde la organización de la Iglesia en una especie de monarquía constitucional. Sin embargo, el nuevo papa, Martín V (1417-1431), rechazó esta solución y la monarquía absoluta papal quedó de nuevo restaurada.

Los intentos de reforma de la Iglesia, poniendo énfasis en la renuncia al poder temporal, no habían tenido acogida entre los líderes de la iglesia. El propio Concilio de Constanza había actuado contra los líderes reformistas. Ordenó, en 1415, la exhumación y destrucción del cadáver de John Wycliffe (1324-1384), que fue llevada a cabo en 1428 durante el papado de Martín V y no se opuso a la muerte en la hoguera de Jan Huss (1369-1415), por orden del emperador Segismundo, que no hizo honor al salvoconducto que él mismo le había dado para acudir al Concilio.

Estas actuaciones fueron el fermento que impulsó e hizo extenderse la necesidad de una Reforma religiosa, que tuvo lugar un siglo más tarde, y que fue tanto más necesaria cuanto que el papado, aún convaleciente del exilio en Avignon y del cisma subsiguiente, se había sumido en los abismos de una corrupción inimaginable.

El papa Pablo II (1464-1471) aumentó las fiestas de Carnaval y fue más amigo de los faustos y esplendores, de los banquetes y suntuosas ceremonias que de la vida religiosa. Le sucedió Sixto VI (1471-1484) cuyo papado estuvo marcado por el nepotismo y, como dijo Egidio de Viterbo, inició una época "más preocupada por el dinero que por el Dios verdadero y por los placeres carnales que por los bienes eternos". Su sucesor, Inocencio VIII (1484-1492) agravó más aún la inmoralidad y por primera vez se representaron en Roma, en presencia de cardenales y otros altos dignatarios de la Curia, las inmorales comedias clásicas y el vicio de Sodoma alcanzó una extensión alarmante.

La corrupción alcanzó su paroxismo con el papa Borgia, el español Alejandro VI (1492-1503), cuyas orgías han pasado a la historia. Ya siendo cardenal tuvo al menos siete hijos reconocidos, los cuales, en especial César Borgia, han dejado tristemente vinculado el apellido familiar al crimen, al asesinato y a la crueldad. Tras la muerte de Alejandro VI, fue elegido Pío III que duró apenas un mes y tras él Julio II (1503-1513), el Papa Terrible, que fue más un emperador y un guerrero que un sacerdote. Papini lo describe más bien como un príncipe del Renacimiento, ávido de grandeza, gloria, lujo e inmortalidad y afirma que siendo cardenal tuvo tres hijos naturales, contrajo la sífilis y se hizo pederasta en la edad madura. La construcción de la actual Iglesia de San Pedro, el Vaticano, empezó con él en 1506.

Le sucedió León X (1513-1521), cuyas fiestas de coronación fueron las más fastuosas que recordaba Roma desde la época imperial. Sus excesivos gastos en promover el arte, construir la basílica de san Pedro y el lujo de su corte le llevaron a crear, previo pago, un gran número de cardenales, y a elevar a más de dos mil el número de cargos eclesiásticos vendibles, amén de montar una gran vía de recaudación mediante la venta de las indulgencias.

El papado llevaba así más de medio siglo, desde Paulo II en 1464, sumido en ininterrumpida y escandalosa corrupción. Es en ese contexto en el que el monje agustino Martín Lutero dio lugar a una gran reforma de la cristiandad al clavar sus noventa y cinco tesis en la puerta de la catedral de Vittemberg.

Su protesta, que inicialmente sólo pretendía contribuir a purificar la propia Iglesia desde dentro, dio lugar, al no encontrar eco en la jerarquía eclesiástica, a una revolución religiosa que recorrió Europa, dividiendo a la cristiandad en dos partes y provocando en ambas un despertar religioso: la Reforma protestante y la Contrarreforma católica.

El periodo, desde 1309 a 1517, tiene una gran analogía con el periodo de 210 años que el pueblo de Israel vivió, desde que fueron llevados cautivos a Babilonia hasta que recibieron a Malaquías, el último profeta del Antiguo Testamento, quien anunció *"He aquí yo envío mi mensajero el cual preparará el camino delante de mí y vendrá súbitamente a su templo el Señor a quien vosotros buscáis" "Porque aquí viene el día ardiente como un horno" "Os envío al profeta Elías antes de que venga el día de Jehová, grande y terrible"* y despertó aun más en el pueblo de Israel la esperanza mesiánica.

El monje Martín Lutero tuvo un papel similar a Malaquías y, tras la Reforma religiosa, se inició un periodo de tiempo hasta nuestros días que indemniza los 400 años que los judíos tuvieron de preparación hasta la llegada de Jesús.

19.3.6. El periodo de preparación para la Segunda Llegada del Mesías. Desde la Reforma de Lutero hasta nuestros días

Este periodo, de unos 400 años, se puede considerar dividido en tres subperíodos:

a) desde la Reforma (1517) hasta el tratado de Westfalia de 1648 que puso fin a las llamadas guerras de religión en Europa (unos 130 años)

b) desde esta fecha hasta la Revolución francesa de 1789, periodo en el que la religión, la ciencia y los diversos pensamientos filosóficos entran en intenso conflicto intelectual (unos 140 años) y

c) desde 1789 hasta el final de la Primera Guerra mundial en 1918, periodo en el que se produce el avance primero y luego el asentamiento político de la ideología materialista con la revolución comunista de 1917 (unos 130 años)

19.3.7. El periodo de 1517 a 1648

El desarrollo moral y ético de la sociedad cristiana medieval fracasó por el mal ejemplo que muchos papas y la propia estructura jerárquica de la Iglesia habían dado al pueblo cristiano. El anhelo profundo de libertad que tiene la naturaleza original del ser humano buscó su manifestación a través de los ideales del Renacimiento. La libertad de

pensamiento, el gozo de la vida y la belleza exterior habían sido los caminos por los que el hombre había buscado liberarse de unas formas de religión opresivas, de la angustia respecto al más allá y de la miseria y esclavitud a que les sometía el sistema feudal.

Las Cruzadas, fracasadas en lo militar, habían servido sin embargo para traer desde Oriente e introducir en Occidente la cultura de los clásicos griegos. El helenismo, inicialmente como corriente filosófica, se transformó en un movimiento que, poniendo el énfasis en los valores del individuo, inició una transformación de todos los aspectos de la sociedad tanto culturales como políticos, económicos y religiosos. El Renacimiento fue así un movimiento que promovió la modificación de los aspectos externos de la sociedad humana.

El Renacimiento, que había tenido sus inicios en torno al siglo XIII, culminó en esta época con la aparición de grandes pensadores como Descartes (1596-1650). Este pretendió que la razón (*"No aceptar jamás una cosa como cierta sin conocer que lo es evidentemente"*) fuese el supremo juez de la verdad para evitar los graves errores que se habían cometido en el pasado por la intromisión de la autoridad de la Iglesia, como fue el caso de la persecución de Galileo (1564-1642), entre otros muchos.

Se intentaba también superar las limitaciones a que se veía sometida la investigación filosófica por temor a posibles acusaciones de herejía. (Recuérdese que Giordano Bruno fue condenado y quemado en la hoguera en el año 1600 por preconizar una concepción panteísta y criticar la corrupción de la Iglesia).

Francis Bacon (1560-1626) propugnó como fuente de conocimiento la experiencia sensorial, lo que se puede percibir por los sentidos, y rechazó la validez de la especulación filosófica, método que había sido usado hasta entonces para la búsqueda de la verdad, y que en muchos casos había llevado a conclusiones que nada tenían que ver con lo que se podía ver y tocar.

En paralelo a estas manifestaciones de libertad exterior en el plano de la ciencia y de la filosofía, se produjeron diversos intentos orientados a generar libertad en el plano profundo de la persona, en el plano espiritual o religioso. Frente a la opresión en que muchos jerarcas de la Iglesia mantenían a sus fieles, bajo amenaza de excomunión y de las consiguientes penas eternas del infierno, hubo diversos intentos que pretendían esa mayor libertad de pensamiento.

Así, en el siglo XIV, Wycliffe (1324-1384), profesor de teología de la Universidad de Oxford en Inglaterra, tradujo la Biblia al inglés, para que su lectura pudiese estar al alcance de los ciudadanos y para evitar que su conocimiento estuviese monopolizado por el clero, que realizaba en muchos casos una interpretación sesgada, favorable a los poderosos y a mezquinos intereses materiales.

Sin embargo, la corrupción de la Iglesia continuó. La confusión entre el poder espiritual y el poder temporal, los terribles ejemplos de lujuria, avaricia y abuso de poder antes señalados, fueron desprestigiando al papado y cuando el papa León X comenzó a vender indulgencias, que evitarían o reducirían a sus compradores las futuras penas del Purgatorio que les pudiesen corresponder, el monje agustino Martín Lutero clavó, en 1517, sus famosas noventa y cinco tesis en las puertas de la catedral de Wittenberg en Alemania, oponiéndose a esta especie de comercio.

Sus protestas iniciales pudieron haber sido el detonante que hubiese promovido un proceso de purificación de la Iglesia desde dentro pero, a pesar de los esfuerzos de Carlos V, emperador y rey de España, por evitar el conflicto, la soberbia del papado impidió

alcanzar un acuerdo. Como consecuencia se produjo una escisión en el seno de la Iglesia, que se pretendió sofocar por las armas. La rebelión se extendió por Europa central, especialmente por Alemania, y dio lugar a guerras sucesivas, que duraron más de cien años y que finalmente culminaron con el Tratado de Westfalia de 1648, que reconoció la victoria del protestantismo en la Europa del norte.

En el ámbito europeo las discrepancias religiosas dejaron de ser causa de guerra pero, de facto, en cada una de las zonas y hasta tiempos relativamente recientes el bando victorioso persiguió y maltrató a los seguidores del otro. Baste recordar cómo, en España, hasta bien entrada la década de los setenta del siglo XX, se han enseñado en las escuelas versiones difamatorias sobre la vida de Lutero, fundador de la secta protestante.

Durante la época de la Reforma, tanto en el lado protestante como en el católico, surgieron movimientos destinados a potenciar el aspecto interior del ser humano, la vida religiosa y la experiencia espiritual.

En la parte protestante cabe citar además de Lutero (1483-1546) al puritano radical Calvino (1509-1564) así como a Sebastián Franck (1499-1543). Este último, de forma contraria a las tendencias generales imperantes en su época, propuso la tolerancia religiosa completa *"Por donde a mi corazón nadie es ajeno. Tengo hermanos entre los turcos, los papistas, los judíos y todos los pueblos"*. Su generosa actitud le hizo ser excluido tanto por los católicos como por los luteranos poniendo de manifiesto que en muchas ocasiones se prefiere a los seguidores fanáticos que a aquellos que encarnan la actitud de amor verdadero que enseñó Jesús.

En el lado católico, cabe señalar como reformadores inspirados a Ignacio de Loyola (1491-1556), fundador de los jesuitas, y a Teresa de Avila (1515-1582) y Juan de la Cruz (1542-1591) que reformaron, respectivamente, las ramas femenina y masculina de los carmelitas. Ellos y otros contribuyeron a revitalizar, de forma importante, a la Iglesia Católica.

19.3.8. El periodo de 1648 a 1789

Tras la paz de Westfalia, se produjeron conflictos entre las ideas religiosas y las filosóficas así como divisiones dentro del cristianismo, en especial en el mundo protestante, donde existían mayores cotas de libertad intelectual.

Los anhelos de progreso del espíritu humano se canalizaron, al igual que en el periodo anterior, en dos direcciones: en la profundización de la comprensión del mundo exterior y en el desarrollo de la experiencia religiosa.

El primer camino, que seguía los pasos del Renacimiento, culminó con la llamada Ilustración. Puso énfasis en las facultades del hombre, la razón y la ciencia, como fundamento del conocimiento. El desarrollo del racionalismo y del empirismo, cuyos padres habían sido Descartes y Bacon en el periodo anterior, llevaron a confiar tan sólo en la razón y negaron el misticismo, las visiones y las revelaciones como posible fuente de conocimiento de la realidad. Confrontados con la idea de Dios, este tipo de pensamiento condujo al deísmo, doctrina originada por Herbert (1583-1648) que no negaba la existencia de Dios pero que reducía su papel al de mero creador que después se desentendía de su creación.

Estas ideas confluyeron en la línea de pensamiento denominada la Ilustración, que tuvo su centro en Francia en el siglo XVIII, y dio lugar a grandes avances intelectuales y científicos. Uno de sus pilares fue la Enciclopedia (de la cual son herederas las enciclopedias actuales), preparada por Diderot y D'Alembert. Su ambicioso y encomiable propósito consistía en hacer posible que cualquier individuo cultivado pudiese encontrar rápidamente compilado todo el saber ya fuese en el campo de la filosofía, la ciencia o las artes. Se consideraba a la ignorancia como la causa básica de muchos males y se deseaba que la enciclopedia fuese un instrumento de lucha contra la oscuridad.

El Siglo de las Luces, a la vez que alumbró grandes descubrimientos científicos, entronó a la diosa Razón en el altar de la ciencia y dejó escaso lugar al papel de Dios, que llegaría a ser considerado como un primer motor impersonal pero sin incidencia en la historia ni en la vida del hombre, o incluso, como sostuvo Buffon, como la mera energía vital que alienta en los seres vivos. De estas conclusiones a la negación de Dios y del alma humana no quedaba más que un paso, que fue dado por científicos tales como Lamettrie (1709-1751) y D'Holbach (1723-1789), quienes afirmaron que la mente humana es una mera función del cerebro, que muere cuando el cuerpo muere y que Dios no es más que una hipótesis innecesaria.

En paralelo al proceso racionalista y científico, que culminó en la Ilustración, se produjeron diversos movimientos espirituales que ponían el énfasis en las experiencias místicas personales, en la vivencia religiosa y en la conducta moral del individuo como fundamento del progreso humano.

Así, en Alemania, surgió el pietismo, centrado en el misticismo de Spener (1635-1705); en Inglaterra, el metodismo de los hermanos Wesley, que dio lugar a un gran reavivamiento espiritual en el país y el cuaquerismo, fundado por George Fox (1624-1690), que afirmaba que a menos que experimentemos la luz interior y nos unamos místicamente con Cristo nunca podremos conocer el verdadero significado de la Biblia.

Todos ellos daban gran importancia a la fe basada en la experiencia religiosa personal y a los aspectos místicos o espirituales de la vida que, al no poder ser explicados en términos puramente racionales, llevaban a una firme creencia en Dios y en la dimensión espiritual. En Suecia, el científico pero a la vez místico Swendenborg (1668-1772) tuvo diversas visiones espirituales que relató en sus libros. Todo este conjunto de movimientos fue denominado el Gran Despertar Religioso.

En Inglaterra, el Puritanismo, movimiento de purificación de la Iglesia de este país, fue perseguido, y algunos de sus miembros huyeron y fueron a instalarse en el nuevo continente, América, a efectos de poder ser libres de practicar sus creencias. De estos pioneros surgió así en 1776 una nueva nación independiente que, en su carta fundacional, resaltaba la especial importancia de tener libertad para adorar a Dios, cada uno según su criterio.

La Constitución americana, en su primer artículo, estableció: *"El Congreso no dictará ley alguna respecto al establecimiento de una religión o prohibiendo el libre ejercicio de la misma"*. La Declaración de Derechos del Hombre, contenida en la Declaración de Independencia americana, aprobada el 4 de julio de 1776, subrayó la importancia de la libertad humana y se anticipó en el tiempo a la Declaración de Derechos del Hombre y del Ciudadano que, trece años más tarde, realizaría la Revolución Francesa en 1789, inspirándose en aquella. Su hermosa y conocida frase *"todos los hombres han sido*

creados iguales y dotados por su Creador de determinados derechos inalienables" sintetiza la importancia de los derechos humanos y subraya su origen divino.

En el lado católico, Francia, en el siglo XVIII, reemplazó a la mística española del siglo XVI con personajes de la talla de Francisco de Sales (1567-1622) o Vicente Paúl (1581-1660). También en el plano racional, filósofos idealistas, tales como Kant (1724-1804), se opusieron a las concepciones meramente materialistas. No obstante, tomadas en conjunto, la mayor parte de las corrientes de pensamiento científico e intelectual fueron predominantemente contrarias al pensamiento religioso al que consideraban represor, opresor y anticientífico.

19.3.9. Desde la Revolución Francesa al final de la Primera Guerra Mundial

En la etapa posterior a la Revolución francesa se produjeron, dentro del ámbito del pensamiento intelectual y científico, grandes avances. Algunos de los filósofos principales, tales como Hegel (1770-1831), siguieron claramente la línea idealista. Hegel puso énfasis en la dimensión espiritual, en el Espíritu Absoluto, que se habría plasmado a sí mismo en la creación, para, a través de un proceso de desarrollo, que culminó con el ser humano, perfeccionarse a Sí mismo. Se trataba por tanto de un pensamiento idealista, con sabor panteísta y con ciertas similitudes con las ideas esotéricas de los Rosacruces.

Otros filósofos, como Kierkegaard (1813-1855), pusieron el énfasis en la necesidad de la búsqueda de Dios, con un ansia que desembocó, o casi, en la desesperación. El español Unamuno (1864-1936) en sus obras "El sentimiento trágico de la vida" "La agonía del cristianismo" y "San Manuel Bueno mártir" subrayó su ansiedad y su angustia por encontrar a Dios, a pesar del conflicto que enfrentaba su razón a su fe cristiana. El jesuita Teilhard de Chardin (1881-1955) intentó compaginar las teorías evolucionistas con la existencia de Dios y con la validez de la religión.

Pero fue el marxismo, el pensamiento materialista más absoluto e integral, el que adquirió predominio y prevaleció en el mundo intelectual hasta casi finales del siglo XX.

Feuerbach (1804-1872) invirtió la noción de Hegel de que Dios había creado al hombre como Su vía para perfeccionarse. Feuerbach, por el contrario, afirmó que no era Dios quien había creado al hombre sino el hombre el que había creado a Dios, como fruto de su imaginación. A ese Dios irreal, fantástico, el hombre le había atribuido un poder superior al cual apelar. La creencia en ese Ser superior, aunque no sirviera para nada, era una vía de escape, un consuelo para huir de las miserias de la vida cotidiana.

Carlos Marx (1818-1883), sobre el fundamento de la filosofía hegeliana, alumbró la corriente de pensamiento que ha predominado en el mundo hasta casi finales del siglo XX. De Hegel tomó dos ideas principales: una, que la historia tiene una meta y dos, que hay un proceso dialéctico (tesis-antítesis) del cual van surgiendo nuevas etapas de progreso (la síntesis). De Feuerbach tomó el ateísmo, la negación filosófica de Dios. Con estas bases construyó, con la colaboración de Frederic Engels (1820-1895), uno de los pensamientos más poderosos de la historia, con la pretensión de ofrecer una explicación global, práctica y completa a la vida del ser humano.

Todo es mera materia. El hombre no es más que un mono evolucionado a través del trabajo. La sociedad humana primitiva era una sociedad feliz pero la aparición de la propiedad privada de los medios de producción hizo a unos dueños y a otros esclavos y

surgió la infelicidad. Los propietarios impiden el desarrollo del potencial de sus trabajadores y éstos se rebelan, ocasionando revoluciones que van dando paso a distintos sistemas de producción (esclavitud, servidumbre feudal, burguesía), con el fin de lograr mayor libertad para expresar sus fuerzas productivas.

La aparición de la propiedad privada alienó al hombre, tanto al propietario como al no propietario, de su auténtica naturaleza humana. El hombre sólo encontrará la libertad cuando la sociedad pase del sistema burgués al sistema socialista y de éste al comunista, en el cual todo será de todos y todos seremos esposos y esposas de todos, miembros de una gran comuna feliz, en la que las fuentes de riqueza manarán en plenitud.

El desarrollo de la teoría evolucionista de Darwin pareció apoyar la concepción materialista de Marx. Todos los seres vivos existentes eran fruto de la mera evolución de la materia. Dios no era necesario para explicar la aparición de las distintas especies. La historia de la Creación era pura fábula.

Teorías y descubrimientos posteriores parecieron avalar dicha concepción materialista. Oparin (1894-1980) sugirió que las moléculas bioquímicas y la propia vida habían surgido como resultado de reacciones químicas en la atmósfera primitiva. Monod (1910-1976) afirmó que todo ese proceso de reacciones iniciales y el posterior proceso evolutivo habían sido impulsados por el azar y la necesidad. Stanley Miller (1930-2007), en fecha tan reciente como 1953, sintetizó los aminoácidos básicos de las proteínas, haciendo saltar chispas eléctricas sobre una mezcla de gases que supuso reflejaba la atmósfera terrestre primitiva, lo que apoyaba empíricamente las ideas de Oparin.

Por su parte Engels, con sus teorías sobre el origen de la familia, la propiedad privada y el estado, fortaleció la aparente coherencia del pensamiento marxista. Diversos sociólogos posteriores, hasta fechas muy recientes, formularon teorías e interpretaciones sobre la realidad social, económica e histórica que, según ellos, confirmaban la solidez aparente del pensamiento marxista.

Sin embargo, lo que hizo del marxismo la corriente de pensamiento más poderosa que ha existido en la historia mundial, fue sobre todo su espíritu revolucionario, su anuncio de definitiva justicia social y sobre todo su plasmación en una nación, en la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas.

El comunismo alcanzó un inmenso poder político y militar, llegó a tener bajo su dominio a un tercio de la población de la Tierra y a casi un tercio de la superficie terrestre, implantó el ateísmo como ideología oficial del Estado y persiguió cruelmente toda idea religiosa "*la religión es el opio del pueblo*". Apoyado por una impresionante máquina de propaganda, sus crímenes han sido ignorados o deliberadamente perdonados como errores del proceso revolucionario. Tan sólo la reciente caída del comunismo en la Unión Soviética y en la Europa del Este y su denuncia generalizada por los ciudadanos de esas naciones han curado a muchos intelectuales prestigiosos de la ceguera en que antaño incurrían cuando opinaban o callaban sobre estos regímenes.

Frente a esta realidad intelectual y política que podríamos calificar de heredera del Renacimiento y de la Ilustración, la dimensión religiosa no parece, en el periodo desde 1789 hasta 1918, haber aportado realizaciones de calidad suficiente que pudieran oponerse. La aparición de nuevos grupos religiosos como el de los mormones fundados en Estados Unidos por Joseph Smith (1805-1844), o los Testigos de Jehová, o los nuevos pequeños grupos orientales no han equilibrado la balanza del pensamiento intelectual,

que se ha inclinado hacia un agnosticismo, que frecuentemente no es más que un ateísmo ambiguo o disfrazado.

19.3.10. El desarrollo de los tipos de sociedades desde el punto de vista de la providencia de la restauración

La sociedad ideal que Dios proyectaba para la humanidad era una sociedad cooperativa colectiva constituida por seres humanos perfectos, que realizarían plenamente su libertad y su creatividad en un marco de cooperación y armonía. Por ello Satanás, tras la Caída, orientó a la humanidad primitiva a constituir una sociedad colectiva primitiva. No obstante, los principios que la Caída introdujo, la primacía del egoísmo y del materialismo, no permitieron el mantenimiento de esta sociedad colectiva y desde el principio surgieron divisiones ocasionadas por las luchas.

Como consecuencia, aparecieron inmediatamente las sociedades de tribu y de clan, que persistieron en lucha y que dieron lugar a las sociedades feudales, constituidas por la aglutinación de diversos clanes en conjuntos mayores, los feudos. La sociedad feudal expandió a continuación su soberanía y su territorio, a expensas de otros señores feudales menores, dando lugar a la sociedad monárquica.

Este proceso, desde el punto de vista de la providencia, tenía por finalidad separar el bien del mal o, al menos, lo malo de lo menos malo, de forma que Dios pudiese actuar sobre el lado bueno para llevar adelante la restauración de la humanidad.

La estrategia consistía en separar a los individuos buenos del lado del mal, constituyendo con ellos un clan diferente, que crecería para transformarse en una sociedad más fuerte, la sociedad feudal, la cual a su vez crecería y se centralizaría, dando lugar a la sociedad monárquica del lado de Dios. Finalmente, sobre ésta vendría el Mesías quien, como Rey de Reyes, establecería el modelo de individuo y familia que Dios desea y haría evolucionar esa sociedad hacia el modelo inicial que Dios había previsto para los descendientes de Adán y Eva: una sociedad cooperativa colectiva, constituida por hombres perfectos, en plenitud de libertad.

Satanás, conociendo esta estrategia, trató de adelantarse a Dios, creando imperios centrados en él, cuyas poblaciones participaban en cultos, muchas veces orgiásticos y con sacrificios humanos, que suponían una exaltación del poder y de los valores que Satanás inculcó a la humanidad a través de la Caída.

Por ello, antes de que se cumplieran las condiciones que permitieron a Dios llamar a Abraham e iniciar el germen del clan israelita, ya existía una sociedad monárquica poderosa, el imperio de Egipto, unos veinte siglos antes de Cristo. También se formaron otros imperios poderosos en la zona, tales como el de Babilonia, que ya había unificado toda la Mesopotamia en el siglo XVIII antes de Cristo, y el reino de los Hititas, que centrado en Siria, llegó a ser la mayor potencia de Oriente en el siglo XIV antes de Cristo.

La estrategia de Dios consistió primero en sacar a su pueblo elegido del contexto en el que se hallaba oprimido, Egipto. Después, le hizo constituirse en una sociedad feudal basada en las doce tribus de Israel y finalmente le inspiró a asumir la forma monárquica de un pueblo bajo un rey. Si Saúl primero, y posteriormente David y Salomón, no hubieran fallado, su misión hubiera sido unificar las tres grandes civilizaciones de su tiempo,

Egipto, Mesopotamia y Creta, preparando el contexto para recibir al Mesías y para hacer posible que se realizase la restauración de la humanidad a nivel mundial.

Sin embargo, el fallo de Saúl, David y Salomón invalidó esta posibilidad y Dios dividió en Reinos del Norte y del Sur. Tras el fracaso de ambos se mantuvo vacante el trono de Judá, salvo breves periodos, hasta la llegada del Mesías, dejando al pueblo judío bajo el dominio de muchas naciones gentiles. El pueblo judío quedó así en la esfera de la civilización helénica, que tenía como fundamento la democracia, lo que permitiría que más tarde, si el Mesías era aceptado, pudiera llegar a ser rey por la voluntad del pueblo.

No obstante, esta oportunidad fracasó al rechazar los judíos a Jesús y Dios tuvo que reiniciar el proceso, partiendo de los seguidores de Jesús, los cristianos, el nuevo pueblo elegido.

Los cristianos pasaron entonces por una etapa de clanes centrada en los doce apóstoles y sufrieron persecución en el seno del imperio romano hasta que pudieron escapar espiritualmente de ese Egipto, mediante su cristianización. Se inició entonces una etapa feudal en la que los patriarcas de la Iglesia eran como los señores feudales, a nivel espiritual, de fracciones de la cristiandad. Así como el rey era uno de los señores feudales, el papa era también uno de los patriarcas.

La sociedad monárquica cristiana era como un reino espiritual, sin tierra, que tenía al papa como centro pero que carecía de unidad territorial institucionalizada, pues aunque cada Reino y también el Papado tuvieran su base territorial, no actuaban unidos.

En el año 800 el papa León III corona a Carlomagno como emperador por derecho divino y con ello se abre la posibilidad de que el pueblo escogido tenga *de iure* una base territorial, el Sacro Imperio Romano Germánico. Si entonces el papa hubiera apoyado al emperador y éste hubiese realizado la voluntad de Dios, dirigiendo su gobierno a realizar el ideal mesiánico, este período, similar al de Saúl, David y Salomón, podría haberse convertido en los Últimos Días, en los cuales podría haber venido el Mesías.

Sin embargo, al no unirse el Emperador y el Papa, centrados en la voluntad de Dios, el Reino cristiano se dividió y la corrupción se intensificó dando lugar al exilio de Avignon y por último a la división de la sociedad cristiana entre protestantes y católicos.

El protestantismo adopta la estructura de sociedad democrática religiosa y es en ese contexto de libertad donde posteriormente surgirá el Cristo, quien en ese entorno democrático podrá llegar a ser, por voluntad popular, el líder del cristianismo primero y del resto de las religiones después. Bajo su dirección la humanidad podrá llegar a construir el ideal de Dios, una sociedad solidaria de plena libertad en un marco de cooperación y armonía.

19.3.11. Significado de las Guerras Mundiales

Para bloquear el proceso de restauración que sigue la providencia de Dios, Satanás ha inspirado movimientos sociales y revoluciones orientadas a crear poderes políticos militaristas, enemigos de la libertad religiosa, con la intención de impedir que se den las circunstancias apropiadas para que la providencia de la restauración pueda llegar a buen término. Satanás quiere, a toda costa, evitar que se cree el entorno de libertad adecuado en el que pueda fructificar el nuevo mensaje del Mesías con ocasión de su Segunda Venida.

Las Guerras Mundiales han sido la expresión de sus esfuerzos por impedir el avance de la providencia de la restauración.

En primer lugar, a principios del siglo XX, Satanás ha intentado frenar el camino a la democracia dando lugar a una guerra que enfrentó a los gobiernos totalitarios de Turquía, nación musulmana que en ese tiempo perseguía al cristianismo, Alemania y Austria-Hungría, con los gobiernos de Gran Bretaña, Estados Unidos, Francia, que eran gobiernos democráticos y de Rusia, por aquél entonces cristiana.

La **Primera Guerra Mundial** fue también una guerra sostenida entre las naciones capitalistas más adelantadas y las menos adelantadas para obtener colonias. En esta guerra, el lado celestial estaba constituido por las naciones democráticas y cristianas mientras que el lado satánico estaba constituido por Alemania, Austro-Hungría y por Turquía nación que perseguía al cristianismo. Esta clasificación en lado celestial y satánico no quiere decir que un lado sea absolutamente bueno y el otro absolutamente malo. Sin embargo resulta claro que, estratégicamente, una derrota del llamado lado celestial hubiera significado un retroceso de la democracia, la cual es fundamental para que el Mesías pueda ser aceptado, y del cristianismo que también es fundamental para comprender al Mesías, ya que éste viene sobre el fundamento cristiano establecido por Jesús.

Posteriormente, en los años cuarenta se produjo la **Segunda Guerra Mundial** entre Alemania, Italia y Japón, naciones totalitarias, y las democracias occidentales de Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos, con la colaboración de la comunista Unión Soviética.

En esta guerra, el lado satánico estaba simbolizado por las naciones totalitarias y por el Japón, que además no era cristiano y había perseguido al cristianismo en Corea. Destacaba el papel de Alemania, cuyo líder, Hitler, pretendía lograr un mundo totalitario basado en un linaje, la raza aria. Con ello Satanás hacía una pseudo imitación del linaje celestial que Adán debía haber establecido y que Cristo, en su Segunda Venida, debe establecer. El nazismo proponía un linaje basado en la superioridad racial y en la explotación de los demás pueblos, antagónico con el linaje celestial que se basa en la superioridad del amor verdadero y del servicio a los demás.

El lado celestial estaba constituido por las naciones cristianas y democráticas, Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia. El hecho de que la Unión Soviética, atea y totalitaria, se alineara en este lado, tuvo un carácter meramente coyuntural dentro de la estrategia de Dios y permitió facilitar la derrota de las potencias del Eje. De forma análoga a las dos bestias del Apocalipsis, el nazismo de Hitler y el comunismo de Stalin se enfrentaron y su lucha favoreció la estrategia de la providencia de Dios y la derrota de las naciones del Eje.

Tras el fracaso de ese intento de torpedear la providencia de la restauración, Satanás se concentró en su tercer y principal cartucho: el comunismo.

Este sistema socio político fue un intento de establecer una imitación de la sociedad ideal cooperativa que Dios pretendía para la humanidad, pero, en vez de basarla en la decisión libre de hombres perfectos, la pretendió basar en la dictadura del Estado; en vez de poner el énfasis en el desarrollo espiritual, en el logro del amor verdadero, puso énfasis en la mera distribución de la riqueza material.

Su concepción antinatural del hombre, como mera materia, fracasó. La economía languideció al suprimirse la iniciativa del ser humano. La religión fue aplastada por el ateísmo oficial y esta falta de libertad en el terreno más íntimo, en el plano de las creencias, supuso también oprimir la libertad en el plano de la comunicación con los demás. El hombre nuevo que iba a surgir de la sociedad comunista terminó siendo un hombre triste,

obligado, por miedo, al silencio, y envidioso del nivel de vida material y de libertad de expresión de las sociedades occidentales.

Resultan muy curiosas las analogías que el marxismo, la antirreligión presuntamente científica, tiene con el cristianismo. Tiene un Paraíso terrenal, la hipotética y feliz sociedad comunal primitiva; una Caída Original, la aparición de la propiedad privada; una meta histórica, un Reino de los Cielos, la utópica etapa comunista, en la que las fuentes de riqueza manarán en plenitud; un Jesús que la anuncia y que proclama el mensaje básico, Carlos Marx; un san Pablo que la difunde, Lenin y un Señor de la Segunda Venida que la implanta, José Stalin.

El comunismo ha sido el pilar fundamental de Satanás en el siglo XX. Tras la Segunda Guerra Mundial las naciones cristianas no tuvieron la suficiente inspiración para percibir el peligro del comunismo. No supieron contrarrestar su falso mensaje de esperanza y de justicia con un auténtico espíritu cristiano y Satanás, a través de la ideología marxista, apoyada por muchos engañados en su buena fe, expandió su dominio por el mundo y amenazó peligrosamente a la democracia y a todo fenómeno religioso. La guerra fría, junto con guerras locales como Vietnam, Camboya, Laos, Etiopía, etc permitieron la expansión del comunismo y constituyeron, *de facto*, la **Tercera Guerra Mundial**.

La sociedad occidental, no ha sido nunca capaz de ofrecer un pensamiento superior a la ideología marxista, la cual se presentaba como la única preocupada por la injusticia social y por el progreso de la libertad. Paradójicamente, las naciones marxistas y el propio Muro de Berlín eran ejemplos clarísimos de opresión, que las ideologías occidentales no eran capaces de cuestionar. Occidente no conseguía ofrecer a los jóvenes una propuesta ilusionante, capaz de aunar utopía y realidad.

Hoy, felizmente, el comunismo ha sido derrotado en la Unión Soviética y en toda Europa Oriental y grandes transformaciones se anuncian en el comunismo asiático. Otros frentes de conflicto han aparecido, en particular el radicalismo islámico. Es la hora de que una nueva, integradora y completa visión del mundo ilumine al hombre moderno y le haga cambiar y manifestar su auténtica naturaleza de hijo de Dios y por tanto su capacidad de hacer de la Humanidad una Gran Familia Mundial. En el reloj de la providencia es el tiempo de la Segunda Venida de Cristo.

19.3.12. El tiempo de la Segunda Venida

Diversos enfoques sugieren o predicen la fecha de la Segunda Venida. La observación de las distintas fases del desarrollo de las dos vertientes del hombre, la externa y la interna, permite percibir cómo, al énfasis puesto en lo externo en la ciencia, en la razón, se ha contrapuesto siempre una tendencia a potenciar la fe religiosa y la experiencia mística o espiritual. Así, frente al Renacimiento surgió la Reforma y ante la Ilustración, el Gran Despertar religioso.

Parece por tanto razonable esperar que tras el apogeo del pensamiento racionalista, cuya culminación se plasmó en el marxismo, surja un nuevo movimiento religioso y místico, capaz de contrarrestar al pensamiento materialista. Este nuevo mensaje sería el traído por Cristo en su Segunda Venida y puesto que el hombre de hoy en día es racional y práctico, el nuevo mensaje deberá ser satisfactorio tanto en el plano religioso como en el terreno de la razón y la ciencia y en el de plano de la experiencia personal y social.

El marxismo tuvo su inicio público con el Manifiesto Comunista de Marx y Engels de 1848 y su culminación con la toma del poder por los soviets en 1917. Los movimientos de la providencia de Dios se producen siempre después de la actuación de Satanás. Tras la Caída del hombre Dios inicia su plan de restauración; tras la crucifixión de Jesús, Dios resucita a Jesús y la predicación de los apóstoles da lugar al Segundo Israel; tras el Renacimiento Dios estimula la Reforma y la Contrarreforma; tras la Ilustración Dios inicia el Gran Despertar Religioso. Por tanto, parece razonable esperar que con posterioridad a dichas fechas de afirmación materialista, tras la instauración del marxismo en el plano político, surja inspirado por Dios un nuevo mensaje religioso capaz de contrarrestarlo.

Al explicar los distintos periodos en que se puede dividir la cronología bíblica, se ha señalado también que detrás de todo ello subyace un propósito providencial de restauración de la humanidad y que, para que eso se produzca, se debe primero indemnizar o pagar por los errores anteriores. Por ello, se puede observar en la Biblia la existencia de unos periodos de tiempo que tienen como finalidad compensar los fallos anteriores y restaurar determinados números matemáticos.

Como ya se señaló, esto no quiere decir que haya que tomar la cronología bíblica literalmente. Sin embargo, los números que en ella aparecen sirven, como ya se explicó, para prever los momentos históricos en que acontece o puede acontecer el tiempo de la Venida del Mesías.

La fecha de la Primera Venida de Cristo encuentra su explicación en el estudio de los periodos y números que concurrieron en la historia bíblica de los personajes y del pueblo sobre el que se concentró la acción de Dios para preparar la restauración de la humanidad a través de Cristo. Esta explicación se resumió en el punto 16.

Sin embargo, el error de los judíos que llevaron a Jesús a la cruz en vez de recibirlo como Mesías invalidó ese periodo. El Nuevo Israel, los cristianos, ha tenido entonces que recorrer un camino paralelo al que recorrió el Viejo Israel, para que la humanidad tenga de nuevo la oportunidad de recibir al Mesías. El periodo de casi 2.000 años desde Jesús hasta nuestros días indemnizó o restauró el periodo anterior que había culminado con la venida de Jesús.

Cada uno de los periodos que hubo, desde Abraham hasta Jesús, han tenido su paralelo en periodos similares desde Jesús hasta nuestros días. El cómputo de la duración del conjunto de esos periodos, según la cronología bíblica, sería:

400 años de Abraham hasta Moisés

400 años del periodo de los Jueces

120 años del periodo de los Reyes Saúl, David y Salomón

400 años del periodo de los Reinos Divididos de Israel y Judá

210 años de la Cautividad en Babilonia y retorno

400 años de Preparación para la venida del Mesías

Todos ellos totalizan 1930 años, lo que vendría a decir que el año 1930 de la era cristiana sería un año similar, desde el punto de vista de la Providencia, al del nacimiento de Jesús.

Por otro lado si se tiene en cuenta que desde Malaquías, el último profeta de Israel, pasaron 400 años hasta el nacimiento de Jesús, se podría pensar que desde la Reforma de Lutero, iniciada en 1517, hasta el nacimiento del Señor de la Segunda Venida pasarían otros 400 años, lo que nos situaría en el año 1917.

Por ello se podría sugerir que el periodo existente entre 1917 y 1930 fue un periodo en el que se produjo el nacimiento del Cristo o Señor de la Segunda Venida .

Cierto es que se podrían citar argumentos en contra de esta conclusión, procedentes tanto de las imprecisiones de la cronología bíblica como de la interpretación efectuada de la historia del pueblo de Israel y del pueblo cristiano.

Respecto al primer tipo de posibles objeciones cabe señalar que en ningún caso se pretende afirmar que la historia sea ciega matemática, pero sí señalar que hay ciertas leyes de equilibrio y compensación. Los hechos históricos no se producen de forma determinista y en fecha fija. No sólo la duración, sino también la intensidad y la dirección de la actuación de los antepasados es la que posibilita la aparición de circunstancias u oportunidades para sus descendientes, que éstos pueden aprovechar en uno u otro sentido, para bien o para mal. No resulta, en absoluto, descabellado admitir que exista un principio de justicia a largo plazo que opere en la historia.

Respecto al segundo tipo de posibles objeciones, respecto a las críticas que pudieran oponerse a la interpretación que se ha hecho de la historia bíblica, se insiste en la coherencia de los razonamientos efectuados y se invita al lector a reflexionar sobre ella y a dialogar sobre los puntos débiles que pudiera encontrar.

Por otro lado, parece evidente para muchas personas que en la naturaleza del hombre late una meta: encontrar la paz y vivir en un mundo ideal. Además, para las personas creyentes de cualquier religión, resulta plenamente admisible aceptar que Dios ansía lograr una relación de verdadero amor con Sus hijos los hombres y sacarnos del contexto de conflicto en que vivimos. La convergencia de ambos puntos de vista sugiere que la historia se encamina hacia la superación del conflicto y hacia la realización de la paz.

Asimismo, debe tenerse en cuenta la existencia de otras interpretaciones, como por ejemplo las profecías de Malaquías respecto al número de papas que quedan antes del Fin de los Tiempos; o las de Nostradamus; o las interpretaciones astrológicas respecto a la entrada en una nueva era, la de Acuario, etc. Todas parecen coincidir en la tesis de que se está llegando al fin de los tiempos o fin de una etapa de la humanidad.

Obviamente cada lector otorgará más o menos valor a cada uno de estos indicios pero en todo caso conviene reconocer que son elementos que, aunque meramente complementarios, resaltan la conveniencia de reflexionar sobre la importancia especial de la época actual. Por todo ello se reitera la invitación a que cada uno, con espíritu abierto, juzgue si es posible que nos hallemos ya en tiempos de la Segunda Venida de Cristo.

19.4. EL JUICIO FINAL

El Nuevo Testamento relata que en la Segunda Venida de Cristo *"serán reunidas delante de él todas las naciones; y apartará los unos de los otros, como aparta el pastor las ovejas de los cabritos. Pondrá las ovejas a su derecha y los cabritos a su izquierda"* (Mt 25:32-33). Esta separación constituirá el acontecimiento conocido como el Juicio Final tras el cual *"irán éstos al castigo eterno y los justos a la vida eterna"* (Mt 25:46).

La interpretación tradicional cristiana asume literalmente el anuncio del Juicio Final y el subsiguiente castigo o recompensa eterna para cada uno, en función de cuál fue su comportamiento durante su vida física.

La tradición cristiana también asume la existencia de un juicio particular tras la muerte de cada individuo y la subsiguiente retribución como consecuencia de sus obras y de su fe.

La parábola del rico Epulón y del pobre Lázaro, así como las palabras de Jesús al buen ladrón avalarían esta interpretación.

No obstante, si tras la muerte de cada persona existe un juicio particular no queda claro el objetivo del Juicio Final, puesto que la sentencia ya fue dictada y, como la justicia de Dios es infalible, se entiende que volverá a ser la misma. En consecuencia, el Juicio Final no parece que pudiera ser otra cosa que un gran espectáculo cósmico que acompañaría a la Segunda Venida.

Esta interpretación no parece sólida, pues no parece concebible imaginar a Dios organizando una gran escenificación simplemente para volver a repetir la sentencia que dio tras la muerte de cada uno.

En cuanto al contenido del Juicio, el Nuevo Testamento, en Mateo 25, se señala que en el Juicio Final se explicará tanto a los justos a como a los pecadores la justificación de sus respectivas sentencias "*porque tuve hambre y me disteis de comer*" o "*porque estuve desnudo y me cubristeis*". Es decir, el Juicio Final vendrá acompañado de una clara comprensión de la bondad o maldad de las acciones que cada uno realizó. O dicho de otro modo: de una clara comprensión de qué es el Bien y de qué es el Mal, de forma que cada uno pueda mirarse ante ese espejo de la verdad y pueda juzgar su comportamiento.

En suma, será la Verdad la que nos juzgue en el día postrero. Jesús dijo "*Yo, la luz, he venido al mundo para que todo aquel que cree en mí no permanezca en tinieblas. Al que oye mis palabras y no las guarda, yo no le juzgo; porque no he venido a juzgar al mundo, sino a salvar al mundo. El que me rechaza y no recibe mis palabras, tiene quien le juzgue; la palabra que he hablado, ella le juzgará el día postrero*" (Juan 12:46-48).

Sin embargo, la muerte de Jesús en la cruz le impidió comunicar toda su sabiduría a sus seguidores. En muchas ocasiones tuvo que hablarles en sencillas parábolas y ni aún así le entendían. Incluso a un hombre culto como era el fariseo Nicodemo le llegó a decir "*Os he hablado de cosas terrenas y no me creéis ¿cómo me creeríais si os hablare de cosas celestiales?*" (Jn 3:12).

Jesús no pudo explicarles el origen del Bien y del Mal, ni el auténtico sentido de la vida. Por ello muchas cuestiones esenciales de la religión cristiana han seguido hasta hoy siendo un misterio, aceptable sólo por fe. Además, el conflicto entre religión y ciencia ha introducido dudas en la mente de muchas personas religiosas. De todo ello se puede concluir que Jesús no pudo explicar la Verdad completa durante su corto periodo de ministerio público.

Será en la Segunda Venida de Cristo, cuando se inicie la Era del Testamento Completo, cuando Cristo divulgará la Verdad y cada persona se verá confrontada en sus creencias y comportamiento con un claro concepto del Bien y del Mal, con una clara explicación acerca de Dios y de su providencia y, sobre todo, con un modelo de actuación.

El Juicio Final consistirá en esta confrontación que experimentará cada uno en su encuentro con la Verdad. Los seres humanos que sean coetáneos de la Segunda Venida de Cristo experimentarán este juicio en la medida en que vayan entrando en contacto con las revelaciones de Cristo. Esto no ocurrirá de forma fulgurante ni simultánea para todos sino que se realizará a través de un proceso de tiempo que será más o menos prolongado, en función del grado de persecución y rechazo que, en cada lugar, reciba Cristo en su Segunda Venida y en función de la capacidad de sus discípulos de divulgar y dar testimonio de ese acontecimiento trascendental y de su contenido.

La conclusión de ese proceso de encuentro y confrontación con la verdad no concluirá con el castigo de los perversos para toda la eternidad. Dios es justo, pero ante todo es un Padre amoroso y no es su deseo castigar a nadie. Somos cada uno de nosotros los que con nuestro comportamiento nos castigamos, o nos castigaremos, somos nosotros mismos los que nos encerramos, o nos encerraremos, en nuestro infierno particular, sea aquí en la tierra o en la dimensión espiritual.

No obstante, tanto aquí como allí, hay posibilidades de restaurarse y purificarse. Jesús el Cristo, como hijo de Dios y enviado suyo, lo expresó claramente, *"no he venido para juzgar al mundo sino para salvar al mundo"*(Mt 12:47) y esto es lo que Dios desea.

Ello no quiere decir que ese proceso de confrontación y de restauración personal, de juicio a nosotros mismos, no vaya a ser doloroso, bien por las persecuciones que la sociedad u otros individuos ejerzan sobre los seguidores de Cristo, bien por la propia angustia que se experimenta al comprender y reconocer los propios comportamientos incorrectos, y sobre todo por el esfuerzo personal que se requiere para llegar a nacer de nuevo, lo que implica pedir perdón, indemnizar al ofendido y cambiar de conducta.

El fuego, las llamas, a que tanto se alude en la Biblia, no son otra cosa que el terrible fuego de la Verdad, ante el cual toda mentira puede ser purificada. Por ello, los versículos de 2 Tesalonicenses 2:8 *"entonces se manifestará aquel inicuo, a quien el señor matará al impío con espíritu de su boca"* y de Santiago 3:6 *"la lengua es un fuego"*, pueden interpretarse en el sentido de que las aplastantes verdades que saldrán de la boca del Señor serán un fuego para el que las escuche, porque lo enfrentarán con su propia realidad.

No quedará lugar para seguir engañándose a sí mismo. Serán palabras que tocarán directamente al corazón, como ocurrió cuando Jesús dijo a los que implacablemente querían apedrear a la adúltera *"el que esté libre de culpa que tire la primera piedra"*.

El juicio final por el fuego sería por tanto el juicio por la palabra del Señor, *"la palabra que he hablado, ella le juzgará en el día postrero"* (Juan 12:48). El mensaje de Cristo en su Segunda Venida será el referente frente al que cada uno nos encontraremos. Nuestra decisión personal, de aceptación o rechazo de la persona que encarna a Cristo y a sus enseñanzas en su Segunda Venida será nuestro juicio particular.

Por ello, al igual que en la Primera Venida, se salvan del juicio, de la condenación, los que siguen la palabra del Señor, *"el que oye mi palabra y cree en el que me envió, tiene vida eterna y no incurre en juicio porque ha pasado de la muerte a la vida"* (Juan 5:24).

19.5. LA RESURRECCIÓN DE LOS MUERTOS

La interpretación cristiana tradicional ha entendido la promesa de la resurrección en su sentido literal: Jesús resucitó físicamente y todos, tras el Juicio Final, resucitaremos también físicamente. Sin embargo, como ya se explicó en el punto 18.2, muchos de los fenómenos que acompañaron al Jesús resucitado (atravesar las paredes, apariencia no reconocible por sus seguidores, etc) sugieren que su resurrección no fue física sino espiritual.

De igual forma cabe interpretar que la resurrección de los muertos, anunciada para el tiempo de la Segunda Venida de Cristo, significa una resurrección espiritual. Esta interpretación se halla avalada por muchos versículos de la Biblia.

Debe recordarse que el propio Jesús utilizó la palabra muertos con un doble significado. Por ejemplo, cuando le pidió a un joven que le siguiera y éste se excusó diciéndole que primero tenía que ir a enterrar a su padre, Jesús le responde *"Deja que los*

muertos entierren a sus muertos". En este versículo llama muertos a los muertos físicos pero también a los vivos que no conocían la Verdad, que no le conocían y que no sabían apreciar la importancia que Jesús tenía desde el punto de vista de Dios.

Igual ocurre cuando, en el Génesis, Dios prohíbe a Adán y Eva comer de fruto *"porque el día que lo hagáis ciertamente moriréis"*, cosa que no ocurrió físicamente y prueba de ello es que hoy existimos como sus descendientes.

El significado de la muerte, en que la Caída sumió a los primeros padres y a sus descendientes, en especial a los pecadores, se halla muy explícito en 1 Juan 3:14 *"El que no ama a su hermano permanece en la muerte"*. Adán y Eva no aprendieron el Amor Verdadero y su existencia y la de la Humanidad ha sido y es una existencia miserable, una existencia muerta, carente de vida, con un bajo nivel de esperanzas y de felicidad. Esa muerte se intensifica aún más si se lleva una vida de pecado, *"la paga del pecado es la muerte"* (Romanos 6: 23), pues nos aleja aún más del amor verdadero y de la auténtica vida. La resurrección de los muertos es, por tanto, nacer de nuevo espiritualmente, es alcanzar el modelo de amor verdadero.

Esta resurrección se produce *de facto* siguiendo al Mesías *"pues a todos los que le recibieron les dio la potestad de ser hechos hijos de Dios"* (Juan 1: 12), y ello nos da la auténtica vida. En la época de la Segunda Venida de Cristo, la humanidad, presente en la tierra, podrá tener la oportunidad de conocer el mensaje de Dios y las obras de Su enviado. Ello permitirá a cada uno crecer a la luz de ese estándar de vida más elevado, alcanzar la perfección y realizar las tres bendiciones bíblicas. Pero ¿qué ocurrirá con las personas que ya hayan fallecido?

Ya se explicó en el punto 6 que los espíritus pueden evolucionar en el mundo espiritual, apoyándose en la vitalidad de los seres humanos de la tierra con los que colaboren. Además de este proceso, cuando los méritos de la era permiten avanzar a la providencia de Dios más rápidamente, esta evolución de los seres espirituales puede acelerarse.

Así, con ocasión de la Segunda Venida de Cristo, se facilitará más la posibilidad de comunicación entre la dimensión espiritual y la dimensión física. También el mundo espiritual intervendrá de forma más intensa favoreciendo en unos casos, y obstaculizando en otros mediante la actuación de los seres oscuros, el reconocimiento del Segundo Cristo como el Mesías esperado.

Esta mayor facilidad de conexión entre los dos mundos tiene como finalidad favorecer a los seres espirituales su encuentro individual con la verdad, a efectos de darles posibilidad de un arrepentimiento más rápido y de lograr liberarse de las actitudes y pautas de comportamiento que les mantienen en la oscuridad y en el sufrimiento.

La resurrección de los muertos posibilitará una más intensa comunicación de los espíritus con los seres vivos en la tierra, lo que les dará la oportunidad de tomar contacto con el Segundo Cristo y, en consecuencia, tendrán oportunidad de tomar posición ante él, rechazándolo o aceptándolo, y de intentar actuar en ese sentido a través de los seres humanos físicamente vivos.

Al igual que una determinada generación de personas tiene la suerte, en base al mérito de sus antepasados, de ser coetánea de Cristo, también los espíritus de las personas fallecidas tienen una oportunidad especial de trabajar con el mundo físico en la época de la venida de Cristo. Así ocurrió cuando vino Jesús. El Evangelio explícitamente habla de la

cooperación de los espíritus de Moisés y Elías con Jesús en el relato de la transfiguración. Esta cooperación se intensificó después de la muerte y resurrección de Jesús.

En Mateo 27:52 se dice que tras la muerte de Jesús *"se abrieron los sepulcros y muchos cuerpos de santos que habían dormido se levantaron y saliendo de los sepulcros vinieron a la santa ciudad y se aparecieron a muchos"*. Resulta curioso que un fenómeno tan importante no haya quedado reseñado más explícitamente, pues hubiera sido una prueba contundente de los planes de Dios y hubiera inducido a muchos a hacerse seguidores del Jesús resucitado. Sin embargo ni en Mateo ni en los demás libros del Nuevo Testamento se conserva referencia alguna a los nombres o hechos de alguno de esos santos que teóricamente resucitaron. Los restantes evangelistas ni siquiera hacen la menor referencia a ese suceso de la resurrección.

La explicación radica en que no se produjo ninguna resurrección física sino tan sólo una aparición en espíritu, como fue el caso de Moisés y Elías durante la transfiguración en el Monte Tabor. De esta manera los espíritus de personas fallecidas tuvieron la oportunidad de aparecerse e intentar influir en algunas personas, especialmente después de transcurridos los 40 días, a partir de Pentecostés. Al estimular la fe de los seguidores de Jesús y de la muchedumbre reunida ante los Apóstoles, los espíritus de esos santos "resucitados" de la era del Antiguo Testamento podían crecer hacia ese estándar más alto de amor que estableció Jesús.

Esta resurrección consistió meramente en que, en base a los méritos de Jesús, pudieron encontrar un horizonte más amplio e iniciar un proceso de crecimiento, dejando atrás el apego formal a la Ley mosaica (la era del ojo por ojo) y entrar en la era del amor. Los méritos de Jesús permitieron esa aparición, en aquel momento, a algunas personas de su tiempo para incentivarles a hacerse seguidores de Jesús y apoyar a los Apóstoles y así, los santos "resucitados" podían crecer al "predicar" desde el mundo del espíritu.

De manera similar ocurrirá en la Segunda Venida de Cristo. Los espíritus de las personas fallecidas tendrán más facilidad de comunicarse espiritualmente e intentarán influir en las personas de esa época para que caminen hacia la nueva era y busquen o acepten las enseñanzas del Testamento Completo. Jesús mostró un modelo de individuo perfecto, el Señor de la Segunda Venida mostrará un estándar de familia ideal y de amor cósmico, centrado en nuestro Padre Dios.

Sin embargo, los espíritus al tiempo de la Segunda Venida, aunque dispondrán de una incrementada capacidad de comunicarse, no alcanzarán automáticamente la sabiduría plena. Por ello, sus mensajes no deben ser asumidos y seguidos ciegamente al pie de la letra. Los espíritus sentirán una mayor ansia por buscar la verdad pero muchos de ellos provendrán de niveles de confusión y pueden inducir, incluso con buena fe, a ir por derroteros equivocados.

Tan sólo los espíritus más elevados, como el del propio Jesús, sabrán quién es la persona que tiene la posición de Segunda Venida de Cristo y podrán orientar adecuadamente. No obstante, debe tenerse en cuenta que ni el mismo Elías pudo influir suficientemente en Juan el Bautista para que siguiera a Jesús. Por ello, tampoco en la Segunda Venida cabe esperar que el mundo espiritual pueda aportar pruebas inequívocas de quién es el Cristo. La decisión en última instancia será responsabilidad individual de cada uno de los seres humanos.

Asimismo debe tenerse en cuenta que el impulso, la comunicación que se pueda recibir de seres del mundo espiritual, puede ser mal interpretada por las personas físicas.

Puede ocurrir que algunos, habiendo percibido el mensaje de que somos en potencia hijos de Dios y de que estamos en la época de la Segunda Venida, lleguen a creer que, ellos mismos, son el Señor de la Segunda Venida e induzcan a error a otras personas.

Este peligro está anunciado por Jesús cuando avisa que en tiempos de la Segunda Venida *"se levantarán falsos Cristos y falsos profetas, y harán grandes señales y prodigios, de tal manera que engañarán, si fuere posible, aun a los escogidos"* (Mateo 24:24).

Un signo de la época de la Segunda Venida será la intensificación de los fenómenos espirituales al abrirse las barreras que dificultan la comunicación, multiplicándose los casos de mediumnidad y los fenómenos paranormales.

19.6. ¿CÓMO SE PODRÁ RECONOCER A CRISTO EN SU SEGUNDA VENIDA?

A pesar de la orientación que, en cuanto a la fecha, se ha dado en el punto 19.3.12, también se ha advertido sobre la posibilidad de la aparición de falsos Mesías y falsos profetas que harán señales para inducir a error, *"si fuera posible, aún a los escogidos"* (Marcos 13, 22). Por tanto, se plantea el problema de cómo discernir, ante un persona que se declara o es anunciada como un posible Cristo, si se trata de un Cristo falso o verdadero.

A la hora de tomar decisiones al respecto, conviene, como referencia, situarse en la época de Jesús y recordar las dificultades que tuvieron los judíos para reconocer a éste como Mesías. Hay que tener en cuenta que, en tiempo de Jesús ni para el elegido Juan Bautista ni para los escribas y fariseos, que eran los sacerdotes y los intelectuales de la época, fue fácil aceptarle como Mesías. Por el contrario, muchos factores invitaban a pensar lo contrario: había rumores de que era hijo ilegítimo; se decía que no respetaba estrictamente las leyes mosaicas; se decía que Jesús se consideraba mayor que Moisés; que bebía vino; que se relacionaba con gente de la clase más baja, etc.

Por ello, el único medio para reconocerle fue entonces, y sigue siendo hoy, el camino del corazón, de la reflexión, de la oración y del análisis de las obras y las ideas de todo posible candidato a Mesías. Jesús dijo: *"El que quiera hacer la voluntad de Dios, conocerá si la doctrina es de Dios, o si yo hablo por mi propia cuenta"* (Juan 17: 7). Hoy al igual que entonces, es necesaria una firme actitud de ponernos en manos de Dios, de dejarnos inspirar por Él, para reconocer al Cristo, en su Segunda Venida.

Cada persona debe asumir su propia responsabilidad, realizando una seria evaluación de las diversas noticias que reciba sobre la Segunda Venida de Cristo, sin dejarse llevar por los prejuicios ni por descalificaciones que otros hayan hecho, ni por la supuesta autoridad de los líderes religiosos. Hay que tener presente que los líderes de su tiempo, los sacerdotes, los escribas, no supieron reconocer a Jesús, sino que le rechazaron y le llevaron a la muerte.

Varios factores imprescindibles deben concurrir en el Señor de la Segunda Venida:

1º. Su universalidad. No debe tratarse de un profeta centrado sólo en una nación, una raza o un grupo religioso determinado, sino que su objetivo debe ser integrar a toda la Humanidad en una familia de hijos de Dios, todos hermanos, los unos de los otros, por encima de razas, nacionalidades o credos. En Jesús también se manifestó este factor al aceptar no sólo a los judíos sino también a los samaritanos e incluso al centurión romano.

2º. Su militante actitud interreligiosa. En I Juan 4: 20 se dice *"el que no ama a su hermano a quien ha visto, ¿cómo puede amar a Dios a quien no ha visto?"*. El amor requiere, como fase previa, el respeto (¿cómo se puede decir que se ama a quien no se respeta?), por ello el Cristo respetará a todos los grupos religiosos como imprescindible manifestación de amor y promoverá el diálogo, la oración en común, y la cooperación

como método para recibir inspiración de Dios en nuestro corazón y para poder reconocer al Cristo y cambiar el mundo.

El Señor de la Segunda Venida no descalificará con generalidades vagas a este grupo o aquél otro, no provocará conflictos por temas interpretativos o rituales. Ello no quiere decir que acepte cualquier doctrina como válida, pues denunciará las inmoralidades y advertirá claramente del error, pero no cerrará la puerta al diálogo con nadie con el convencimiento de que para Dios todos, incluso el mismo Satanás, son recuperables.

Por otra parte, reconociendo que la verdad de Dios se encuentra en la esencia de la mayor parte de las religiones, insistirá en resaltar la existencia de unos principios básicos morales y éticos comunes y propondrá el diálogo, la oración y la cooperación como los métodos concretos que permiten ver con claridad y serenidad y llegar a identificar paulatinamente al señor de la Segunda Venida. Este trabajo de armonización lo realizará principalmente en el ámbito religioso pero también en los demás ámbitos de la vida social, intelectual, artística, económica y cultural.

3° No será un mero reformador religioso sino que anunciará el Reino de Dios como una meta posible, realizable en un tiempo histórico relativamente breve.

4° Cuando haya establecido las condiciones suficientes y haya conseguido un número importante de seguidores y una significativa implantación social, a pesar de haber sufrido una considerable persecución y rechazo social, se declarará explícita y públicamente como Mesías, invitándonos a tomar postura al respecto.

19.6.1. Nuestra responsabilidad individual ante la Segunda Venida

El fracaso de Juan Bautista afectó de forma gravísima al plan de Dios para salvar a la humanidad. Desde un punto de vista meramente humano cabe entender que Juan, al encontrarse con Jesús, tuvo dudas, más que razonables, de que fuese el Mesías. En efecto, Jesús no era un judío ortodoxo sino todo lo contrario. Sus planteamientos parecían heréticos. Por otra parte Juan era un hombre de profunda oración con Dios y creía que, moral y éticamente, mantenía la actitud correcta.

La única prueba que Juan había recibido de que Jesús era el Mesías era una simple intuición, una visión que ninguno de los que estaban a su lado había podido comprobar "*Este es mi hijo amado, éste es el Cordero de Dios*". Pero ¿qué valor tiene una prueba como ésta para exigir responsabilidad? No había habido otras personas junto a él que pudieran confirmarle la validez de ese mensaje. Era apenas una intuición que había tenido, una experiencia totalmente personal.

Cabía, pues, la duda razonable de que sus sentidos le hubiesen engañado, cabía pensar que su imaginación, su fantasía le había jugado una mala pasada, cabía incluso la posibilidad de que el demonio hubiese querido confundirle para perjudicar el auténtico plan de Dios, que se estaría realizando a través del propio Juan Bautista.

Sin embargo, ninguna de estas excusas anula la responsabilidad de Juan desde el punto de vista de la Providencia de Dios. Ello se debe a que la meta del hombre es llegar a ser hijo de Dios. Se trata de una meta de un altísimo valor y por consiguiente la responsabilidad de todo hombre debe ser coherente con el valor de esa meta. Esta responsabilidad es aún más acusada en el caso de las figuras centrales de la providencia de Dios.

Juan era la puerta por la cual Jesús debía entrar para ser reconocido como Mesías por todo el mundo judío. Juan debía haber sido el que lo presentase al pueblo, el que dijese a sus seguidores *"he aquí al Mesías"*. Juan debía haber sido el primer discípulo de Jesús. Pero eso no sucedió porque incumplió su responsabilidad. De aquí podemos deducir como enseñanza unas conclusiones importantes.

El ser humano tiene una altísima responsabilidad. No es la misma la de las figuras centrales que la de los individuos periféricos. Cada ser humano tiene la responsabilidad de llegar a alcanzar la posición de hijo de Dios. Todo el camino que no recorra durante su vida física tendrá que andarlo en la dimensión espiritual. Nadie puede recorrer por él ese camino. Las decisiones esenciales de ese peregrinar las tiene que asumir el individuo. Dios puede ponerle delante un modelo o darle una inspiración pero la decisión de seguir al Cristo en su Segunda Venida es siempre una responsabilidad personal.

Por ello fue muy grande también la responsabilidad de los judíos en tiempos de Juan. Algunos de los judíos de aquél tiempo dirían que oyeron rumores de que había una persona que hacía milagros, que parecía que se proclamaba el Mesías y que se enfrentaba a la autoridad de los sumos sacerdotes y de los romanos. Alegarían que no se preocuparon de comprobar si esos rumores eran veraces o no y que no les dieron mayor importancia. Otros dirían que la curiosidad les hizo entrar en contacto con ese presunto Mesías; que vieron sus milagros y sus hermosas palabras; que no les pareció una mala persona, pero que si los altos jefes estaban en su contra por algo sería y que quién eran ellos para oponerse. Justificarían así su pasividad y su postura de espera, diciendo *"si es el Mesías ya se sabrá y tiempo tendremos de seguirle"*.

Estas excusas pueden parecer válidas desde el punto de vista humano y llevarnos a eximir de responsabilidad a los judíos coetáneos de Jesús en aquel tiempo? Cabría decir que, en todo caso, los responsables fueron los altos dignatarios y los que estuvieron más próximos a Jesús, pero ¿cómo imputar responsabilidad a los de a pie? Sin embargo, lo cierto es que cada uno tuvo su propio nivel de responsabilidad, por acción u omisión, mayor o menor según su posición social y su nivel cultural, pero en todo caso una responsabilidad personal irrenunciable.

En tiempos de la Segunda Venida de Cristo es muy útil recordar las dudas aparentemente razonables que pudieron tener muchos de los coetáneos de Jesús respecto a su persona, dudas que les llevaron a no seguirle. También en la Segunda Venida será difícil reconocer a Cristo. Pero ello no anulará nuestra responsabilidad personal. Una responsabilidad que habrá que asumir manteniendo los ojos abiertos, estando dispuestos a profundizar en las informaciones que recibamos para, sin fanatismos ni locuras, poder captar la voluntad de Dios para nuestro tiempo.

Dios no exige imposibles aunque los posibles puedan ser extremadamente difíciles. Si hay alguna aventura en la historia en la que merezca auténticamente la pena embarcarse esa es la aventura de participar activamente en la realización de providencia de Dios. El anhelo del hombre de la tierra, el anhelo profundo por el que muchas veces los corazones han suspirado, a través de los héroes del cine, del teatro o de la literatura, es el anhelo de participar en una revolución de amplios horizontes. ¿Y qué mayores horizontes que el cosmos, que el sentido del Universo, que el lograr la conexión con el propio Dios?

La epopeya del cambio del mundo, de apertura de una nueva era, es el reto más apasionante que cabe vivir hoy en día porque es un reto infinito en sus matices, pleno en su profundidad y eterno en su trascendencia. Es un reto que abarca todos los niveles, al

individuo, a la familia y a la sociedad; que alcanza a todas las naciones, al universo, a la dimensión espiritual y que propugna los principios eternos que inspirarán el futuro dinámico, creativo y siempre armonioso.

En el entorno de la Segunda Venida de Cristo se producirán crisis importantes como, por ejemplo, lo fueron las dos Guerras Mundiales; cambios sociales importantes como lo han sido la expansión y la caída del comunismo; múltiples fenómenos espirituales como son la proliferación de apariciones de la Virgen y de otros seres espirituales en sus respectivas culturas; abundancia de personajes que afirmarán ser el nuevo Mesías o nuevo avatar de la era; auge de los contactos con presuntas inteligencias extraterrestres, el fenómeno OVNI, el desarrollo de la magia en sus dos vertientes blanca y negra, el desarrollo del satanismo, etc.

Todo ello no será otra cosa que una preparación del entorno en el contexto de la crisis de la que surgirá el Hombre Nuevo. Las fuerzas del Bien y las fuerzas del Mal, tanto en el plano visible como en el plano espiritual, sentirán que el tiempo ha llegado y actuarán, muchas veces de forma inconsciente, unas para preparar y otras para abortar la Nueva Era, la llamada Era de Acuario, la Era de la Fraternidad y de la Verdadera Libertad.

En todo caso, la persona que encarne al Cristo en su Segunda Venida tendrá el papel de motor de la Nueva Era de Acuario y su mensaje, su asesoramiento, su nueva escala de valores y sus realizaciones prácticas serán el germen de la sociedad ideal del mañana, el ansiado y anunciado Reino de los Cielos.

La sociedad humana se transformará y finalmente todos los seres humanos llegarán a sentirse como miembros de una gran familia mundial. Esta sociedad estará basada en la realización de los valores de la libertad, la justicia y la solidaridad. En ella los individuos ejercerán la auténtica libertad que se basa en la sabiduría, es decir, en actuar de acuerdo con lo que realmente se conoce y en buscar conocer, con humildad socrática y apertura de espíritu, aquello que se desconoce.

En cualquier caso esa Nueva Sociedad se construirá con el impulso y la dirección del nuevo Cristo y de sus enseñanzas, pero requerirá la colaboración de todos. Será una sociedad para el hombre, pero no se construirá sin el hombre. El Hombre Nuevo no será alumbrado sin la colaboración y el esfuerzo de cada uno. Cada persona tendrá que optar voluntariamente por dejar de lado sus viejas vestiduras, sus vicios particulares, los egoísmos culturales y anhelar nacer de nuevo.

Ello exige estar dispuesto, como señalaba Francis Bacon, a renunciar a los ídolos de la tribu, de la caverna, del foro y del teatro. Hay que renunciar a los ídolos de la tribu humana, es decir hay que admitir las limitaciones que para conocer tiene la especie humana por las propias insuficiencias de nuestros sentidos. Cierto es que no se puede afirmar la existencia de lo que no vemos, oímos o tocamos, pero tampoco se debe caer en el error de negar la posibilidad de que exista y de que un día mediante el desarrollo de nuestros sentidos o mediante la ayuda de instrumentos podamos percibirlo. De hecho hoy en día los rayos X, el microscopio electrónico, etc, nos han permitido descubrir muchas realidades que antes no percibíamos y que sin embargo existían.

La libertad exige también que renunciemos a los ídolos de la caverna en la que cada uno estamos metidos, es decir, a nuestra particular manera de ver las cosas, que es el resultado de nuestras experiencias personales y de nuestra educación y que muchas veces puede dar lugar a una serie de pre-juicios que nos impiden ser objetivos al evaluar la realidad.

También es necesario desprendernos de los ídolos del foro, es decir de la carga emocional que, en cada momento de la historia, tienen las palabras y que inducen a juzgar en base a ellas sin ver la realidad que en cada caso subyace. Así revolucionario, conservador, progresista, ateo, iglesia, secta, etc son términos que aplicados a personas o

instituciones nos impulsan a valorarlos de determinada manera (positiva o negativamente) y que nos llevan a prescindir del necesario rigor (pruebas, hechos, etc) que son imprescindibles para conocer la realidad que nos rodea.

Y por último, la auténtica libertad exige también renunciar a los ídolos del teatro, es decir a la presunta autoridad de determinados individuos, que con graves consecuencias lleva y ha llevado en la historia a grandes y pequeños errores. La grandeza de todo individuo humano, como hijo de Dios, exige que se sienta plenamente responsable de lo que dice saber y para ello es necesario que abandone esos "ídolos" que con tanto acierto denunciaba Francis Bacon.

La libertad individual auténtica es el fundamento irrenunciable de la sociedad ideal y debe, en la vida social, complementarse con la virtud de la justicia, es decir con el dar a cada uno lo suyo de acuerdo con unas reglas básicas que se basen en el acuerdo general y que, en todo caso, tienen como límite el respeto a la irrenunciable libertad individual.

Las diversas relaciones humanas deben ordenarse bajo el principio del respeto a los demás y al entorno. Como la aplicación de este principio general de justicia puede dar lugar a múltiples interpretaciones particulares, es conveniente que la sociedad se dote de unas normas que regulen las relaciones económicas, el urbanismo, la circulación, la eliminación de los residuos, la protección del entorno, etc.

Quedarían así establecidas, las actitudes y comportamientos que se entiende que conllevan ese principio de respeto. Corresponde a la sociedad de cada época establecerlas o modificarlas y a todos los ciudadanos, actuando con justicia, respetarlas en aras de la armonía social.

La mera aplicación de la justicia da armonía a la sociedad, pero no la hace cálida. El estricto respeto de las normas sociales por los ciudadanos haría de la sociedad una máquina perfectamente sincronizada y con respuesta para todas aquellas situaciones que estuviesen a priori reguladas y previstas. Ahora bien, sería una sociedad sin corazón, una sociedad en la que primaría el deber por el deber, una sociedad en la que cada uno se limitaría a respetar las normas vigentes. Por ejemplo, se podría llegar a establecer el número de horas y veces que una madre tiene que dedicar a amamantar a su niño, o que un padre tiene que dedicar a escuchar a sus hijos, pero ¿se garantizaría con ello la felicidad familiar?

La sociedad humana necesita algo más que libertad y justicia. La sociedad y los individuos necesitan la solidaridad, el amor de los demás. La justicia es el complemento de la libertad, pero la solidaridad es su meta y su requisito natural. La solidaridad, como decía Eric Fromm, es el aglutinante que permite la verdadera libertad, una libertad que no tiene miedo de verse atacada o suprimida por el ejercicio salvaje de la libertad de los otros. La libertad sin solidaridad es tierra sin semilla, campo sin agua donde brotan el enfrentamiento, el odio y la soledad.

La solidaridad o actitud de preocupación, interés y cooperación fraternal mutua entre todos los miembros de la familia humana es el requisito, la condición necesaria, para que la libertad valga la pena. En el contexto de una familia en la que se viviera el amor verdadero, sus miembros gozarían de auténtica libertad pues se sentirían estimulados y ayudados a desarrollar su libertad en todas sus facetas, su plena creatividad.

En ese contexto de solidaridad los individuos descubrirían que el ejercicio de su libertad, de su propia creatividad, debe tener como meta no sólo su provecho particular sino, especialmente, el dar alegría a los demás a fin de mantener e intensificar ese ambiente de solidaridad, que es a su vez el caldo de cultivo de la verdadera libertad.

A fin de que la realización de la verdadera libertad no quede circunscrita al mero entorno familiar, la solidaridad debería extenderse al conjunto de la sociedad, concebida como una gran familia mundial, dando lugar a una sociedad ideal. No resultaría inadecuado calificar de socialista a esa sociedad, aunque debemos ser conscientes de que las trágicas experiencias de la opresión comunista pueden dar lugar a viscerales reacciones emocionales. No se debe ignorar que la palabra socialismo ha quedado envilecida tras el largo monopolio que sobre ella ha ejercido la doctrina marxista.

El futuro no se construye teniendo miedo a las palabras sino a los contenidos. Por ello afirmamos que el auténtico socialismo no consiste en la eliminación de la propiedad privada de los medios de producción ni en el sometimiento de la sociedad a las decisiones de un Estado dictatorial, encarnado en un líder carismático ni en una "nomenklatura". El auténtico socialismo no consiste en tampoco en la negación de la iniciativa ni de la propiedad privada ni en exigir que todos los servicios públicos sean suministrados directamente por el Estado. El auténtico socialismo del siglo XXI tiene como eje la firme voluntad fraternal y libre de compartir con los demás lo que se tiene y de sentirse miembro de una gran familia mundial centrada en el verdadero amor.

La solidaridad, o dicho en otros términos, el amor verdadero, constituiría el fundamento de esa sociedad ideal. No existe solidaridad sin libertad pero tampoco sin solidaridad hay auténtica libertad. Nuestra emoción pretendería unirse, mediante el amor, con todo lo que nos rodea y, en especial con lo más elevado, con Dios y con los demás seres humanos.

Ese amor, en sus distintos tipos, paternal, conyugal, fraternal, filial, nos uniría con todos los seres, respetando la naturaleza propia de cada ser y de cada relación, respetando el orden natural establecido por Dios y realizando así la armonía y generando alegría, felicidad. Se alcanzaría así el sueño, nunca hasta ahora logrado por el ser humano, que es a la vez el ideal de Dios cuyo Corazón llora de alegría esperando el momento en que ese mundo nuevo se haga realidad.

21. EPÍLOGO

Algún lector habrá echado en falta en este libro un estilo más emocional, más propio de la experiencia personal religiosa. Otro podrá objetar lo contrario y opinar que determinados párrafos teológico-emocionales están de más en un texto lógico e intelectual como pretende ser el presente.

La realidad es que el ser humano es polifacético y anhela encontrar alegría en sus diversos aspectos. Cada cosa, cada aspecto tiene su valor. En un embarazo no es aceptable ignorar la fisiología y los conocimientos actuales de la ciencia respecto a lo que es conveniente hacer para que el feto se desarrolle adecuadamente. Tampoco sería adecuado la madre se contente con tener una emotiva actitud de amor hacia el feto si, deliberadamente hace caso omiso de las indicaciones de la medicina en cuanto a alimentación y cuidados.

De la misma forma, una gestación científicamente cuidada hasta el mínimo detalle pero en la que, por tratarse de un embarazo no deseado, la madre mantuviera una actitud de total rechazo al feto, tampoco sería adecuada y menos aún si, tras un parto con todos los adelantos clínicos, el bebé encontrase un ambiente familiar de rechazo.

Intelecto y emoción son dos aspectos irrenunciables del ser humano. Ambos contribuyen al valor de la persona y renunciar a cualquiera de ellos es renunciar a la propia naturaleza humana. Sin embargo, ello no anula el hecho de que la fuerza más atractiva del universo, el amor, sea una fuerza de carácter emocional. En consecuencia es posible que la experiencia personal de amor pueda darse sin el conocimiento intelectual del objeto amado. No hace falta conocer la fisiología y ni siquiera la psicología de un hijo para poder tener una profunda relación de amor. Tampoco es imprescindible conocer intelectualmente a Dios, para poder experimentarlo, y múltiples ejemplos de ello tenemos en la vida de los místicos de las diferentes religiones.

Sin embargo, experimentar es en cierta manera conocer y sentir a Dios profundamente da la impresión de entenderle. Por otra parte hay que resaltar que el conocimiento intelectual en nada impide el hecho místico, sino que puede profundizarlo. Claro ejemplo de ello se aprecia en la vida del gran filósofo y santo, Tomás de Aquino y de tantos otros.

El amor es un sentimiento que se dirige hacia la belleza, hacia la bondad y hacia la verdad. Se ama la belleza, la verdad, la bondad. El amor es como un fuego maravilloso que todo lo armoniza. Lo importante es experimentar niveles de amor cada vez mayores: el amor a uno mismo, el amor a la familia, el amor a la humanidad, el amor al universo y, como culminación, el amor a Dios.

Amar y ser amado es lo que todo corazón anhela. El aproximarse a la Verdad, cada cual por la vía que le resulte más adecuada (emocional, intelectual, acción) a su personalidad, es una forma de amor y es, en suma, una preparación fundamental para la gran experiencia de la Vida en plenitud, en la doble faceta de agentes amantes y de objetos amados de todo lo que nos rodea, incluido el propio Creador.

BIBLIOGRAFÍA.

Libros generales.

La Santa Biblia. Versión de Casiodoro Reina, revisada por Cipriano Valera. Sociedades Bíblicas en América Latina.

El Catecismo de la Iglesia Católica. Asociación Española de Editores del Catecismo. España. 1992.

El Principio Divino (libro negro). Traducción española. Editado por la Iglesia de Unificación. España. 1977.

El Principio Divino. Nivel 4. Traducción española. Editado por la Iglesia de Unificación. USA. 1983.

Libros de autor.

Asimov, Isaac. "La tierra de Canaán". Alianza Editorial. Madrid. 1992.

Bryant, M. Darrol. "The coming kingdom". New Era Books. International Religious Foundation. New York 1983.

Darwin, Charles. "El origen del hombre". Edaf Ediciones. Madrid 1972.

Domingo, Victoriano. "Y dijo el ángel: No habrá más tiempo". Ed. Plaza y Janés. Barcelona. 1977.

Chamberlin. E.R. "Los papas malos". Ed. Orbis. Barcelona. 1985.

Engels, Frederic. "El origen de la familia, la propiedad privada y el estado". Editorial Fundamentos. Madrid. 1970.

Fiore, Edith. "The inquiet dead". Ballantine Books. New York. 1988.

González Losada, Jesús. "El amor verdadero y el amor prohibido". New York. 1992.

Hawking, Stephen. "Historia del Tiempo". Ed. Crítica. Barcelona. 1988.

Kim, Young Oon. "Unification Theology and Christian Thought". Golden Gate Publishing. New York. 1975.

Kim, Young Oon. "World Religions". Volúmenes 1 y 2. Golden Gate Publishing. New York. 1976 y 1982.

Kim, Young Whi. "El Principio Divino (guía de estudio)". Traducción española. Editado por la Iglesia de Unificación. España. 1974.

Lee, Sung Hang . "Fundamentals of Unification Thought". Unification Thought Institute. Tokio, Japon. 1991.

Monserrat Torrents, José. "La sinagoga cristiana". Muchnik Editores. España. 1989

Oparin. "El origen de la vida" Editorial Akal. Madrid 1989.

Orgel, L.E. "Los orígenes de la vida". Alianza Editorial. Madrid. 1975.

Piñero, Antonio y otros. "Orígenes del cristianismo". Ed. El Almendro. Madrid. 1991.

Piñero, Antonio . "Los apócrifos del Nuevo Testamento". Fundación Santa María. Madrid. 1990.

Piñero, Antonio . "Los apócrifos del Antiguo Testamento". Fundación Santa María. Madrid 1990.

Popper, Karl. "La sociedad abierta y sus enemigos". Ed. Planeta-De Agostini. Barcelona. 1992.

Puente Ojea, Gonzalo . "El Evangelio de Marcos: Del Cristo de la fe al Jesús de la historia". Ed. Siglo XXI. Madrid. 1992.

Swedenborg, I. "Antología". Editora Nacional. Madrid 1977.

Todo el que quiera enviar comentarios o puntualizaciones a los contenidos de este libro, o mantener correspondencia sobre él, puede remitirlos al autor a: C/ Tinaja 5. 28023 MADRID. O por email a esm@adlc.es